

BEATO JOSÉ POLO BENITO



TOMO PRIMERO. SALAMANCA y PLASENCIA



[La foto continúa en el interior de la contraportada. Grupo de sacerdotes de Plasencia, junto a monseñor Francisco Jarrín. El beato José Polo Benito aparece en el centro, a la derecha del obispo].

Foto de portada: Monseñor Francisco Jarrín y Moro (1843-1912), Obispo de Plasencia junto a su secretario, el beato José Polo Benito (1879-1936), de pie, en una foto de estudio.

Foto de contraportada: Fotografías de Salamanca y Plasencia de principios del siglo XX.

ISBN: **978-84-09-49813-0**
Depósito Legal: **TO 115 - 2023**

BEATO
JOSÉ POLO BENITO



TOMO PRIMERO
SALAMANCA y PLASENCIA

JORGE LÓPEZ TEULÓN

2023

ÍNDICE

DE SALAMANCA A PLASENCIA, PASANDO POR LAS HURDES

1. <i>A los seminaristas españoles</i>	11
2. <i>Las Hurdes</i> , revista mensual	15
3. Un mártir en la tumba de un poeta	19
3.1. Pero, ¿quién era José María Gabriel y Galán?	22
3.2. El poeta Gabriel y Galán y el sacerdote José Polo	23
3.3. Monumentos a la memoria de Gabriel y Galán	25
4. <i>El Regional</i>	27
4.1. <i>Los civilitos y la gitanilla</i>	31
5. Apóstol de la <i>Rerum Novarum</i>	33
6. Elogios a los 28 años	35
7. Del periodismo católico	40
8. El Centro Católico de Serradilla	41
9. Guareña: 1908 y 1917	45
10. Apostolado en Las Hurdes	49
10.1. Congreso Nacional Hurdanófilo	49
10.2. Premiado por la <i>Sociedad Española de Higiene</i>	56
10.3. <i>Por la España desconocida</i>	57
10.4. Alfonso XIII visita Las Hurdes	110
11. Ibahernando y el pastor protestante	113
11.1. Reto aceptado	113
11.2. Se convierte un pastor protestante	114
11.3. Siempre vinculado a Ibahernando	115
12. Siempre por la eucaristía	119
12.1. <i>Plasencia por Jesús Sacramentado</i>	119

12.2. <i>El libro del Congreso Eucarístico</i>	132
12.2.1. <i>De la eucaristía a la acción</i>	134
12.3 De Madrid a Viena	156
13. En la muerte de los obispos Jarrín y Torres	159
14. Novelas en alemán y otro libro	166
15. También con la pedagogía: Ezequiel Fernández	169
16. La caridad en Plasencia	174
17. Deán de la Catedral de Plasencia	177
18. <i>El problema social del campo en Extremadura</i>	178
19. Con la previsión social	183
19.1 La Conferencia Nacional de Barcelona	186
20. Deán de la Catedral Primada de Toledo	191
20.1. Un mártir sustituye a otro mártir	192
20.2 La prensa de toda España	193
20.3 Homenaje de Plasencia a su deán	194
APÉNDICE 1	
La Virgen del Puerto, patrona de Plasencia	203
APÉNDICE 2	
Prólogo en el libro <i>Manojito de cuentos</i> de José Zahonero	208
APÉNDICE 3	
Su amistad con el caricaturista Ramón Cilla	215
APÉNDICE 4	
<i>La acción social de la iglesia placentina</i> por Flores del Manzano	217
APÉNDICE 5	
Miguel de Unamuno y <i>El Resentimiento trágico de la vida</i>	219
Deán de Toledo, martirio y su cuerpo incorrupto	227



**De Salamanca a Plasencia,
pasando por las Hurdes**

1. A LOS SEMINARISTAS ESPAÑOLES

José Polo Benito nació en Salamanca el 27 de enero de 1879. Era hijo de Juan Antonio, natural de los Villares de la Reina (Salamanca), y de Ventura, nacida en Santa Olalla de Salamanca¹. Su padre era oficial en la fábrica de jabón de la ciudad. Recibió el sacramento de la confirmación en la parroquia de San Mateo de Salamanca, el 14 de marzo de 1889, por el obispo de la diócesis, monseñor Narciso Martínez Izquierdo. Estudia en el seminario de Salamanca los cuatro años de Latín y 1º de Filosofía. Continúa en Ciudad Rodrigo 2º y 3º, y 1º de Teología. Bajo estas líneas, José Polo -a la izquierda de la imagen, apenas se le ve junto a unos compañeros seminaristas, que están acariciando un perro.



En 1897 regresa a Salamanca para terminar los estudios de Teología y Cánones.

¹ En la documentación que conserva la postulación puede leerse: «José Encinas Bellido, Pbro., doctor en Sagrada Teología, ecónomo de la parroquia de San Juan de Sahagún de Salamanca, CERTIFICO: que en el penúltimo libro de bautizados en la filial de San Boal, en el folio setenta y siete, hay una partida que dice así: “En la ciudad de Salamanca a treinta días de enero de mil ochocientos setenta y nueve; Yo, el infrascrito párroco de la de San Boal, de la misma, suplí las ceremonias del bautismo a un niño bautizado en casa por necesidad por el médico don Jerónimo Curto, a quien puse los nombres de Juan Crisóstomo José, el que había nacido en la portería del Palacio de Almarza [situado en el número tres de la plazuela de San Boal], a las dos de la tarde del día veintisiete del corriente mes. Era hijo de legítimo matrimonio entre Juan Antonio Polo González, oficial de la fábrica de jabón, natural de los Villares de la Reina, y de Ventura Benito Ruano, nacida en Santa Olalla».

Como miembro del Colegio de Estudios Superiores de Salamanca² firma una poesía en la prestigiosa revista *Ibero-americana de Ciencias Eclesiásticas*. Era el año 1901 y se la dedica **A LOS SEMINARISTAS ESPAÑOLES**.

Salve, noble juventud,
que piadosa te congregas
bajo el pendón de la Cruz,
y con santo ardor te entregas
a la ciencia y la virtud;

que del mundo te separas
hollandando su vanidad,
y con vehemente ansiedad
estudiando, te preparas
a luchar por la verdad;

que marchas con fe sincera
de tan santa causa en pos,
y escribes en tu bandera,
que tu ambición solo espera
ganar almas para Dios.

Hoy, que alza el error su vuelo
y con frenético anhelo
intenta en su orgullo insano
borrar el nombre cristiano
y escalar el alto cielo;

hoy, que satánico ardor
con fiera solicitud
acrecienta su furor
y pretende ahogar la Cruz
con el dogal del error;

hoy, que es la Iglesia afrentada
y la impiedad protegida,
y la Religión sagrada
es del mundo despreciada
y con saña perseguida;

hoy, que en la ruda batalla
redobla el error su empuje,
¿por qué el cristiano se calla
y en indignación no estalla
mientras el abismo ruge?

² El Colegio fue fundado por el obispo en 1894. Dos años antes se habían abierto otros dos centros importantes de formación eclesiástica: el Seminario Pontificio de Comillas y el Colegio Español de Roma. Además, en 1896, se confería el título de Universidades Pontificias a los seminarios centrales de Toledo, Valencia, Santiago y Salamanca.

Si la cristiana energía
en torpe inacción fenece,
se enerva su valentía,
y crece la cobardía
y la indiferencia crece...

No más callar; trabajemos
con ardorosa vehemencia,
y con esfuerzos supremos
la impiedad arrollaremos,
oponiendo ciencia a ciencia.

Hoy la Iglesia nos excita,
y en esta “porción bendita”
conserva sus ojos fijos;
hoy la Iglesia necesita
los esfuerzos de sus hijos.

Marchemos con fe sincera
de tan santa causa en pos,
a defender la bandera;
inobles cruzados de Dios,
marchad, la Iglesia os espera!

¡Sus, a la lid! A luchar
con denodado valor
las batallas del Señor.
¡Sus, a vencer y arrollar
la hueste vil del error!

Se doctoró en Sagrada Teología y Derecho con la máxima calificación. El 25 de mayo de 1902, domingo de la Santísima Trinidad, recibió las órdenes menores de manos del Sr. Obispo en su capilla³. Luego el subdiaconado, en diciembre de 1902; el diaconado, el 6 de junio de 1903; y el presbiterado, en la segunda semana de Cuaresma, de 1904. Su primera misa tuvo lugar el 15 de marzo, a las diez de la mañana, en la iglesia parroquial de *Sancti Spiritus* de Salamanca. Fue orador en tan solemne celebración el magistral de la catedral, don Francisco Jarrín.

En sus primeros meses de sacerdote, y como tanto se habían ya destacado sus condiciones de escritor y polemista, fue encargado por su obispo, monseñor Tomás Jenaro de Cámara, de la dirección de *La Semana Católica de Salamanca* [en *El Lábaro*, del 4 de julio de 1904, leemos su nombramiento]. En sus columnas el joven don José hizo notabilísimas campañas, entre ellas la llamada del *mal menor*, sobre la actitud de los católicos españoles en la política nacional; esta campaña fue discutida en toda la prensa. Un año después, en marzo de 1915, será nombrado consiliario del Círculo Obrero.

³ Monseñor Tomás Jenaro de Cámara y Castro, OSA (1847-1904), conocido popularmente como *padre Cámara*, fue obispo de Salamanca desde 1885 a 1904.



2. LAS HURDES, REVISTA MENSUAL

Un mes antes de ser ordenado sacerdote comenzará su aventura periodística con *Las Hurdes*, revista mensual ilustrada. Estuvo dirigida por Francisco Jarrín y José Polo era su redactor jefe. Inspirada en los principios de la acción social católica, fijó su tarea en desmentir “las fábulas y patrañas” con las que a menudo se ofendía a la región y en la prioritaria necesidad de dotarla de “iglesias, escuelas y caminos”, que procurasen el “mejoramiento moral y material” de la comarca.

Escribe el periodista **Antonio J. Armero**⁴ que «el lunes 22 de febrero de 1904, con una portada mucho más simple que la que sus ideólogos tenían en mente, salió de la *Imprenta de Calatrava* (Salamanca) el primer ejemplar de una revista pionera. Tenía formato A5 doblado, contaba con entre 26 y 30 páginas incluidas las de publicidad, estaba encuadernada en rústica y sus hojas de papel barato iban unidas por una grapa sencilla. Solo se publicó un número en papel cuché: el ocho, dedicado al rey Alfonso XIII [...]. Se publicó cada mes hasta mayo de 1908; siempre bajo *un mandamiento* que su redactor jefe, José Polo Benito, expresaba de forma cristalina en aquel primer número: *para que sean conocidas en la nación -escribió- las perentorias necesidades de mis pobres hurdanos y sean atendidas*».



La revista fue concebida y puesta en marcha por la *Sociedad Protectora Esperanza de Las Hurdes*, colectivo nacido en el año 1903 por iniciativa de las diócesis de Plasencia, Coria y Salamanca. Entre sus impulsores⁵ figuran Francisco Jarrín y Moro (luego obispo de Plasencia), José Polo Benito, Tomás Gómez

⁴ **Antonio J. Armero** es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Pontificia de Salamanca. Empezó en *Hoy* en el año 2000. Es redactor de la sección “*Extremadura*”. El artículo de donde extraemos la información fue publicado el 20 de diciembre de 2015. *Hoy* es un periódico editado en Badajoz. Fue fundado en 1933 por la *Editorial Católica*. Según una reseña publicada por el propio periódico, el *Hoy* había sido «creado para luchar contra el socialismo».

⁵ Armero explica también que «utilizaron su influencia para buscar un benefactor, alguien que pusiera sobre la mesa el dinero necesario para publicar la revista. Y lo encontraron en Jacinto Orellana, XI marqués de la Conquista y de Albaida. Su aportación permitió que la publicación naciera con una red de corresponsales que llegaba a 29 municipios. Nueve estaban en la provincia de Cáceres (la capital, Plasencia, Hervás, Hoyos, Valencia de Alcántara, Villanueva de la Sierra, Coria, Montánchez y Trujillo), otras nueve en Badajoz (la capital, Mérida, Almendralejo, Fuente de Cantos, Herrera del Duque, Jerez de los Caballeros, Olivenza, Villanueva de la Serena y Zafra), ocho salmantinas (Salamanca, La Alberca, Ciudad Rodrigo, Peñaranda de Bracamonte, Béjar, Alba de Tormes, Sequeros, Ledesma y Vitigudino), Zamora y Madrid».

(secretario de Caminomorisco), Rafael Durán (diputado a Cortes por Hoyos, en Gata), Ángel Pulido (médico, profesor en la Universidad de Salamanca), Manuel Castillo (director del Instituto de Cáceres), Julián Mancebo (párroco de Las Mestas) y el poeta José María Gabriel y Galán.

Carta a Alfonso XIII

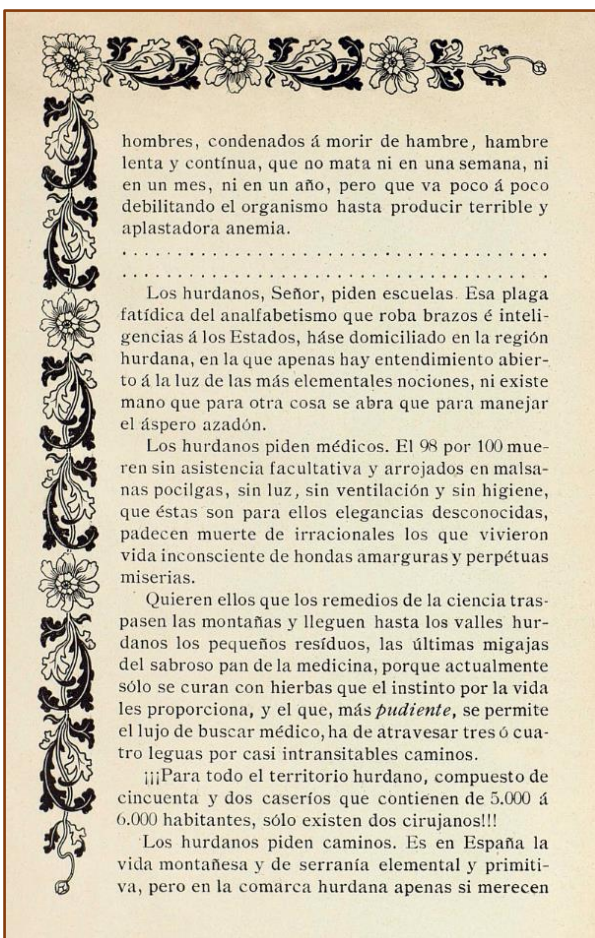
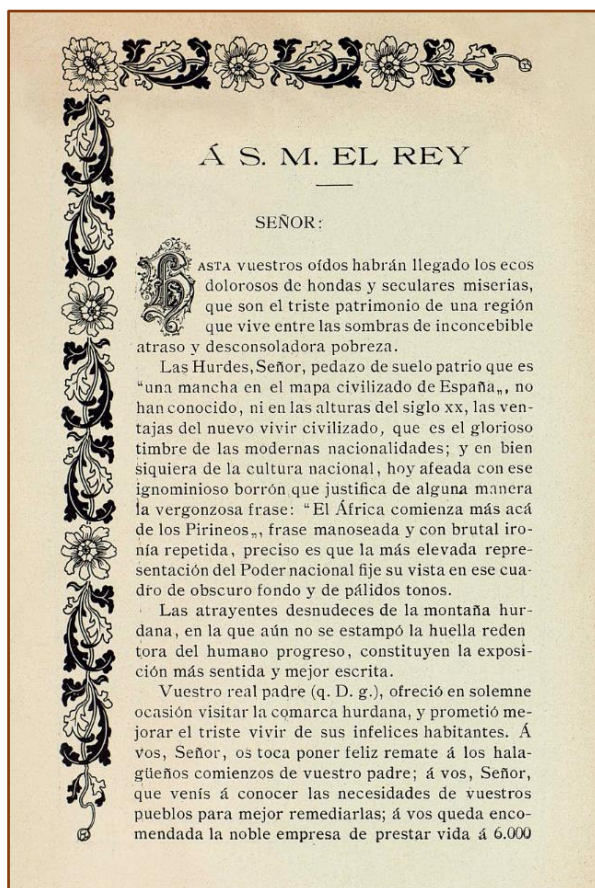
De especial interés es la carta que aparece publicada en el nº 8, de septiembre de 1904, dirigida por José Polo al rey Alfonso XIII en la que le pide que visite la comarca:

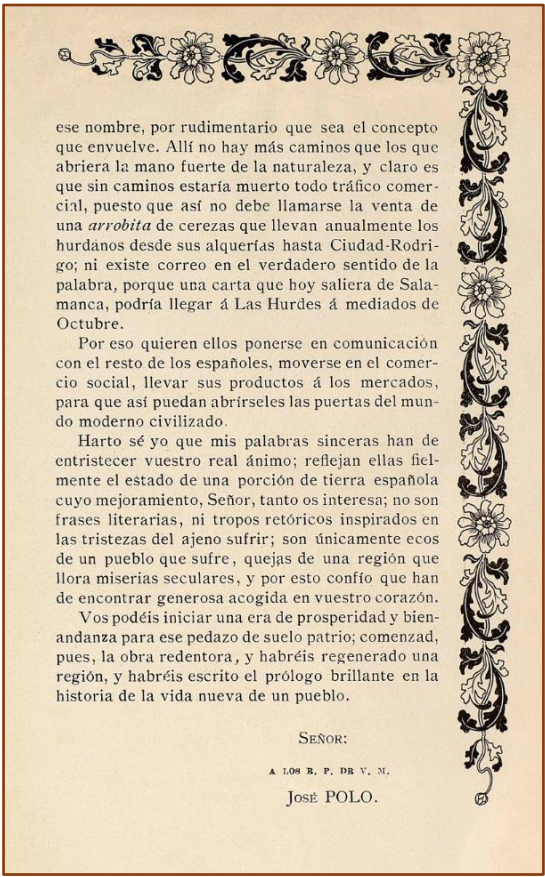
«Las Hurdes, señor, pedazo de suelo patrio que es *una mancha en el mapa civilizado de España*, no han conocido en las alturas del siglo XX las ventajas del vivir civilizado...

A vos queda encomendada la noble empresa de dar vida a 6.000 hombres condenados a morir de hambre, hambre lenta y continua que no mata ni en una semana ni en un mes ni en un año, pero que va poco a poco debilitando el organismo hasta producir terrible y aplastadora anemia” [...]. Los hurdanos, señor, piden escuelas [...] piden médicos. El 98 por ciento muere sin asistencia facultativa...».

La misma revista reseñaba que al día siguiente, 1 de octubre de 1904, el rey Alfonso XIII sería visitado por una comisión de hurdanos en Salamanca.

Lo recuerda don José en un artículo publicado en *La Correspondencia de España* del 19 de junio de 1922:





«**Los hurdanos ante el Rey.** A las dos de la tarde del día 1, recibió su majestad a los hurdanos. Quería verlos más de cerca... El doctor Pulido, entusiasta y elocuente protector de esta noble causa, presentó al rey a los Sres. Jarrín y Polo Benito.

Don Alfonso XIII felicitó a todos, especialmente a los Sres. Jarrín y Polo Benito, por su obra verdaderamente apostólica y nacional.

Prometió visitar la comarca e interesarse eficazmente en su progreso. Hizo al señor Jarrín multitud de preguntas sobre las costumbres y modos de hacer de los hurdanos. Encantado y a la vez sorprendido, decía que envidiaba la suerte de estos señores que habían logrado descubrir toda una región interesante y original.

El príncipe de Asturias manifestó al señor Polo sus deseos de conocer Las Hurdes, diciéndole que no era difícil que él y sus amigos visitaran muy pronto la comarca en compañía de nuestros amigos Sres. Jarrín y Polo Benito. La entrevista fue muy afectuosa, y duró tres cuartos de hora. Su majestad se inscribió como socio protector de la *Esperanza de Las Hurdes* e hizo un buen donativo a los hurdanos bailadores [...].

Rogó al Sr. Polo que le mandara todos los números publicados de la “Revista de Las Hurdes”, de la que hizo cumplido elogio por los fines que persigue».

La promesa no se cumpliría hasta 1922.

La revista de **Las Hurdes** publicó un total de 52 números⁶. El último se publicó un mes antes de que se celebrara el Congreso Nacional Hurdanófilo, en junio de 1908 en Plasencia. A la cita «acudieron altos cargos del gabinete que presidía entonces Antonio Maura, los obispos de Plasencia y Salamanca, además de seiscientos congresistas y destacados políticos». El Congreso Hurdanófilo tuvo una amplia repercusión en la prensa de la época y sirvió para revelar a la opinión pública la intolerable realidad de una parte de la nación cuyos habitantes vivían ignorados por todos y golpeados por la miseria y el atraso. Pero eso lo veremos más adelante.

⁶ Pueden consultarse y descargarse en la página web del *Centro de Documentación de Las Hurdes*.



3. UN MÁRTIR EN LA TUMBA DE UN POETA

Domingo Sánchez⁷ escribió, en 1956, *Trasuntos extremeños. Una semblanza de sabios y poetas, de guerreros y mártires*. Allí recoge un texto que a su vez apareció, en abril de 1955, en el periódico *Extremadura* de Cáceres.

«Es el día 19 de enero. Corre el año 1905. Un sacerdote ha llegado a Guijo de Granadilla. Lleva este sacerdote tristeza en el semblante, dolor en la mirada, serán angustia en la expresión. El sacerdote es joven, animoso, entendido en letras, ducho en sociología, aficionado a gozar la placidez de los campos, a sorber con deleite su infinita hermosura. Nada de ello embarga este día su cuidado. El sacerdote está triste. Camina, paso tras paso, lentamente, ensimismado, hacia la ermita del *Cristu Benditu*. En esta ermita, devotamente, el sacerdote ha dicho su misa: la ha ofrecido por el eterno descanso de un poeta.

Después, con su inmensa tristura en el mirar, endilga hacia el camposanto. En el camino se topa con algunos labriegos. Los labriegos le saludan sombrero en mano. El sacerdote les corresponde con leve inclinación de su cabeza. El sacerdote y los labriegos han cruzado sus tristes miradas. No se han dicho una palabra: lo impide la angustia que los labriegos y el sacerdote llevan en su corazón. El triste silencio –bien ellos lo saben, aunque nada se digan–; el triste silencio es lloro callado en honor del poeta; del poeta dulcísimo que no ha muchos días se ha muerto. El sacerdote llega al camposanto. Va emocionado. Si le preguntaran qué había en el camposanto, no sabría decirlo. Busca una tumba. Por fin, la encuentra. Ante ella queda silencioso, baja la mirada, inmóvil el cuerpo. ¿Qué pensará en su mente, qué sentirá en el cogollo del alma este sacerdote? Ha pasado un gran rato. El sacerdote también es poeta⁸. Se sienta cabe la tumba. Saca un cuaderno y un lápiz. Escribe sus hondos sentires, su grave pensar, en traza de versos.

En la losa que cubre al cadáver
escribo estos versos...

El sacerdote hace una pausa. Se le agolpan los tiernos sentires. Le trastorna la intensa fluidez con que vienen las ideas a su pensamiento. Recuerda lo que vio en su muerte, en la muerte del poeta:

y al través de parduscas paredes
yo percibo los flébiles ecos
del solemne cantar funerario

⁷ Domingo Sánchez Loro (1916-1985) estudió en el seminario diocesano de Plasencia, hasta recibir las órdenes menores, de la carrera sacerdotal, la cual habrá de quedar truncada al incorporarse al frente, como alférez provisional, en la Guerra Civil de 1936. Una vez que finalizó la contienda contrajo matrimonio y tuvo dos hijos. Ingresó en el cuerpo de funcionarios de Prisiones, con destino en Cáceres, donde iniciará sus tareas de investigador, siempre bajo el prisma del más vigoroso humanismo cristiano.

⁸ El propio Polo Benito publicó esta poesía el 23 de enero de 1905, en el nº 12 de la revista de *Las Hurdes*, páginas 266-268.

que, isócrono y lento,
va llenando los ojos de lagrimas
va llenando de sombra el templo.

Luego, recuerda la obra, las rimas, los cantos del poeta muerto. El buen sacerdote escribe pausadamente, con sosiego. Frue, palabra a palabra, los renglones desiguales que la mano serena va escribiendo. Habla con el poeta que tiene la carne bajo el sepulcro. Le dice:

Rimador del decir castellano,
tus estrofas triunfantes vertieron
el aroma del trigo encerado
y el áspero brezo.
El gañán que ara y canta en el surco
y la alondra que pica el barbecho,
la planicie callada que extiende
manto gris con el fondo de cielo,
te mostraron sus dulces caricias,
sus hondos misterios.
Con tu muerte rompióse la lira
que agitó los sentires de un pueblo
y la sangre que lleva una raza
ya no late con ritmo soberbio.
¡Ay de mi Castilla
que llora en silencio
quejumbrosos sonos de la lira rota
doloridos ayes del poeta muerto!

El buen sacerdote anda abstraído, encerrado en sí. No se apercibe de lo que le circunda. No ve acercarse a un pobre jurdano, humilde, cohibido, mal trajeado. Quién era, lo que hizo el jurdano, nos lo dice el buen sacerdote en sus versos:

A la losa que cubre el cadáver
se agarra, gimiendo,
el jurdano que hogaño en la siega
tuvo pan y cariños tan tiernos,
que no acierta a expresar con la boca,
aunque sabe sentir con el pecho.
Y me dice con voz quejumbrosa:
- ¡Ay, señol, don José mos s`a muertu!
Hogañazu, ni comu a su vera,
ni sus miesis siegu;
ajuyó toítu aquellu pa siempri:
er pan del inviernu,
las cosinas tan durcis que icía
pa siempre se juerun.
¿No lo sabi el señol, no lo sabi?
¡Ay señol, don José mos s`a muertu!
Y sus ojos hundió entre la tierra,
y sus manos cruzó sobre el pecho

y escapóse la humilde plegaria
 de sus labios fervientes y trémulos.
 Con la fiebre del alma en los ojos,
 con la fiebre del hambre en el cuerpo,
 el jurdano que hogaño en la siega
 tuvo pan y cariños tan tiernos,
 abandona la triste morada,
 llorando en silencio.
 En la losa que cubre el cadáver
 se oyeron dos ruegos:
 es el mío, que lloran las musas;
 es el suyo, que lloran los buenos.

El sacerdote ha terminado sus versos. Ha puesto en el cuaderno: cementerio de Guijo de Granadilla, 19 de enero de 1905. El sacerdote ha puesto su firma: José Polo Benito. Después, paso tras paso, lentamente, tristemente, se va alejando del cementerio.

Pasan los años. Este buen sacerdote vive en Toledo. Es la noche del 23 de agosto de 1936. Junto a la fuente del Salobre ha sonado una descarga. El plomo de fusilería, de ametralladoras, por odio de Cristo, segó la vida, cortó la palabra de este buen sacerdote que hacía versos en sus años mozos, en la soledad de un humilde cementerio. El mismo plomo segó la vida, cortó la palabra de otros mártires de Cristo -más de cincuenta sacerdotes entre ellos-; sus almas, tenues, suaves, purísimas, volaron al cielo. Pero hoy, en homenaje al poeta, no vendrá este sacerdote junto a la tumba para hacer versos».



Quien lo escribe -que no lo firmaba ya del martirio del beato José Polo Benito porque, como decíamos al principio, está fechado en abril de 1955, año en que se cumple el cincuenta aniversario del fallecimiento de Gabriel y Galán.

[La *Lectura Dominical* publica este dibujo a plumilla, en necrológicas, del “esclarecido poeta católico D. José María Gabriel y Galán, a los treinta y cinco años de edad en Guijo de Granadilla (Cáceres)”. Falleció el 6 de enero de 1905, a consecuencia de una pulmonía mal curada].

3.1. Pero, ¿quién era José María Gabriel y Galán?

Ocupando casi una página, *La Hormiga de Oro*, el 21 de enero de 1905, da noticia de la prematura muerte de Gabriel y Galán. Solo hay un error: la localidad natal. En Guijo vivió y murió. El poeta era natural de Frades de la Sierra (Salamanca).

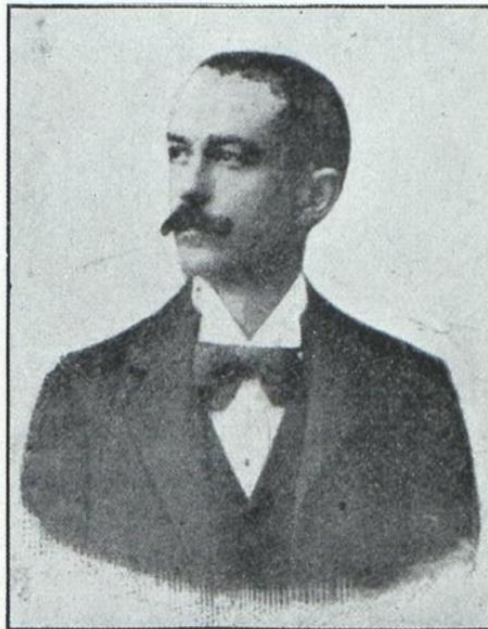
JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

EN Guijo de la Granadilla (Cáceres), su pueblo natal, ha fallecido, víctima de unas fiebres gástricas, el inspirado poeta D. José María Gabriel y Galán.»

Así, con esta forma lacónica que suele darse a las noticias más triviales, ha comunicado la prensa el fallecimiento de ese eximio poeta en quien veíamos la resurrección de nuestra inimitable poesía del siglo XVI.

La opinión, esa señora mal aconsejada y desprovista de criterio que levanta estatuas y rodea con nimbos de gloria nombres que debieran quedar para siempre en el olvido, ha sido injusta con el mérito y el valor literario; por esto la muerte del poeta á que nos referimos ha pasado desapercibida á esos *intelectuales* que no tienen otro criterio que el que les da formado y redondeado su periódico favorito. Bien es verdad que el Sr. Galán había cometido un pecado que jamás nuestra decadente y bastarda literatura podrá perdonarle; pero no es justo que las preocupaciones de escuela se lleven más allá de la tumba con el fin de arrancar de las sienas de un difunto el laurel de la gloria, que con sus producciones se había conquistado. Hubiera el señor Galán consagrado su brillante nùmen á cantar el vergonzoso realismo de la vida con sus bajas pasiones y sus cuadros de tonos vivos que fascinan á esta sociedad; decrepita y corrompida, y todos los epítetos y ditirambos de nuestra rica lengua hubieran sido insuficientes para llenar los artículos necrológicos que la prensa le hubiese dedicado. Pero no; su fe, su honradez y su vocación de literato no le llevaban por el trillado camino que marcha á la popularidad. Cantó la hermosura de la Inmaculada con las más finas y melodiosas cadencias de su lira: fué asimismo el cantor dulce é inimitable de la religión, de la patria, del amor casto, del hogar doméstico y del trabajo, y esos sentimientos que constituyen el fondo, el ideal, la vida de su meliflua poesía son los que hoy cercenan la gloria ganada en brillantes torneos literarios.

Galán era un poeta joven en toda la extensión de la palabra, sin embargo su estro poético supo llevarlo en un momento desde la oscuridad á la cumbre del Parnaso.



Cuando en Septiembre de 1901 hizo su presentación literaria en los Juegos Florales de Salamanca, su poesía, premiada con la flor natural hizo concebir grandes esperanzas; mejor diré, fué la realidad dulce y consoladora de una literatura que, enterrada entre producciones extranjeras y extravagancias modernistas, resucitaba por dicha nuestra, merced al nùmen lozano y vigoroso de Galán. Este juicio formado por algunos, se corroboró sobradamente al publicar en el año siguiente sus «Castellanas» y lugo sus «Extremeñas.» Su poesía no busca los asuntos intrincados y de efecto dramático que suelen ser la materia predilecta de las inspiraciones mediocres; antes bien ama con preferencia los pensamientos más sencillos y vulgares, revistiéndolos de un ropaje tan atractivo y embelesador que en su desarrollo se descubre la espontaneidad de Lope de Vega, el donaire de Gil Polo y la gravedad austera de Fr. Luis de León. Esa honda tristeza, mezclada y templada por la resignación, que el alma siente, pero que no sabe expresar; esas alegrías puras del hogar doméstico y de la conciencia tranquila que no pueden salir de los pliegues del corazón sin que la lengua ó la pluma las desvirtúen, encuentran colores tan vivos y apropiados en los versos del malogrado poeta

castellano, que su lectura nos causa la ilusión que se experimenta al leer á Garcilaso ó Fray Luis de León; porque, alejada del bullicio de las ciudades y de las ficciones de la vida moderna, se inspira únicamente en los purísimos goces del campo que el Señor sabe vertir á manos llenas, por eso su poesía vierte efluvios de alma sana y olor de naturaleza.

Sirva lo dicho, como justo aunque insignificante tributo rendido al poeta é inspiradísimo que, al descender á la tumba en medio de la indiferencia de sus contemporáneos lleva la preciosa carga de las buenas obras realizadas en su vida de cristiano práctico, y la admiración y el aplauso de la España católica que le consagra sus plegarias, como LA HORMIGA DE ORO lo suplica á sus amigos.

JOAQUÍN FOLCH, *Pbro.*

Emilia Pardo Bazán afirma, en ese mismo año de 1905, al prologar las obras completas de Gabriel y Galán: «Confirmando mi admiración hacia el poeta, no solamente por la lectura de composiciones o inéditas o insertas en periódicos de circulación reducida, sino muy principalmente por la contemplación de lugares, por la relación con personas, por esa mágica virtud del medio ambiente, que tanto

ayuda a la comprensión de la obra de arte y de sentimiento; de la poesía, cuando es fiel trasunto del vivir. He pasado breves días en la tierra del autor de *Castellanas*, inolvidables días en que recibí tan halagüeñas impresiones que a esperarlas nunca me hubiese atrevido, y mediante el estímulo de la simpatía (que auxilia para comprender, mientras la antipatía es ciega), me he penetrado mejor de cuanto expresó y sintió **el intérprete leal de la religión y la raza.**

Los poetas retirados a la vida campesina de todas las épocas históricas constituyen una falange defensora de las más antiguas esencias y últimas radicalidades; y quizá, entre ellos, **José María Gabriel y Galán sea, en tradición española, el representante más reconocible de una poesía volcada a lo rural, atenta a la naturaleza y a lo que es su más propio devenir, cíclico y pausado.** Vida campesina, vida lenta e inserción biográfica atenta solo a lo pequeño».

3.2. El poeta Gabriel y Galán y el sacerdote José Polo

Está claro que al comenzar este apartado con el relato de Polo Benito llegando al cementerio de la localidad de Guijo de la Granadilla, para celebrar la misa por el alma del joven poeta, se desvela la amistad y admiración que debía de existir entre ellos.

Es el periodista Teresiano Rodríguez quien nos lo explica en un artículo⁹.

Cuando Francisco Jarrín, fundador de la publicación *Las Hurdes*, «pone en pie la revista, cree que *no puede faltar la colaboración de nuestro poeta* y así se lo hace saber en una carta fechada el 28 de enero de 1904, en la que le pide poder incluirlo entre los colaboradores de la revista y que le envíe alguna composición para el primer número. Gabriel y Galán no puede negarse y le manda “*La Jurdana*”.

Se trata de una composición asonantada -84 versos en total, dividida en tres partes- de versos octosílabos y dodecasílabos, que dan profundidad al drama de la madre hurdana con el niño aterido a la espalda, caminando por serrejones y escarpaduras, y que termina planteando las que, a juicio del poeta, son las más graves de las necesidades de Las Hurdes:

**¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!
¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!**

La composición, sin embargo, ya no pudo entrar en el primer número de la revista, publicada en el mes de febrero: aparecería en el número siguiente, con fecha 22 de marzo de 1904.

⁹ Teresiano Rodríguez Nuñez, *Gabriel y Galán en el centenario de su muerte*. Publicado en el *Hoy* del 6 de enero de 2005.

El poema “La Jurdana” no pasaría desapercibido. Y menos en Cáceres, donde se venía desarrollando una campaña de concienciación sobre Las Hurdes y de captación de nuevos socios para “La Esperanza”.

En el número de mayo de *Las Hurdes* se publicó una poesía titulada “*¡Dos limosnas, por el amor de Dios!*”. La firmaba Ramón Blázquez de Cáceres y estaba dedicada al insigne poeta José María Gabriel y Galán.

¡DOS LIMOSNAS POR AMOR DE DIOS!

(AL INSIGNE POETA JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN)

Yo les pido dos limosnas para ellos
á los hijos de mi patria:
¡pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!
¡pan de ideas para el hambre de sus almas!

GABRIEL Y GALÁN.

La limosna está bendita,
la limosna al cielo llega,
la limosna ¿quién la niega,
sí con ella á Dios se imita?
Nos da, la inmensa Bondad,
sus dones siempre propicia,
que, más que Dios de justicia,
quiere ser de caridad,

Según recoge Jesús Gabriel y Galán Acevedo en su reciente y documentadísima biografía sobre su abuelo, imprescindible ya en cualquier tarea de aproximación al poeta, este se había interesado por el autor.

Le escribió Polo Benito informándole de que se trataba de un hijo de Carolina Coronado, que había utilizado tal seudónimo. Y como la ocasión la pinta calva, Polo Benito no la desaprovecha: *y como la revista tiene siempre en mucho publicar poesías de usted -escribe- que tienen la virtud de atraer suscriptores*, le pide unos versos para el próximo número de la revista, como contestación a los de Blázquez de Cáceres. Gabriel y Galán le manda “*Dos paisajes*”».

La preocupación y desvelos por Las Hurdes de Gabriel y Galán fue a la par de la de Jarrín y Polo. Solamente que, después de encontrar respaldo en el poeta, ocho meses después falleció de manera inesperada.

La familia conserva varios recortes de periódicos en donde se habla de las campañas que hubo años después para colocar un monumento en memoria del poeta. Varias fueron las iniciativas.

3.3. Monumentos a la memoria de Gabriel y Galán

Con su temprana muerte, sus amigos comenzaron una campaña para que el poeta contara con un monumento en Salamanca. Se puede ver en los artículos de los diarios de la época cómo se solicita la construcción del monumento y la creación de una comisión encargada para recaudar fondos para su elaboración, que contó con la aportación inicial de dos mil pesetas del Ayuntamiento de Salamanca. Por lo que leemos, fue en 1921 cuando empezó en serio el periplo de la construcción del citado monumento. Se organizaron bailes, recitales de poesía y demás actos con ánimo de recaudar donativos para la causa. [Bajo estas líneas: la escultura se colocó delante de la primera biblioteca de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca]. La inauguración tuvo lugar el 12 de septiembre de 1926. En marzo de 1925 la ciudad de Cáceres publica concurso para erigir en su ciudad también otro monumento a Gabriel y Galán.



El beato José Polo afirma en uno de los artículos, titulado “*Extremadura y Galán*”, que «los promotores de la suscripción nacional iniciada en Salamanca para erigir un monumento en honor del más alto poeta de estos tiempos, me otorgan la merced de su representación, encaminada a procurar la cooperación de Extremadura al proyectado homenaje [...]».

Y recordaba:

«Fue por el año 1909. El obispo de Plasencia, doctor Jarrín, expuso la idea de erigir un monumento al poeta y del bellissimo artículo que recogió la iniciativa son estas líneas: “Llegué al Guijo en las vísperas señaladas para las honras fúnebres y

mi primer deseo fue el de orar ante la tumba del poeta y del amigo. Me apenó el alma penetrar en aquel camposanto, largo y estrecho, doblemente triste, por ser mansión de los muertos y lugar envuelto en sombras por los altos y ennegrecidos muros del templo, y más aún contemplar aquel sepulcro adosado al ábside y cubierto con unas cuantas tejas. Esto no es digno de Galán -dije a los circunstantes-, es preciso erigirle un mausoleo que corresponda a su fama y perpetúe su memoria en las generaciones venideras”.



[A la izquierda, tumba del poeta]

“Desde allí marchamos al cementerio en construcción, amplio, trazado con simetría, rodeado de buena cerca; entonces manifesté a los acompañantes que en su centro debiera emplazarse el monumento que guardara las cenizas del poeta y me contestaron que hacerlo así era justo por haber sido él iniciador de aquellas obras, como de tantas otras beneficiosas para el pueblo” [...].

Por lo que a mí toca -continúa Polo Benito- hice un ofrecimiento que la nobleza me obliga a cumplir, y mayormente por haberlo renovado ante su hermano don Baldomero al despedirme de él cuando vine a Plasencia. *No me olvido -le dije- de lo que ofrecido tengo; antes, como salmantino; ahora, como extremeño.*

En tan noble empresa ocuparé el puesto que se me señale y contribuiré cuanto pueda para que el proyecto se realice, quedándome el consuelo de hacer este llamamiento a todos los admiradores del cantor de la vida campestre y del *Cristu beditu* [...].

El más lindo homenaje habría de ser, sin duda, recitar sus versos empapados de paisaje, olientes a tomillo y romero, alegres y limpios españoles y cristianos, frente por frente al poeta...»

4. EL REGIONAL

Conservamos unos folios redactados por él mismo con su currículum; allí anota nombramientos, destinos y fechas¹⁰. Fue su primer nombramiento el de coadjutor de la parroquia de *Sancti Spiritus* de Salamanca (junio de 1904 a noviembre de 1905). Luego escribe: Catedrático de la Universidad Pontificia (septiembre de 1905 a junio de 1907). Capellán del convento de religiosas franciscanas de Salamanca (noviembre de 1905 a junio de 1907). Director de *La Semana Católica* de Salamanca (de julio de 1905 a junio de 1907). Consiliario del Círculo de Maestros de Salamanca (diciembre de 1905 a junio de 1907).

FICHA PERSONAL

Don Seo' Polo y Benito natural de Salamanca
 Diócesis de Salamanca Provincia de Salamanca
 Nació el día 22 de Enero de 1880 Recibió el Presbiterado el día
 de Setiembre de 1904 (1)

CARGOS QUE HA TENIDO	NOMBRADO EL (2)			CESA EL		
	Año.	Mes.	Día.	Día.	Mes.	Año.
Coadjutor de Sancti Spiritus. Valverde	1904	Junio			Nov.	1905
Catedrático de la Universidad Pontificia	1905	Sept.			Junio	1907
Cap. del convento de Relig. franciscanas de Salamanca	1905	Nov.			Junio	1907
Director de <u>La Semana Católica</u> de Salamanca	1905	Julio			Junio	1907
Consiliario del Círculo de Maestros de Salamanca	1905	Dicemb.			Junio	1907
Director de <u>El Laberinto</u> órgano del Obispo de Salamanca	1906	Mar.			Junio	1907
Secretario de Gobierno y Fomento del Obis. p. de Salamanca	1907	Dicemb.			Nov.	1912
Director del <u>Boletín de la Junta de Preces</u>	1907	Julio			Nov.	1915
Director de <u>Prensa de la Junta de Preces y Higiene Municipal</u>	1908				Enero	1911
Comisario por oposición de <u>Enseñanza</u>	1908	Julio			Sept.	1911
Comisario por oposición de <u>Enseñanza</u>	1908	Julio				
Comisario por oposición de <u>Enseñanza</u>	1909	Agost.				
Comisario por oposición de <u>Enseñanza</u>	1909	Sept.				
Maestro de <u>Enseñanza</u> de <u>Salamanca</u>	1911	Sept.			Enero	1913
Secretario del <u>Fomento</u> de <u>Salamanca</u>	1912	Nov.			Enero	1914
Subsecretario del <u>Fomento</u> de <u>Salamanca</u>	1913	Nov.			Enero	1914
Secretario del <u>Fomento</u> de <u>Salamanca</u>	1914	Julio			Dicemb.	1915

(1) Los que procedieren de otras diócesis, indiquen la fecha de su incardinación.
 (2) Cuando no se sepa la fecha exacta, póngase por lo menos el año, y, si es posible, el mes.

¹⁰ Curiosamente, en estas notas manuscritas, él mismo yerra en el año de su propio nacimiento poniendo 1880. Las partidas de nacimiento y de bautismo son claras en la fecha del nacimiento: 27 de enero de 1879.



[Sobre estas líneas, a la izquierda, fotografía del nuevo doctorando. A la derecha, el joven José Polo, canónigo de la catedral de Plasencia].

Cuando el magistral de la Catedral de Salamanca, Francisco Jarrín¹¹, sea nombrado obispo de Plasencia se lo llevará con él. Fue nombrado secretario de cámara y gobierno del obispado de Plasencia (diciembre de 1907 a noviembre de 1912). Director del *Boletín Eclesiástico* y agente de preces (diciembre de 1907 a noviembre de 1915). Director de prensa diocesana, del *Regional*¹² y de la *Hoja Dominical* del obispado de Plasencia (1908 a enero de 1914). Confesor de todos los conventos. Finalmente, canónigo por oposición de la Catedral de Plasencia (julio de 1908 a septiembre de 1911).

¹¹ **Monseñor Francisco Jarrín y Moro** nació en Salamanca el 20 de marzo de 1843, o en 1848, según la fuente. Hizo sus estudios en el seminario central de su ciudad natal, en la que recibió los grados de licenciado doctor en Sagrada Teología. En la Universidad de Salamanca cursó luego la carrera de Letras. Previa oposición fue nombrado más adelante magistral de la Santa Iglesia Catedral de Salamanca, canongía que desempeñó hasta el año 1906. En este cargo consolidó su fama de elocuente orador. **El 6 de diciembre de 1906 fue nombrado obispo de Plasencia.** Mientras estaba realizando su visita pastoral, se sintió enfermo y falleció el 3 de noviembre de 1912 en la localidad cacereña de Ibahernando. Fue enterrado en la Catedral de Plasencia. Monseñor Jarrín fue el gran benefactor de la comarca de Las Hurdes, se ganó el sobrenombre de «Padre de Las Jurdes».

¹² **El beato José Polo Benito fundó y dirigió el periódico placentino *Regional*** (entre 1907 y 1914), que fue uno de los más admirablemente hechos en esa región. En este periódico apareció bien pronto el hombre social, el que poseía visión completa de esta cuestión con todas las realidades dolorosas y con todas sus dificultades innumerables, y el que sentía arder dentro de sí la llama del cielo, para compadecerse de aquellas y agitarse el espíritu del apóstol para no arredrarse por ninguna de estas. Con estas labores de prensa y propaganda simultaneaba la ardua tarea del gobierno de la diócesis, que compartió durante varios años como secretario de cámara del obispo de Plasencia, cargo en el cual manifestó toda la diligencia y prudencia que tan delicadas funciones requieren.

PLAZENCIA 21 DE FEBRERO DE 1908

AÑO II NÚMERO 77

Edición y Maquetación

CALLE DE SAN JUAN, 23 ESP.

REGIONAL

PERIÓDICO DE NOTICIAS

Inscripciones

Por un trimestre..... 200 pes.
Id un semestre..... 3 id.
Id un año..... 10 id.
Número suelto 210 pes.
Anuncios. Precios convencionales.
PAGO ADELANTADO

A DON JOSE POLO BENITO

(Con el fausto motivo de su fiesta onomástica)

En la brega tenaz nuestros sentidos
y en el blanco ideal nuestros amores...
¡REGIONAL! ¡REGIONAL! ¡cuantos sudores
que regaron el pan de agradecidos!

Pero es noble la causa defendida
y es puro el pensamiento sustentado
y es muy justo que corra nuestra vida
por caminos de luz, siempre á tu lado.

Forje, calumnie, lance el egoismo
contra nosotros su fatal veneno
en esteril y vano parosismo;
pues triunfa en REGIONAL un hombre bueno
que, olvidándose siempre de sí mismo,
navega en rumbos de ideal, sereno...



El 1 de diciembre de 1907 veía la luz *El Regional*, salió como bisemanal. Meses después, la redacción felicitaba en la portada a su director y fundador.

Continuando con el currículum, que el propio don José tiene redactado de su puño y letra, seguidamente escribe que fue nombrado examinador sinodal (julio de 1906). Juez de concurso (agosto de 1909). Juez de oposiciones a canonjía (septiembre de 1909). Maestrescuela de la Catedral de Plasencia (septiembre de 1911 a enero de 1914). Secretario del Gobierno Eclesiástico y administrador de los fondos diocesanos (noviembre de 1913 a enero de 1914) y gobernador eclesiástico (noviembre de 1913 a enero de 1914).



[La familia del Beato conserva esta foto de estudio de don José junto a unos amigos. Pertenece al gabinete de fotografía y pintura *Viuda de Oliván y Hermano*, abierto en el paseo de Carmelitas de Salamanca. El sello fotográfico funcionó de 1890 a 1904. El año del cierre Polo Benito tenía 25 años].



4.1. LOS CIVILITOS Y LA GITANILLA

A lo largo de toda la vida de don José Polo son cientos los artículos a los que hemos podido acceder, y que en su momento podrán ofrecer una tesis aparte. La temática es variada. Hombre polifacético me arriesgo a afirmar que escribe de todo. Pero antes de seguir, incluyo aquí este poema no publicado. Conservamos la foto y el montaje que regalaría a su vez a los niños con la composición poética.

La foto original de los tres niños, dedicada a don José, lleva sus nombres: “tus amiguitos Federico - Otilia - Fernando” y es un regalo por su onomástica: san José de 1911. Alguien ha compuesto un primer poemilla para él de parte de los niños:

Los civilitos y la gitana,
que ayer nacieron...
por la mañana;
te felicitan con gran cariño,
con la inocencia...
que lo hace un niño.

Te deseamos por luengos años
futuras suertes...
sin desengaños;
y que la vida dure al prelado
para que vivas...
siempre a su lado.

Don José no se quedó atrás, ante la invectiva de lo recibido. Y añadió ingenio para recrear una portada “falsa” de su *Regional*. Falsa, porque su regalo es del 19 de marzo de 1911 y su regalo a los niños (en cartulina, no en papel periódico) lleva fecha de 29 de febrero de 1908, idos años antes!, y que es justo la portada que el *Regional* le dedico a él para felicitarle ese año. Fue un “corta y pega” de la época.

CASA Y EDITORIA

PLASENCIA, 29 DE FEBRERO DE 1908

REGIONAL

PERIÓDICO DE NOTICIAS

Suscripción

Por un trimestre 350 pes
 6 meses 650
 12 meses 1200
 Adicional. Precio de transporte
 PAGO ADELANTADO



—Gitana de ojos azules,
 vidilla de mi persona
 que vas á verte en la trena
 porque eres tú la que robas
 el cariño de tus padres
 y los juguetes de Antonia...
 así decían dos civiles
 recién entraos en la tropa,
 que el mauser llevan al brazo,
 y en el cinto la pistola,
 más tiesos que los reclutas
 cuando á la revista tocan,
 y los dos tan parecidos
 como una gota á otra gota,
 á una chiquilla gitana
 resalada y repreciosa.

Los dos con el arma al brazo,
 y las caras temeronas,
 enredan las manecitas
 entre unas fuertes esposas,
 y van camino adelante
 por las calles y las rondas;
 los guardias serios y graves,
 la niña llora que llora
 y en balcones y ventanas
 la gente curioseadora.

Mardita sea mi estampa,
 y malos mengués me coman

el garlochi y el pechito
 con furias de rabia loca
 si á estos dos churumbelillos,
 civiles de pocas horas
 no les dejo aquí en la calle
 y les endilgo la coba.

¡Que bonitos van los guardias!
 ¡la chiquilla que preciosa!
 van andando por Plasencia
 y en su marcha triunfadora
 la niña cimbreo su cuerpo
 más blanco que una paloma,
 la gente mira encantada
 habla y ríe, y á mirar torna,
 que son los niños tan guapos
 y es la escena tan patriótica
 que el alma que siente el arte
 y que piensa á la española
 se enternece con las lágrimas
 que entre los ojos se asoman.

¡Qué marciales van los guardias!
 ¡la gitana qué preciosa!
 ahí vá un beso...y dos...y ciento,
 y un dulce...y la mar de cosas,
 porque aquí al fin y á la postre,
 no es la gitana quien roba,
 sois los tres, los tres chiquillos
 y es...el capi y la... patrona.

J. P. B.

5. APÓSTOL DE LA *RERUM NOVARUM*¹³

Escribe **Fernando Flores del Manzano**, en un artículo¹⁴ muy interesante:

«En las diócesis de Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia hay que aguardar la llegada del siglo veinte para que surjan los primeros brotes de Acción Social Católica. Fue en la diócesis de Plasencia donde nació la primera muestra de sociocatolicismo. En 1903 se funda el *Círculo Católico* de Béjar, perteneciente al obispado placentino. No se ha reconocido cabalmente el papel que desempeñaron los esforzados propagandistas y sociólogos eclesiales en el despertar de la conciencia asociativa del campesinado extremeño.

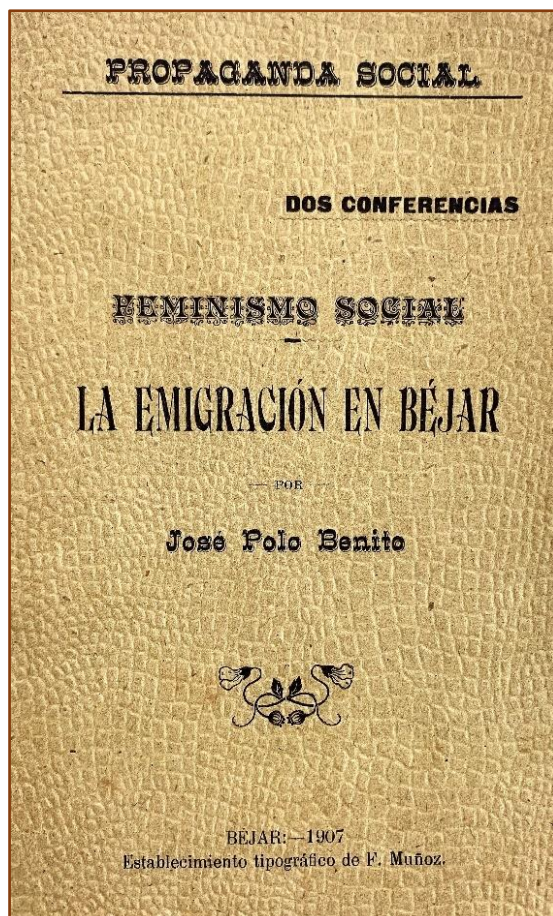
La llegada de monseñor Francisco Jarrín (1907-1912), el obispo social de Plasencia, supuso una renovación de la conciencia obrera en la Iglesia diocesana. **Su labor, junto a la de su secretario de cámara José Polo Benito, fructificó en numerosas asociaciones obreras de signo católico** (sindicatos, cajas rurales, pósitos, círculos y centros sociales obreros, etc.), repartidas por parroquias salmantinas, cacereñas y pacenses [...].

Los dos salmantinos [obispo y secretario] formaron un tándem de gran rentabilidad social, en el que el prelado aportaba serenidad y mesura, propias de su edad proveya, y su secretario de cámara y gobierno, la vehemencia combativa propia de su juventud. Entre los dos fraguaban proyectos sociales y Polo se encargaba de controlar su ejecución. El impulso que recibió la Acción Social Católica en Plasencia y su diócesis se hizo notar en la eclosión de asociaciones obreras, especialmente agrarias, que se diseminaron por toda la geografía del vasto obispado, extendido no sólo por territorio cacereño, sino también por el mediodía salmantino (área bejarana) y parte del norte pacense (parte de las Vegas Altas del Guadiana). En las grandes poblaciones y hasta en remotas y reducidas parroquias se fundaron sindicatos, cajas rurales, pósitos, centros sociales e instituciones benéficas.

¹³ *Rerum Novarum* («De las cosas nuevas») es la primera encíclica social de la Iglesia católica. Fue promulgada por el papa León XIII el 15 de mayo de 1891. En ella se proclama a la cuestión social como una de las principales preocupaciones de los católicos y tuvo profundos efectos políticos. «La *Rerum Novarum*, dice san Juan Pablo II, marca una fecha de relevante importancia en la historia reciente de la Iglesia». Es la primera encíclica social, no porque antes la Iglesia no se hubiera preocupado de la cuestión social, como demostraremos más adelante, sino porque es el primer documento oficial del Magisterio Pontificio que recoge y formula un cuerpo doctrinal que los sucesores de León XIII en estos ciento treinta años han ido actualizando y han hecho operante en su tiempo, hasta constituir lo que hoy se llama *Doctrina Social de la Iglesia*. Sin duda, **según avancemos en la lectura podremos ver cómo el beato José Polo Benito puso en práctica lo enseñado y pedido por León XIII.**

¹⁴ FERNANDO FLORES DEL MANZANO, *Acción Social Católica y asociacionismo agrario en la diócesis de Plasencia: 1903-1931*. Revista de Estudios Extremeños, 2012, Tomo LXVIII, Número II, páginas 771-816.

El inspirador de esa fiebre fundadora fue monseñor Jarrín y el asesor cercano, Polo Benito. En pocos años florecieron sociedades obreras de signo católico entre los límites eclesiásticos placentinos. A su llegada a la diócesis placentina había tan sólo cuatro Cajas Rurales promovidas por párrocos. Y en 1910 el número de entidades sociales de inspiración católica se había triplicado, sin contar el *Círculo Social Católico* de Hervás y el de *Centro Católico* Serradilla y el de Plasencia¹⁵.



[Uno de los primeros trabajos publicados por el beato José Polo Benito fueron dos conferencias, "*Feminismo Social*" y "*La emigración en Béjar*", pronunciadas en el *Círculo Católico* de Béjar, el 8 y el 9 de diciembre de 1906. Se trata de un folleto de 39 páginas, publicado en 1907 por el *Establecimiento Tipográfico de F. Muñoz*].

¹⁵ En 1910, entre otras obras socio-católicas de la diócesis placentina, figuraban las siguientes: Abertura (*Sindicato Agrícola*, con 50 socios); Almaraz (*Sociedad de Socorros Mutuos*, con más de 100 socios); Berzocana (*Sindicato-Caja Agrícola*, con casi 100 socios); Casatejada (*Caja de Crédito Popular Agrícola*, con medio centenar de socios); Campo Lugar (*Socorros Mutuos*, con 200 socios); Deleitosa (*Caja de Préstamos*, con 271 socios); Gargantilla (*Sindicato de Regantes*); Hervás (*Sindicato Agrícola*); Romangordo (*Sindicato Agrícola La Esperanza*, con 16 socios); Serrejón (*Sindicato Agrícola y Caja de Crédito Popular*); Tornavacas (*Socorros Mutuos*, con una treintena de socios); Valdehúncar (*Sindicato-Caja de Crédito*, con 76 socios); Villar de Plasencia (*Pósito Católico*, 47 socios).

6. ELOGIOS A LOS 28 AÑOS

Al escribir, 85 años después de su muerte martirial, la vida del beato José Polo Benito tenemos, además del margen del tiempo pasado, la visión angular de cómo las cosas afectaron a nuestro protagonista... o no.

El artículo laudatorio fue publicado en el órgano del Consejo de la Acción Social de Salamanca, que se llama *El Lábaro*, y lleva fecha de 9 de febrero de 1907. El artículo lo firma M. S. BARRADO¹⁶:

CÓMO SE HACE UN NOMBRE

¿Por qué no hablar de nosotros mismos, de nuestras cosas? ¿Por qué no echarnos mano unos a otros, no hacernos valer los sacerdotes? ¿Por qué no batir nuestra moneda?

Nos tienen metidos en un rincón, los malos por odio sistemático, los buenos por medio de una tutela humillante. Un peligro y no el menor de los que amenazan al catolicismo en estos tiempos es la tendencia laicista, aseglaradora de la Iglesia, un instinto falsamente democrático en lo divino, que nunca muere, ni morirá en el pueblo, que pretende dárnoslo todo hecho, darnos la ley, y si no imponerse, por lo menos ponerse en pie de igualdad con nosotros. Pío X ha descargado certeros golpes con un enérgico sentido católico sobre esa tendencia, cuantas veces, y son muchas, ha asomado la cabeza. Y la culpa de esa tendencia la tenemos nosotros, porque no nos ponemos a la cabeza, no tenemos resolución para tomar posesión de nuestro puesto... Debemos a nuestros fieles consideración y respeto, pero debemos andar con autoridad entre ellos.

*Tales consideraciones me han sugerido la lectura de dos conferencias pronunciadas en Béjar los días 8 y 9 de diciembre, por **mi amigo y compañero de armas don José Polo Benito. Un joven que llega, que medra, que se abre paso, que hace sonar su nombre, que por donde quiera que va encuentra saludos y simpatías. Sus compañeros no podemos acaso reprimir a su vista un gesto de extrañeza y de recelo, y hay que vencerse y hacer un acto de humildad para explicarnos sus éxitos. Ese gesto se explica fácilmente, dado nuestro***

¹⁶ «Don Moisés Sánchez Barrado, sacerdote beneficiado de la Catedral de Salamanca; era un hombre culto, conocedor de varios idiomas, bien puesto en la lengua griega, lector apasionado de Nietzsche. Cayó en una profunda crisis religiosa y buscó comprensión y consuelo en Miguel Unamuno, quien se transformó en su “confesor”, su valedor y amigo del alma. Sánchez Barrado era también amigo de monseñor Tomás Jenaro de Cámara, conocido popularmente como *P. Cámara*, obispo de Salamanca, y fue redactor jefe de *La Semana Católica* de Salamanca, que se publicaba con patrocinio del prelado».

«Unamuno no guardó toda la correspondencia cruzada entre ellos, lo que resta al historiador estos datos básicos para aquilatar los pasos del pensamiento de los dos corresponsales y medir la incidencia real de esta relación en la elaboración de *San Manuel Bueno, mártir*» [María Dolores Albiac Blanco, María-Dolores: *Una dialéctica de la ficción y de la historia: imagen, reflejo y autobiografía en San Manuel Bueno, mártir*. In: EL 98 a la luz de la literatura y la filosofía: coloquio internacional, Szeged, 16-17 de octubre de 1998 7. pp. 112-137. (1999)].

estado social, digámoslo así, de alma, un alma fría y apática. Quizá no hay entre los sacerdotes aquí quien dé con una franqueza tan sana y vigorosa en el tono social que hoy nos piden las circunstancias. **Es un alma de niño, sin doblez ni artificio, que se da y se entrega sin reservas a las cosas y a las personas, con un aturdimiento encantador, un desenfado y una soberbia espontaneidad.** Y esto explica sus éxitos y maravillosa actividad, como hombre de trato y de obra, el humorismo juguetero y travieso de sus escritos.

Polo Benito es algo, al menos para mí, representativo del tono democrático y popular, de ese derramamiento de alma, esa flexibilidad y transparencia cristiana de alma, que hoy nos hace falta a nosotros. Hay en nosotros algo de inerte, de rígido, de sombrío, que nos enajena el cariño del pueblo y que hay que vencer, no con ligereza y frivolidad mundana, sino en fuerza de un más hondo sentido sacerdotal, en fuerza de intensidad evangélica.

Las conferencias tienen la facultad y el sello personal del autor, están bastante bien documentadas. Un poco de desorden y oscuridad en la disposición del material, efecto, sin duda, de estar pensadas aprisa; pero en conjunto dan una impresión fuerte de esta nueva socialidad cristiana de acción y de verdad, que vamos hoy penosamente alumbrando.

Abundan los rasgos felices y arranques de verdadera poesía.

La primera trata del feminismo social. Después de hacer una breve historia de ese fenómeno social, y de notar la peligrosa orientación sectaria y emancipadora que se le ha dado, y un formidable conjunto de cosas nuevas asedia a la mujer, define el feminismo cristiano. «No, yo no vengo a predicar derechos ni a discutir escuelas. Vengo, señoras, a establecer deberes, los deberes que exige la paz social, los sacrificios que os impone vuestra condición femenina, la acción que os demandan el amor, la justicia y el bien, que no tienen sexo, pero que esperan a las puertas de esta sociedad moderna para entrar en ella, guiadas por vuestras manos blancas y lindas...».

«Hay, pues, un deber nuevo para la mujer española de hoy, que llamaremos el deber social...». «Pero la misión primera de la mujer está en su casa, allí con sus hijos y su esposo ha de aprender a ejercitarse en este apostolado, haciéndoles entender la noción del trabajo, la importancia de la mujer pública y privada, la alta trascendencia del cristianismo, maravillosa regla de vida. Y cuando haya conseguido cristianizar su casa, entonces estará en camino para desparramarse en un medio exterior».

Después estudia las obras de socialidad femenina en Francia, Bélgica, Suiza: la Enseñanza del Menaje, el Sindicato de la Aguja, la Liga Social de Compradoras, y en España la Trata de blancas, el Montepío de la Santa Madrona de Barcelona, las escuelas dominicales de Madrid. Tiene páginas de intensa elocuencia sobre los peligros de las jóvenes obreras, de las modistas, de las criadas de servicio. Habla del papel de la mujer para combatir al alcoholismo, y del amor al campo. Y termina definiendo la verdadera misión social de la mujer hoy. «En última instancia, tal problema no es sino cuestión de educación, y para educar al obrero, para infundirle respeto a la propiedad, para enseñarle amor a la vida de familia, a los goces moderados y sanos, no hay nadie como la mujer que sienta en su propia alma los encantos del hogar, que tiene en el corazón el secreto de las dulzuras necesarias en la obra educadora».

La segunda conferencia sobre la emigración en Béjar es un estudio en vivo de ese gravísimo problema de la emigración castellana, y tiene acentos de vivo dolor y remedios eficaces. Hace historia de la crisis industrial en Béjar. «Nuestra emigración es negocio de estómago. Los obreros se van porque no tienen qué comer...». «De qué sirven los hartazgos de libertad que gratuitamente regalan al pueblo nuestros políticos, si con esa libertad no se acallan los gritos del hambre...». «Se le han predicado (al obrero) derechos, y no se le ha dicho una palabra de sus deberes, se le ha enseñado a odiar la religión, que era su consuelo..., se le ha metido en el alma un concepto de igualdad absurda..., se le ha amarrado a la cadena de esas sociedades de resistencia, que lo tiranizan en vez de libertarlo...».

Señala a la atención del Gobierno los problemas que plantea la emigración, la necesidad de serias reformas en el régimen del trabajador y de la propiedad; describe los crueles desengaños que allá en América encuentran nuestros emigrantes, y termina así dirigiéndose a los obreros: «Sí, cuando veáis amenazados los derechos santos de vuestro trabajo, defendedlos; la Iglesia y los sacerdotes os ayudarán en el combate por la justicia..., y cuando la falta de trabajo lleve a vuestros hogares las tristezas del hambre, no desconfiéis de la patria, sino buscad organización..., la salvación está en nosotros mismos; llevamos dentro la mina de nuestra riqueza... Organizaos económica y cristianamente; ensayad la cooperativa de producción y de consumo; dejad las horas de la taberna por unos minutos de lectura; intentad la unión profesional bajo las bases católicas. Paso a la buena voluntad. Así es como hay que hacer signo y sello el vivir, diciendo cada cual su palabra y haciendo su obra».

M.S. BARRADO



[Polo, segundo por la derecha, con los mineros de la región asturiana de Mieres].

El otro artículo fue publicado días después, el 27 de febrero de 1907, bajo seudónimo, en *El Adelanto*, que era un diario de Salamanca.

DOS CONFERENCIAS

Llega a mis manos un folleto que leo con avidez, pues el título que ostenta en su cubierta roja me impresiona y excita mi curiosidad.

*Su autor es un sacerdote, y el título *El Feminismo*. ¿No es cierto que es curioso ver a un sacerdote escribir o hablar de feminismo? El tema es escabroso para tratado por un clérigo, y esto es lo que despierta mi deseo de leer pronto el folleto.*

*Tiene una segunda parte, *La Emigración en Béjar*, y esos dos trabajos son conferencias dadas en el *Círculo Católico de Béjar*, en diciembre último, por un joven sacerdote salmantino, bravo adalid del catolicismo, que, en la tribuna, en la prensa, en el púlpito, en todas partes, riñe, batalla inacabablemente en defensa de los ideales cristianos que juró defender al ser ungido ministro de Dios.*

Es José Polo Benito, el sacerdote católico moderno, que busca la pelea sin descanso, tras orientaciones y rumbos nuevos, armado del crucifijo, pero bien perpetrado de otras armas que esgrime con valentía y talento.

Polo Benito es muy joven aún, y se ha conquistado hermoso puesto en las avanzadas de ese ejército cristiano, que anhela resolver las cuestiones que agitan actualmente a las muchedumbres, con algo más que con soluciones teológicas.

No ha de tardar mucho, sin que veamos a Polo Benito conviviendo con nosotros y dando a la provincia todo el cáliz de su inteligencia.

Ciego será quien no perciba ese gigantesco movimiento que han iniciado eminentes propagandistas católicos de todo el mundo, que con certera visión del porvenir se aprestan a establecer, bajo las bases de amor y caridad, un mundo nuevo donde el pobre encuentre asegurado el pan suyo y de sus hijos, por lo menos, en condiciones menos penosas que en la actualidad.

Esas ligas de católicos, que en Francia sobre todo y en Alemania y Estados Unidos después, han tomado un desarrollo tan enorme y en las que aparte lo instructivo y educativo, tienen anejas cajas de ahorros, de préstamos, cajas para los asociados sin trabajo, para los enfermos; ligas, en fin, de defensa y acción social, que bajo mil formas y nombres se extienden por todas partes; esas ligas, digo, son la base de una sociedad mejor, que, al par que enaltecen a sus miembros, les procuran el bienestar material y los redimen de los mil vicios con que el mal destruye al hombre.

Polo Benito sabe bien lo importante que es, en toda obra humana, el conseguir el apoyo de la mujer, y por eso fue a Béjar a hablar a las mujeres bejaranas, tan pródigas en generosidad y bondad, para abrirles el camino, para decirles la forma en que deben comenzar la obra simpática de redención.

Los trabajos de este género en España son casi desconocidos. Faltan propagandistas en número, ya que no en calidad, pues por fortuna nuestra, tenemos un P. Vicente con poderoso talento organizador de sólidas virtudes, que a diario está logrando triunfos de hermosura sin par.

Pero hacen falta cooperadores, y Polo Benito es uno de ellos; de los más decididos y entusiastas, cual lo demuestra en esa conferencia cuya lectura debieran hacer los que en algo se interesen por el mejoramiento de nuestras clases obreras y pobres.

Hay en la conferencia multitud de datos precisos sobre cooperativas obreras y enseñanzas de todo género, que de seguro han de fructificar con el tiempo.

La otra conferencia trata la grave cuestión de la emigración en Béjar. Mucho se ha escrito sobre este asunto, y lo mismo ocurre con todas las cuestiones que tienen difícil solución.

En terapéutica social pasa igual que en terapéutica farmacológica. Cuando vean mis lectores que para una enfermedad determinada se recomiendan por los autores multitud de remedios, pensad desde luego que no tiene ninguno.

Sin embargo, Polo Benito se arresta a proponer los medios para combatir aquella, y después de un estudio muy imparcial y acertado de la dolencia que aflige a Béjar, formula su terapéutica en breves palabras, que si no han de curar por completo la enfermedad, al menos han de atenuar sus mortales efectos, preparando para mañana un vivir más vigoroso y sano.

¿Cuáles son aquellos? Instrucción, educación, cooperativas de producción y consumo, vida ajena a la taberna y olvido de esas teorías que los doctores de ocasión exponen en mitins y prensa infame, que envenena el alma obrera.

No hay en todo ello nada nuevo, nada heroico; pero de cierto que si modestamente se siguen los consejos del sacerdote salmantino, con alguna ayuda de los poderes públicos veremos surgir al cabo de algunos años un pueblo rico y próspero, cual merece serlo esa infeliz ciudad, víctima de desaciertos, incuria y abandono de los que más obligados estaban a lo contrario.

Mi felicitación más efusiva y cariñosa a Polo Benito y que cunda el ejemplo.

7. DEL PERIODISMO CATÓLICO

Este libro escrito en 1908 lleva por título: ***Del periodismo católico***. Se trata de una serie de conferencias que Polo Benito pronunció en el Seminario Conciliar de Plasencia. De ahí el resto de títulos: *Periódicos de partido. El periódico hoy. Nuestros periódicos regionales. Los curas, corresponsales.*

En la revista semanal *La Cataluña*, con fecha de 20 de febrero de 1909, leemos: «Publicaciones recibidas. *Del periodismo católico*, por José Polo Benito. Conferencias pronunciadas en el Seminario Conciliar de Plasencia. - Imprenta de Manuel Ramos».

También, y curiosamente (era de ideología republicana y anticlerical), aparece como libro recibido en el semanario satírico escrito en catalán, titulado *L'Esquella de la Torratxa*, del 18 de marzo de 1909. Lo firma *Sept Sciencies* (que se traduce por *sabelotodo*):

«*Del periodismo católico, per J. Polo Benito. - Conferencias que sobre la premsa católica pronunciá aquest senyor, qui, además de periodista, es canonge*».

Años después en *El Restaurador*, diario de propaganda católico-social y de avisos, del 25 de mayo de 1912, leemos al editarse la octava edición:

«Con seguro criterio y singular desenfado, propio de un periodista veterano, trata el autor materias delicadísimas sobre los periódicos de todos los matices sin ocultar manchas ni escatimar elogios. Algunas opiniones tendrán por ventura reparos en su contra no pocos, pero todas son dignas de atención y respeto por las razones sobre que las apoya el autor, ni endebles, ni destituidas de fuerte peso de experiencia. El lenguaje y el estilo descubren a las claras al diarista».

8. EL CENTRO CATÓLICO DE SERRADILLA

El siervo de Dios Benedicto Barbero¹⁷ y el beato José Polo Benito fundaron el Centro Católico de Serradilla, localidad natal del primero. En el *Regional* del 29 de julio de 1908, leemos:

¹⁷ El siervo de Dios Benedicto Teodoro Barbero Bermejo nació en la villa cacereña de Serradilla el 15 de abril de 1879, en un hogar profundamente cristiano. Sintió desde muy niño la vocación sacerdotal. Cursó sus estudios sacerdotales en los seminarios de Coria (Cáceres) y Plasencia (Cáceres), y habiendo obtenido la licenciatura en Teología en la Facultad de Salamanca, fue ordenado sacerdote el 24 de mayo de 1902. Desempeñó sucesivamente los ministerios de párroco en Cristina (Badajoz), coadjutor en Miajadas (Cáceres) y vicerrector del Seminario Diocesano de Plasencia, donde dejó honda huella por sus competencias y extraordinarias virtudes evangélicas. En 1919 obtuvo por oposición la parroquia de Santa María de Don Benito, la que tenía mayor cantidad de feligreses de la diócesis de Plasencia. Su austera figura de hombre entregado, de bondad rebotante, dispuesto a darlo todo por sus feligreses, fue causa de admiración, estima y veneración popular.

El 23 de julio de 1936, a requerimiento del alcalde, y después de celebrar la última misa, entregó las llaves de su querida parroquia, y fue confinado en su domicilio. El 6 de septiembre fue llevado a la cárcel común. Por el respeto y veneración que inspiraba, los mismos milicianos le sugirieron la idea de que se ocultase, y que ellos cumplirían la misión diciendo sencillamente que no estaba en casa, pero rechazó la propuesta. En la cárcel sufrió con serenidad impresionante los ultrajes que le causaron, gracias a la fortaleza acumulada en su vida de intensa oración. Incomunicado un tiempo en una pequeña celda, siempre que hacían la inspección le encontraban de rodillas, con la vista elevada al cielo, abstraído de lo que pasaba alrededor suyo. Uno de los carceleros aseguró que, en una ocasión al entrar en la celda de madrugada, lo halló levantado del suelo, en el aire, arrodillado en actitud orante. El 30 de septiembre de 1936, junto con otros cuatro sacerdotes y numerosos seglares, **fue llevado al paredón de fusilamiento por su condición de sacerdote, pues ningún otro crimen le podían imputar**. Bien lo sabían sus verdugos, cuando, al pasar cerca del hospital de la Cruz Roja, le ofrecieron ser ingresado en él, en un último intento de salvarle la vida; pero una vez más su voluntad estaba decidida a apurar el cáliz y respondió: *-Me voy con mis compañeros, que ahora me necesitan más que nunca*. En 2015 se abrió una causa para su canonización.

«A la caída de la tarde del día 24 salieron a las afueras del pueblo, para recibir al Sr. Polo Benito y demás invitados de Plasencia, todos los socios del centro y gran parte del vecindario, con el párroco y clero a la cabeza. Infinidad de voladores surcaron el espacio cuando aparecieron los huéspedes por la carretera, y entre hurras y vítores interminables hicieron su entrada en el pueblo.

La animación es indescriptible; el entusiasmo crece por momentos; la expectación por oír al Sr. Polo Benito es inmensa. Jamás se han visto en Serradilla tales preparativos.



LA APERTURA. A las diez en punto del día 25 se dirige la comitiva al local del nuevo centro. Su paso por las calles del pueblo es una ovación interminable. Los amplios salones se llenan rápidamente. Comienza el acto.

El prestigioso y honradísimo presidente, don Antonio Barbero, presenta al Sr. Polo Benito, quien ocupa la tribuna.

Su presencia en ella es acogida con aplausos entusiastas. El público se recoge luego en el silencio solemne de los grandes acontecimientos y Polo Benito, arrogante, grandilocuente, comienza a contar las bellezas del serrucho que cobija a Serradilla y las de los campos en que se halla engarzada.

Habla luego, como él solo sabe hacerlo, de la trascendencia del acto y explica lo que va a significar en la vida y prosperidad del pueblo el Centro Católico.

El Centro, decía, ha de ser el foco donde converjan las ideas y los sentimientos de todos los socios, para ser reflejados luego en obras de paz y de orden por el pueblo. Este Centro no quiere hacer política, su fin único es la pacificación y prosperidad de Serradilla, por la caridad fecunda y salvadora del catolicismo.

[El famoso *Cristo de Serradilla*, del madrileño Domingo de Rioja, hacia 1635].

Todos los hombres que de veras quieran la regeneración social por Cristo tienen abiertas las puertas de este centro. Aquí no habrá banderías; acogemos a todos, a los de Oriente y Occidente. Vengan, pues, todos los hombres de buena voluntad a cooperar en esta empresa grande.

Yo bien sé, proseguía, que vuestra acción será combatida al principio; pero, ¡no temáis! ¡Adelante! Si vuestra labor es cristiana y honrada, si solamente lleváis en el corazón el amor, sin exclusivismos perniciosos, el triunfo será vuestro porque la fuerza del amor es irresistible.

Detalla a continuación las obras más útiles para el pueblo, como la creación de escuelas y pósitos, y exhorta a los socios a que no dejen escapar la ocasión actual para constituir legalmente un pósito de la tierra, que ha de ser lazo de amistad perdurable entre el Centro y el pueblo de Serradilla y el jalón visible en el camino de su resurgimiento económico y moral.

Ofrecido el concurso del Ilmo. Señor obispo y el suyo personal para todo lo que signifique mejoramiento de este pueblo rico y hermoso, concluye describiendo en párrafos magníficos la Serradilla que él espera ver, a la vuelta de pocos años, si los socios del Centro trabajan como buenos.

La fascinación que ejerce sobre estos honrados y sencillos agricultores la palabra vibrante, sonora, ardiente, sincera del joven sacerdote es indecible. En la abigarrada multitud que llena el salón, se pinta la admiración primero, el afecto y la simpatía después, el asentimiento más tarde, la identificación de ideas y

sentimientos siempre y el entusiasmo delirante cuando, al terminar su discurso, se levantan hombres y mujeres agitando sombreros y pañuelos y estrechando con efusión, con cariñosa violencia sus manos.



EL BANQUETE. El salón convertido en comedor ofrece un golpe de vista soberbio [...] entre el rumor de francas y animadas conversaciones, y va creciendo la alegría hasta estallar en brindis entusiastas después de los postres.

Levanta primero su copa don Benedicto Barbero [en la foto; en 2015 se abrió su proceso de canonización por martirio] por la unión práctica y fecunda de los católicos de Serradilla, y cantan luego los hondos amores de la

tierra nuestra [unos y otros]. Y otra vez se deja oír gallarda y sonora la voz del señor Polo Benito, quien con acentos del alma nos dice cuánta es su alegría por la manifestación de solidaridad cristiana que estamos realizando, y nos explica las fuerzas vivas que entraña el regionalismo sano, que él quisiera ver implantado en toda Extremadura como en Serradilla.

El Sr. cura párroco cierra los discursos con una arenga fogosa, grandilocuente, en la que, a la vuelta de asegurarnos que siempre ha trabajado con ahínco por la prosperidad y bienestar de todos los habitantes de este pueblo, a los que quiere con amor de padre, hace ver que la redención social solamente puede venir por la práctica de los ideales católicos.

EL MITIN. Por la tarde y después de visitar la afamada huerta de El Hoyo, precioso vergel de naranjos y limoneros, se dirigen los del Centro a la plaza, llena de gente, en número de tres mil.

Desde un balcón convertido en tribuna, habla primero don Francisco Gómez, para presentar a Polo Benito, y decir la misión que este trae a Serradilla. Enseguida cede su puesto al fogoso orador tribunicio, quien es saludado con vivas interminables.

La figura de Polo Benito aparece orlada de grandezas por las tintas crepusculares. Su palabra cae sobre la muchedumbre como rocío bienhechor, portador de ideas de paz, de amor, de orden; truena contra los políticos explotadores de las candideces de los pueblos y excita a los serradillanos a que no se fíen de palabras huecas. Vosotros, dice, no debéis seguir a los extraños, a quienes no sientan vuestras cosas, las cosas de vuestras calles, de vuestros campos. No tenéis precisión de salir de vosotros mismos; la mina de vuestra riqueza y prosperidad está dentro de vosotros.

El trabajo y la cultura cristiana han de ser vuestro ideal. El Centro que hoy hemos inaugurado quiere fundar una escuela y un pósito. Yo pongo a disposición de estas instituciones mi bolsillo y mi trabajo. También me complazco en transmitir la bendición especial que os envía el prelado, como prenda de sus amores de padre.

Y terminó el acto. Las impresiones que ha dejado en Serradilla no pueden ser más hondas. Los hombres de todas las políticas se han deshecho en elogios hacia **el apóstol del catolicismo social** y han admirado la vitalidad fecunda de sus luminosas ideas. Grandísimas son las esperanzas que todos abrigamos acerca de su trascendencia para la vida y el porvenir de Serradilla; quiera Dios que la semilla crezca y se desarrolle hasta dar el ciento por uno».

9. GUAREÑA: 1908 y 1917

Guareña es un municipio pacense que pertenece a la comarca de Vegas Altas y al partido judicial de Don Benito. Eclesiásticamente depende de la diócesis de Plasencia.



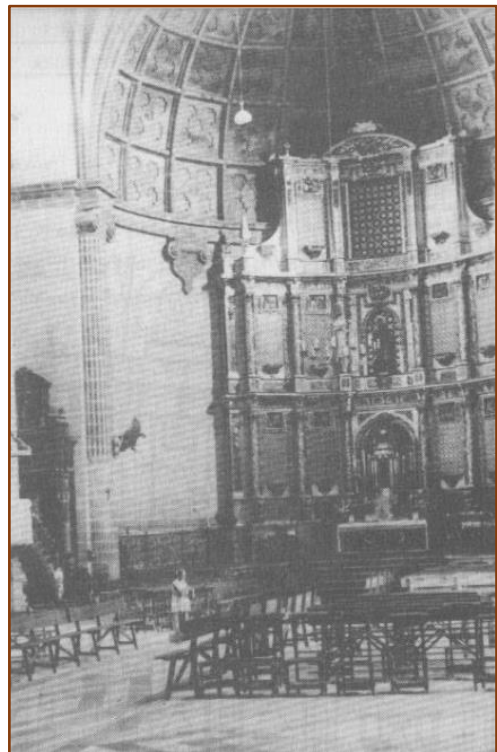
[La foto es del 2 de febrero de 1908 en el Ayuntamiento de Guareña. El primero de los sentados por la derecha es el beato José Polo; a su derecha, el obispo de Plasencia, monseñor Francisco Jarrín].

Años después volvemos a encontrarnos con un escrito del beato José Polo con motivo de la consagración del templo parroquial de Santa María en 1917.

El 28 de abril de 1900 se hundió el cuarto tramo de la bóveda del templo parroquial; la inmediata al coro, llevándose por delante el tejado de esa zona, el coro, su maderamen, y fragmentando unas dos mil losas del pavimento de la

iglesia. Inmediatamente se pone en marcha una junta llamada *La Reparación del Templo de Santa María*, bajo la presidencia del que entonces era alcalde, Juan Lucas Retamar. La junta eligió para la reparación y reconstrucción del templo al arquitecto Ricardo G. Guereta, que participó en la construcción de la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena de Madrid, y a su colega Eugenio F. Quintanilla.

Estos reconstruyeron todo lo derruido, pero utilizando materiales más ligeros, y terminaron toda la obra en 1917. La reapertura se realizó solemnemente el 9 de junio de 1917, consagrándose el templo por el obispo de Plasencia, monseñor Ángel Regueras López. Trágicamente, en los días de la persecución religiosa que se vivieron durante la Guerra Civil fueron destruidos los altares y el retablo de la iglesia [a la izquierda, antes de la guerra; a la derecha, sin ninguna imagen].



DEL TIEMPO VIEJO

«Van nueve años cumplidos; poca cosa para quienes hacen de la memoria sagrario del buen recuerdo; una eternidad para quienes la gratitud es una acusadorea evocación.

Era por entonces (febrero de 1906) alcalde de Guareña don Fernando Cabrera, discreto caballero de inteligencia despierta y de relevante perfil moral.

El diputado a Cortes don Manuel Dorado compartía dichosamente la dirección de la consabida “res publica” con el buen gobierno de su casa de labranza y con el vigilante amor a su pueblo, destacando sobre estas preocupaciones una amorosa y viva ansiedad “por ver restaurada” la iglesia.

Así, con el artículo por delante, porque para los vecinos de Guareña no hay ni puede haber otra iglesia que el templo de Santa María. En su comparación las demás, ni a ermitas llegan.

¡Y con qué entrañable anhelo hablaba don Manuel de “las obras”! Vibraba en sus frases el unánime sentir del pueblo.

Se verificó por aquella época la primera visita pastoral del Ilmo. Sr. D. Francisco Jarrín. La recordaréis todos; fue aquella una entrada triunfal.

De triunfo hablaban el júbilo de las voces, la alegría de los semblantes, la luz de los ojos, el adorno de las calles... hasta aquel sol de invierno, que fulguró rutilante por los días citados, como un anticipo de primavera, lucía victorioso.

Quería la incontable muchedumbre de fieles oír al obispo, recibir en su alma la lluvia saludable de su palabra adoctrinadora y sabia, escuchar de cerca al pastor y padre; pero ¡no había iglesia!, y el prelado tuvo que contentarse con saludar a sus hijos en una de las ermitas.

Por igual motivo, hubo de celebrarse solemne misa pontifical en el atrio del gran templo cerrado y mudo. Por cierto que, en plena invernada, tuvieron muchas señoras y señoritas que “sacar” las sombrillas, tan extremada era la fuerza del sol.

Desde aquel atrio me cupo la honra de hablar a miles de fieles, que por millares se contaron también, en una conferencia entre religiosa y social que pronuncié en la plaza en la que se echaron los cimientos de la Caja Rural, que hoy funciona gloriosamente.

Y todo porque no había iglesia. Pero, ¿es posible seguir así?, se preguntaban unos y otros, y en esta pregunta iban penosamente compendiadas las cordiales vehemencias de un pueblo que, siendo piadoso por traición y por convencimiento, empezaba a sentir entibiados sus fervores.

¿Sería posible seguir así? Y de dar cumplida contestación a la pregunta, se encargaron el Ilmo. Sr. Obispo, don Manuel Dorado, don Ignacio Nieto, don Fernando Cabrera y muchos más; todo el pueblo.

Se comenzó por reconstruir la Junta local, cuyos trabajos tomaron nuevo y más brioso incremento.

Poco tiempo después, creo que en julio del 1908, el Sr. Obispo y don Manuel Dorado, recabaron del Sr. marqués de Figueroa, en una entrevista celebrada con él, alguna subvención y ayuda económica para las obras. Se concedieron, si no me engaño, 25.500 pesetas.

El Sr. Dorado insistió entonces en el sistema de las rifas, imitando a la perfección al famoso sastre de Campillo.

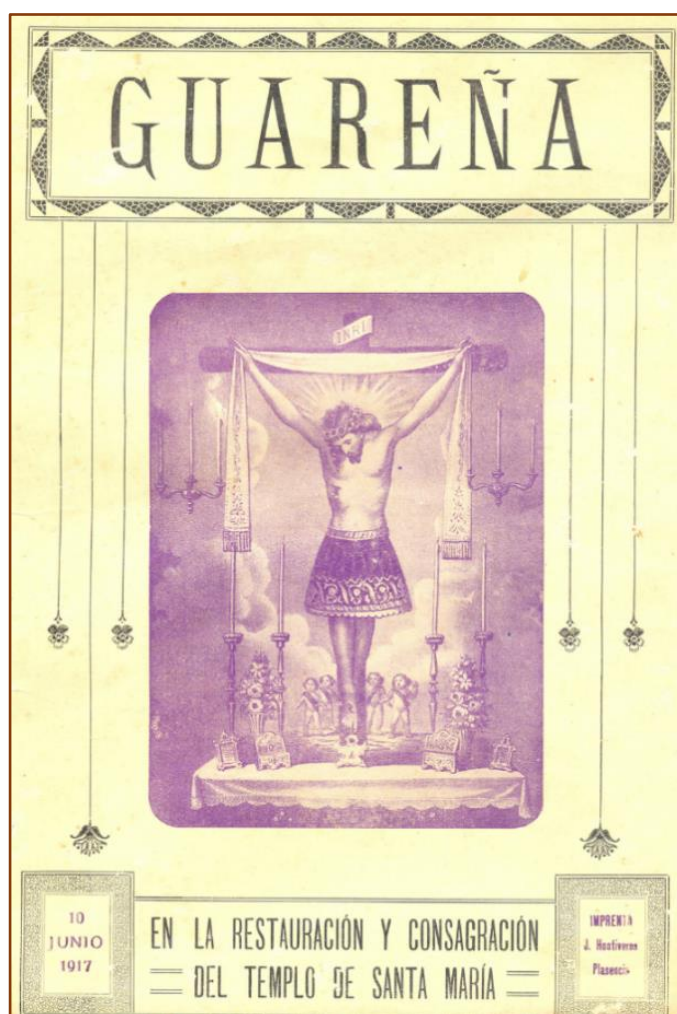
Por escrito y personalmente, la Junta local vino a Plasencia repetidas veces a fin de tratar de dichas obras, concordar pareceres, robustecer uniones, ultimar detalles.

Meses antes de la inesperada y santa muerte del Ilmo. Sr. Jarrín, entregó este a la Junta una cantidad de pesetas, que ha sido escrupulosamente administrada y aun aumentada por los de Guareña.

Dentro de breves días se celebrará, solemne y suntuosamente, la reapertura del templo, ya felizmente restaurado; y en contestación a la fineza que me dispensa un sacerdote amante de su pueblo natal, pidiéndome un artículo “con datos y noticias”, escribo estas cuartillas.

Allá va “eso” Sr. D. Francisco Caballero; allá va “eso” que si no le sirve a Vd. para el caso, puede Vd. romperlo, no se trata al cabo más que de las memorias del tiempo viejo, del tiempo viejo de un joven.

¡Ojalá que en las líneas se vislumbre cuando menos una leve transparencia de los anhelos y afanes, de los trabajos y preocupaciones “por la iglesia de Guareña” que embargaron el alma de aquel varón sabio y virtuoso tan respetado y querido por ese vecindario!».



10. APOSTOLADO EN LAS HURDES

El año 1908 quedará grabado en la historia de Las Hurdes¹⁸. Había sido el doctor Bide¹⁹ quien, en 1892, tras viajar por Las Hurdes, presenta un informe en el boletín de la *Sociedad Geográfica de Madrid*, en el que denuncia las difíciles condiciones de vida de los hurdanos. Después, la *Sociedad Protectora Esperanza de Las Hurdes*, dirigida por monseñor Jarrín, inicia obras caritativas en la comarca, que tienen su punto álgido con el **I Congreso Nacional de Hurdanos y Hurdanófilos**, celebrado en Plasencia el 14-15 de junio de 1908.

Escribe Polo Benito²⁰, como secretario general de la comisión organizadora: «El Congreso Nacional de Hurdanófilos no aspira a ser una asamblea más, sino la reunión de los que van a laborar por la patria. Ni políticas ni sectarismos de color; en este congreso, el primero que en España se convoca con propósitos de patriótico humanitarismo, se va a discutir reposada y serenamente algo nuestro; esas ansias, que ahora se sienten vivas y ardorosas de mejorar la condición social de los pueblos, esa oleada de filantropía y de altísimo españolismo que desde hace algún tiempo corre por la prensa, tendrán en este congreso campo de acción dilatado y rico. El Gobierno español ha asociado sus energías a la empresa comenzada por la *Esperanza de Las Hurdes*. Y si en los años de labor de esta simpática sociedad, la tierra pobre ha visto edificar escuelas, abrir caminos, remediar necesidades con el préstamo gratuito, descuajar maleza, y con el alfabeto en una mano y el arado en la otra iniciarse una época de mayor prosperidad, lícito es esperar, que aunados los esfuerzos de todos en las gloriosas finalidades de la obra común, en breve plazo quedarán rotas las murallas del aislamiento que detienen la savia y destruida la ignorancia engendradora de todas las miserias».

10.1. CONGRESO NACIONAL HURDANÓFILO

La Ilustración española y americana publica, el 30 de junio de 1908, una extensa crónica de cuatro páginas, con motivo de la celebración del **I Congreso Nacional Hurdanófilo**. Como vemos en la primera página, aparece Polo Benito como organizador del congreso. Al final del texto leemos: “auxiliado (el obispo) eficaz y poderosísimamente por su actual secretario de gobierno, el joven sacerdote, incansable propagandista y brillante escritor”.

¹⁸ Cabe recordar que Las Hurdes se sitúan en el norte de la provincia extremeña de Cáceres, en el límite con la de Salamanca. Se trata de un terreno montañoso de clima mediterráneo con influencia atlántica. La comarca limita con la sierra de Gata, las Tierras de Granadilla y la sierra de Francia (Salamanca).

¹⁹ Jean Batiste Bide, médico y antropólogo francés, publicó, en 1892, *Las Batuecas y Las Jurdes*, primer estudio de carácter científico dedicado a la región en el que se ofrece información contrastada sobre su orografía, su hidrografía, las costumbres y el modo de vida de sus habitantes, y las razones que eran, a su juicio, la causa de sus males. El volumen incluía un mapa, el primero que se publicó de la zona.

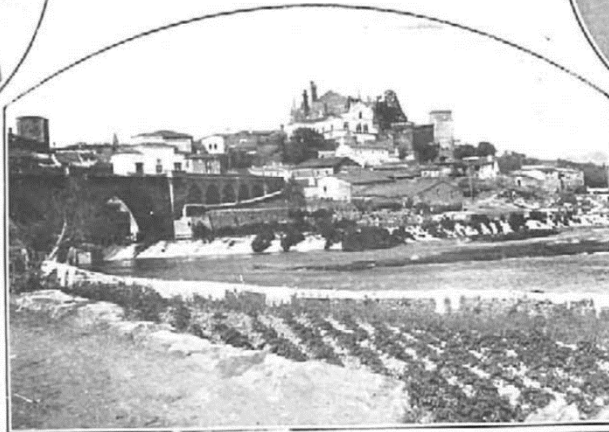
²⁰ *Crónica del Congreso Nacional de Hurdanófilos celebrado en Plasencia en los días 14 y 15 de junio de 1908* (Talleres de Imprenta y encuadernación, Plasencia, 1908). Allí escribe don José la introducción (páginas 5ss.); *Discurso de inauguración* (páginas 17 y 18); y *Las Hurdes y La Esperanza de las Hurdes* (páginas 77-131).



SR. D. JOSÉ GONZÁLEZ,
(Crotonillo),
médico de Mirabel.
Iniciador del Congreso jurdanófilo.

LAS JURDES
Y EL CONGRESO JURDANOFILO

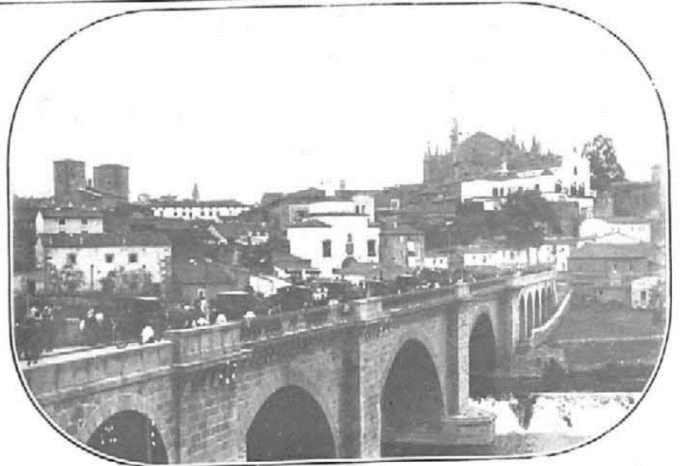
Vista general de Plasencia.



SR. D. JOSÉ POLO BENITO,
secretario de Cámara y Gobierno
del Obispado de Plasencia.
Organizador del Congreso.

Plasencia. — Una de las puertas.

Plasencia.—El puente.



ALONSO Sánchez, en su libro *De Rebus Hispanie*, atribuyó á una fugitiva y enamorada pareja, de la familia del Duque de Alba, el casual descubrimiento de esta región, «distante de Salamanca como á doce leguas», abrupta ó ignorada, con un ameno valle habitado por «hombres sin cultura ni ornato de cuerpo, de lenguaje no conocido sino es por algunos términos semejantes á los de los tiempos godos, idólatras como los judíos....., que se mantenían de bellotas y castañas que produce el terreno, y de tan imponente presencia en su absoluta desnudez, que varios caballeros armados, parientes del Gran Duque, retrocedieron sobrecogidos al verles, sin llevar á término la expedición proyectada y emprendida al tener noticia de su descubrimiento».

Esta es quizá la primera fábula, fuente y origen de todas las demás, que se han escrito acerca de Las Jurdes y los jurdanos, sin conocerlos, dando lugar á la errónea creencia de que, á dos pasos de Salamanca, había una comarca de salvajes.

En tal superchería, y en las dificultades climatológicas y orográficas, que hacen peligroso el acceso y tránsito por Las Jurdes, se halla probablemente la razón de haber permanecido inexploradas centenares de años, durante los cuales la imaginación y la pluma pudieron conseguir fácilmente el triunfo de sus fantásticas creaciones.

No es este artículo de controversia, sino sencillamente de exposición; por lo cual, sin detenernos á comentar los escritos del Br. González de Manuel, Lope de Vega, Feijóo, Nieremberg, Barrantes, doctores



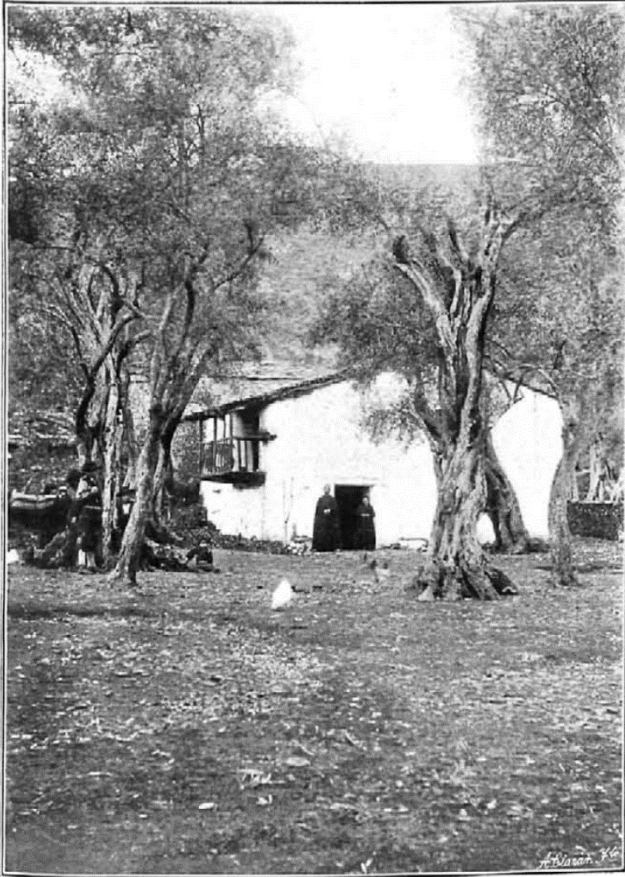
ILMO. SR. D. FRANCISCO JARRÍN Y MORO,
obispo de Plasencia.

Velasco y Vide, Guerra Hontiveros, Santibáñez, Madoz y otros varios, haremos constar la afirmación comprobada, de que sólo uno entre ellos, el Dr. Vide, visitó Las Jurdes, sin llegar al interior.

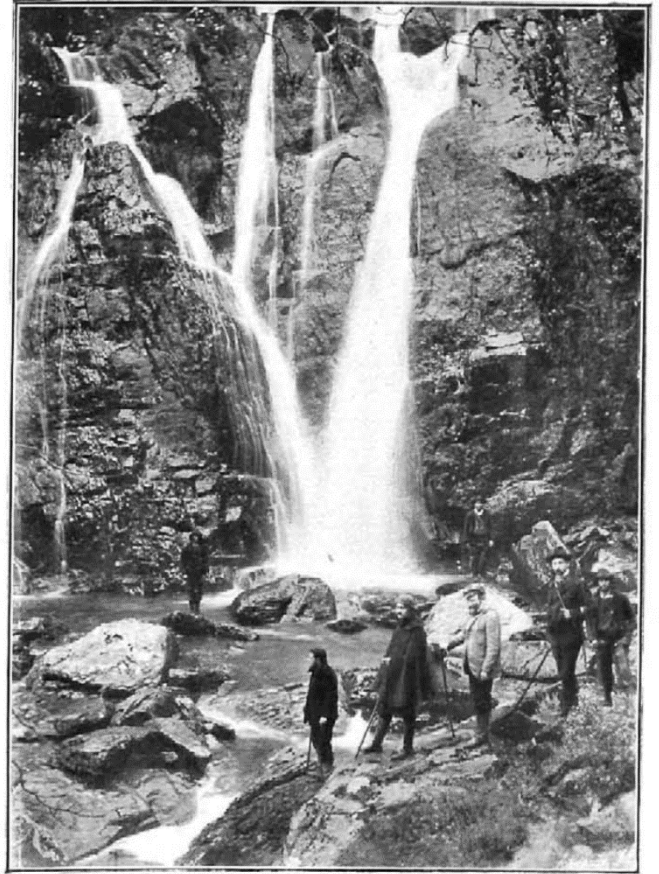
Las Jurdes (1), paraje probablemente prehistórico, como le calificó Luis Bello, en la etimología de su nombre, el de sus pueblos, alquerías y ríos, revela su antigüedad. «Jurdes—dice el ilustrado arquitecto D. Vicente Paredes Guillén (2)—significa lavadero, y recibió este nombre porque del lavado de sus tierras, desde los tiempos más antiguos, se ha estado obteniendo el oro en abundancia. En esta comarca los aluviones, los intersticios de las pizarras, las cuarcitas y todas las rocas de su suelo contienen el oro..... También los nombres de los pueblos y ríos conspiran á suponer que en algún tiempo su explotación aurífera ha tenido gran importancia, *El Gusco*, nombre de una alquería, significa Tesoro; *Pesga*, pie del Tesoro; *Machagar*,

(1) Ha sido punto muy debatido en la revista *Las Jurdes* si el nombre de esa región ha de escribirse con *J* ó con *G*, y tal es la importancia de los argumentos filológicos con que delende el empleo de la *J* el distinguido folclorista extremeño Sr. García de la Plata y Osma, y el número y valor de los documentos antiguos resucitados, para pronunciarlos en igual sentido, por el perseverante escudriñador de archivos el abogado D. Julián Manobo, que, razonablemente, no hay más remedio que aceptar la forma ortográfica ya empleada y explicada por el Sr. Paredes y Guillén, en el libro de que después nos ocuparemos.

(2) *Origen del nombre de Extremadura, el de los antiguos y modernos de sus comarcas, ciudades, villas, etc.*, página 78.



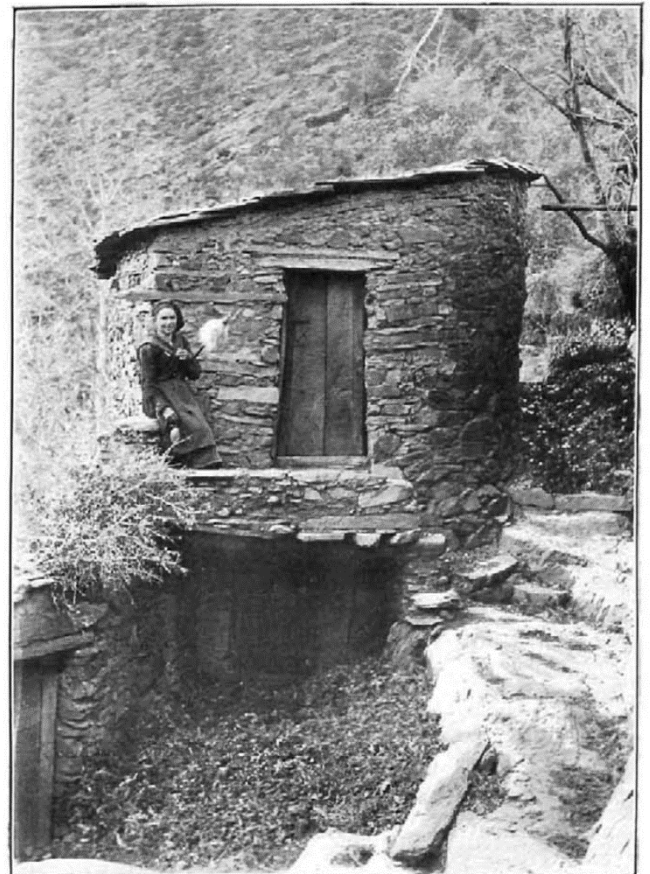
Casa rectoral de Nuñomoral.



Chorro de los Ángeles.



Calle principal de Mestas.



La mejor casa de Martinandrán.



Tipo de Las Jurdes.

camino del Tesoro; río *Jurdan*, el que lava.»

Recientes y muy repetidas excursiones de salmantinos, que después citaremos, han servido para descubrir en Las Jurdes vestigios y restos de la dominación romana y árabe, lo cual demuestra que esa región estuvo habitada en aquellos periodos de la Historia; pero de tales hallazgos no puede deducirse, como algunos historiadores y geógrafos sostienen, que ese territorio haya estado constantemente poblado y que sus actuales moradores sean descendientes, no civilizados aún, del hombre primitivo que le ocupara. La despoblación y repoblación posterior de Las Jurdes aparece perfectamente comprobada en documentos auténticos de los siglos xv y xvi, pertenecientes al Sr. Mancero.

Se ha profundizado poco todavía en el estudio de Las Jurdes, y no es fácil que las investigaciones de ahora aclaren los muchos puntos oscuros que existen, por la deficiencia de las tradiciones que conservan los habitantes de aquel inexplorado territorio, que ha vivido en el aislamiento y el abandono secularmente. Es, por lo tanto, muy difícil puntualizar la época y motivos de su despoblación. Quizá el volcán extinto de *El Gasco*, en alguna de sus violentas erupciones, de fecha desconocida, que se deduce de la abundancia de lava que circunda las proximidades del cráter, ahuyentara á los moradores del territorio jurdano; pero lo incuestionable es que á fines del siglo xiv y principios del xv Las Jurdes fueron una dehesa sin poblados, perteneciente al lugar de La Alberca, como parte de uno de los señoríos de la Casa de Alba.

La noticia de su repoblación, aun no docu-

mentada, es tradicional. Atraídos algunos albarcanos, intrépidos pastores y colmeneros, por la riqueza y frondosidad de los campos jurdanenses, internáronse en sus arrisgados bosques de jara y encina. Poco á poco, y unos tras otros, fueron posesionándose en buen número de aquella dilatada, fértil y casi mostrenca comarca, en la que se establecieron, llevando por todo bagaje sus ganados y la incultura propia de la época y del pueblo de su origen, tan rezagado entonces en la lenta marcha del progreso, como todos los de la serranía de Gata.

El innato amor á la independencia y al terruño tan fácilmente conquistado, despertó en los nuevos pobladores de Las Jurdes el deseo de emanciparse de su metrópoli. La Alberca, que después de muchas y graves cuestiones, resueltas por los Duques de Alba en ejecutorias que he leído, se vió en la necesidad de cederles á censo enfiteúatico, por escritura de 14 de Marzo de 1529, el dominio útil de aquellas tierras, mediante un canon ó rédito anual de siete mil quinientos maravedises y setenta y cinco pares de perdices, pagaderos en dos plazos, que se fijaban en «Navidad y San Juan de Junio».

Desde la fecha de ese documento hasta la segunda mitad del siglo xvii, no se tienen de Las Jurdes otras noticias más que las de las frecuentes contiendas y pleitos con La Alberca.

Es puramente caprichoso cuanto se ha escrito acerca de la inferioridad original, de raza, orgánica, de los jurdanos. En la genealogía de los que hoy viven podría encontrarse el parentesco con individuos normales y aun distinguidos por su inteligencia y su cultura, que viven en las provincias de Salamanca y Cáceres.

El deplorable estado actual de los jurdanos obedece á un fenómeno de indiscutible naturalidad en su desenvolvimiento. Establecidos los pastores albarcanos en Las Jurdes bajo el influjo de su estoica indolencia, de su predisposición al aislamiento y de su ignorancia — aun de lo más rudimentario relativo á la conservación individual, — viviendo en zahurdas en comunidad con las bestias, durmiendo sobre sus mefiticos excrementos, allí conservados para facilitar la descomposición de los «jelechus» que habrán de servir de abono al prado, comiendo sólo frutos y raíces de aquella feraz é inculta tierra, mezclados á veces con los pétreos mendrugos de pan recogidos por los naturales del país, que imploran la caridad en los contornos para comerciar con sus productos, cambiándoles por harapos y semillas á sus conterráneos, natural era que en esos individuos se operase una degeneración fisiopsíquica progresiva, que fatalmente les condujera al estado de inferioridad física y embrutecimiento moral en que les conoció el venerable D. Juan Porras y Atienza, ilustre cordobés (1), que al ser nombrado Obispo de Coria en 1684, inició la obra de redención de Las Jurdes.

La enumeración descriptiva de los importantes y meritisimos trabajos del obispo

(1) Nacido en Cabra el 6 de Enero de 1627.



SR. D. JULIÁN MANCERO,

abogado salmantino, oriundo de Las Jurdes, por cuya regeneración viene interesándose.

Atienza, hecha magistralmente por el erudito deán de Plasencia D. Eugenio Escobar, en la revista *Las Hurdes*, resulta imposible en este artículo. ¡Veinte años de constante labor, de sacrificios y desvelos, no pueden historiarse en el corto es-



Tipo de Las Jurdes.

Fotografías de Venancio Gomban.



Grupo de jurdanos ante la cámara fotográfica.

pacio disponible! Apenas iniciada la realización de su vastísima y difícil empresa, á los veinte años de su pontificado, altamente provechoso para la mísera región jurdana, murió el benemérito Prelado en Lagunilla el 28 de Julio de 1704.

Nadie se sintió con alientos para continuar la obra magna emprendida por aquel gran sociólogo y filántropo, hasta que, en 1886, otro varón sabio, fuerte y caritativo, como Porras, salmantino de nacimiento, magistrado entonces de esta basílica-catedral, y hoy Obispo de Plasencia, el doctor don Francisco Jarrín Moro, inició la nueva etapa de regeneración de los jurdanos. Auxiliado eficaz y poderosísimamente por su actual Secretario de gobierno, el joven sacerdote, incansable propagandista y brillante escritor, don José Polo Benito, por la generosidad de D. Jacinto Orellana, marqués de Albalá; por el entusiasta jurdanófilo, médico y periodista *Crotantilo*; por el notable fotógrafo don Venancio Gombau, que con sus excelentes trabajos ha contribuido eficazmente á la popularización gráfica de Las Jurdes; por el abogado D. Julián Mancebo, incansable rebuscador y publicista de documentos para la historia veraz de esa comarca; por sus compañeros mitrados de Sevilla, Salamanca y Coria, y por otros

muchos salmantinos y algunos extremeños, que citaríamos si el espacio lo permitiera, no sólo ha conseguido, sin más ayuda que la de los particulares y á sus expensas, edificar iglesias y escuelas, construir caminos y fomentar directa y personalmente la ilustración y cultura de los jurdanos, que con razón le llaman «padre», sino que, fundando y sosteniendo periódicos y revistas, solicitando el concurso de cuantos con la influencia ó el dinero podían favorecerle, organizando asambleas, excursiones y sociedades, como la de

La "Esperanza de Las Jurdes, ha logrado hacer lo más difícil: opinión y entusiasmo. La prueba más patente de ellos se ha visto en el Congreso jurdanófilo de Plasencia, donde estadistas tan eminentes como el Sr. Morat; hombres ilustres, como el sabio Dr. Pulido, ya interesado en el problema desde hace mucho tiempo; jóvenes tan cultos y animosos como Fernando Sánchez Arjona; políticos de tanta influencia dentro de la actual situación, como el Conde de Retamoso, el Vizconde de Eza y D. Eloy Bullón, han ofrecido, no sólo su valiosa cooperación intelectual, sino su ayuda positiva, traducida ya en hechos de tal importancia, como la concesión de cincuenta mil pesetas para pósitos en Las Jurdes. De dónde, al fin, vendrá la redención jurdana, es tema difícil, que merece estudio aparte.



El teatro de Mestas.

Fotografías de Venancio Gombau.

LAS JURDES Y EL CONGRESO JURDANOFILO.

César Real y Rodríguez.

[*El teatro de Las Mestas*, obra del fotógrafo Venancio Gombau, recogido en la revista española *La ilustración española y americana* (Año LII. nº XXIV de 30 de junio de 1908. p. 393). Don José en el centro de la escena, como un actor más].





[A la derecha, sobre estas líneas, don José Polo a caballo, recorriendo Las Hurdes. Abajo, en un momento de descanso, junto al río. El beato, segundo por la derecha, junto a otros expedicionarios].



10.2. PREMIADO POR LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

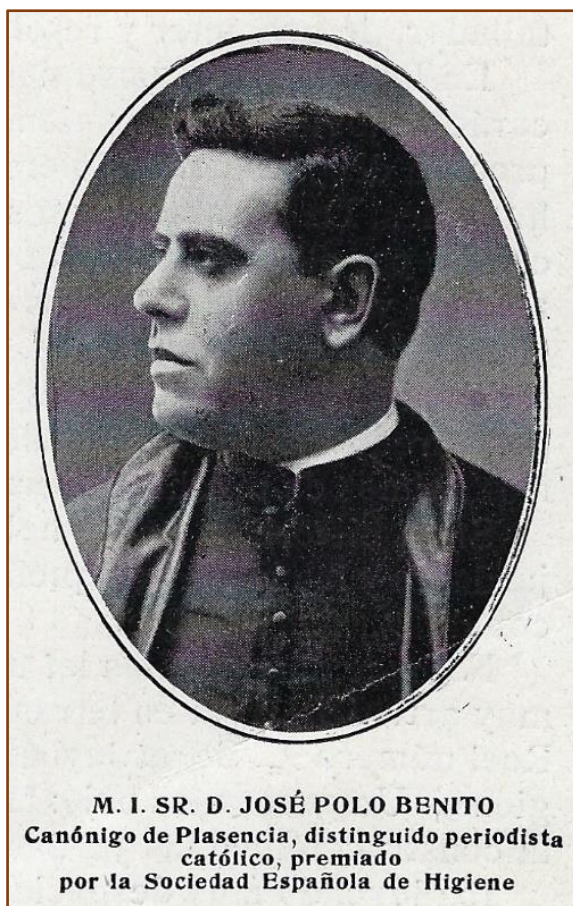
La *Sociedad Española de Higiene* le concede en diciembre de 1910 el premio *Legado Roel*²¹, por su trabajo «*El hogar jurdano. Consejos para la construcción en Las Jurdes de viviendas sanas y baratas*».

Escribe un discípulo, Enrique de Villena y Montalbán, unas páginas para consignar el éxito de este premio (*La Basílica Teresiana*, 15 de abril de 1911):

«...hace tiempo quería escribir unas cuartillas de alabanza de un corazón muy teresiano, que van a salir ahora mismo, sin más rodeos ni más nada... Fuimos discípulos; y ya se vio entonces claro talento y singular agudeza: buena memoria y movible imaginación. Hasta en los andares se denunciaba este conjunto de variadas cualidades, mas según mi juicio, en aquellos días de inquieta y bullidora juventud, salía entre todas la imaginación. Hacía y repetía versos con muy admirada facilidad.

Hoy, don José Polo Benito, que así se llama el amigo mío, es canónigo de Plasencia, después de lúcidos ejercicios escolásticos y escritura de un artículo de periódico. Brilló en aquellas oposiciones, y fueron muchas y de calidad las enhorabuenas que recibió. Es de recia complexión espiritual, trabajador, afable, hombre que sabe dar la nota del día, sin fingimientos, sin abdicaciones.

Cuando estuvo en Salamanca, antes de ir a Plasencia, ya se distinguía como hombre de cultura, muy dado al periodismo, donde ganó laureles en memorable campaña. Hoy es una personalidad periodística. Dirige en Plasencia *El Regional*, de muy lindo aspecto y con una lectura entretenida y de meollo.



²¹ **Faustino García Roel** (1821-1895) fue una de las figuras más sobresalientes de la medicina asturiana en la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de haber estudiado Latín y Filosofía en la Universidad de Oviedo, marchó a Madrid para cursar los estudios de Medicina. Una vez finalizados, se instala en Oviedo, donde va a ejercer su profesión en puestos oficiales como médico de Prisiones, médico e inspector de la Beneficencia Provincial, y director del Hospital Militar de la provincia. En Madrid, donde ejerció buena parte de su profesión, fundó la *Sociedad Española de Higiene*, bautizada con su nombre, y a la que legó una importante cantidad de dinero, instaurando premios anuales. Esta tenía por objetivos "propagar los conocimientos higiénicos, crear institutos de higiene, fomentar esta disciplina desde el punto de vista de la docencia y de la investigación y el de confeccionar una estadística demográfico-sanitaria".

Pocos como él para enfilear discretas y graciosas redondillas contra demasías de modas y juegos, ambiciones y soberbias. Allí donde reina un vicio, le busca enseguida las vueltas para ponerle bien un par de banderillas que hagan sangre, sin daño de la honra. No tiene nada de vulgar ni de frívolo en sus escritos; son, además de serios, muy ajustados a las normas del gusto. Cálidos, eso sí, con pasión. Solo en esa forma pueden hacer mella. Es la suya muy envidiable facilidad. Son nombrados sus triunfos. Es un espíritu entero, batallador, de acometer y resolver dificultades.

En Las Jurdes anda su nombre en labios de todos; es de carácter jovial, abierto; tiene para todos dulces palabras, y procura después con todo empeño atender las súplicas de los humildes. De los amigos no se diga nada, es capaz de echar el bofe por ellos. ¡Cuánto ha trabajado en Las Jurdes! ¡Cuántas idas y venidas! ¡Cuántos artículos, cuántos versos, cuántos discursos, cuántas cartas, cuántos sinsabores!, y todo por el bien; por la redención de miserables. Para estas obras son necesarios ánimos de mucho esfuerzo personal».

10.3. *POR LA ESPAÑA DESCONOCIDA*

He querido rescatar estas “Notas de una excursión a La Alberca, Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia”. Es un texto largo, y fue publicado con ilustraciones fotográficas de Venancio Gombau²². Lo escribe Blanco Belmonte²³ y fue publicado, en 1911, como suplemento en *La Ilustración Española y Americana*.

Por interés me ciño especialmente al retrato que se hace de Las Hurdes, a las fotos que aparecen en la publicación y a las que conserva la familia del beato José Polo, para mostrar la increíble labor hecha por el obispo Jarrín y su secretario, Polo Benito. Este solo tenía 32 años, pero **ya son reconocidos sus méritos sobrados en labios de todos los que escriben de él.**

El primer capítulo narra las peripecias que llevan a los excursionistas desde Salamanca a La Alberca, que se encuentra en las vísperas de la fiesta de la Virgen de agosto (día 14). El segundo capítulo explica extensamente las fiestas y costumbres de este pueblo. Concluye así:

“Y, así pensando, buscamos el sueño preparatorio para nuestra segunda jornada. Al amanecer nos aguardaban las cabalgaduras para llevarnos a un mundo nuevo: a la comarca de Las Jurdes”.

Los dos últimos capítulos, el sexto y el séptimo, narran el viaje de Las Hurdes a las Batuecas y la visita al santuario de la Peña de Francia. Ahora recogemos del

²² **Venancio Gombau Santos** (1861-1929) fue un fotógrafo de finales del siglo XIX y principios del XX. Legó una gran colección fotográfica documental de la ciudad de Salamanca, de los pueblos de la provincia y sus habitantes. Comenzó como reportero, para luego ser un gran retratista. A finales del siglo XIX adquirió un gran prestigio entre la élite intelectual de Salamanca, llegando a ser el fotógrafo más famoso de la provincia, gracias a lo cual pudo retratar a multitud de personalidades de la época.

²³ **Marcos Rafael Blanco Belmonte** (1871-1936) fue un poeta, escritor, traductor y periodista. Nació en Córdoba. En 1896 era redactor del periódico cordobés *La Unión*. Posteriormente se trasladó a Madrid, donde fue redactor del periódico *El Español*, y en 1900 pasó a ser redactor numerario de *La Ilustración Española y Americana*.

tercer al quinto capítulo. Desconocedores actualmente de aquella situación y de la necesidad habida, estas páginas nos ayudarán a entender un periodo de nuestra historia y, sobre todo, la activa participación de nuestro protagonista.



[El 15 de octubre de 1911 el obispo de Plasencia, monseñor Jarrín, bendice un nuevo puente sobre el río de los Ángeles, en Las Hurdes. Sobre estas líneas, el beato José Polo, con sotana, en el centro de la foto. En este viaje fue inaugurada una lápida en la casa del Ayuntamiento de Pínofrankeado en honor del Ilustrísimo Sr. D. Francisco Jarrín y de D. José Polo Benito. *La Ilustración Española y Americana*, 30 de octubre de 1911, nº LX, páginas 255-256].



AL QUE LEYERE

Al celebrarse en el año 1908 el Congreso Nacional Hurdanófilo, *La Ilustración Española y Americana* dedicó atención especial a aquella asamblea reunida en la histórica ciudad de Plasencia.

Una brillante crónica firmada por el notable escritor César Real y una magnífica colección de fotografías obtenidas por el reputado artista Venancio Gombau, aparecieron en *La Ilustración* como revelaciones de una España ignota, en la cual varios millares de familias vivían una existencia más desdichada, más miserable y más falta de amparo que la de los desheredados parias que arrastran en la India una agonía sin muerte, hundidos en la pobreza, abofeteados por el hambre y escarnecidos por injustos desdenes.

Un latido de intensa piedad, un estremecimiento de honda conmiseración hizo vibrar mi pecho.

Y, a partir de aquel instante, formé el propósito de visitar la región jurdana.

La casualidad -eso que alguien ha dicho que es el seudónimo que emplea Dios cuando no quiere firmar sus obras- fue deparándome la honra y satisfacción de conocer personalmente y de tratar con afecto a los abnegados caudillos de la nobilísima campaña en pro de la regeneración de Las Jurdes.

Lo que aprendí escuchando a esos caudillos fue acicate para mi deseo, confirmación para mi propósito y acrecimiento de simpatía para las víctimas de un olvido cruel, de un olvido monstruosamente criminal.

La amistad se encargó de allanar el camino para que mi empeño se realizase.

Y, cuando mediaba el verano próximo pasado, una carta me llamó a Salamanca anunciándome que estaban ultimados los preparativos para efectuar la excursión a La Alberca, Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia.

Volé a Salamanca. Allí me aguardaban los dos cronistas, literario y fotográfico, del Congreso Hurdanófilo, y con ellos Alfredo Mancebo, hijo del erudito escritor y patriarca albercano don Julián, que nos brindaba su casa como cuartel general de la expedición. Y, en fin, allá en La Alberca nos esperaba, **como jefe y guía de la caravana, don José Polo Benito, que ha consagrado lo mejor de su talento, de su actividad asombrosa y de sus fecundas campañas periodísticas a trabajar en beneficio de los jurdanos.**

Hacer un viaje con tales compañeros era, sencillamente, contar de antemano con infinitas satisfacciones afectivas.

Acaso parezca hiperbólico llamar *España desconocida* a la España que visité. Ciertamente que habrá unos cuantos miles de españoles que conozcan esa España. Pero cierto también que hay muchos, muchísimos millones de hermanos nuestros -hermanos por la sangre y hermanos por el idioma- que ni han pisado tierras jurdanas ni casi tienen de ellas más que noticias insuficientes cuando no inexactas.

Para unos y otros escribo estas notas, que responden a una impresión muy personal, muy sincera, y que pretenden reflejar un cuadro visto a través de brumas que la emoción condensa en las pupilas.

La humildad del agua que la lluvia manda a la tierra forma en ella minúsculos lagos, donde se copian las celestes inmensidades.

Tal vez en estas notas, dictadas por el corazón, se retraten otras inmensidades: inmensidades de infortunio, inmensidades de sufrimiento, inmensidades de bondad y de amor [...].

III. De La Alberca al Portillo. - Desde la cumbre. - Camino inmejorable. - Nociones geográficas, legendarias e históricas acerca de Las Jurdes. - Charla con un jurdano. - Entrada en las mestas. - Las viviendas por fuera y por dentro. - En la escuela.

La primera luz del alborar nos encontró reunidos en el oratorio de la casa de don Julián. Allí Polo Benito celebró el sacrificio santo de la misa, aplicándolo por la paz del alma de la que fue digna compañera de nuestro huésped.

Al montar en las caballerías, Polo, asumiendo la jefatura de la expedición, nos ofreció los auxilios espirituales en caso de probable necesidad; César nos tranquilizó brindándose a practicar con todo cariño las diligencias judiciales a que hubiere lugar; Gombau me indicó que en su maleta llevaba elementos para efectuar una casi inevitable cura de urgencia, y yo, modestamente, me hice cargo del manejo del botiquín.

Cencio y Perico, al tenernos el estribo, nos manifestaron que la gente exagera mucho y que no todos los que dan un paseo por Las Jurdes vuelven mancos, descalabrados o cojos.

-Bueno, observó Alfredo, no asustéis a estos señores; ya se sabe que hay algunos que no vuelven, porque se quedan allí para siempre.

En la distribución de machos me correspondió cabalgar en *Canito*, un mulo que conoce los vericuetos de la sierra, por haberlos andado centenares de veces en su ya larga vida.

Mientras el día acababa de abrirse paso desgarrando celajes y arrebolando jirones de nubecillas plateadas, dejamos atrás La Alberca.

A los pocos minutos nos encontrábamos en plena soledad.

Hasta la Fuente de San Esteban habíamos estado en comunicación con el mundo mediante todos los vehículos de la civilización moderna; en la Fuente, al abandonar el tren, se rompió un eslabón de la cadena: la línea férrea; en Sequeros se quebraron otros dos eslabones: la carretera y el telégrafo; al entrar en La Alberca acabó el camino vecinal, y al salir de ella dejamos de ver los hilos conductores del fluido eléctrico, el último vínculo que nos enlazaba, aun cuando sólo fuese imaginativamente, con la sociedad civilizada.

A medida que ascendíamos, la senda se hacía más escabrosa, menos practicable, y el campo pregonaba con voces sin palabras que la mano del hombre descuidaba la labor de aquellas extensiones cubiertas de matorrales y salpicadas de rocas.

Nos acercábamos a la cumbre cuando el sol, con majestad soberana, desplegó su magnificencia luminosa.

Una cruz de hierro con tosco pedestal de piedra nos advirtió el lugar en que acababa la provincia de Salamanca y daba comienzo la de Cáceres. Llegábamos al Portillo de La Alberca.

-Miren ustedes hacia atrás hasta nueva orden, y verán algo que les compensará de las molestias del camino, exclamó Polo Benito.

Obedecimos el mandato, y durante breves instantes contemplamos el panorama de la sierra que habíamos escalado; de la sierra que, por gradaciones casi insensibles, era ocre en la altura, verde esmeralda en los repechos, verde pálida en las postreras ondulaciones, verde púrpura en los castañares que la circundaban, verde oro en los viñedos y gualda en la llanura, en las dehesas que se prolongaban hasta fundirse con la turquesa del cielo...

- ¡De frente!, dijo con voz estentórea nuestro jefe.

Un escalofrío nos sacudió; algo que no es posible definir nos arrancó un grito y nos hizo saltar a tierra y quedar inmóviles, absortos, con el ánimo en suspenso, con los ojos abiertos desmesuradamente, cual si quisiéramos dar entrada en el alma, por las mezquinas ventanas de los sentidos, a la grandeza del cuadro que teníamos ante la vista...

La mano de Dios había erigido en aquella cumbre un trono de mil doscientos sesenta y cinco metros de elevación, y desde aquel trono, que era una prolongación del nudo roquero constituido por la Peña de Francia, dominaban cuatro enormes macizos, cuatro ramales montañosos que se hallaban a nuestros pies, revestidos de pompa agreste, abrupta, inefable...

Eran cuatro canciones de gesta, cuatro poemas ciclópeos, cuatro murallones colosales que se alzaban cual formidables defensas de una comarca...

El cielo -como afirmó Castelar con acierto feliz- ha querido abrir un abismo infranqueable entre el sentimiento y la expresión. No intentaré profanar con la palabra la emoción honda, augusta que allí nos embargó. Mudos, atónitos, permanecemos largo rato, y en aquel acto de fervor admirativo hubo ternuras y purezas de plegaria y hubo el reconocimiento de la pequeñez humana ante la omnipotencia del Creador retratada en sus obras...

Desde la cima, alejados de la tierra, envueltos por flecos de nubes, abarcábamos con la mirada algo enorme, caótico: un laberinto de sierras que, en lo hondo, mostraban, a guisa de fauces monstruosas, tétricos barrancos, angostos y oscuros valles y dentellados perfiles de crestas agudas cual dientes de bestias antediluvianas... Y tras de aquellos macizos, en los repliegues de aquellas gargantas, colgados como nidos de águilas en los escarpes, acurrucados como alimañas en los pedregales se escondían Las Jurdes.

Al escuchar la voz de «¡Adelante!» los dos novicios de la partida, César y yo, nos miramos, suponiendo que los compañeros trataban de embromarnos. Para tomar por asalto el primer macizo, era necesario ante todo llegar a la hondura del primer valle, y para bajar al valle hacía falta una senda, que en vano buscábamos: el terreno parecía cortado a pico ante nuestros pies. Al ver que Polo, Gombau y Mancebo aguijaban a sus machos, cerramos los ojos y fuimos tras ellos. En la ladera se adivinaba algo así como una madeja blanca a medio devanar: aquel era el camino, que en su anchura máxima podría medir hasta dos cuartas.

He cazado en las fragosidades de Sierra Morena; he subido a los montos de Candelario; he bajado a las lagunas del Trampal, y conozco los desfiladeros de Despeñaperros y de los Gaitanes. Con lo peorcito de todos esos parajes puede competir dignamente la vereda que une el Portillo de La Alberca con el valle de las Batuecas.

-En contando veintiocho revueltas estamos en el río, gritó Polo.

-¡Y acaso antes!, contestamos César y yo, manteniendo a duras penas el equilibrio, seriamente comprometido por un resbalón de nuestras caballerías.

-Ahora vamos a llegar al sitio en que don José dio una caída, recordó caritativamente Perico.

-¡No fue malo el porrazo!, afirmó Polo Benito. Pero tuve la suerte de dar sobre unos brezos y todo se redujo a contusiones, arañazos y molestias de menor cuantía.

Una cruz plantada en la vertiente señalaba el punto medio de la madeja retorcida que íbamos devanando.

De repente, el *Canito* tuvo la comodidad de pisar en falso... Un tirón enérgico del ramal evitó que ocurriera un desaguisado.

-Ahí mismo se hizo una brecha en la frente el señor obispo, murmuró a modo de consuelo Cencio.

-Pues es raro, replicó César, porque el camino es in...me...jo...ra...ble...

El final de la frase lo pronunció en tierra, y si no sirvieron sus costillas de instrumento de agrimensor, obra fue de la agilidad con que saltó, apeándose ante la huida del macho, asustado por el brusco ruido de una perdiz que levantó el vuelo.

Por pura comodidad, para dar elasticidad a las piernas, optamos por concluir de bajar a pie. Ya en el valle, libres de inquietudes, la conversación se animó.

Estábamos en el fondo de un embudo, en el final de un pozo, en las entrañas de una sima. Sobre los matorrales surgían peñascos volcánicos, en los cuales la fantasía podía adivinar formas de animales fabulosos o miembros de titanes.

Atravesamos casi a pie enjuto el río Batuecas y volvimos a utilizar las caballerías para recorrer un sendero sinuoso trazado cerca de la orilla.

En aquella profundidad, el sol caía a plomo, implacablemente, sobre nuestras espaldas. Helechos, brezos, lentiscos y madroñeras crecían por doquier con pujanza extraordinaria; las hierbas adquirían proporciones de arbustos, los arbustos eran frondosos árboles. Había allí sol, agua y tierra fértil; y, sin embargo, el hombre dejaba inculto el suelo. Ni una choza, ni un rebaño, ni una huella de vida alegraban aquel desierto.

Entre las frondas asomaron los ojos de un puente: la frontera de Las Jurdes.

Y, antes de penetrar en la comarca jurdana, hicimos un alto en mitad del río y charlamos formalmente.

Pedí a mis amigos algunas noticias referentes a la geografía, historia y leyenda de la región en que íbamos a poner la planta.

Polo, sin vacilar, tomó la palabra y nos hizo saber: que nos encontrábamos en un valle del tercer macizo de la cordillera carpetana, al sur de la sierra de Gata, en la vertiente meridional del Grupo Central, o sea de la Carpetovetónica; que del núcleo principal, o sea de la Peña de Francia y de la Peña Jasleala, se desprendían en serie decreciente los ramales montañosos de Las Jurdes: sierras de Lomo Labrado, del Cordón, del Retamar, de la Mula y de Mestas, que nacen en Pico Espinal, Cotorro de las Tiendas y Pico Mingorro; y, en fin, que íbamos a entrar en la sierra de Mestas.

Un aplauso cerrado premió al geógrafo, que se inclinó en señal de gratitud y continuó diciendo:

-Las Jurdes se hallan a diez y ocho leguas de la capital de la provincia, a diez y seis de Salamanca, a diez de la frontera portuguesa, a ocho de Coria, residencia del obispo de la diócesis, a siete de Plasencia y a cinco de Béjar y de Ciudad Rodrigo. Todo esto salvo error o distracción.

-Bueno, amigo mío -observé- usted se ha traído «embotellada» la conferencia geográfica.

-Todas las sierras que he citado las he recorrido en compañía del señor Jarrín, respondió Polo Benito.

Callamos, movidos por impulso de admiración.

Luego, cediendo a mis instancias, el geógrafo completó así su descripción:

-La región de Las Jurdes es un cuadrilátero irregular, que mide once leguas de longitud por seis de latitud, ocupando una extensión aproximada de mil novecientos kilómetros cuadrados. Está limitada por las sierras de Francia, de Gata, de los Ángeles, de Muño-Garra, de Altamira, de Castillejo y de las Vaquerizas, y por el río Alagón...

-Y la riegan -interrumpió Gombau, con el tonillo de un escolar que recita la lección- siete principales ríos, a saber: el de los Ángeles, Orejuela, Esperaban, Frago, Jurdano o Jordán, Ladrillar y Batuecas..., servidor de ustedes, concluyó, lanzando una piedra a la corriente y poniéndonos en dispersión para evitar salpicaduras.

Al ir a tomar las cabalgaduras me encontré convertido en infante; el Canito, aprovechando un momento de libertad, había comenzado a trotar vereda adelante, atraído por la querencia hacia Las Mestas; Perico corrió tratando de dar alcance al prófugo, pero Canito, al sentirse perseguido, apretó el trote, y mozo y animal se perdieron de vista.

Aun cuando mis compañeros me brindaron acomodo en las ancas de sus machos, y aun cuando el calor aumentaba en términos invitadores para no hacer ejercicio, opté por marchar a pie, y no me arrepentí de ello.

Los excursionistas caminábamos en columna indiana, pues la estrechez de la vereda no daba para mayor desahogo. Teníamos al frente una montaña áspera, a los pies el río, que saltaba entre rocas y se precipitaba en los calderones con gran estruendo, y el camino -¡de algún modo hay que llamar a las cosas!- corría faldeando otra vertiente. El tal camino era una cornisa menguada, que serpeaba entre malezas y esquivaba peñascales; las aguas torrenciales, en la estación lluviosa, rompían por todas partes la senda, y los *mesteros* resanaban los daños, afianzando pizarras y rellenando con piedras y con helechos las barranquillas.

Ante un calderón del río, que se estrellaba espumarajeando enfrenado por las estribaciones de las sierras, Mancebo nos participó que por aquel precipicio rodó un caminante con su caballería, sin que fuese posible prestarle auxilio.

Agradecemos el aviso, y, dando de mano a las bromas, empezamos a comprender las causas del olvido en que han estado envueltas Las Jurdes. Si en aquel momento hubieran asomado otros excursionistas en dirección contraria a la nuestra, fuerza hubiese sido retroceder, desandando un par de kilómetros. Eso es lo que se acostumbra a hacer en la comarca, correspondiendo el retroceso al que se halla menos distante de un punto que permita el cruce.

César, defiriendo a mi ruego y luciendo su potencia vocal, narró desde la altura del albardón la poética cuanto fantástica leyenda de los primeros pobladores de Las Jurdes. Y con derroche de adornos históricos, con primores descriptivos, como si hubiera sido testigo del hecho, nos habló de los amores de una doncellita y de un paje que se hallaban al servicio de los duques de Alba, de la oposición violenta con que tropezó el idilio y de la fuga de los enamorados, que, al internarse en el inhabitado bosque de la comarca jurdana y al labrar allí una cabaña, renovaron el ejemplo de nuestros primeros padres y fueron principio de un linaje.

-Todo eso es muy bonito -objetó Alfredo-, pero falso de toda falsedad. Mi padre ha demostrado que esta región fue un paraíso terrenal que formaba parte de los estados que el ducado de Alba poseía en las provincias extremeñas. También mi padre ha encontrado, rebuscando en archivos, los datos más antiguos que existen con referencia a Las Jurdes; esos datos se remontan al siglo XIV, y consisten en una escritura-privilegio, fechada el 1326, por la cual la villa de Granada, hoy Granadilla, concedía al pueblo de La Alberca en “pleno jure” la dehesa de Las Jurdes, como recompensa a los trabajos realizados por los albercanos roturando la dehesa, poblándola y estableciendo en ella ganadería y colmenares. Y por virtud de esa concesión, el pueblo de La Alberca disfrutó durante tres siglos de los productos de estas tierras, hasta que en 1531 -ante

notario y con aprobación y confirmación de D. Fadrique de Toledo, como señor feudal de estos territorios-, en pleno Concejo y al son de campana tañida, cedieron los albercanos a los pastores que poblaban la dehesa con sus majadas la comarca de Las Jurdes en enfiteusis, quedando a La Alborea el dominio directo y pasando el útil a los jurdanos.

-¡Bravo por el historiador!, exclamamos a coro.

También Alfredo se había preparado para lucirse hoy.

-Pues usted no se habrá venido de vacío, me dijeron mis camaradas. Conque desembuche y veamos si se trae bien aprendida la papeleta.

Efectivamente, yo llevaba improvisadas, con una semana de anticipación, varias ideas históricas acerca de Las Jurdes en edades remotas. Así, pues, encendí un cigarrillo, reflexioné un momento, y disparé un párrafo muy «presentable», hablando de los hombres prehistóricos, que habitaron en las casi inexploradas cavernas del castillo de Zambrano y del Cotorro de las Tiendas; de los romanos, que emprendieron el laboreo de las hoy abandonadas minas de estaño y que fundaron la ciudad de Otulia, convertida actualmente en montón de escombros; de los árabes, que dejaron unido su recuerdo al ruinoso castillo de Trebel o de Zambrano, al Morro del Moro y a Caminomorisco; de los paladines medioevales, de los caballeros de la Tabla Redonda, del famoso Roldán, que, como huella de su paso por Las Jurdes, hirió una roca con su férrea lanza e hizo brotar la llamada Fuente de Roldán, al pie del castillo de Trebel. En fin, al esponjarme satisfecho con las muestras de aprobación de mis oyentes, al querer sorprenderlos preguntando quién fue el primer protector de los jurdanos, resulté yo el sorprendido.

Polo contestó en el acto: *- ¡Un compatriota de Osio!*

-¡Un paisano del Gran Capitán!, voceó César.

-Un señor que nació en la tierra donde Abderramán coleccionó seis mil preciosidades en su harén, murmuró enternecido Alfredo.

Y Gombau, torciéndose el sombrero jacarandosamente, cantó por todo lo alto:

*«¡Viva la tierra,
viva la tierra,
patria de Lagartijo,
Machaco y Guerra!...»*

Cuando reíamos todos de bonísima gana, cuando mayor era la animación, nos dimos de cara con la primera impresión triste de la jornada. Al detenernos en un recodo, donde Perico me hizo entrega del Canito, al cual había logrado capturar, se nos agregó un pobre hombre que caminaba cargado con un saco. Era un jurdano, el primero que yo veía. De corta estatura, muy enjuto, con la tez cobriza y los ojos sin expresión, aquel infeliz parecía un anciano enfermo. Vestía calzón estropeadísimo que le llegaba hasta la rodilla, camisa tosca y mugrienta y un guiñapo anudado a la cabeza; el viento y el sol le habían curtido las desnudas

piernas, y en cuanto a calzado, a juzgar por la muestra, era artículo superfluo para el caminante.

Conferenciamos con aquel anciano que aún no había cumplido cuarenta años; se dirigía a su pueblo, a Ladrillar, y venía de La Alberca, donde adquirió la víspera las tres arrobas de patatas que llevaba a cuestas; antes se «acercó» a Ciudad Rodrigo para vender un saco de cebollas de verano; total, diez y ocho o veinte leguas a pie, hollando breñales y malezas y agobiado por la carga, para ganar escasamente una peseta en el viaje. Y el hombre hasta sonreía satisfecho; caminar en agosto daba gozo; lo malo era en el invierno, cuando para ir de Ladrillar a La Alberca hay que marchar sobre la nieve, que casi imposibilita la subida al puerto de Monsagro. Y todavía los que van a pie no son los peor librados, porque yendo con caballerías hay que enmantarlos los cascós, so pena de despeñarse.

Al darle un cigarro a aquel trabajador heroicamente sufrido, vimos un relámpago de alegría en sus pupilas turbias.

-Por un cigarro -nos dijo Polo- los jurdanos son capaces de pasarse andando una noche entera.

Al separarnos del anciano, los mulos emprendieron un trotecillo anunciador de la proximidad de la cuadra.

Curiosamente mirábamos una presa rudimentaria hecha para sangrar el río, y al apartar los ojos deslumbrados por el efecto del sol de oro del mediodía sobre la plata de un campo de lino, divisamos en lontananza la melancolía de unos cipreses. Nuestro capellán y jefe echó pie a tierra; Cencio y Perico se habían descubierto ya, y en la majestad del campo, frente al lejano cementerio, se alzó un responso por el que fue párroco de Las Mestas...

Desfilamos ante un olivar, rodeamos una iglesia de muros enjalbegados y desembocamos en la calle Mayor del pueblo o alquería de Las Mestas.

Entrábamos en el primer poblado de Las Jurdes altas.

Desde un principio la angustia pesó sobre nuestros ánimos. Con una sola excepción, los edificios que formaban la calle no tenían aspecto de habitaciones humanas; las paredes estaban hechas con piedras y con pizarras superpuestas, sin trabazón, sin argamasa que rellenase las juntas, sin enlucimiento de mezcla ni de yeso; los techos se erguían a la altura del hombro de una persona, y eran una mezcla de pizarras y de ramas secas; las puertas semejaban bocas de cavernas, y las ventanas y chimeneas se reducían a un pedazo de piedra fuera de su sitio.

Nuestra presencia atrajo a los padres de Perico y ahuyentó a los vecinos y vecinas que se hallaban en la calle. Los niños corrían asustados, despavoridos, ocultándose como animalitos que temen ser castigados. Después, cuando corrió la noticia de que iba con nosotros don Polo -así suelen llamar los jurdanos al secretario de don Jarrín-, asomaron tímidamente algunos *mesteros* y fueron acercándose.

En muchos niños renació la tranquilidad; pero otros, a pesar de nuestras palabras afectuosas, continuaron huyendo, agarrados a las sayas de sus madres, escondiendo las churretosas caritas con expresión de espanto.

El terror de aquellas criaturas nos inspiró honda pesadumbre, pesadumbre que selló nuestros labios y que ensombreció nuestras frentes.

-Elija usted -exclamó Polo- la casa o las casas que desee visitar.

Recorrí despacio la calle y señalé una vivienda.

-Se ha fijado usted de intento en la mejorcita de todas, advirtió Polo. -¡Vamos allá!

Empujó unas tablas desvencijadas y pasó el primero, para animarnos con el ejemplo. Le seguimos.

No puedo, no acierto a pintar el interior de la mejorcita de las viviendas de Las Mestas.

Un olor nauseabundo, fétido, insoportable, nos trastornó. Cuando la vista se acostumbró a la lobretez del tugurio procedimos a explorarlo. Nos hallábamos en una pocilga desprovista por completo de muebles; tocábamos con la cabeza al techo y los pies se hundían en una alfombra de helechos. Allí convivía la familia en unión de una cabra y de un cerdo; allí se vertían todos los desperdicios; allí personas y animales daban desahogo a las necesidades orgánicas, y de allí surgían emanaciones de letrina, vahos de estercolero...

En comunicación inmediata con aquel albañal había otra habitación en la cual se notaban indicios de cama, sospechas de mesa y asomos de asientos. Pedazos de troncos de árboles, una olla de hierro puesta sobre dos piedras y dos barreños constituían el menaje familiar.

La casa jurdana, el tipo de vivienda en Las Jurdes, se reduce generalmente a la primera de las dos habitaciones. La segunda es un refinamiento casi de sibaritas. La vida se cobija en un establo y la promiscuidad de seres racionales y de bestias facilita la descomposición de los helechos que al fermentar se transforman en materia de gran valor para los jurdanos: en abono del cual se hallan necesitadísimos para el cultivo de la tierra.

Venciendo repugnancias, conteniendo las náuseas, permanecemos en aquel recinto, muy inferior en higiene y habitabilidad a las zahúrdas que suelen destinarse para la cría del ganado de cerda.

El propietario de la casa nos acompañaba; aquel hombre era la imagen del paludismo. El tono terroso de la cara, la vidriosidad de las pupilas, la palidez de los exangües labios, reflejaban la enfermedad que lo consumía. Llevaba en los brazos a un niño de tres años, que yacía amodorrado, mal envuelto en andrajos, con los ojitos entreabiertos. ¡Otra víctima de la fiebre palúdica! La madre del enfermito, la esposa del amo del hogar, estaba trabajando en el campo...

Sentí como si una mano férrea me estrujase despiadadamente el corazón; fue mi dolor tan agudo que tuve que llevarme el pañuelo a la boca para ahogar el sollozo

nacido en el alma. Experimenté remordimientos, me agitó el deseo de pedir perdón a aquellos infelices, perdón en nombre de todos los que tenemos pan, hogar y abrigo; en nombre de los que vemos a nuestra esposa y a nuestros hijos asistidos en sus dolencias, satisfechos en la mesa, con lecho en que reposar, con comodidades y con algo que al rebasar los límites de lo necesario es goce o deleite...

Volví la cabeza para ocultar las lágrimas que ya no pude contener. También mis compañeros, con distintos pretextos, se enjugaban los ojos.

Hemos convenido en que es cobardía el llanto de los hombres.

Pues bien, yo quiero recordar aquí que cuatro hombres lloramos en un hogar jurdano y quiero ofrecer esas lágrimas como tributo de amor y de misericordia ante aquel sufrimiento inmerecido, ante aquella tortura muda, punzante, desgarradora.

Al dirigirnos a la escuela, alegre edificio de moderna construcción -el primero, tal vez el único, levantado en Las Jurdes por iniciativa de la corporación provincial- salió de una casucha un hombre demacrado y se ofreció a acompañarnos. Polo no lo consintió. Aquel hombre era el maestro interino y llevaba más de un mes sufriendo accesos febriles.

- *¿Y la quinina?*, preguntó Polo.

- *Ya han ofrecido mandarnos píldoras*, contestó el maestro, tiritando y volviendo a su cuchitril.

Detrás de nosotros penetraron en la escuela catorce o dieciséis *jurdanillos*. Bancos, pupitres, carteles, cuadros escolares y todos los materiales de enseñanza nos produjeron la impresión de que habíamos pasado de Las Jurdes a un centro docente de un pueblo culto y rico.



Niños jurdanos.

Unas monedas sirvieron de premios, y fueron suficientes para decidir a los niños a someterse a examen.

Nuestros examinandos sabían leer, contar, rezar y los mayorcitos empezaban ya a escribir.

El material de enseñanza era regalo del Sr. Obispo de Plasencia.

- *¡Viva «don Jarrín»!*, gritó un pequeñuelo.

- *¡Viva!*, contestamos unánimemente saludando al que había hecho desaparecer de Las Mestas la vergüenza del analfabetismo.

Excitados por las voces, los escolares -todos mal vestidos y todos descalzos- comenzaron a brincar y a palmotear [...].

IV. La obra del párroco de las mestas: pan, riego y cultura. - Las obras públicas en Las Jurdes. - Cultivos y abonos. - La vida jurdana desde sus comienzos hasta su término. - El baile, la caza y la pesca. - La medicina y los curanderos. - El jurdano, física y moralmente.

En el único edificio digno del nombre de casa con que cuenta Las Mestas, en una vivienda de dos pisos, y en alegre estancia iluminada por el sol, que entraba a torrentes por anchuroso balcón engalanado con frondosa parra y adornado con tiestos de flores, nos sirvieron la comida.

La blancura del mantel y la limpieza de la vajilla y de la cristalería nos predispusieron favorabilísimamente para el yantar. Como por ensalmo desaparecieron los huevos, el lomo, el jamón y el conejo con que fuimos agasajados por los padres de Perico. Y cuando, satisfecha la necesidad, nos presentaron una fuente de natillas, batimos palmas y vitoreamos a la cocinera.

-Nunca soñé comer así en Las Jurdes, manifesté.

-Agradézcanlo al Sr. Polo Benito -dijo el padre de Perico-, que ayer tarde nos mandó aviso de la visita de ustedes.

Como testimonio de unánime gratitud estomacal, votamos doble ración de natillas para nuestro aposentador, que, sin hacerse rogar, despachó brevemente el dulce voto de gracias.

-Fíjense ustedes -indicó Gombau- en que en Las Jurdes nos han servido pan tierno.

-¿Es acaso manjar raro el pan en la comarca jurdana?, preguntó César.

-Sí, señores -respondió el padre de Perico-. Hasta hace algunos años, no tantos que sea imposible recordarlo, ha sido rigurosamente cierto lo que se contaba acerca de los panaderos jurdanos; los panaderos eran los mendigos que salían de esta tierra, y que a esta tierra volvían trayendo en sacos los mendrugos recogidos pordioseando en largas correrías. Después se fue estableciendo la costumbre de enviar quincenal o mensualmente, cuando había para comprarlo, a buscar pan a los lugares próximos a Las Jurdes. Entonces, la llegada del pan procedente de la tahona constituía una fiesta para el pueblo. Al fin se aprendió a amasar y se amasó y se coció pan en Las Jurdes, y hoy, aun cuando con escasez porque somos pobres, tenemos el pan nuestro.

- ¿Quién hizo que se estableciese la primera tahona?, interrogué.

-El señor cura, replicó nuestro huésped, señalando a un retrato que figuraba en lugar preferente de la sala.

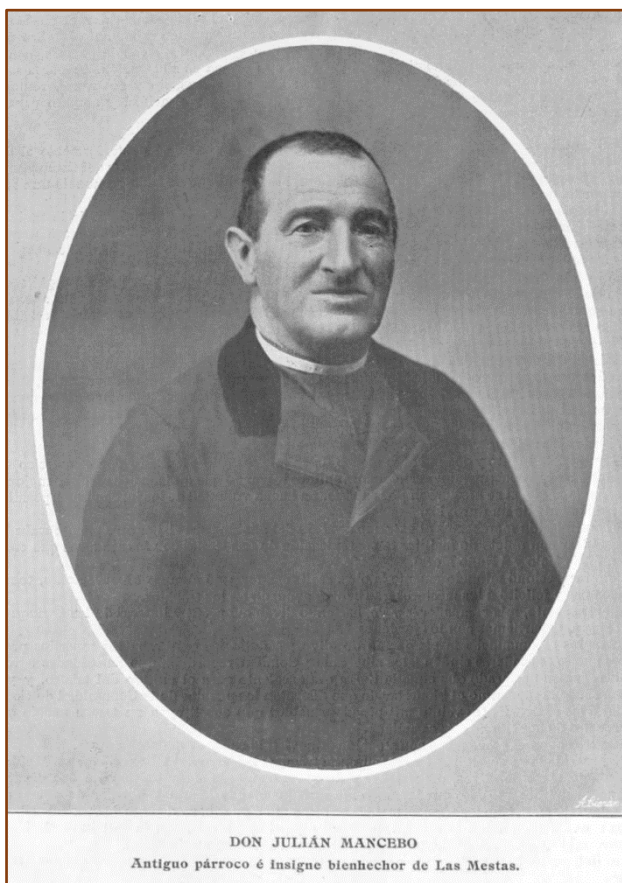
Al mirar aquel retrato, nos inclinamos con respeto. Robinsón, al sacar de su horno el primer pan, producto de todo un año de trabajo, experimentó satisfacción de seguro menor que la del párroco de Las Mestas. La alegría del popular héroe de la novela de Defoe era alegría egoísta, de satisfacción personal; la del digno sacerdote fue la noble complacencia del alma que practica una obra de misericordia.

-¿Cómo se llamaba ese bendito párroco?, exclamé.

-El señor cura, Dios lo tenga en su santa gloria -dijo la madre de Perico-, era hermano mío y primo del dueño de la casa donde se han hospedado ustedes en La Alberca: se llamaba Julián Mancebo.

-Fue el padre de este pueblo -añadió Perico-. Hablen ustedes con cualquier mestero, y sabrán lo que hizo mi tío.

-Mestero soy, y el haber tenido por cuñado al señor cura, que en paz descanse, no ha de quitarme el enterar a los señores de lo que debemos a don Julián, manifestó el padre de Perico. Cuando el señor cura vino a Las Mestas, este pueblo daba lástima. Yo mismo huía de la gente, como todavía huyen algunos, sobre todo los niños; nadie sabía «de letras», y para enterarnos de la cédula y de los papeles que mandaban las autoridades, necesitábamos ir a La Alberca o a algún sitio donde hubiera quien supiese leer. Yo he aprendido a leer y a escribir, y como yo, muchos. Don Julián se fue enterando de la vida de hambre que aquí llevábamos. La mejor comida que hacíamos era un guiso de patatas, y



las patatas no se criaban en esta tierra, y había que comprarlas muy caras, casi siempre al fiado, en otros pueblos. Eso sí, las pagábamos cuando podíamos y como podíamos, unas veces en jornales y otras con lo que se ganaba segando en Extremadura. El señor cura nos reunió un domingo a la salida de misa y nos habló de la necesidad urgente de redimirnos de los que nos vendían patatas con réditos usurarios; nos contó que podíamos cultivar las que hiciesen falta para el consumo... Al oírlo nos miramos con desconfianza, porque casi todos los que tratan con jurdanos sólo piensan en engañar. Ya habíamos reparado en que don Julián se pasaba las tardes río arriba, río abajo, examinando el cauce y reconociendo terrenos. Pero sabíamos muy bien que

regar esta tierra era imposible. El río va “mujondo” y a los lados no hay más que canchales. Bueno, pues el señor cura nos dijo cosas que no entendimos: que si una presa, que si una toma de agua, que sangrar, que un canal... inos quedamos en ayunas!

- «¿Estáis dispuestos a ayudarme?», nos preguntó.

Y contestamos que sí. Al día siguiente se quitó la sotana, tomó una azada y nos llevó aguas arriba, a dos kilómetros del pueblo. Allí, dándonos el ejemplo, comenzó el trabajo. Y unos a atajar el río con canchos, y otros a abrir zanjas, y estos a ahuecar troncos de árboles para tenderlos sobre los barrancos, y aquellos a abrir más zanjas aguas abajo, en lo alto... Y todos pensábamos: don Julián está loco; ¡como que va a subir el agua desde lo jondo!... ¡Y subió el agua! Un día mandó cerrar la presa, y el río se arremolinó, y echó por la zanja, y pasó por los troncos, y como subiendo llegó hasta una tierra que ya estaba limpia de jelechu y de brozo...

Y el señor cura nos dijo:

- «Ahí tenéis huerta para criar patatas; hay sitio para todos; ¡a sembrar y a regar!»

Nos quedamos bobos viendo aquello y le besamos las manos a don Julián, sin saber darle las gracias. Desde entonces «la vega del Cura» produce patatas para todo el pueblo, y cada vecino tiene su pedazo de huerta, y ya, a lo menos en esto, no nos roban como antes, porque no hay que comprar patatas...



Un acueducto
en la conducción de aguas hecha por D. Julián Mancebo
para el riego de la vega de Las Mestas.

-Y también -añadió otro jurdano, pariente de Perico- el señor cura nos enseñó a ajustar cuentas y a vender y a comprar. La gente de fuera llegaba por nuestros cabritos y se los llevaba pagándonos cuando más lo que valían las pieles. Ahora es otra cosa.

-Pocos olivos de los que hay en Las Jurdes pertenecen a jurdanos -exclamó un mozo interviniendo en la conversación-. No se sabe cómo, pero los olivares tienen amos salamanquinos o cacereños. Pues con todo, D. Julián habló con unos y con otros, y poniendo de acuerdo a los de acá con los de más allá, hizo que se moliese aquí la aceituna, y aunque poquito, tuvimos aceite nuestro.

Oyendo a aquellos campesinos rudos, el alma temblaba de emoción. Los sociólogos, los que pomposamente alardean de redentores, los que creen que interesarse por el pueblo es despertar en el pueblo apetitos y matar las creencias, acaso sentirían rubor ante la obra modesta, callada y fecunda del párroco de Las Mestas. Con el ejemplo y con la palabra, con la azada y con la pluma, aquel hombre hizo de su vida un poema de abnegación. Aceptó la soledad y el destierro por amor a sus feligreses, y su amor fue consuelo y esperanza, remedio en la necesidad, riego fertilizador de los eriales, pan en la mesa y caridad y amparo para la miseria de los mesteros...

Salimos a pasear por las afueras. Al llegar a un blanco muro -como anteriormente al dar vista al pueblo- nuestros acompañantes se detuvieron: estábamos en la puerta del camposanto, y no hay vecino de Las Mestas que cruce por aquel lugar sin que su labio pronuncie una oración por la gloria de su inolvidable párroco.

Al asomarnos al río -en medio de un paisaje volcánico bruñido por el sol de la tarde-, contemplamos en la altura, a más de quince metros sobre el cauce, los rudimentarios acueductos inventados para regar la vega. A lo lejos, entre pizarras y basaltos, sobre malezas, apuntaba como emblemas de esperanza una pincelada verde: la huerta.

Polo Benito -que de propósito guardaba silencio a fin de obligarnos a que recogiésemos las noticias de boca de los jurdanos- se aproximó a una cortadura de las peñas para apreciar lo que quedaba de un puente demolido por las aguas. Ni se veían restos de arcos ni de estribos; todo lo arrastró el empuje torrencial del Batuecas, reforzado allí por otro riachuelo.

Polo sacó un cuadernito y un lápiz y procedió a un rápido interrogatorio, anotando cifras. Traía hecho el presupuesto para la reconstrucción. Los mesteros se brindaron a arrimar toda la piedra que se consumiese en la obra; luego agregaron que facilitarían la madera, y, finalmente, se comprometieron a la prestación personal: a trabajar gratuitamente cada vecino durante una semana. Don Polo sumó, restó y dijo a los campesinos:

-Estamos conformes; antes de que lleguen las primeras lluvias quedará concluido el puente.

Y, volviéndose a nosotros, añadió:

-Se hará el puente y costará algo menos de la mitad de lo calculado por el maestro de obras. Merced al concurso del vecindario, venimos logrando que los trabajos resulten mejores y más baratos que si se efectuasen por subasta. La buena voluntad de los jurdanos nos permite hacer realmente de un duro dos.

A continuación, marchamos al extremo opuesto del pueblo para visitar otro puente acabado de reedificar con objeto de facilitar la comunicación de Las Mestas con los senderos que conducen a Río Malo y a Nuño Moral.



Polo inspeccionó minuciosamente la obra realizada, formuló algunas observaciones, tomó varias notas y felicitó a los mesteros que habían ayudado en los trabajos.

Mientras tanto, mis compañeros y yo, haciendo diván del pretil y butacas de los arranques de la sierra, departíamos con los jurdanos.

César les recomendaba la plantación de olivos; Alfredo les celebraba los saneados productos que los castañares rinden a los albercanos; Gombau recordaba que autoridades agronómicas habían declarado que aquella tierra era excelente para el cultivo del tabaco, y yo les refería con entusiasmo el bienestar de que disfrutaban los pueblos de la comunidad de Coca gracias a los cuatrocientos veinte mil pinos resinables que constituyen un tesoro nacido en los arenales de aquella meseta castellana.

Nuestros oyentes escuchaban con atención y movían la cabeza con desesperanza.

Su necesidad era apremiante y no consentía tregua; el cultivo del tabaco estaba prohibido, y las plantaciones de olivos, de castaños y de pinos requieren algún gasto y no dan dinero hasta transcurridos años. Lo que les convenía era fomentar la huerta y obtener de ella verduras, hortalizas, productos transformables en alimento o en dinero a plazo breve. Luchaban con la falta de abono, con la escasez de ganado que lo facilitase, con la casi imposibilidad de acarrearlo desde otros pueblos por no contar con vías de comunicación...

Les indicamos que esa deficiencia podía remediarse acudiendo al empleo de abonos artificiales.

La contestación fue desoladora.

-Un señor pasó por aquí y se ofreció a enviarnos abonos procedentes de una fábrica, de la cual dijo que era representante. Con muchos esfuerzos, entrampándonos, empeñándonos, rebañando los bolsillos, reunimos, ¡Dios sabe con qué fatigas!, el puñado de pesetas que aquel señor nos pidió. Fuimos hasta la Fuente de San Esteban a recoger los sacos de abono, y, al esparcirlos en la tierra que roturamos como ampliación de la huerta, soñamos con una gran cosecha. La cosecha no llegó. En vez de abono nos habían enviado ceniza. Parece que nuestro sino es que nos engañen. ¡Y hubo quien aquel año no probó matanza por tener que dar el cerdo para pago de la deuda que contrajo a fin de comprar abono!

Enmudecimos sin hallar calificativo adecuado para la villanía de explotar a unos pobres, de robar el pan a unos desgraciados, de burlar la esperanza y de hacer inútil el esfuerzo de unos humildísimos y sufridos trabajadores.

El río, que a la entrada de Las Jurdes vimos correr con cristalina transparencia, pasaba por los arcos del puente mostrando turbieza extraña: ¡quién sabe si las aguas en la tierra, como las pupilas en el rostro, se nublan al mirar desventuras y miserias!...

Hubo una pausa prolongada, dolorosa. Al cabo, reanudamos la charla. Deseaba yo formar idea completa de la existencia jurdana en sus distintos aspectos. Mis compañeros secundaron a maravilla el propósito. Unos cigarros puros, distribuidos oportunamente por Gombau, alegraron a los mesteros, y, entre chupada a los tabacos y bocanada de humo, fue esbozándose el cuadro de la vida de los habitantes de Las Jurdes desde el nacer hasta el morir.

La venida al mundo de un pequeñuelo perturba muy poco la normalidad del hogar; no hay que preparar hatillo, ni que disponer cuna, ni que contar con auxilio médico, ni que hacer extraordinarios. Un buen día, mientras el padre tira de la azada en un campo más o menos distante, la madre da a luz y ella misma se asiste cuando no hay una vecina que le preste ayuda. Sobre helechos podridos, entre animales domésticos, despierta a la vida la criaturita; la madre, a las pocas horas y a veces en el mismo día del alumbramiento, se levanta para cuidar de la comida y para echar el pienso a los cerdos.

Si en el pueblo no hay parroquia, se aguarda a que el tiempo lo permita para cristianar al crío: cuatro o seis horas de camino a pie al ir y otras tantas al volver, y ya está bautizado el retoño. Aun cuando la madre, mal constituida fisiológicamente y mal alimentada, apenas tiene jugo bastante para nutrir a su hijo, como la necesidad apremia y hay que allegar recursos, suele emprender otro viaje a pie hasta Ciudad Rodrigo o hasta Plasencia, según que habite en Las Jurdes altas o en las bajas. Del viaje, que tiene por término la inclusa de una de las ciudades mencionadas, vuelve la jurdana trayendo un pilo o *pilu*, un expósito que le entregan para que lo amamante. Y el jurdanillo ve mermada su parte de lactancia, porque el pilo -dicho sea en honor de estas nodrizas- entra a formar

parte de la familia y disfruta, como el hijo propio, del cariño de los padres adoptivos, del calor del regazo y de lo poco que puede disfrutarse en el hogar jurdano.

Desde los cuatro a los seis años, el niño asiste a la escuela, suponiendo que la haya, porque el beneficio de la instrucción y de la educación -según se verá en capítulo especial- ha llegado a esta comarca por virtud de iniciativa individual, por obsequio de la caridad particular y nunca o casi nunca por la acción «tutelar» de la provincia o del Estado.

A los siete años, niños y niñas se dedican a guardar ganado, a sacar al campo la cabra y el cerdo, a recoger leña menuda, a arrancar patatas y a otras faenas en las cuales la nieve, la lluvia, el viento y el sol perfeccionan la obra de curtir la piel de los pastorcillos, obra comenzada por el humazo de la pocilga que les sirve de albergue.

A los doce años trabajan como personas mayores. Los varones son esclavos de la azada y su faena empieza con el alba y acaba con la noche. Por cuenta propia, o a cambio de un mezquino jornal, cavan, escardan, talan, siegan, acarrean, construyen y hacen todo aquello que está al alcance de su inculta inteligencia. Las mujeres labran la tierra, siembran y elaboran el lino hasta llevarlo al telar, pastorean, hilan la lana de sus ovejas y la dan a tejer para hacer toscos vestidos, guisan, cosen y no tienen hora de descanso.

La alimentación que ha de restaurar las fuerzas consumidas en la ruda faena se reduce a una sola comida fundamental: la puchera, compuesta de patatas o de berzas guisadas con sebo de cabra. Antes de la puchera, al levantarse, o cuatro horas después de la puchera, los pudientes se regalan con alguna cebolla cruda o con otro manjar no menos delicado. En días solemnes, hay un trozo de tocino o de carne de cabra para dar sustancia a la olla.

El matrimonio en Las Jurdes es siempre prematuro, habiéndose celebrado bodas en las cuales la novia contaba doce años y el novio catorce. Sin embargo, por lo general las mujeres aguardan a cumplir quince primaveras y los hombres diez y ocho. El apresuramiento por tomar estado obedece a que los varones abundan y las hembras escasean. Esto impone la necesidad de «madrugar» para no quedarse sin compañera. A más del deseo de pasear a la esposa, influye en el apresuramiento de los matrimonios el deseo de juntar bienes. Un mozo que posee dos olivos puede aspirar a una moza que le lleve en dote cuatro castaños y un pedazo de tierra poblado de helechos.

De la ostentación con que se solemniza el enlace, puede colegirse por el siguiente detalle: la esplendidez de la boda se mide por la cantidad de pan que reciben los invitados.

La suma de dos miserias engendra naturalmente una miseria mayor, al aumentar las necesidades con la llegada de la prole.

Al cabo se presenta la vejez con sus achaques. Entonces no hay más recursos que vivir a expensas de los hijos o lanzarse a ejercer la mendicidad.

Y por último asoma la redentora muerte; en el trance postrero, como en todos los de su existencia desde el momento de nacer, el jurdano se ve privado en absoluto de auxilio médico.

En cambio, jamás le falta la asistencia espiritual.

Surge entonces con vigoroso relieve la figura del pastor de almas, y es un cuadro de soberana hermosura el del viático en Las Jurdes.

Desafiando los temporales, arrojando el peligro de caminar por vericuetos, sin vacilar ante una jornada de cuatro o de seis leguas, el párroco monta en un macho y emprende el viaje por la sierra, entre malezas y peñascales, llevando sobre el pecho el pan eucarístico y el óleo santo. Seis u ocho jurdanos, descalzos y mal vestidos, lo acompañan; van a pie, descubiertos, recibiendo en pleno rostro los latigazos del viento y de los aguaceros; la luz de un farolillo tiembla como vida próxima a finar... Al llegar a la alquería, al entrar en el tugurio del agonizante, un corcho de colmena envuelto en blanca sábana sirve de trono a la Majestad Divina. Y Dios, que se hizo hombre en la humildad de un establo, desciende a otro establo para derramar paz y consuelos celestiales en un espíritu que se apresta a descansar en la eternidad.

Aún queda por recorrer la última etapa. Muchos poblados jurdanos no cuentan con cementerio. Una vez amortajado el cadáver se le coloca sobre una escalera, que toman a hombros los vecinos, y se le conduce así al camposanto más próximo, que dista varias leguas. Como las sendas son estrechísimas, como no hay facilidad para cruzarse en ellas yendo con rumbos opuestos, por respeto al cadáver, para no hacerle retroceder, un hombre va delante de la comitiva previniendo a los pasajeros y rogándoles que den paso al difunto. Y así hasta encontrar la tumba... ¡Acaso la muerte sea lo menos triste del triste vivir jurdano!

Rayitos de sol que, siquiera de modo débil, rasgan de tarde en tarde los nubarrones de esta existencia sombría, son las fiestas que anualmente se celebran en las parroquias jurdanas en honor del patrono o de la patrona. El programa suele ser siempre el mismo: misa con sermón, procesión al aire libre, comedia - igualmente al aire libre-, corriendo la representación teatral a cargo de los aficionados albercanos o de otros análogos, y baile al son del tamboril.

Rosalía de Castro, la excelsa poetisa galaica, en sentidísima trova, afirmaba:

«Por eso aunque en son do fiesta
la gaita alegre se oiga.
Yo puedo decirte:
no canta, que llora».

Así, también, cabe afirmar que al redoblar los palillos sobre el parche del tamboril en la comarca jurdana, arrancan sonidos que son quejumbres y lamentos. No se concibe la alegría en el danzar de unos seres raquíuticos, enfermos, malamente alimentados y peor vestidos. A veces, en los manicomios se organizan bailes, y es gran tristeza la de ver agitarse cuerpos sin almas. En Las Jurdes, a la hora del baile, se agitan almas primitivas, embrionarias, que tienen por envolturas organismos depauperados: almas encerradas en caricaturas de cuerpos de

hombres y de mujeres. Y si es dolorosa la alegría de un demente, aún es más amargo el espectáculo de los míseros que, en un ambiente de miseria -señalados con los estigmas del bocio, del cretinismo, de las fiebres endémicas- saltan y ríen como si en la vida encontrasen deleite o encanto. Un baile jurdano es algo que excede los *Caprichos* que el sueño de la razón inspiró al lápiz de Goya.

Y, sin embargo, en el baile comienzan y acaban las expansiones de los habitantes de Las Jurdes.

La caza y la pesca suelen ser en casi todo el mundo deportes o distracciones. En Las Jurdes la caza es el ejercicio del derecho de defensa y la pesca un acto peligroso.

Los jabalíes destrozan las huertas, acaban con los sembrados y destruyen los castaños; una piara de jabalíes en los alrededores de una aldea es sencillamente la ruina del vecindario. Para luchar contra los colmilludos invasores se organizan batidas, y, desplegándose en ala, golpeando las malezas con tremendas estacas, los cazadores llevan a las reses hacia las angosturas de la sierra, y, estrechando las filas, realizando un verdadero acoso, las empujan hasta el borde de precipicios, en los cuales caen despeñándose los jabalíes. Para cobrar las piezas, hay en ocasiones que descender, colgados con cuerdas, al fondo de barrancos donde jamás se posó la planta del hombre.

La pesca -especialmente de truchas y de anguilas- se practica a mano, sumergiéndose en las heladas aguas de los calderones o pozos de los ríos. Hay quien atrapa un pasmo que lo deja baldado, y hay quien, atacado por un calambre, halla la muerte bajo el agua. Los afortunados, los que salen a la superficie con cuatro o cinco libras de pesca, no tienen más que andar quince o veinte kilómetros para cambiar el fruto de su trabajo por dos o tres pesetas.

Tal vez haya quien juzgue que en estas notas el cronista recarga la negrura de tintas del cuadro. ¡Pluguiera al cielo que así fuese!

Dicho queda que el pueblo jurdano carece de auxilios médico-farmacéuticos. En corroboración de ello acudo a testimonios autorizados. En agosto de 1907 -según manifestación del distinguido publicista y médico de Mirabel, don José González Castro-, no había en toda la región de Las Jurdes ni un médico ni una farmacia. Existía un médico en Casar de Palomero, pero ni Casar de Palomero pertenece a Las Jurdes ni lo excéntrico de su situación permite la asistencia a dicha comarca.

En la fecha mencionada hallábase establecido en Pinofranqueado el único cirujano de Las Jurdes, y ese cirujano -que además era labriego y tendero de telas y de comestibles- oficiaba de médico, de farmacéutico y de barbero, mediante una iguala que ascendía a tres pesetas anuales o a una fanega de castañas.

Algún tiempo después, y en condiciones semejantes, funcionaba en Horcajo otro médico-farmacéutico-barbero.

Y como en Las Jurdes hay cinco concejos o municipios con seis mil habitantes, distribuidos en cuarenta y tres poblados, distantes unos de otros y unidos por sendas intransitables, el noventa y ocho por ciento de los jurdanos -así lo ha

consignado el Dr. Ángel Pulido- vive y muere sin auxilio facultativo. Algunos, por excepción, van en busca de médico, andan veinte o treinta kilómetros, recogen una receta y vuelven, naturalmente, peor que fueron. Claro es que los enfermos pueden ingresar en el hospital: todo se reduce a un viaje de cuarenta kilómetros, poco más o menos.

Para agravar la falta de médicos y de farmacias, surgen los curanderos y las curanderas, con sus cocimientos de hojas y de raíces, con sus sartas de piedrecitas blancas o negras, con sus preparaciones, que tienen por base sangre de lagarto o de gallo negro, sebo de carnero o miel de enjambre nuevo.

Cuando mi inolvidable catedrático, el sabio doctor don Mariano del Amo y Mora, al explicarnos las materias farmacéuticas mineral y animal, nos habló un día de las aberraciones a que llegó la antigua polifarmacia, una carcajada mal encubridora de repugnancia acogió las palabras del venerable doctor. ¡Era demasiado fuerte hacernos creer que hubo gente cándida que comía arañas crudas para fortalecer la vista, y que se desayunaba con pan y con oniscos (cochinitas de San Antón), para curar las enfermedades de los riñones!

Pues bien; en la farmacopea jurdana figuran fórmulas que es imposible transcribir sin grave ofensa del estómago. Baste consignar que en esas pociones aparecen como ingredientes la hienda de lagarto y parásitos asquerosísimos. ¡Lo prodigioso es que con tales curanderos y con tales elementos curativos queden habitantes en Las Jurdes!

El alumbrado, en pleno siglo vigésimo -en el siglo del arco voltaico, de la lámpara incandescente, del mechero Aüer y del acetileno-, es un cuento fantástico para los jurdanos. El fuego que les sirve para cocer las patatas es al propio tiempo la única luz del hogar.

Y detallado lo que come, esbozado el medio en que vive y apuntadas las condiciones de higiene en que se desenvuelve, no es difícil imaginar el tipo jurdano.

Polo Benito lo ha retratado sobriamente diciendo: «Es de cuerpo generalmente pequeño, color oscuro, cabello crespo, barba rala, cabeza pequeña, aplanado el occipucio, la frente inclinada hacia adelante, orejas grandes, fisonomía inexpresiva, y a veces semi imbécil. Se turba ante la presencia de personas extrañas, y al hablarle se nota que sus escasas ideas son producto de la percepción inmediata, y sus juicios resultado de combinaciones de naturaleza primitiva; descalzo siempre, muestra al desnudo las sucias y tostadas carnes de sus flacas piernas, que mueve con asombrosa agilidad, saltando, como un corzo, de peña en peña, mientras carga sobre sus hombros un pesado cesto de vicio (así llaman al abono) para el huerto que siempre labra y que pocas veces cosecha».

A «embellecer» el tipo contribuyen -según hace constar el médico de Casar de Palomero- las hernias, los bocios voluminosos, el cretinismo, la viruela, la conjuntivitis purulenta y otras enfermedades, muchas de ellas adquiridas por el uso de ropas que recibieron de limosna y que fueron usadas por atacados de dolencias terribles.



[Un joven Polo Benito con los protectores de Las Hurdes].

En fin: como producto natural de la incultura acumulada por los siglos y transmitida de padres a hijos, el jurdano suele ser supersticioso y cree a puño cerrado en la existencia de brujas, de zánganos o brujos y de duendes. Los zánganos y los duendes, aun cuando «visibles» para los ojos alucinados de los que se ven sorprendidos por las sombras de la noche en la soledad de la sierra, son, afortunadamente para ellos, impalpables. Las brujas, pobres viejas a las cuales la fantasía popular atribuye comercio con el cornudo emperador de los infiernos, son visibles y palpables. Muertes, enfermedades, pérdidas de cosechas, despeñamiento de ganados y, en suma, todo lo que es calamidad tiene editor

responsable en la bruja titular. Un aojamiento se traduce en una mediana paliza para la supuesta autora del maleficio, y una desgracia colectiva se exterioriza en una lluvia de estacazos. El oficio de bruja se ha puesto tan malo, que hoy las viejas estiman más la integridad de sus costillas, que el prestigio del poder diabólico adquirido en el aquelarre.

Por dicha, la medalla jurdana ofrece otra cara que, aun siendo imperfecta, borrosa y toscamente troquelada, inspira dulce simpatía y atractivo poderoso.

La fisonomía moral de Las Jurdes es bella, con belleza soberana. Por encima de la superstición se alza la fe; sobre la rusticidad del entendimiento deficiente se yergue la abundancia del sentimiento honrado, y entre la miseria, como azucena silvestre nacida en un vertedero, brota el patriarcalismo en su más noble pureza: pureza excepcional, acaso única, tal vez incomprensible para los que, desconociendo las tradiciones y las costumbres del ayer, rinden culto ciego a lo ultramoderno, en sus más absurdas manifestaciones.

En Las Jurdes no hay casas de expósitos, ni hospicios, ni asilos u hospitales para la infancia huérfana o para la senectud desamparada. En Las Jurdes se vive mal, muy mal; pero es raro que alguien muera de hambre.

Y es que la fe reside allí, llevando de la mano a la caridad.

La moral cristiana es el código de Las Jurdes. La Guardia Civil nada tiene que hacer en una comarca donde la criminalidad de sangre es completamente nula; donde no hay cárceles ni prisiones preventivas; donde el juego es desconocido; donde se ignora el uso a que se destinan las barajas; donde la taberna no existe, y donde, a lo sumo, como caso extraordinario, en los años de mucha hambre se registra algún pequeño hurto de fruta, en cantidad que nunca vale más de una peseta. La base fundamental de esta honradez se encuentra en lo sólido de las creencias católicas, en la acendrada religiosidad del pueblo. Como prueba señalaré el hecho de que a la misa que los domingos y fiestas de guardar se celebra en Pinofranqueado asisten vecinos de varios pueblos relativamente próximos a la citada parroquia; para cumplir con el precepto dominical, los que menos hacen una jornada de dos horas; otros, como los habitantes de Ovejuela, tienen que andar cuatro horas. Verdad es que para alivio de penas van a pie y descalzos, por malos caminos, helándose en invierno y asfixiándose en verano.

Quiero hacer la justicia de dar por cierto que los que han calificado a los jurdanos de salvajes, casi de antropófagos y de mendigos profesionales, ignoraban la bondad de corazón que se revela en todos los actos de los parias de Las Jurdes.

Cierto es que entre seis mil pobres no faltan algunos propensos a la holganza y propicios a ceder a la tentación del mendiguelo, a la tradición parasitaria, al ansia de vagabundear. Sus abuelos y padres fueron *pidiores*, y ellos siguen el oficio familiar.

Pero hay otro ejemplar de mendigo jurdano que constituye una acusación cruel de abandono para la beneficencia municipal, provincial y del Estado: ese ejemplar es el del mendigo por fuerza.

Polo Benito nos citó un caso inolvidable: el de la tía Candela de Rubiaco (Rubiaco es una alquería con diecinueve edificios y sesenta y dos vecinos, perteneciente al concejo de Nuño Moral). La tía Candela vivió trabajando sin descanso. Desde la edad de siete años se dedicó a guardar ganado, llegando a reunir bajo su custodia treinta cabras, pertenecientes a treinta vecinos, que le pagaban nada menos que dos reales anuales por el cuidado de cada animal. Andando el tiempo, contrajo matrimonio, hubo hijos y nietos, enviudó, y a los ochenta años se encontró imposibilitada para el trabajo, y teniendo a su cargo una hermana ciega y varios nietecitos. Entonces la anciana pidió limosna, sin alejarse mucho de Rubiaco, donde su familia siguió viviendo. En cada semana de peregrinación por los pueblos próximos, la tía Candela recoge hasta media arroba de patatas más o menos averiadas, un par de kilos de mendrugos y veinticinco céntimos en metálico. De la recaudación hace tres partes: una, para la hermana ciega; otra, para los nietos, y la tercera, para el propio sustento. ¡Y aún habrá algún «sociólogo» que al ver a la viejecita de Rubiaco ir de puerta en puerta la considere una profesional, una pedigüeña por vicio!

Tremendo es el contraste entre el terruño jurdano y sus moradores.

La tierra, poderosamente fértil, pletórica de fecundidad y de riqueza, casi no produce más que malezas. El jurdano, en un organismo enfermo o enfermizo, cría flores de virtud, frutos de bondad. La grandeza del alma lucha con la estrechez del vaso que la encierra.

Al caer de la tarde, volando a ras del suelo, he visto unas mariposas amarillentas, con máculas negras. Esas falenas vespertinas -torpes, pesadas y sin hermosura exterior-, tienen pequeño el cuerpo y grandes, muy grandes las alas. Así los jurdanos.

V. A través de Las Jurdes: paisajes y bellezas naturales. - Papeleteros y menderas. - Héroes y mártires. - Los bienhechores de Las Jurdes. - La obra del obispo Sr. Porras Atienza. - La obra del obispo Sr. Jarrín. - La Esperanza de Las Jurdes. - La revista jurdana: sus prosistas y sus poetas. - El congreso Hurdanófilo. - Lo que se ha hecho y lo que puede hacerse en favor de la región. - Enseñanzas de una visita.

No diré yo que la región de Las Jurdes sea un paraje idealmente paradisíaco, capaz de rivalizar en riquezas arqueológicas con Herculano o con Pompeya, y en hermosuras naturales con Suiza. Pero sí afirmo que en sus cavernas y en sus ruinas hay atractivos más que suficientes para mover a interés al explorador y a los investigadores de civilizaciones pretéritas, y que en sus paisajes hay bellezas de majestad suprema, bellezas ignoradas no sólo en la generalidad de España, sino hasta en las ciudades próximas a la comarca jurdana.

Claro es que, sin caminos para llegar a esos lugares, merecedores de admiración, y sin hospedajes -tan desconocidas son las fondas como las posadas-, se necesita voluntad de hierro, estómago de bronce y cuerpo de centauro para llevar a feliz término la empresa de recorrer las sierras y los valles de la que fue la Lusitania antigua.

Entre las curiosidades principales que Las Jurdes encierran, destacan un volcán apagado y tres cataratas (la catarata más bella es la de los Ángeles y la de mayor importancia la llamada “Salto de Fragosa”, que excede en más de un duplo de altura a la antes citada).

Para la descripción del volcán y de la catarata de los Ángeles, tiene la palabra Polo Benito, y dice:

-En el concejo de Nuño Moral, entre las típicas alquerías de Fragosa y el Gaseo, se alza un aislado monte de no pequeña elevación, en cuya redonda cúspide se ven señales inequívocas de una erupción volcánica.

No puede precisarse la fecha de la erupción, pero que la hubo es indudable. El cráter se señala perfectamente por el hundimiento circular del terreno en la cumbre misma del monte, y esparcidas por todo él se hallan varias cuevas, abiertas en la roca viva, cuyas profundas grietas no pudieron ser efecto sino de una trepidación gigante de la montaña, trepidación producida al verificarse el fenómeno de la erupción. Estas cuevas sirven hoy de abrigo a los pastores y de refugio a los lobos.

Al volcán lo llaman los jurdanos “el jornu” (el horno), y de las piedras volcánicas que en sus inmediaciones se encuentran, fabrican ellos unas cachimbas (pipas) bastante perfeccionadas.

Cerca del volcán -sigue en el uso de la palabra nuestro jefe de excursión- se amontonan las ruinas del que fue convento de Nuestra Señora de los Ángeles.

Es verdaderamente delicioso el lugar que ocupó el histórico convento.

Entre las altísimas sierras de Otulia y de Altamira, formidables anillos de resistente pizarra, que son como almenadas torres, desde las que se divisan por un lado horizontes dilatados, amplios y suavísimos, y por otro negros barrancos, sinuosidades ásperas, cuajadas de helechos, tortuosas sendas y serpenteadores arroyos, se hallan los restos del que fue sencillo y pobre albergue de los hijos de Asís.

Atravesando los escombros de la devota mansión, se arrastra perezosamente el río que retrató en sus limpias aguas las celdas de los franciscanos. Por entre las hermosas riberas se ve aún el que sería paseo de la comunidad, camino angosto y llano, especie de dilatado muelle formado por la mano del hombre para reprimir las soberbias del río, y por el poder de Dios para templar la fiebre de las pasiones, que en tan majestuoso lugar parecen como dormidas, acalladas o muertas.

Engalanan el paisaje castaños seculares, mágicas grutas y fuentecillas nacidas en el seno duro de la roca, que van a desembocar en profundo y poético estanque, hecho, según cuenta la tradición, por manos del cardenal Paterna...

Y a ambos lados del río, habitaciones derrumbadas, lindísimos jardines en los que hoy crecen libres la madroñera y el helecho, cruces de piedra que recuerdan al antiguo morador del derruido convento...

A su derecha se encuentra “el Chorrituero” -llamado también Chorro de los Ángeles o Cascada del Gaseo-, gigantesco salto de agua que se despeña por el vértice de enorme triángulo, cuyos lados son agrupaciones informes de peñas y de matas de brezo.

La altura del salto de agua es colosal; según unos, doscientos metros; según otros, ciento cincuenta; a mi ver, ciento veinte metros.

Colocado el observador en lo que los jurdanos llaman «el balcón del Chorrituero», se contempla aquella profundidad pavorosa que sólo puede apreciarse por la aparente pequeñez de las golondrinas que en tropel revolotean, bullen, giran a mitad del precipicio, semejando vertiginoso enjambre de brillantes insectos, esmaltados por los fantásticos cambiantes que les prestan los irisados reflejos de las espumas.

Allá, en lo más alto, se confunden tres ríos en un solo cauce, y sus aguas se arrastran serpenteando rápidamente.

Ya no pueden correr más allá, y al encontrarse con el abismo parece que, espantadas, se acobardan y lloran como un gigante acorralado.

Pretenden correr; intento vano; el abismo se interpone, y, espumosa y nítida, va saltando el agua de roca en roca, bañando las ramas de los alisos y de los fresnos que entre las rocas nacen, para caer formando una polícroma cola de caballo en la inmensa tinaja que el continuo horadar ha hecho en las peñas.

Dos detalles: se cuenta que hace años se encontraron en aquellos desfiladeros un pastor y un jabalí. Ninguno de ellos podía salir del abrupto peñascal; por un lado, lo impedía el agua, por otro la montaña, que es de peligroso acceso... Se entabló una lucha cuerpo a cuerpo... A los pocos días el pastor apareció muerto junto al jabalí. Los dos perecieron.

Hay una toma de agua entre aquellas montañas que supone un esfuerzo y una valentía incalculables. Para hacer que el agua pasase por una roca enorme, fue necesario que un jurdano, metido en un cesto y sostenido en él por una soga de quince metros de longitud, picase la peña.

¡A quince metros y en un cesto! ¡Y todo por regar un huerto poco mayor que la palma de la mano!

Así son los paisajes de Las Jurdes: majestuosos como la naturaleza, sencillamente sublimes y arrebatadores, grandes como el Dios que los formara, sin pulimento y sin artificio, como el carácter jurdano...

- ¡Muy bien!, exclamó Gombau. Pero es inconcebible que esa catarata esté sin «operar».

-Inconcebible... hasta cierto punto, objetó Alfredo. Porque, aun cuando en el Chorrituero hay una mina de hulla blanca fácil de explotar, es difícil el transporte de maquinaria, y es imposible encontrar salida al fluido eléctrico que se obtuviera. Hoy por hoy no hay manera de aprovechar en Las Jurdes la

electricidad, pues ni tiene aplicación como fuerza motriz ni se hallará quien pueda permitirse el despilfarro de pagarse una instalación de alumbrado.

¡Triste verdad y triste sino el de un pueblo que se ve obligado a dejar perder un tesoro de fuerza, de luz, de calor, de movimiento, de vida!

-Con todo esto -indicó César, que conoce muchas de las miserias jurdanas- alguien sale ganando.

- ¿Quién?, pregunté con extrañeza.

-Los que explotan a los jurdanos -afirmó César-, los que necesitan para su negocio que perduren en esta región la ignorancia, la pobreza y el aislamiento. En una palabra: los parásitos de Las Jurdes.

-Tranquilícense, amigos míos -dijo Polo, notando nuestra inquietud al oír hablar de parásitos-. César se refiere a los que, bajo formas muy diversas, practican la usura y el engaño en esta comarca.

- ¿Con qué garantías se aventuran los usureros a prestar a esta pobre gente?, interrogué.

-Con la garantía del trabajo de los braceros, con la garantía de la cabra, del cerdo, del cuchitril que sirve de casa, de la tierra que, poco a poco, ha ido pasando a poder de los prestamistas -contestó Polo Benito-, y, sobre todo, con algo que vale más que escrituras y que hipotecas registradas: con la garantía de una buena fe insuperable, de una palabra honrada. Difícilmente habrá en el mundo quien aventaje a un jurdano en el respeto al cumplimiento de la obligación contraída, y difícilmente habrá quien, dentro de los límites de una posición precaria, cuente con más crédito que un habitante de Las Jurdes. Baste decir que en distintas ocasiones se ha visto a una familia reventar trabajando, y, al cabo de muchas fatigas, agenciarse recursos para solventar una cuenta que el padre dejó pendiente al morir. Aquí un débito no prescribe; aquí se han pagado y se pagan deudas que tienen veinte y treinta años de fecha.

- ¿Qué rédito cobran los prestamistas?, observé.

-Lo corriente -dijo Gombau- es el sesenta por ciento, con interés compuesto.

-Peores son “los papeleteros”, murmuró Alfredo.

Un jurdano se encargó de explicarme quiénes eran “los papeleteros”.

-Ya saben los señores que en esta tierra de jambri, las mujeres, para ayudar a la casa, traen “pilus” y los crían. Bueno, pues las pagas por la crianza no suelen andar al corriente; a las veces se han llegado a juntar las amas con que la Diputación les debía sesenta mensualidades [En 1904, las nodrizas jurdanas tenían pendiente de cobro: el segundo y tercer trimestre de 1893; el primero y segundo de 1894; el primero y segundo de 1895; los años completos de 1898, 1899 y 1901, y el cuarto trimestre de 1900 y de 1903]; como el hambre aprieta y las deudas que se hacen viejas se cobran mal y con trabajo, se presentan “los papeleteros” y compran a las mujeres las pagas... Ellos van a lo suyo, a sacar todo lo que pueden, y dan cinco duros por diez, o algo más o algo menos, según

se tercia y según los apuros que ven. Lo malo es que nunca sueltan dinero. Como tienen tiendas de cosas de comer o de vestir, dicen que, «ya que nos hacen un favor», hemos de conformarnos con cobrar en géneros. Y, a la fuerza, nos conformamos. Peor es que en casa no haya patatas para ir saliendo adelante.

-Inútilmente -exclamó Polo- he hojeado el diccionario en demanda de epíteto adecuado para calificar este tráfico; inútilmente he buscado en el Código penalidad proporcionada para el que comercia con la sangre, con la vida de la mujer jurdana.



Nodrizas jurdanas de niños expósitos (pilos).

-Pues aún hay otro género de explotación, manifestó Gombau.

- ¡Imposible!, dijo César. Si les quitan la tierra, les hipotecan las casas, les roban el ganado, les descuentan usurariamente los haberes de las nodrizas y hasta les cobran en jornales los intereses de los préstamos..., ¿qué van a explotar?

- ¿Ustedes han oído hablar de “las menderas” ?, preguntó Gombau. - ¿No?... tampoco yo sabía que existiesen esas aves de rapiña hasta que vine por acá. Un distinguido jurdanófilo, Gumersindo Santos de Diego, ha hablado de este asunto. A sus palabras me remito. Ante todo, sépase que mendo es un guiñapo: una prenda desechada de puro vieja, pero zurcida y recompuesta; un andrajo recogido en los carros de los traperos. Ahora bien, en los pueblos próximos a esta comarca hay mujeres que se ocupan en hacer mendos. Amontonan telas y ropas inservibles y efectúan transformaciones estupendas, prodigiosas. De los girones de una colcha, sacan una saya; de los restos de sábanas, inventan camisas; de agujereados trajes de punto, fabrican medias; de pantalones

destrozados, forjan chalecos... Claro es que las prendas, a fuerza de remiendos y de zurcidos, parecen mosaicos, y en lo que toca a su duración son flores de un día. No obstante, cuando "las menderas" llegan a estas alquerías trayendo la carga de sus confecciones, es obra de poco rato la de dar salida a la mercancía. Las jurdanas ignoran el valor de una prenda de vestir, y no saben regatear: pagan lo que les piden; no en dinero, pues carecen de él; pero sí en algo que guardan cuidadosamente, como si fuera oro: en aceite, cosechado con mil fatigas y escatimado en la alimentación propia. "Las menderas" venden con arreglo a la siguiente tarifa: por una saya, tres cuartillos de aceite; por unos calzones, media cuartilla; por una camisa, media azumbre... Las compradoras desconocen los precios a que se cotiza el aceite y se someten a las exigencias de "las menderas". Y así estas cambian la carga de guiñapos por cántaros de aceite y se llevan lo que pudo servir de sustento a las familias, dejándoles andrajos que se deshilachan cuando sus dueños comienzan a usarlos.

-Vean ustedes -concluyó nuestro fotógrafo- cómo se abusa de la ignorancia de esta gente.

-¿Y no hay almas buenas, no hay hombres honrados que protejan a estos infelices y los instruyan y eduquen, dándoles armas para defenderse de tanta explotación inicua?, pregunté indignado.

Simultáneamente César, Alfredo y Venancio señalaron a Polo Benito, pero este les impuso silencio diciendo:

-Ruego a ustedes que no hablen de mí; yo no he sido ni soy más que un auxiliar del que justamente ha merecido el título de «Apóstol de Las Jurdes». Hablemos ahora de algo muy triste, pero muy hermoso: de los héroes y de los mártires de esta región.

Sinceramente confieso que he vacilado mucho antes de resolverme a estampar estas líneas. La breve y conmovedora historia de los héroes y de los mártires anónimos de Las Jurdes es ciertamente una prueba elocuentísima de los tesoros morales que existen en el alma de la noble raza hispana, pero es también una denuncia, una acusación del crimen que viene perpetrándose por la complicidad de apatías y de indiferencias, de olvidos que parecen desdenes, de abandonos en absoluto incomprensibles...

Grande, potente, bien arraigado en el corazón llevo el amor a España: de ello dan fe casi todos los trabajos en que he empleado mi pluma. Y en nombre de ese amor saco al público una colección de hechos muy dolorosos, muy lamentables, no por ruin placer de exhibirlos, no por afán de censurar, y sí única y exclusivamente movido por el deseo de que la publicidad, al poner de manifiesto lacras y miserias, sea voz que despierte a los dormidos, que estimule a los reacios y que haga vibrar en las conciencias la necesidad urgente de cumplir con un deber de piedad, con una obligación de patriotismo.

Como cronista del congreso católico celebrado hace años en Burgos, tuve ocasión de oír relatos de la existencia angustiosa del clero rural, pobrísimo dotado.

Como lector asiduo de varias publicaciones defensoras de la enseñanza, he recibido y recibo ecos de los ayes que la falta de medios de subsistencia arranca a los maestros y a las maestras de España.

Pues bien, sobre cuanto he oído, sobre cuanto he visto de cerca o de lejos, sobrepujando a todo en horror trágico, está la vida del sacerdote y del maestro en muchos de los pueblecillos que forman los concejos de Las Jurdes.

Los que creen o aparentan creer que la voz del pueblo es voz del cielo, los que aceptan como axiomas los dichos nacidos en la grosería o en la incultura del vulgo, los que sonríen asintiendo cuando oyen afirmar zafiamente que «el cura es un holgazán que gana el dinero cantando», y que «el maestro es un mal trabajador que cobra por estar sentado», lean estos renglones, y si dudan de la exactitud de los hechos que consigno, arrosten la molestia de un viaje y hallarán como testimonio irrecusable la verdad abrumadora, sombría, superior a la hipérbole.

Al cabo de media docena de años de asistencia aprovechada a las cátedras de una *escuela normal* o al terminar doce años de estudios en un seminario, un hombre joven, inteligente y con cultura, obtiene el título de maestro o recibe las sagradas órdenes. Y ya está habilitado para ejercer su ministerio: de instructor-educador si se trata de un pedagogo; de médico de almas si es un sacerdote.

Para comienzo, los noveles van a un puesto «de entrada», y claro es -refiriéndome a Las Jurdes-, que de antemano saben que el destino que les aguarda reúne los caracteres antitéticos de una prebenda.

La dotación del párroco llega hasta quinientas o seiscientas pesetas anuales, mermadas por el descuento y sin compensación en derechos de pie de altar. La pobreza jurdana no sólo hace ilusorios esos derechos, sino que es una invitación constante, desgarradora a la caridad del ministro del Señor.

El sueldo oficial de un maestro o de una maestra de instrucción primaria ha venido siendo en esta comarca menor que la dotación del párroco.

De la suavidad de la tarea que ha de desempeñar el pastor de almas, puede calcularse con decir que tiene a su cargo el cuidado espiritual de ocho o de diez alquerías, pueblecitos situados entre montañas, y distantes unas de otras dos o tres leguas. En 1904, siete iglesias parroquiales y dos capillas públicas eran los templos que existían en toda la región para las prácticas religiosas de los seis mil habitantes de sus cuarenta y tres pueblos.

En el ejercicio de su sagrado ministerio, el párroco tropieza con deficiencias punto menos que insuperables. Ejemplo al canto: los vecinos de Martín Andrán van a confesar y comulgar en la escuela de Fragosa. Esto es ahora; antes de que se construyese esa escuela se administraba la comunión al aire libre por no haber vivienda en la que cupiesen cuatro personas, y, como tampoco se disponía de mesa, se colocaba el copón sobre un tajo o una piedra.

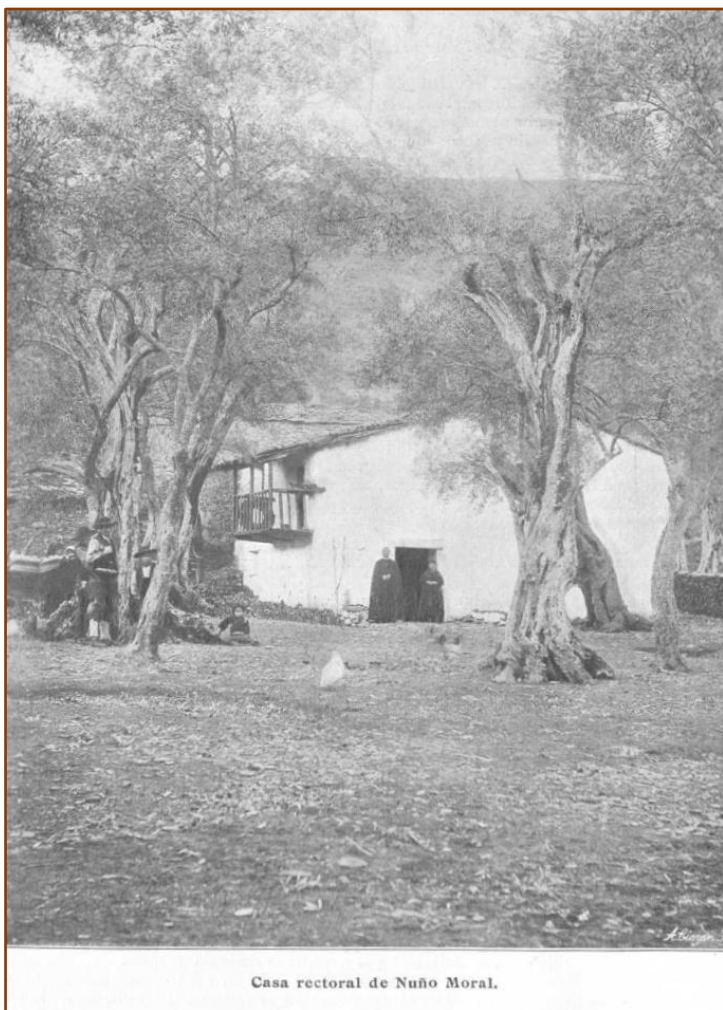
Ya es un sacrificio, no pequeño, el que se realiza aceptando el destierro y las penalidades del avecindamiento en Las Jurdes. Ya es un acto meritorio el de

aislarse del medio social en que se ha vivido y el de sufrir privaciones de todo género, incluso de artículos de primera necesidad. Ya hay heroísmo en prestarse a la convivencia con seres incultos y desconocedores de los más elementales principios higiénicos. Pero aún hay mayores excelsitudes.

Polo Benito ha inventariado los muebles del cuchitril que servía de albergue a un párroco jurdano. El mueblaje estaba reducido a dos sillas claudicantes y sin respaldo, a un sillón de la iglesia, a una cortina remendadísima y a un tabladillo con un jergón lleno de helechos.

Y en Vegas de Coria, curato rural de primera clase, la casa rectoral se componía de cuatro habitaciones insalubres, hasta el extremo de que en poco tiempo fallecieron tres párrocos; el último de ellos robusto y joven. El Sr. Obispo de Coria ha hecho reedificar y sanear aquella vivienda, que hoy reúne condiciones de habitabilidad.

El sacerdote en Las Jurdes ejerce, a más de la cura de almas, múltiples y variadas funciones. Allí donde todo falta; allí de donde todos huyen, el párroco, con voluntad abnegada y con celo inextinguible, suple cuanto está a su alcance. Y sus horas son un engarce de servicios desinteresados: él actúa de médico en casos de



Casa rectoral de Nuño Moral.

urgencia; él es higienista; él asesora y aconseja a los agricultores; él defiende causas como abogado; él falla litigios como juez; él es el escribiente del vecindario; él asocia los esfuerzos individuales para el bien común; él hace a sus feligreses saber los precios a que han de comprar o vender; él les lleva las cuentas; él enseña y adoctrina a los niños, y él, en una palabra, es encarnación del espíritu evangélico.

Y de tal modo se confunde y se compenetra la labor educadora del sacerdote con la función instructora del maestro, que en verdad casi no cabe señalar dónde concluye la esfera de acción del párroco y dónde comienza la del pedagogo.

Es probable que los romanos y los árabes y los monarcas castellanos de la Edad Media cuidasen del fomento de la enseñanza en Las Jurdes, y es más que posible que las comunidades religiosas de los conventos de los Ángeles y de Batuecas velasen por la instrucción de la niñez y por la educación de la juventud. Pero lo cierto es que la primera escuela jurdana de que hay noticia fue creada en 1839 por don Vicente Moreno, párroco de Pinofranqueado. Es decir, que hasta bien entrado el siglo XIX ha existido una región de España completamente analfabeta, por culpa de los administradores del caudal de la enseñanza pública.

Un varón egregio, para el cual es pobre toda alabanza, el actual prelado de Plasencia, Ilmo. Sr. D. Francisco Jarrín y Moro -que ha realizado en bien de Las Jurdes una campaña de la que he de tratar seguidamente-, ha recogido impresiones personalísimas acerca de las escuelas jurdanas. De esas impresiones son reflejos estas notas.

En Las Mestas, hasta que se construyó en fecha reciente un edificio decoroso, la escuela se hallaba en un desván, y el material se reducía a seis carteles y a dos mesas, en las cuales los alumnos escribían por turno.

En Cambroncino, el menaje escolar se ha simplificado más aún: empieza y acaba en una mesa de cocina, dos tinteros y seis libros.

El de Ladrillar es hermano gemelo del de Cambroncino, y el local, salvo los agujeros de las paredes y las goteras de los techos, pudiera utilizarse para formar idea de lo que fueron las mazmorras.

En Aceitunilla, la escuela, por virtud de filtraciones, se trocó en una charca, y el maestro decidió dar la clase en el portal de su casa, abandonando aquel aljibe para uso de animales acuáticos.

En Vegas, el local se mantiene en pie por milagro.

Y, en fin, en Calabazas -donde el maestro, «para ayudarse», rapa barbas en el portal de su vivienda-, el vestíbulo de la escuela tiene fogón sin chimenea, y el humo busca salida y hace que los niños tosan y se atufen, para que olviden la falta de mesas y de bancos.

Con respecto a los sueldos de los maestros, como es natural, corren parejas con la esplendidez de los edificios escolares y del material de enseñanza. Así, la escuela de Nuño -que es el concejo más antiguo de Las Jurdes-, estuvo dotada hasta hace algún tiempo con ciento veinticinco pesetas anuales, pero pagadas con atraso.

Se logró aumentar los honorarios hasta llegar a quinientas pesetas, y desde entonces hubo maestro.

En cuanto a la puntualidad del pago de los sueldos, sólo anotaré el caso de más bulto: el de dos maestros -uno, titular de Vegas de Coria- que recorrieron a pie dieciséis leguas para gestionar el cobro de tres anualidades que se les adeudaban. En el viaje, como en los días de estancia en la capital, vivieron de limosna. Al cabo, uno logró cobrar un trimestre. Los viajeros eran «ricos»; uno de ellos disfrutaba la cuarta parte de la propiedad de un asno.

En el mismo Vegas y en Martín Hebrón los párrocos, por caridad, se han encargado gratuitamente de la enseñanza.

En Casares, los párrocos don Santiago Rodríguez y don Manuel Pascual sirvieron, también por caridad, de maestros durante veintisiete años. Alguna que otra vez obtuvieron retribuciones de setenta y cinco y hasta de más de cien pesetas anuas. Cuando se creó escuela mixta-remunerada con cien duros, acudió al olor de la ganga una maestra. Llegó y se encontró con una covacha en la cual había una mesa, una silla y un cántaro, y huyó -como huyó el maestro del Cabezo- para no morir de hambre. Y entonces el párroco reanudó la práctica de la cristiana obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

Héroes, en la más noble y bella acepción de la palabra, son, entre otros muchos, tres maestros merecedores de sincera alabanza.

En Río Malo de Arriba hay un profesor «ambulante». Vive dedicado a «cazar» niños y niñas, y en pleno campo, allí donde los atrapa, les da clases. Una pizarrilla instalada donde buenamente se puede, sirve para las lecciones de aritmética. Los chicos aprenden caligrafía respetuosamente: arrodillándose ante un tajo que remedia la ausencia de mesa.

En Río Malo de Abajo, la regeneración del pueblo se debe en gran parte a una humilde maestra: a doña Marta. Compadecida del estado de atraso del vecindario, doña Marta convirtió en escuela la cocina de su pobrísima casa; sacó a los niños de sus madrigueras, convocó a las personas mayores al toque de una campanilla, enseñó a todos a lavarse, a hablar sin suciedad, a rezar, a leer, a escribir... Y los pequeñuelos que, al principio, cuando quería atraerlos a la escuela, «huían como conejos al vivar», son los mismos que hoy, al anoecer, elevan una plegaria por el descanso eterno de su regeneradora.

Y con igual espíritu de sacrificio que doña Marta, su sucesora, doña Engracia de Dios -bendita mujer que, sin una queja, sobrelleva la desgracia de hallarse impedida de ambas piernas-, continúa con inteligencia y con asiduidad la obra de roturar cerebros y de moldear corazones.

Y, a continuación de los héroes, como término de este calvario, quiero descubrirme respetuosamente ante la memoria de dos seres que vivieron ignorados y que sucumbieron con resignación excelsa.

En La Huetre hubo escuela provincial y se suprimió por fallecimiento del profesor. Murió... ide hambre!

En Vegas de Coria, el párroco pereció en la miseria y sin auxilio facultativo; el médico más próximo residía a cinco leguas de la parroquia, y el enfermo -que no disponía de recursos para pagar asistencia facultativa- exclamaba resignadamente en la agonía: «¡Qué le hemos de hacer! ¡Así están mis feligreses y no se quejan!»

Yo saludo a esos héroes, yo reverencio a esos mártires y hallo en la grandeza de su abnegación espejos de amor, altos ejemplos que imitar.

España tiene pendiente una deuda de honra con los párrocos y con los maestros jurdanos.

*Non diligamus verbo neque lingua,
sed opere et veritate* (san Juan)

Una oleada de alegría inunda el alma; un latido potente, consolador, apresura el ritmo de la sangre en las arterias, al conocer y al esbozar los actos realizados por los bienhechores de Las Jurdes.

Y esos actos resultan tanto más acreedores a la alabanza cuanto que ni han sido ni son dádivas, y sí manifestaciones de cariño. No rasgos de beneficencia, sí palpitaciones de caridad, toda amor.

Con noble orgullo, con júbilo muy íntimo, con la satisfacción purísima del hijo que se goza en evocar las glorias de su madre, estampo el nombre del «Padre de Las Jurdes», del primer caudillo de la santa legión que ha luchado y que lucha con ardoroso ahínco por la redención de los jurdanos.

Y el nombre de ese precursor va unido -como el de Juan de Torres, primer maestro del Imperio de Méjico- al nombre de mi bendita Córdoba. Porque en la provincia cordobesa vio la luz primera el Ilmo. Sr. D. Juan de Porras Atienza y de Castro.

Un escritor de abundante cultura y de gran despejo intelectual, don Eugenio Escobar y Prieto, deán del cabildo de la Catedral de Plasencia, ha publicado un excelente estudio biográfico acerca del Sr. Porras Atienza. De ese estudio entresaco las notas referentes al paso de mi insigne compatriota por la región jurdana.

Don Juan de Porras Atienza y de Castro nació en la ciudad de Cabra (Córdoba) el 6 de enero de 1627. Tuvo por padres a don Juan de Porras Atienza y Toro, regidor perpetuo de la villa de Palma, y a doña Isabel de Castro y Cifontes, dama cordobesa que, como su esposo, procedía de ilustre abolengo y gozaba de limpia fama y de holgada posición.

El hijo estudió en el hispalense colegio de Maese Rodrigo, y, al terminar su carrera eclesiástica, ganó por oposición y desempeñó durante seis años una cátedra de Teología en Sevilla. A los veintinueve años obtuvo, por oposición, la canonjía magistral de Coria, y luego, igualmente por oposición, el cargo de penitenciario en la Catedral de Cádiz. Su virtud, su talento, su elocuencia y su celo fijaron la atención de los príncipes de la Iglesia, y, en 1680, fue nombrado obispo de Ceuta y vicario general de la Armada. Cuatro años después pasó a ocupar la silla episcopal de Coria.

Al llegar este momento hay que parar mientes en un hecho muy significativo. El 16 de julio de 1684 hacía el Sr. Porras Atienza su entrada solemne en la Catedral de Coria como obispo de la diócesis, y precisamente al otro día marchaba a Lagunilla para gestionar allí la construcción de una casa desde la cual había de

serle más fácil el gobierno de aquella parte de la diócesis en la que están enclavadas Las Jurdes.

No fue ese hecho obra de la casualidad, y sí de un caritativo plan que iba a ser puesto en práctica sin demora.

Sin duda alguna, el nuevo prelado cauriense, durante el tiempo que ocupó la canonjía magistral, tuvo noticia de la miseria jurdana y acarició el propósito de remediarla. Prueba de ello es que Las Jurdes fueron el primer territorio que visitó en su diócesis.

Al tocar de cerca tanta pobreza, tanta ignorancia y tanto abandono, se le acongojó el ánimo y dio comienzo a una verdadera cruzada.

Sin desmayar ante molestias, sin retroceder ante repugnancias, sin experimentar desaliento ni revelar cansancio, recorrió uno tras otro los poblados jurdanos, predicando, estimulando, confortando a los abatidos, incitando a todos a que se asociasen y atendiendo a las necesidades de mayor urgencia.

De los extremos a que llegó en su caridad puede colegirse por un solo dato. El caudal de sus padres le aseguraba el bienestar y a más de ello contaba con la dotación y con los emolumentos de la prelatura; pues bien, en Coria -como anteriormente en Ceuta- llegó a padecer apuros pecuniarios «por haber no sólo agotado todos sus recursos en socorro de los pobres, sino además contraído deudas a este fin».

Al año siguiente de su toma de posesión de la sede episcopal de Coria, vio terminado el modesto y decoroso albergue que hizo levantar en Lagunilla y que aún se conserva. Allí estableció su centro de operaciones.

Inmediatamente, a sus expensas, mandó edificar tres parroquias con sus respectivas casas rectorales, en Cambroncino, Martín Hebrón y Vegas de Coria. Y regaló cuanto fue necesario para la celebración del culto en los tres nuevos templos.

El de Cambroncino, por sus amplias proporciones y por la solidez y buena traza de su fábrica, continúa siendo el mejor de Las Jurdes, y se le llama vulgarmente «la iglesia de las lástimas», pues no hay viajero que, al contemplar la hermosura del templo y al compararla con la pobreza de las casas y de los habitantes, no exclame: «¡Qué lástima!».

Y a esa exclamación, que se repite desde hace más de doscientos años, ha contestado el actual obispo de Plasencia, diciendo: «No es lástima, sino gran dicha que un prelado haya hecho construir una casa de oración que haga levantar los espíritus por medio de una grandeza visible a las grandezas invisibles donde Dios tiene su trono».

Tan luego como comenzaron las obras de las tres parroquias, el Sr. Porras Atienza solicitó y obtuvo del pontífice Inocencio XII una pensión anual perpetua, sobre las rentas de la mitra, de trescientos ducados, que habían de emplearse en la dotación de los párrocos.

Posteriormente, pidió que se aumentase la pensión en otros trescientos ducados para terminar la iglesia de Casares, asegurarle dotación y convertirla en parroquia.

Penetrado de que una de las causas principales de las desdichas jurdanas era la falta de vías de comunicación, se afanó por el arreglo y la mejora de los caminos de herradura -únicos existentes hoy como ayer- y, siempre de su bolsillo, hizo construir tres puentes: el de Batuecas, entre La Alberca y Las Mestas; el de Río Malo, entre Las Mestas y Vegas de Coria y el de comunicación entre Vegas de Coria y Arrolobos.

Doña Aldonza, hermana del obispo y establecida en Lagunilla, colaborando generosamente en la empresa de su hermano, fundó en el lugar de su residencia un hospital para asistencia de los enfermos pobres de la diócesis. En 1702 falleció la fundadora, y su hermano dio remate a aquel piadoso empeño, reglamentando el establecimiento, colocándolo bajo la advocación de santo Domingo de Guzmán, y señalándole cuantiosas rentas de los bienes propios y de los que pertenecieron a doña Aldonza.

Y el hospital de Lagunilla proporcionó algún beneficio a los jurdanos, por ser el más próximo a su territorio.

Veinte años duró el pontificado cauriense del Sr. Porrás Atienza, y en ese pontificado que tuvo principio en edad casi sexagenaria, efectuó muchas y muy detenidas visitas a Las Jurdes, y fue su alma paño de Verónica, que enjugó los sudores del trabajo y el llanto de las penas de aquellos infelices campesinos. Proveyó al desvalimiento, remedió muchas hambres, subvencionó la construcción de casas en Cambroncino y se esforzó por agrupar en poblados a los habitantes de las majadas más solitarias, y, por ende, más menesterosos de auxilio espiritual. En el año último de su existencia, no pudiendo ya ir personalmente a Las Jurdes, giró la postrer visita por medio de un delegado.

Bajó a la tumba el 28 de julio de 1704, y fue inhumado en la parroquia de Lagunilla, en sepultura contigua a la de su hermana.

Dos sencillas inscripciones, sobre tosca cantería, evocan la memoria del *padre de Las Jurdes* y de la bendita doña Aldonza.

Al cabo de dos siglos, un cordobés pide a Córdoba que consagre admirativo recuerdo al cordobés insigne don Juan de Porrás Atienza, al prelado cuyo pecho fue relicario del alma de todas las virtudes: de la santa caridad.

Con excelente voluntad, con loable diligencia, el Excmo. Sr. D. Ramón Peris Mencheta, actual obispo de Coria, viene procurando el socorro de las necesidades espirituales de los jurdanos. Con ese objeto destinó a un coadjutor de Pinofranqueado para que ejerciera en el Horcajo, y subvencionó al párroco de Las Mestas para que celebrase misa los domingos y días festivos en Río Malo de Arriba; contribuyó con sus donativos a la erección de una capilla en Ladrillar y a la reconstrucción de una iglesia en el Cabezo; costeó la edificación de una capillita en Río Malo de Arriba, y donó dos casullas y un alba a cada uno de los templos de Las Jurdes.

Por su iniciativa se hizo un cementerio para las alquerías de Rebollosa y de Río Malo de Abajo, y a su inteligente gestión se debe el mantenimiento del antiguo hospital de Lagunilla.

La desamortización menguó considerablemente las copiosas rentas con que los fundadores dotaron aquella institución. No obstante, el Sr. Peris Mencheta ha logrado que el hospital prosiga siendo refugio para los enfermos pobres, y lo ha encomendado al cuidado de religiosas terciarias de San Francisco, las cuales, a más de asistir a los dolientes que allí acuden, han creado y sostienen en el mismo edificio una escuela de niñas.

Desde hace tiempo, el sueño dorado del Sr. Peris Mencheta se cifra en que cada uno de los caseríos jurdanos cuente con una capilla.

El día que ese sueño se trueque en plena realidad, será uno de los días más felices de la vida del Excmo. Sr. Obispo de Coria. Y para los que saben juzgar a los hombres por la grandeza del propósito y no por el resultado del esfuerzo, por lo que intentan y no únicamente por lo que consiguen, la católica aspiración de este digno prelado es una ejecutoria de fe y de amor.

Si la emoción honda y sincera, la que es vibración en los nervios, flor de bendiciones en los labios y niebla de llanto en los ojos, pudiera hallar expresión cumplida en la humana palabra, seguramente mi pluma llevaría al espíritu de los lectores una impresión gemela de la impresión que he experimentado al seguir las huellas del alma del «*Apóstol de Las Jurdes*».

Hace más de veinte años, un reducido grupo de excursionistas, después de descansar en La Alberca y de subir hasta la Cruz del Portillo, descendió a la hondura del valle de Batuecas y visitó el antiguo convento. Alguien habló de Las Jurdes y pintó con vivos colores la existencia de los habitantes de aquella región. Uno de los excursionistas, así que hubo escuchado el relato, mandó ensillar su caballería, y, dando por terminado el viaje de recreo, tomó un guía y se encaminó a Las Jurdes altas, entrando por Las Mestas: iba a comprobar los grados de exactitud del cuadro desolador que ante él acababan de esbozar. Algo indefinible le movió a ponerse en marcha, algo como un llamamiento resonó en su corazón, y, cediendo a aquel impulso, dando satisfacción a la llamada, llegó a Las Mestas. ¡La voluntad de Dios lo llevó a la misérrima alquería pizarreña! Desde aquel punto y hora, el viajero siguió sin vacilar la sonda que la Providencia le señalaba. Desde aquel punto y hora consagró a Las Jurdes lo mejor de su existencia, elevándose a la celeste cumbre de la caridad, a esa cumbre a la cual sólo alcanzan los que sufren de modo constante y absoluto con el sufrimiento del prójimo.

Precipitadamente tornó a Salamanca el excursionista, y, en Salamanca, sacrificando hacienda y renunciando a comodidades para lo futuro, se agenció recursos y con ellos emprendió su primera cruzada, la campaña primera de su apostolado por las sierras jurdanas. Fue aquella una visita de concienzudo médico que va en busca de elementos para formar el diagnóstico y al mismo tiempo lleva instrumental y botiquín para empezar el tratamiento. Y las visitas se repitieron, y en Salamanca se comentaron las ausencias del infatigable excursionista, y, andando el tiempo, cuando no hubo manera de conservar el anónimo, cuando de

público se habló de un protector generoso que llevaba años derramando socorros y consuelos en las pocilgas de Las Jurdes, los jurdanos averiguaron que su favorecedor era «el señol Magestal». Y «el señol Magestal» se llamaba don Francisco Jarrín y Moro. El Sr. Jarrín, antes de obtener en brillantes oposiciones la canonjía magistral de la Catedral de Salamanca -ciudad donde nació- contaba con una hoja de servicios que es blasón de talento, de ciencia y de virtud. En Peñaranda de Bracamonte fundó y dirigió el Colegio de Segunda Enseñanza de San Miguel; en Gijón explicó durante un quinquenio la cátedra de Retórica y Poética del Instituto de Jovellanos, y en Ávila tuvo a su cargo, simultáneamente: la cátedra de Psicología del Instituto, la dirección del Colegio Politécnico y la enseñanza de Griego en el Seminario Conciliar. Después ocupó la dignidad de chantre en el cabildo de Salamanca y fue decano de la Facultad de Teología, rector del Colegio de Estudios Superiores de Calatrava, catedrático de Retórica y Poética del Instituto y restaurador y regente de la Escuela de San Eloy, a la cual donó una biblioteca formada por dos mil volúmenes y una riquísima colección de medallas y de monedas antiguas. Ha publicado quince o veinte libros de Arte, de Religión, de Historia, de Filosofía y de Literatura; ha predicado nada más que tres millares de sermones, y actualmente es obispo de Plasencia.

En la calle -afirma un biógrafo del Sr. Jarrín- no se ve de él otra cosa que un hombre de sesenta años, de color sano, atento y fino en su trato, sin exageraciones en el vestir ni en el hablar; uno de los muchos señores que andan por las calles; para la generalidad de la gente, una persona instruida y buena, «según dicen» ... Pero habladle; dejad que sus palabras, sencillas y suaves, lleguen a vuestros oídos; esperad a que su alma se abra al soplo del bien, y entonces observaréis al hombre, veréis cómo es rico en fervores aquel corazón, cómo se desparrama dejando huellas blancas de su paso por los senderos de la desgracia. Festivo o serio -su característica es un cierto humorismo no exento de gravedad-, os dice sus juicios sobre hombres y cosas, juicios formulados sin poner cátedra, pero admirables por lo exactos, lo nuevos y lo profundos. Ha subido todos los escalones sociales, pasando por ellos sin dejar rastro de odios ni de envidias; es el suyo un integral castellanismo sin adulteraciones ni mezclas; piensa una obra y pone en ella su alma, pero sin marchar a saltos, sino despaciosamente, por grados, mirando todos los lados del prisma. Ejemplo: su campaña en bien de los jurdanos. Él vio aquella comarca llena de tristezas y de lágrimas, no dio quejas al aire, miró a los rincones de su alma buena y puso la mano en el arado: uno, dos, quince, veinte años de trabajo silencioso y oscuro. Ni su familia tenía noticia de sus extraños viajes; él iba dejando su dinero en las alquerías pobres, fundaba escuelas, edificaba iglesias. Su caridad ha sido siempre un secreto que sólo ha llegado a conocerse en parte, fragmentariamente.

De lo que su caridad ha hecho en el orden individual dentro de los hogares jurdanos, nadie ha podido llevar cuenta. Esa contabilidad se lleva en esfera más alta que la terrenal.

De la labor que no ha podido permanecer oculta, yo conozco lo que está a la vista de todo el que se asome a Las Jurdes: lo que, a despecho de la modestia, se alza como testimonio de gloria.

Yo sé que el título de *Apóstol de Las Jurdes* es el resultado de peregrinaciones hermanas de las que realizó el Sr. Porras Atienza. Yo sé, y me complazco en manifestarlo, que el señor Jarrín ha recorrido todos, absolutamente todos los pueblecitos de los concejos jurdanos, y sé que al entrar en esos pueblecillos encontró llantos de dolor, y al salir de ellos fue despedido con llanto de gratitud bien sentida, aun cuando toscamente expresada.

Ruda faena es la de visitar los cuarenta y tantos pueblos de la comarca; meritorio imponerse ayunos voluntariamente; triste el espectáculo que allí se contempla; pero sobre el cansancio, sobre las deficiencias de la alimentación, están las dificultades de hallar albergue donde la limpieza propia no sufra menoscabo. Para salvar esa dificultad, el Sr. Jarrín durmió más de una vez teniendo por lecho el campo y por pabellón de alcoba la bóveda celeste.

Se fijó en el pueblo más inculto, en el que se hallaba en mayor atraso: en Río Malo de Abajo. Como hombre consagrado a la enseñanza, dio a la enseñanza puesto preferente en su programa redentor. A sus expensas hizo levantar allí un buen edificio escolar. Cuando las obras terminaron, el obispo de Coria solicitó del Sr. Jarrín la cesión de aquel local para utilizarlo como iglesia. Y el fundador defirió a la petición, y costeó un artístico retablo, y regaló objetos para el culto y para el adorno del templo. Pero como se había prometido dar un centro docente a la alquería, procedió a la construcción de otra casa-escuela, y no sólo envió abundante material para amueblarla y para uso de los alumnos, sino que de su bolsillo dotó la plaza de maestro, y desde entonces viene sosteniéndola. Río Malo de Abajo se encontró, pues, gracias a su protector, con iglesia, con escuela y con maestro. Hubo la fortuna de contar con una excelentísima colaboradora, doña Marta, la ejemplar maestra antes mencionada-, y hoy, a la vuelta de veinte años, Río Malo de Abajo es un pueblo regenerado, que puede citarse como modelo de los milagros que consigue la caridad activa, providente, perseverante. Hoy el vecindario de ese poblado sabe leer y escribir, y se distingue por su religiosidad, por sus buenas costumbres y por su respeto a la higiene.

Allí hay arbolado, y allí se ve la mano que ha redimido a los habitantes de la ignorancia secular que los abrumaba.

A continuación de Río Malo de Abajo entra en turno Fragosa, y otro edificio, otra escuela fundada, dotada, sostenida y abastecida de muebles y de material de enseñanza, señala elocuente el paso del Sr. Jarrín, que se deshizo de unas fincas que poseía, y empleó el importe en *títulos de la deuda*, cuya renta asegura la vida de sus fundaciones.

Y él costeó la enseñanza primaria en Río Malo de Arriba y en la alquería de Cerezal, y el material de la escuela de Las Mestas y el de todas las escuelas jurdanas que lo han solicitado o lo solicitan, y las santas imágenes de la iglesia de Cambroncino, y un ramal de camino carretero -único existente en toda la comarca jurdana-desde Río Malo de Arriba hasta la Collada de Clemente, y otro camino desde Fragosa a La Huerta, y puentes y arreglos de sendas, y otros muchos beneficios de importancia, pregonan la generosidad del eximio ***Apóstol de Las Jurdes***.



ILMO. SR. D. FRANCISCO JARRÍN Y MORO

Obispo de Plasencia.

Celosísimo protector de Las Jurdes.

La magnitud de la empresa superaba a los recursos particulares del actual prelado de Plasencia. Entonces acudió en demanda de auxiliares, y entonces dio principio a una segunda cruzada, en la cual fue «general en jefe del ejército de la caridad en tierra jurdana».

Como núcleo principal de su ejército, funda la sociedad que lleva por nombre *La Esperanza de Las Jurdes*, que cuenta ya nueve años de fecunda existencia.

La Esperanza de Las Jurdes se creó para remediar, dentro de lo posible, el estado lastimoso de la comarca, y para procurar por todos los medios la regeneración de aquellos habitantes, dotándolos de iglesias y de escuelas, haciéndoles habitables sus viviendas, gestionando la construcción de caminos y facilitándoles herramientas, simientes y préstamos gratuitos. Dos presidentes ha tenido la sociedad: el primero, el Sr. Jarrín, y el segundo don José Polo Benito, nuestro jefe de excursión.

La Esperanza de Las Jurdes, aun cuando sólo contaba con un pequeño fondo, constituido por las cuotas voluntarias de sus afiliados, comenzó inmediatamente a realizar sus fines sociales, y al cumplirse un año de su creación ya había hecho préstamos gratuitos, y ya su acción benéfica se dejaba sentir en el señalamiento de premios a los plantadores de pinos y de alcornoques y a los cazadores de jabalíes, en las afortunadas gestiones para la asistencia de niños a las escuelas, y en la reglamentación de la mendicidad, que dio por resultado la restricción del vagabundeo mendicante.

Y dentro de la poquedad de sus fondos, aprovechando la prestación personal de los jurdanos, la sociedad arregla caminos, reedifica puentes, reconstruye la iglesia y termina las obras de la escuela de Las Calabazas, y trabaja asiduamente por llevar a los jurdanos el convencimiento de las ventajas de la explotación de pinos y de las cooperativas de consumo.

Luego establece nuevos premios para los que se distinguen en el cultivo de las encinas, y, por iniciativa del Sr. Jarrín, se da principio a la formación de una biblioteca popular para uso de todos los jurdanos, estableciéndose en Cambroncino.

Ya en estas gestiones, imposibles de realizar por una sola persona, el presidente encontró ayudantes de gran valía. El primero y el mejor de todos ellos -en esta afirmación seguro estoy de que nadie se considerará ofendido- fue y es Polo Benito. Difícilmente se dará caso de más perfecta compenetración en el pensar, en el querer y en el sentir, que la que ha existido y existe entre el fundador de *La Esperanza de Las Jurdes* y su esclarecido lugarteniente. Difícilmente habrá quien con mayor vocación y más ardoroso celo haya secundado una misión humanitaria. Difícilmente se hallará una voluntad, un cerebro y un corazón que se hayan puesto tan en absoluto, con el viril entusiasmo de la juventud, al servicio de una idea simbolizada por un hombre que ni buscaba medro ni disponía de recompensas.

Polo Benito, alma de misionero, halló en Las Jurdes el campo de expansión que necesitaba; y si el Sr. Jarrín ha recorrido todos los pueblos, su teniente ha entrado en todos los hogares jurdanos.

Gran orador, gran periodista y gran sociólogo. Polo Benito, en plena juventud -acaba de cumplir treinta años-, tiene conocimientos científicos e historia muy bastantes para labrar la reputación de un hombre, y esa historia es en lo presente prenda y garantía segura de abundante cosecha de laureles en lo porvenir.

Al bucear en las miserias jurdanas, escrutando los males, buscó adecuados remedios. Así, cuando la Sociedad Española de Higiene convocó a público concurso y señaló como tema «*El hogar jurdano: Consejos para la construcción en Las Jurdes de viviendas sanas y baratas*», no fue sorpresa que el premio se adjudicase a una memoria clara, sencilla, breve, inspirada en sentido muy práctico y original de Polo Benito, autoridad difícilmente superable en la materia.

Cánovas exclamó en una ocasión: «Todo el que debe llegar, llega; lo que ocurre es que a veces llegan los que no debieran llegar.» Si la primera parte de la afirmación es exacta, Polo Benito llegará hasta esos altos puestos que son consagraciones del talento.

Y en la ruda batalla contra la ignorancia, contra la usura, contra el hambre y contra la incomunicación de que son víctimas Las Jurdes, figuraron en torno del presidente muchas personalidades que coadyuvaron y que coadyuvan a la obra de la sociedad. Mención especial para los distinguidos jurdanófilos, el médico don Tomás Gómez y Juan Pérez.

Era insuficiente la hermosa voluntad de los caudillos y de los soldados para resolver el magno problema jurdano. Era indispensable un esfuerzo más poderoso, so pena de que, al ensanchar la esfera de acción, se perdiese en intensidad lo que en extensión se ganaba. Hacía falta que España volviese los ojos a la comarca desvalida. Entonces, como bandera del caritativo ejército, surgió la idea de crear una publicación que llevase a todas partes el reflejo de las angustias jurdanas y que fuese bandeja para recoger los donativos de la caridad española.

Un linajudo aristócrata extremeño, un representante de la antigua nobleza hispana, brindó, sin regateos, con espontánea liberalidad, todo el apoyo material necesario para que el proyecto tuviese realidad.

Y el 24 de enero de 1904 apareció el primer número de *Las Jurdes*, revista mensual fundada por el marqués de Albaida -que costeó los gastos de impresión y dejó el producto de las suscripciones a favor de «La Esperanza»- y dirigida por don Francisco Jarrín.

Nada tan sobrio, nada tan humanamente divino como el programa de la revista, compendiado en dos palabras: cultura, civilización.

En ese programa se decía: «Intentamos llevar a Las Jurdes los tres factores que envuelve el genuino y hermoso concepto de civilización: iglesias, escuelas y caminos. Iglesias, donde se modele el alma jurdana en el maravilloso troquel de la virtud y de la honradez; escuelas, donde se eduque el niño y se forme el hombre útil a la sociedad y el ciudadano digno de su patria y de su historia; caminos, que rompan los duros canchales y sean vías por donde salgan a otros mercados los exquisitos productos de aquella tierra, y sean también medios de comunicación, paso abierto al vivir moderno y a las ideas y progresos que han alcanzado las nuevas generaciones».

Atractiva, simpática, interesantísima, como revelación de un mundo ignorado, la revista *Las Jurdes* luchó bravamente por el cumplimiento de su programa. Y es cierto que triunfó en el empeño de llevar cultura y civilización y algún bienestar a los jurdanos, pero fuerza es confesar que no halló en España eco y resonancia proporcionados a sus fines.

Cierto que el director y el redactor jefe, Polo Benito, lograron que la Diputación pagase algunos de los atrasos que adeudaba a maestros y a nodrizas y que nombrase un inspector especial para las escuelas jurdanas.

Cierto que consiguieron donativos, especialmente de libros, y cierto que la revista sirvió para estimular voluntades y para reclutar socios con destino a *La Esperanza de Las Jurdes*. Pero esos triunfos, antes que del periódico, lo fueron de las gestiones personales de sus dos directores, que, aun tropezando con egoísmos y con apatías en los centros oficiales, pudieron obtener algún apoyo, siquiera fuese escaso e intermitente. La revista *Las Jurdes*, en su redacción y en su confección, fue un acierto periodístico. El Sr. Jarrín dio a conocer en ella una bellísima serie de artículos refiriendo las impresiones de sus visitas a los pueblecitos que forman los cinco concejos jurdanos; Polo Benito alternó, con la descripción de hechos y de costumbres de la comarca, crónicas en las que su fogosa indignación estallaba en anatemas contra los que desoían sistemáticamente las reclamaciones hechas en nombre de seis mil españoles olvidados por su patria.

Y de gran utilidad para el conocimiento de Las Jurdes fue la publicación de los estudios históricos, geográficos y sociales de don Julián Mancebo, don Eugenio Escobar y Prieto, don Jacinto Vázquez de Parga y don Tomás Gómez.

Naturalmente, el trabajo del director y el del redactor jefe, de igual modo que el de los que con mayor o menor asiduidad cooperaron con sus producciones al cumplimiento del objeto propuesto por la revista, fue en absoluto gratuito.

Entre los numerosos colaboradores figuraron: S. A. la infanta doña Paz de Borbón y los señores Ibáñez Marín, Bernaldo de Quirós, Dr. Pulido, Maldonado, Berrueta, Crotontilo, conde de Retamoso, Bullón, Iscar, Dorado Montero, Pérez Mínguez, Pinilla, Morán, Casas, Goy, Blázquez de Cáceres, Ocaña, Gil Maestre, Iglesias Garrido, Vidal y Gómez, Castillo, Pedraza, García Mora, Mateos Quintana, Pérez (Juan), Sánchez (Teodoro), Marcos (Fernando), Felipe (Fernando), Castro Bajo y la escritora francesa Ana Sée, que hizo un viaje a Las Jurdes.



D. JOSÉ POLO BENITO

Canónigo del Cabildo y Secretario del Obispado de Plasencia.

Cooperador activísimo del protector de Las Jurdes.

También los poetas pusieron sus inspiraciones al servicio de la causa jurdana.

José María Gabriel y Galán²⁴, viviendo al lado de la región infortunada, penetró hondamente en aquellas tristezas y se hizo intérprete del sentir de todos y lo expresó en soberanas composiciones. De ellas, ninguna como la titulada “*La Jurdana*”: en esta obra resplandece el genio y palpita el corazón del inmortal autor de *Fecundidad* y de *El Ama*.

He aquí esa joya poética de Gabriel y Galán:

LA JURDANA

Era un día crudo y turbio de febrero
Que las sierras azotaba
Con el látigo iracundo
De los vientos y las aguas;
Unos vientos que pasaban restallando
Las silbantes finas alas,
Unos turbios desatados aguaceros,
Cuyas gotas aceradas
Descendían de los cielos como flechas
Y corrían por la tierra como lágrimas.

Como bajan de las sierras tenebrosas
Las hambrientas alimañas,
Por la cuesta del serrucho va bajando
La paupérrima jurdana...
Lleva el frío de las fiebres en los huesos,
Lleva el frío de las penas en el alma,
Lleva el pecho hacia la tierra,
Lleva el hijo a las espaldas...

Viene sola, como flaca loba joven
Por el látigo del hambre flagelada,
Con la fiebre de sus hambres en los ojos,
Con la angustia de sus hambres en la entraña.

²⁴ José María Gabriel y Galán (1870-1905) fue un poeta que cantó en versos sencillos y espontáneos las virtudes tradicionales campesinas. Su obra, ajena a las novedades temáticas del modernismo de Rubén Darío (aunque no tanto a las formales), se centró en el ambiente rural y expresó un concepto cristiano y optimista de la vida en la naturaleza. La familia patriarcal, la existencia hogareña y la austeridad del agricultor castellano fueron la materia de sus versos, que bebió en las fuentes de la literatura pastoril latina y en el Siglo de Oro español, así como en algunos autores españoles románticos y contemporáneos.

Gabriel y Galán fue uno de los primeros autores que denunció la miseria de la comarca de Las Hurdes a partir de los poemas “*La jurdana*” y “*A Su Majestad el Rey*”, ambos de 1904. El segundo de ellos tenía por objeto sensibilizar a Alfonso XIII, entonces de visita en Salamanca: *Porque infama la negrura / de la siniestra figura / de hombres que hundidos están / en un sopor de incultura / con fiebre de hambre de pan*. Posteriormente el monarca señaló que fue a través de ambas poesías como tomó conciencia del problema de un territorio que aún tardaría en visitar (1922).

Es la imagen del terruño solitario
De misérrimos lentiscos y pizarras;
Es el símbolo del barro empedernido
De los álveos de las fuentes agotadas...
Ni sus venas tienen fuego,
Ni su carne tiene savia,
Ni sus pechos tienen leche,
Ni sus ojos tienen lágrimas...

Ha dejado la morada nauseabunda
Donde encueva sus tristezas y sus sarnas,
Donde roe los mendrugos indigestos
De dureza despiadada,
Cuando torna de la vida vagabunda
Con el hijo y los mendrugos a la espalda.
Y ahora viene, y ahora viene de sus sierras
A pedirnos a las gentes sin entrañas
El mendrugo que arrojamos a la calle
Si a la puerta no lo pide la jurdana.

II

¡Pobre niño! ¡Pobre niño!
Tú no ríes, tú no juegas, tú no hablas,
Porque nunca tu hociquillo codicioso
Nutridora leche mama
De la teta flaca y fría,
Álveo enjuto de la fuente ya agotada.

Te verías, si te vieras, el más pobre
De los seres de la sierra solitaria.
No envidiaras solamente al pajarillo
Que en el nido duerme inerte con la carga
De alimentos regalados
Que calientan sus entrañas.
Envidiaras del famélico lobezno
Los festines que la loba le depara,
Si en la noche tormentosa con fortuna
Da el asalto a los rediles de las cabras...

Estos días que en la sierra se embravecen,
Por la sierra nadie vaga...
Toda cría se repliega en las honduras
De cubiles o cabañas.
De calientes blandos nidos
O de enjutas oquedades subterráneas.

Tú sólito, que eres hijo de un humano
Maridaje del instinto y la desgracia,
Vas a espaldas de tu madre recibiendo
Las crueles restallantes bofetadas

De las alas de los ábregos revueltos
Que chorrean gotas de agua.

Tú sólito vas errante
Con el sello de tus hambres en la cara,
Con tus fríos en los tuétanos del cuerpo,
Con tus nieblas en la mente aletargada
Que reposa en los abismos
De una negra noche larga,
Sin anuncios de alboradas en los ojos,
Orientales horizontes de las almas...

III

Por la cuesta del serrucho pizarroso
Va bajando la paupérrima jurdana
Con miserias en el alma y en el cuerpo,
Con el hijo medio imbécil a la espalda...

Yo les pido dos limosnas para ellos
A los hijos de mi Patria:
¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!
¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!...

En la revista *Las Jurdes* no tuvieron cabida las expansiones de los cultivadores de «vaga y amena» literatura. Allí el arte fue siempre representativo, trasunto de la realidad, visión del terruño a través de un temperamento. Y así los poetas cantaron resignaciones y ternuras de mendigos famélicos, y sus estrofas, empaçadas en tristeza de sufrimientos, se asemejaron a las que Guerra Junqueiro engarzó en su libro *Os Simples*, que es el Kempis de la humildad [...].

Al entrar en el quinto año de su existencia dejó de publicarse la revista *Las Jurdes*. Su última campaña dio por resultado la celebración del Congreso Nacional de Jurdanófilos. A la historia de la revista, como a los *Anales del Congreso*, quedó unido el nombre de su celebrado colaborador artístico Venancio Gombau.

Por la misma fecha *La Esperanza de Las Jurdes* obtuvo del Gobierno, por mediación del comisario regio, conde de Retamoso, la donación de cincuenta mil pesetas como capital inicial para la creación de *un pósito de la tierra*. Ese capital, distribuido en préstamos sin interés, ha sido y continúa siendo un respiro en el ahogo de los agricultores jurdanos.

Durante este tiempo, la labor del Sr. Jarrín se robustecía y fructificaba. Una de sus visitas tuvo por objeto presidir los exámenes en las escuelas de su fundación y distribuir premios a los alumnos más aventajados.

En aquella visita le acompañaron dos prelados muy ilustres: el R. P. Valdés, obispo de Salamanca, y el Excmo. Sr. D. Enrique Almaraz, obispo de Palencia y

después arzobispo de Sevilla. Ambos preladados dejaron caritativa memoria en Las Jurdes.

Y yo, que no conozco la envidia, me acuso de haber envidiado al R. P. Valdés.

Cuando terminaron los exámenes en Río Malo de Abajo, cuando los esclarecidos examinadores salieron a comer al aire libre, el R. P. Valdés sacó de las alforjas unos misteriosos paquetes, los abrió y distribuyó el contenido entre los pequeñuelos allí congregados. ¡El obispo de Salamanca había pensado en los jurdanillos y les llevaba dulces! Una pequeñez, pero tan delicada y tan llena de ternura que vale por un poema.

En los días 14 y 15 de junio de 1908 se celebró en Plasencia, presidido por el ilustrísimo Sr. Jarrín, obispo de la diócesis, el Congreso Nacional de Jurdanófilos, iniciado por el médico don José González Castro y **organizado por D. José Polo Benito**: el justamente llamado congreso de la caridad, el congreso de los herederos del espíritu de san Juan de Dios y de san Pedro Claver.

El cuestionario del congreso comprendía estudios acerca del *Pósito* de Las Jurdes, de la Medicina y la Higiene, de la carretera y los caminos, de las escuelas y de la sociedad *La Esperanza de Las Jurdes*. El desarrollo de los expresados temas estuvo a cargo de los señores conde de Retamoso, Dr. Ángel Pulido, González Castro, Guerra (D. Francisco), Gómez (D. Tomás), obispo de Plasencia y Polo Benito.

Además, pronunciaron discursos los señores: Pérez (D. Juan), Sánchez Hoyos, Bullón, Sánchez Arjona, Muñoz Chaves, vizconde de Eza, y D. Segismundo Moret; enviaron adhesiones personalidades de gran prestigio, y se presentaron al congreso trabajos de los Sres. Gómez (D. Francisco), Hernández (D. Pablo), Gallego Rodríguez, Casas del Río, Iglesias (D. Antero), Martín (D. José) y «un amante de Las Jurdes».

Entre las conclusiones propuestas o adoptadas deben recordarse las que se encaminaban a lograr: el fomento de la arboricultura y en especial el de los pinares; el establecimiento de una fábrica de abonos químicos; la construcción de caminos vecinales, de puentes y de cementerios; la creación de una farmacia y de varios botiquines a cargo de dos médicos y de cuatro practicantes; la instalación de dos pabellones hospitalarios; la edificación de casas higiénicas; la implantación de granjas agrícolas; la aplicación de la ley de colonización interior a los concejos de Las Jurdes, la declaración de utilidad pública a la sociedad *La Esperanza de Las Jurdes*, con subvención que le permitiese realizar mejor sus fines; la fundación de escuelas, haciendo obligatoria la residencia en la localidad de los maestros propietarios o interinos, y, en fin, la institución con carácter fijo de la enseñanza de adultos.

Los resultados prácticos del congreso de Plasencia, aun cuando inferiores a las necesidades de Las Jurdes, fueron superiores con mucho a los de todos los congresos españoles.

La Esperanza de Las Jurdes, declarada sociedad de utilidad pública, recibió una subvención de veinte mil pesetas, con las cuales resanó caminos, hizo puentes y atendió al cumplimiento de su humanitario programa.

Se emprendió por el Ministerio de Fomento la obra de un camino vecinal desde Guijo de Granadilla al Casar de Palomero, donde comienza el territorio jurdano.

Para comienzo del servicio médico-farmacéutico, el ministro de la Gobernación libró dos mil pesetas; con ellas el obispo de Plasencia creó cinco botiquines a cargo de un practicante.

Y en Pinofranqueado, un funcionario de la Estación Sericícola de Murcia principió a dar lecciones de Sericicultura.

Red telefónica, fábrica de abonos y otros proyectos beneficiosos quedaron... en proyecto.

Algo más se consiguió con el Congreso Jurdanófilo. La Diputación de Cáceres, constructora de la escuela de Las Mestas, terminó un edificio escolar en Vegas de Coria y prometió otro para la alquería de la Huetre.

Y el R. P. Valdés, en colaboración con los señores vizconde de Eza, marqués de Albaida y don Bernardo Olivera, costeó la construcción de una escuela en Saucedá.

Hermosa, sí, muy hermosa y muy consoladora tarea es la de consignar los actos realizados por los bienhechores de Las Jurdes, por los que se afanan en pro de los desdichados con solicitudes de madre que guarda para sí los trabajos, los sinsabores y las penas, por los que saben que donde no llega la mano llega el corazón, por los que practican las enseñanzas del evangelista y no aman solamente de palabra, sino de obra y en verdad.

Santa, inefable es la labor de los amparadores de Las Jurdes. Y su labor es inmortal. *Porque esta obra -como afirmó con elocuente emoción el Sr. Moret-, nacida bajo el manto protector de la Iglesia, tiene que vivir; porque morirá todo; pero a todo sobrevivirá la cruz de Cristo que se alza con los brazos abiertos para acoger a los que sufren y enjugar sus lágrimas.*

Llegó el momento de abandonar Las Jurdes. Mientras Cencio y Perico aparejaban las caballerías, Polo nos hablaba de que ya se había regularizado bastante el servicio de Correos en la región. Antaño, una carta depositada en Nuño Moral tardaba la friolera de doce días en llegar a Salamanca. Cedimos al deseo de comprobar la regularización. Gombau iba provisto de pluma estilográfica. Mancebo llevaba tarjetas postales y Polo tenía sellos. César y yo trazamos en las cartulinas unos saludos para nuestras respectivas familias, que se hallaban en Salamanca y en Puerto de Béjar. Ignoro la suerte de la postal de César; la tarjeta que yo firmé sólo invirtió ocho días en su viaje. Un poquitín menos que si hubiese ido a Nueva York.

Para una docena de jurdanillos que salieron a despedirnos fueron nuestras últimas monedas.

Los gritos de agradecimiento de la alborozada chiquillería nos acompañaron buen trecho.

Ya en marcha, recorriendo desfiladeros, comenzó el cambio de impresiones.

Quise saber, sobre lo conocido, lo que los gobiernos habían hecho en pro de Las Jurdes. Impetuosamente se adelantó César a satisfacer mi curiosidad.

-Mira -me dijo-, salvo lo que, con mil trabajos, antes y después del congreso, han logrado los señores Jarrín y Polo, preferible es no mencionar la protección oficial. Ha habido ministro de Fomento que públicamente ha revelado carecer de toda noción geográfica acerca de esta región; ha habido un senador que en la Alta Cámara propuso como solución salvadora ¡EL DESPOBLAMIENTO DE LAS JURDES! Y, en fin, sin mala intención, considerando que con ello se abrirían caminos y se implantarían industrias, un Gobierno anunció el propósito de establecer aquí una colonia agrícola penitenciaria.

-Supongo -observé- que con los presidiarios traerían, en clase de instrumentos regeneradores, ganzúas, navajas, barriles de aguardiente, cuchillos y otras lindezas por el estilo... Ahora sospecho que puede resultar cierta la profecía de Unamuno, que en una de sus paradojas dijo: «Desde que se habla mucho de los jurdanos, voy temiendo formalmente que acaben por hacerlos desgraciados».

- ¡El cielo querrá que no se cumpla tan negro vaticinio!, gritó Polo Benito, escapando ileso de una arrancada que dio su cabalgadura, al meterse en un zarzal buscando el agua de un regato.

- ¿A que no sabe usted -me preguntó Gombau- la recompensa que ha obtenido el señor Jarrín, el apóstol de Las Jurdes, por sus campañas de veinte años?

- ¿La Gran Cruz de Beneficencia, la que premia las grandes obras de caridad?... ¿No?... ¿Acaso la de Alfonso XII, que es galardón de la intelectualidad y del amor a la enseñanza?...

- ¿Tampoco?... ¿La de Carlos III o la de Isabel la Católica, creadas para lauro de eminentes patriotas?

-No se canse usted -interrumpió Mancebo-, porque no acertará cuál fue la recompensa.

-La recompensa -concluyó Gombau- ha sido un gallo, un magnífico gallo regalado por el vecindario de Río Malo de Abajo a su paternal protector.

La mejor recompensa -añadió Polo- la encuentra el señor obispo cuando viene a estos pueblos y los ve mejorados, con cultura y libres del baldón del analfabetismo.

- ¿Qué podría hacerse en bien de esta comarca?, interrogó César.

-Ayudar a la sociedad La Esperanza de Las Jurdes -declaró Polo- para que realice el programa mínimo del Congreso Jurdanófilo. Dinero, material de enseñanza, ropas, libros escolares, simientes, abonos, herramientas, medicamentos: todo hace falta y a todo puede acudir la caridad particular.

Sería utilísima la instalación de una red telefónica que enlazara las alquerías, facilitando así el pronto auxilio médico y espiritual. La colonización interior y la construcción de casas higiénicas resultarían beneficios inmediatos y, a plazo más largo, hay un estudio que resolvería totalmente el problema y acabaría con la miseria. En Las Jurdes se cuenta con cuarenta mil hectáreas de terreno utilizable; ese terreno, sembrado a razón de quinientos alcornoques o pinos resinables por hectárea, produciría, a la vuelta de veinte años, cincuenta céntimos de renta anual por árbol, o sean diez millones de pesetas al año, amén de las fábricas resineras y corchotaponeras que nacerían al calor de la producción forestal. Lo urgente es abrir caminos y crear industrias rurales. Las Jurdes son «la gran Cenicienta de España». Su majestad el rey Alfonso XIII ha ofrecido visitar esta tierra. Cuando la oferta se cumpla, Cenicienta habrá dado con el príncipe que la redima de la pobreza y de la libertad de su reclusión.

Callamos todos. Estábamos en la frontera del territorio. Abrí bien los ojos para llenarlos de aquel paisaje solemne, austero, que se me había entrado en el alma. Y yo encarnaba a Las Jurdes en *el enteco*, en el canijo cuerpecillo de *un pilu*. Sí, la imagen era exacta. Las Jurdes son un expósito: el expósito de la Patria, un niño huérfano antes de nacer, un malaventurado que vive sin cariño, arrastrando su desvalimiento, agobiado con su infortunio, que lo excluye del regazo de la madre España...

Y a ese expósito yo le debo enseñanzas imborrables; porque ese *pilu* me dio sublimes lecciones de energía, de fortaleza de ánimo, de serenidad a toda prueba, de humilde y callada resignación.

Nos detuvimos para dar un adiós a Las Jurdes [...].

Y cuando nos alejábamos -poniendo la mirada en el cielo azul y cerrando la inolvidable etapa-, Polo Benito, con inflexiones en las cuales había gemidos de imploración y suave calor de esperanza, terminó así [con versos de Gabriel y Galán]:

La Patria es Madre amorosa
Que hace milagros de amores...
¡Tienda una mano piadosa
Que disipe los horrores
De esta visión afrentosa!...

Hasta aquí el largo texto publicado en 1911 que nos ha posibilitado descubrir cómo el **beato José Polo Benito**²⁵ fue uno de los principales impulsores de todo lo que se hizo en Las Hurdes en el primer tercio del siglo XX.

²⁵ Además de los artículos que publicó en la revista *Las Hurdes*, también publicó: *Las Hurdes y La Esperanza de Las Hurdes: informes y ponencias*. Madrid: Imprenta de Eduardo Arias, 1908. 28 páginas.



[Junta de socios hurdanófilos, sacerdotes y religiosos, presididos por monseñor Francisco Jarrín, el segundo por la izquierda en la primera fila. Detrás de él, el beato José Polo Benito con el típico sombrero de teja].

10.4. ALFONSO XIII VISITA LAS HURDES

En el mes de junio de 1922, el rey Alfonso XIII realizó un viaje a la comarca de Las Hurdes para comprobar de primera mano las paupérrimas condiciones de existencia de los habitantes de esta región, confiando a un grupo de hombres la tarea de procurar la regeneración de la comarca a través de la creación del *Real Patronato de Las Hurdes*, una institución de beneficencia destinada a remediar la situación material, social y moral en que se encontraba la zona por estar al margen de la preocupación gubernamental del momento. Realizó su labor entre los años 1922 y 1931²⁶.



[**Alfonso XIII visita las casas de varias familias en Las Hurdes.** José Demaría Vázquez “Campúa” tendría la oportunidad de ser el único reportero gráfico que cubriría el viaje del rey Alfonso XIII a la empobrecida región extremeña de Las Hurdes. Pudo hacer ese viaje gracias a que ganó un sorteo entre los reporteros gráficos y, con tan solo 22 años, realizó algunas de las fotografías más representativas de su carrera].

²⁶ Posteriormente a estas fechas, los nuevos gobiernos establecidos cambiaron la denominación de esta institución, pasándose a llamar *Patronato Nacional de Las Hurdes*, siguiendo con los mismos preceptos que los estipulados para el anterior.

Y así fue. El 20 de junio de 1922, el rey y su séquito visitaron la “región de Las Hurdes” durante cuatro días, recorriendo pueblos, hablando con gentes, entrando en casas, y encogiéndosele el corazón en un puño al comprobar estos “cuadros de miseria” que bien reflejaban las estrofas que el ilustre poeta extremeño Gabriel y Galán le dedicó en la visita del rey a Salamanca:

*Señor: en tierras hermanas
de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos,
nuestros míseros hermanos,
de las montañas jurdanas.*

El profesor de la Universidad de Salamanca e historiador Antonio García Boiza escribe en 1922:

«**El viaje del rey a Las Hurdes.** En los últimos días del mes de junio, del 20 al 24, ha visitado su majestad el rey D. Alfonso la misérrima región hurdana, prodigando el bien y el consuelo con ánimo esforzado de monarca cristiano y celoso del bienestar de sus súbditos. Toda la prensa ha concedido al viaje de Su Majestad la importancia que, por muchos motivos, es loable reconocer, y con rara unanimidad se ha ponderado el espíritu de sacrificio y caridad de nuestro gran rey [...]. Su Majestad ha visto de cerca las necesidades del desgraciado pueblo hurdano, esos infelices hurdanos depauperados y enfermos, pero de sanas costumbres y almas naturalmente buenas.

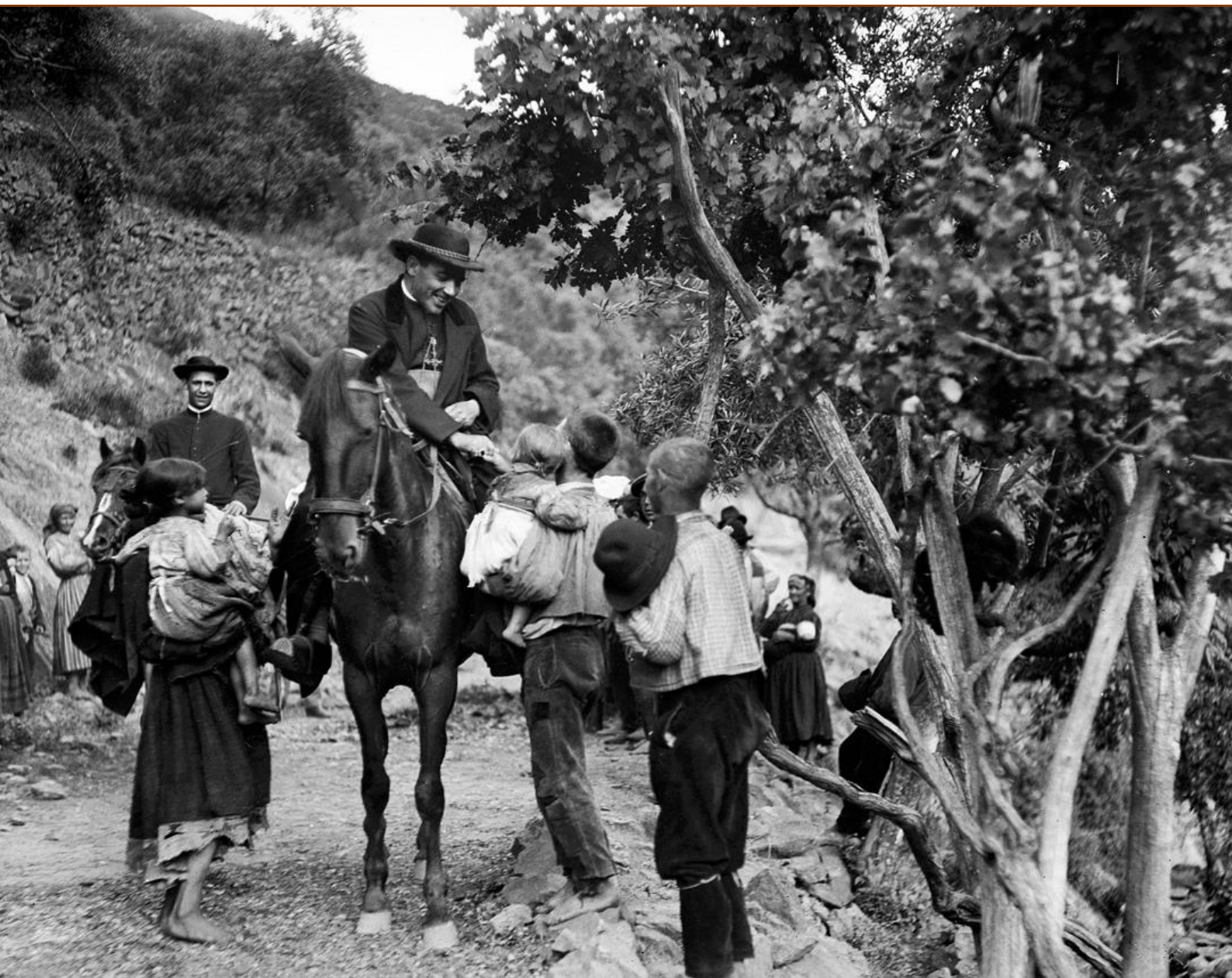
Ha reconocido S.M. que los únicos que hasta ahora han hecho algo por los hurdanos han sido los sacerdotes, entre los que son dignos de recuerdo imperecedero el difunto obispo de Plasencia, Ilmo. Sr. D. Francisco Jarrín, **y el actual deán del cabildo placentino, el conocido publicista Dr. Polo Benito.**

Y hoy mismo el bondadosísimo y ejemplar prelado de Coria, Ilmo. Sr. D. Pedro Segura ha cautivado la atención del rey por el celo apostólico con que atiende a sus diocesanos más desvalidos»²⁷.

²⁷ **Monseñor Pedro Segura y Sáenz** (1880-1957), hijo de maestros, fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1906, y después se doctoró en Teología, Derecho Canónico y Filosofía. Fue profesor del seminario de Burgos y después canónigo de la Catedral de Valladolid. Nombrado obispo auxiliar de Valladolid, luego pasó a residencial de Coria.

Conocida es la amistad del cardenal Segura con el rey Alfonso XIII. Tal vez desde su primer encuentro siendo Pedro Segura obispo auxiliar de Valladolid. Escribe Santiago Martínez en su tesis doctoral: “Sí surgió el aprecio regio hacia el joven obispo o se afianzó en Segura el afecto hacia el monarca, es algo que cabe sólo suponer sin pruebas documentales... El tiempo transcurrido junto al soberano (tras el episodio de Las Hurdes) fraguó un aprecio y un conocimiento mutuo más cabal y, para Segura, la aparición de Alfonso XIII como un nuevo y poderoso valedor, que apostó con firmeza por él” (Pamplona 2002, pág. 57).

De Coria pasa a la sede metropolitana de Burgos (1926-1928). El 19 de diciembre de 1927 Pío XI lo nombra cardenal del título de *Santa María in Trastévere* y lo destina a Toledo. El día de Navidad recibió de Alfonso XIII la birreta cardenalicia y un mes después entraba solemnemente en la sede primada de España (1927-1931). Fue expulsado de España en relación con la famosa pastoral que el cardenal Segura publicó en mayo



[El pontificado de Segura transcurrió en Coria entre 1920 y 1926. Allí coincidió con el deán José Polo. Como obispo de la diócesis acompañó al rey durante su viaje a Las Hurdes de 1922. En la foto saludando a los fieles. Tras de él, y también a caballo, su familiar, el siervo de Dios Fausto Roncero Cantero, que murió mártir en Toledo en el verano de 1936].

de 1931 -no hacía un mes que se había instaurado la Segunda República-. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre ello, yo consigno lo escrito por el santo obispo Manuel González García, en una carta del 6 de junio de 1931, desterrado ya Segura; escribe: *“Como el Señor ha unido nuestras almas en el destierro, debo escribir a V.E. algunas palabras de asistencia y expansión [...] Asaltaron el palacio a la media noche y a la vez lo incendiaron por todos los lados y me entregué a las turbas de pistoleros entre gritos pidiendo la cabeza del obispo y vitoreando a Málaga hospitalaria, con intentos de arrastrarlo al pobre por la calle y obligarle a presenciar el incendio y destrucción de cuarenta iglesias y conventos. Pero el Señor ha querido dejarme aquí, a pesar de que a los dos días dieron con mi refugio y tuve que venirme a Gibraltar en dos horas que las turbas me dieron de plazo”*. Respecto al escrito de Segura afirma: *“en los periódicos de Madrid he leído su hermosa carta pastoral, que me ha gustado mucho”*. [Jorge LÓPEZ TEULÓN, 1931. *Cardenal Pedro Segura*. Toledo, 2018].

11. IBAHERNANDO Y EL PASTOR PROTESTANTE

Ibahernando es una localidad cacereña, del arciprestazgo de Trujillo y de la diócesis de Plasencia. Ya en las dos primeras décadas del siglo XX, van a producirse, sobre todo, cinco hechos que serán profusamente difundidos por la prensa regional y nacional del momento:

- el accidentado debate entre el beato José Polo y el pastor protestante a mediados de febrero de 1909;
- el controvertido cierre de la escuela evangélica viveña en febrero de 1910; la inesperada muerte mientras realizaba una visita pastoral a Ibahernando del obispo de Plasencia, monseñor Francisco Jarrín y Moro, la noche del 3 de noviembre de 1912 (de la que informaremos más adelante];
- la conversión al catolicismo del otrora primer pastor de la comunidad protestante local, Cándido Rodríguez Gil, en noviembre de 1924;
- y la inauguración por Polo Benito de las nuevas escuelas municipales en febrero de 1926.

¿Ibahernando protestante?

La historia -narrada por ellos mismos- es breve y sencilla²⁸. «A finales del siglo XIX, un honrado matrimonio sin posición, sin nombre apenas, hubo de emprender un viaje a Madrid de limosna en busca de la salud quebrantada del esposo. Su permanencia en la corte durante un mes les ofreció la oportunidad de conocer a alguien que era evangélico y que los llevó alguna que otra vez a los cultos de la calle de Calatrava y los interesó en la lectura de la Biblia. A su vuelta al pueblo contaron a unos y otros lo que habían visto y oído, y esta fue la primera noticia que se tuvo» en Ibahernando sobre protestantismo. «Según consta en sus archivos, en 1908 comienza la congregación con 25 adultos». Y el Instituto Nacional de Estadística nos informa de que en Ibahernando, en 1910, había 1.599 habitantes.

11.1. RETO ACEPTADO

El 26 de febrero de 1909 leemos en el periódico *El Lábaro*, en la sección *Béjar al día*, esta primera información:

«Se han comentado vivamente las noticias recibidas de Extremadura, según las que, en vista de que el protestantismo iba logrando demasiados adeptos en algunos pueblos extremeños, como Ibahernando, Santa Cruz de la Sierra, y otros en los que se había establecido un pastor, ordenó el señor obispo de Plasencia, que los señores Polo Benito y D. Teodoro Sánchez Marcos, ilustradísimos y

²⁸ Agustín Arenales. *La Misión Evangélica de Ibahernando (Cáceres)*. Revista Cristiana: Periódico Científico-Religioso. Año XXXII, n° 750. 31 de marzo de 1911. Págs. 91-96.

batalladores sacerdotes de esta diócesis, marcharan a aquellos pueblos para dar la batalla al protestante.

Así lo hicieron, con tan grande éxito, que su estancia de esas y otras localidades, tocadas de la secta, se ha señalado por magníficos triunfos, terminando con un reto al pastor, para dilucidar en público puntos de las Escrituras. Los paladines del catolicismo rayaron a tan grande altura, que el pastor acabó por declararse en fuga, saliendo a escape de Ibahernando, sin terminar la discusión entablada.

Los muchos protestantes que existían allí, hicieron protestas de arrepentimiento público, y en breve se realizarán grandes fiestas para el reingreso en el catolicismo de los que de él se habían separado. Con este motivo, han sido unánimes los elogios que se han tributado al Sr. Obispo y a los que han secundado su labor».

11.2. SE CONVIERTE UN PASTOR PROTESTANTE

De nuevo damos un salto para adelantar sucesos, a la vez que cerramos episodios. El beato José Polo Benito lleva ya dos años ejerciendo de deán de la Catedral Primada de Toledo. Y esta es la noticia que leemos en *El Castellano*, del 18 de noviembre de 1924:

«**Se convierte un pastor protestante.** Con él reciben el bautismo sus cinco hijos. La prensa de la mañana trae el siguiente e importante relato:

Trujillo, 17. - Con solemnidad extraordinaria se celebraron ayer en Ibahernando las fiestas organizadas con motivo de la conversión del pastor protestante don Cándido Rodríguez Gil²⁹, cuya abjuración fue recibida por el gobernador eclesiástico del obispado, quien en la misa de comunión pronunció hermosísima plática. Fueron bautizados cinco hijos de dicho expastor, actuando de madrinas distinguidas damas de Trujillo. En la misa solemne pronunció sentido y elocuentísimo sermón el deán de Toledo don José Polo Benito. Terminada la fiesta dirigió la palabra al pueblo el párroco don Miguel Abril.

La concurrencia ha sido extraordinaria, reconociéndose por todos la importancia grandísima de que esta conversión -reparación espléndida de pasados trabajos en el proselitismo protestante- tiene para el porvenir de Ibahernando, que un día fue invadido por la herejía protestante, de la que hoy no quedan más que débiles restos, muy quebrantados con estos actos.

Hoy se celebró solemne funeral en sufragio del obispo de esta diócesis, doctor Jarrín y Moro, fallecido aquí hace doce años, y a cuyos incansables trabajos pastorales, se debe, en gran parte, la conversión del referido don Cándido. Ofició en dicho funeral el doctor Polo Benito».

²⁹ Es muy llamativo el artículo del 15 de abril de 1909, que nos conserva la hemeroteca digital, del entonces pastor protestante Cándido Rodríguez. Lo publica en *El Motín*, un diario cuyo lema es “Antes que el carlismo, la anarquía”.

11.3. SIEMPRE VINCULADO A IBAHERNANDO

El ABC del 28 de febrero de 1926 da noticia de la bendición de los nuevos locales para escuelas en Ibahernando. Vemos, pues, cómo quedaron para siempre vinculados Ibahernando y don José Polo.



IBAHERNANDO (CACERES). EL MUY ILUSTRE SEÑOR DEAN DE TOLEDO. D. JOSE POLO BENITO, CON EL INSPECTOR JEFE DE PRIMERA ENSEÑANZA D. JUVENAL DE VEGA Y RELEA, AUTORIDADES LOCALES Y MAESTROS NACIONALES DE LOS PUEBLOS COMARCANOS, EN EL MOMENTO DE SER BENDECIDOS LOS NUEVOS LOCALES PARA ESCUELAS QUE HA HECHO CONSTRUIR EL AYUNTAMIENTO. Y CON MOTIVO DE LO CUAL SE PRONUNCIARON DISCURSOS ELOGIANDO A LA CORPORACION

[Bajo estas líneas, fotografía de grupo en el Palacio Episcopal de Plasencia. La ubicación es en un jardín interior con tres pozos o cisternas para suministro de agua al palacio y al huerto. En las paredes de los brocales de esos pozos hay varios escudos del obispo Pedro Ponce de León (1509-1573).

La instantánea nos ofrece un momento de descanso y convivencia. Don José Polo es uno de los tres sacerdotes que aparece sentado, en el medio, junto al pozo. En la página siguiente, fotografiado solo con uno de los sacerdotes].





12. SIEMPRE POR LA EUCARISTÍA

Aunque para concluir el tema de Las Hurdes nos hemos adelantado hasta el año 1922, para consignar la visita del obispo Segura y de Alfonso XII, regresamos de nuevo al año 1911. En Madrid se celebra el **XXII Congreso Eucarístico Internacional** entre los días 25 y 28 de junio de 1911.

Bajo estas líneas, una instantánea, a doble página, que fue publicada en *Nuevo Mundo*, el 29 de junio de 1911. A pie de foto puede leerse: *El cardenal arzobispo de Toledo, fray Gregorio María Aguirre, primado de España, legado del Papa en el Congreso Eucarístico Internacional, dirigiéndose procesionalmente desde la iglesia de Santa Cruz a la Catedral de San Isidro.*



12.1. PLASENCIA POR JESÚS SACRAMENTADO

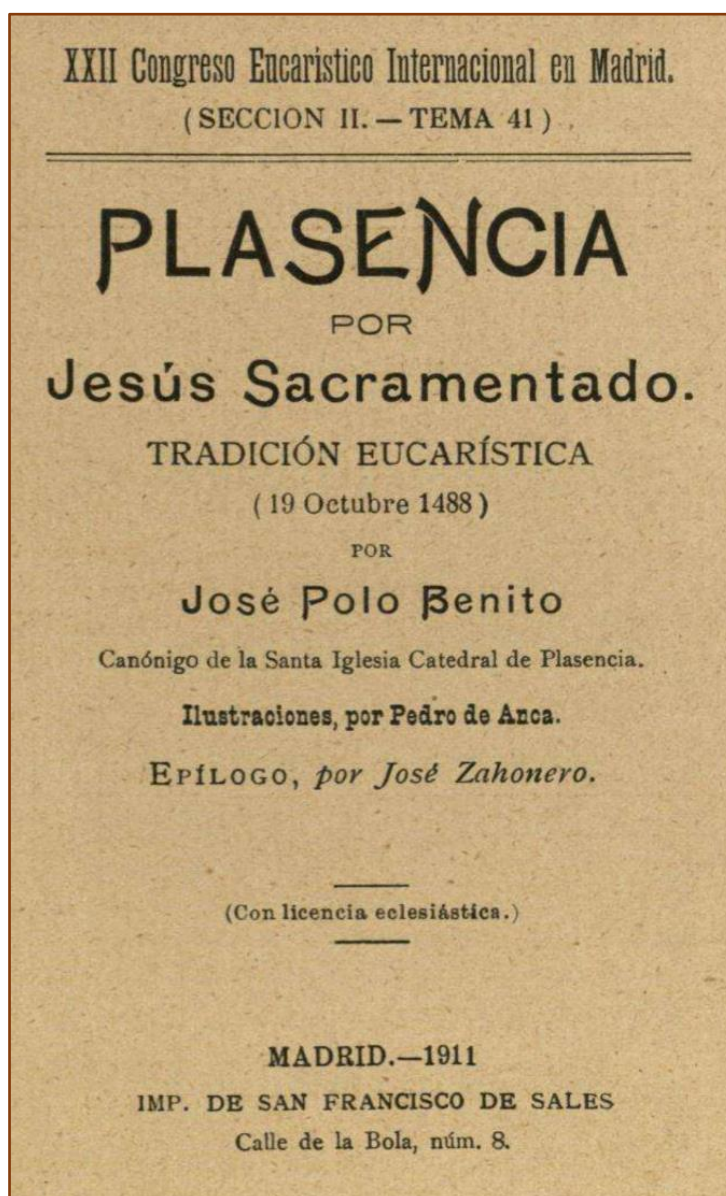
Las crónicas del Congreso Eucarístico hablan, por ejemplo, de la apoteosis eucarística que tuvo lugar en la plaza de la Armería y de la consagración de España a Jesús Eucarístico en el Salón del Trono del Palacio Real con la presencia de un jovenísimo Alfonso XIII. En este congreso resonó por primera vez el más famoso himno eucarístico en castellano: *Cantemos al amor de los amores*, con

letra del padre agustino Restituto del Valle Ruiz y música de Juan Ignacio Busca de Sagastizábal.

El día 25, don José será uno de los muchos predicadores que desde las iglesias madrileñas enfervorizará a los congresistas. Pero además interviene, el 29 de junio, en la *Sección Hispano-Americana* dentro de los temas de Teología e Historia. Entrega una de las “monografías histórico-críticas de alguno de los prodigios eucarísticos y principalmente de los obrados en España”. Polo Benito pone por título a su trabajo ***Plasencia por Jesús Sacramentado.***



El trabajo tiene un epílogo de José Zahonero³⁰.



³⁰ **José de Calasanz Zahonero de Robles** nació en Ávila en 1853. Cursó estudios de Medicina y Derecho en las Universidades de Granada y Valladolid. En 1881 publicó su primera obra, *Zig Zag*, recopilación de cuentos y artículos. Con ella empezó a destacar como cuentista: en adelante sus cuentos serán solicitados por las mejores publicaciones españolas. En 1884 publicó *La caraza*, su obra más conocida, dando lugar en los años siguientes a una fructífera carrera como novelista. A finales del siglo se convirtió al catolicismo, hecho que “dio bastante pasto a conversaciones y artículos”, según Polo Benito. Quien recuerda con satisfacción cómo el novelista abandonó “los malos aires del error y de la concupiscencia” y se convirtió al catolicismo “rompiendo con las ligaduras que le ataban al naturalismo en boga por aquel entonces, y con las editoriales de bajo vuelo y prefirió la paz de su conciencia a las inquietudes de una ganancia lograda a expensas de concesiones de los apetitos inferiores” (del prólogo de Polo Benito al libro de José Zahonero, *Manojito de cuentos*, Madrid, Editorial Voluntad, 1928, páginas 5-17. Ver Apéndice). Zahonero fue un infatigable colaborador periodístico, además de redactor literario de numerosas publicaciones y de la Agencia de Prensa Asociada. En 1927, el escritor Armando Palacio Valdés, secretario general de la Asociación de la Prensa de Madrid, en la que había ingresado Zahonero en 1895, solicitó para este el premio homenaje a la vejez, “que se encuentra enfermo y casi abandonado”; en octubre se le rendía un homenaje y se le entregaban 5000 pesetas. José de Zahonero moría en Madrid el 1 de septiembre de 1931, donde vivió de forma permanente junto a su esposa y descendientes.

Plasencia por Jesús Sacramentado.



Tristes van los caballeros,
tristes van;
por sus bien amados fueros
llorarán.

I

Así eran de tristes y melancólicas las canciones que el juglar, antes alegre y triscador, entonaba á las puertas de los vetustos palacios placentinos. Las remembranzas del cantar, pesarasas y doloridas, resonaban en el amplio salón de la casa que hoy llamamos de las *Argo-*

— 6 —

llas, y Doña Isabel de Almaraz (1), la altiva señora que, rodeada de su servidumbre, se aplicaba en tejer el lino para las ropas de su hija, descansó un instante, y alzando sus ojos, aquellos lindos ojos de color de cielo que á tantos caballeros enamoraran, hizo asomar en ellos un rayo de luz ardiente, y exclamó con voz firme:

—Cante el juglar nuestras pasadas glorias, que mientras él canta, mi esposo y señor enciende sus iras, y mis mesnaderos adiestran su pericia para el combate, y el Duque Don Alvaro no osará aguantar el duro peso de las venganzas nuestras.

Y de calle en calle avanzaban los ecós de las mismas canciones, y pecheros y Señores juntos, en animados corrillos, llenaban la plazoleta de la iglesia de San Nicolás, comentando por lo bajo y como en cobardía los sucesos de entonces.

Por la puerta de *Trujillo*, una de las más principales de la ciudad, escoltado por buen

(1) Doña Isabel de Almaraz, madre de Doña María la Brava, fué una de las más nobles y distinguidas damas de Plasencia por los años 1416 á 1454. (Cfr. *Las Centurias de la ciudad de Alfonso VII*, por D. Alejandro Matías Gil.)



Por la puerta de Trujillo, una de las más principales de la ciudad..

— 8 —

número de escuderos, espada en cinto y lanza en ristre, salía de Plasencia, harto de sufrimiento y deseoso de venganza, el poderoso Señor de Oropesa y Jarandilla, Don Garcí Alvarez de Toledo (1).

Acompañábale, hasta despedirlo en las afueras de la ciudad, su gran amigo Don Rodrigo de Monroy, que indignado por los desafueros que los nuevos Señores cometían, apretando los puños y poniendo en la voz entonación guerrera, juraba que no por mucho tiempo debería prolongarse situación tan afrentosa.

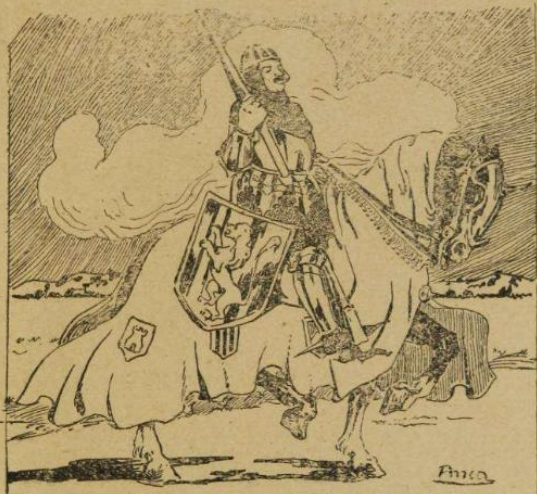
— Id con Dios — dijo Don Rodrigo en los alrededores de Fuentidueña—; id con Dios, y no volváis á la ciudad hasta que, juntos los leales, podámonos cobrar de las vejaciones é injurias de que ahora somos víctimas.

Y dirigiendo Don Garcí Alvarez de Toledo su última mirada más cariñosa á la ciudad, que detrás de él se alzaba orgullosa y gallarda, aplicó la espuela á su caballo, y caballero y escolta partieron veloces en busca de otro asilo hospitalario donde vivir lejos de la brutal do-

(1) En señal de protesta contra Don Juan II salieron de Plasencia las familias de nobleza y prosapia, quedando solamente la de los Carvajales. (Cfr. *Las siete Centurias*.)

minación de los nuevos Señores de Plasencia.

Pues cuenta la Historia que á tanta altura subió la desmedida soberbia de los nobles y fué tal la prodigalidad de los Reyes, inspirada por



el miedo á perder la Corona ó no lograr el auxilio de las huestes de los Señores feudales en caso de guerra, que no solamente Don Enrique III, Don Juan II y Don Enrique IV (1) ena-

(1) No parece necesario aclarar este punto, ni in-

jenaron fincas y derechos inherentes á la Corona, sino que dieron graciosamente á sus amigos y aliados aldeas, territorios y ciudades en donde éstos gobernasen á su antojo, trayendo así al país á muchas y enojosas turbulencias (1).

Tal aconteció con la ciudad de Plasencia, que en el año 1442 pasó á poder de los Condes por donación ó merced que de ella hizo el Rey Don Juan II á Don Pedro de Zúñiga, Conde de Ledesma.

Porque deseoso el Rey de pagar á Don Pedro los buenos servicios que le hubiera prestado, queriéndole honrar con grande y generosa dádiva, dióle en recompensa la población de Trujillo, y á entregársela fué en propia persona, y hubiéralo efectuado á no oponerse ardorosa y tenazmente el pueblo trujillano con su

sistir en él, pues todos los historiadores coinciden en apreciar el lastimoso estado de la época. (Cfr. Samper, *Historia de los vínculos*. — Zarita, *Correspondencia de Don Pedro de Castilla*). — Juan de Mena, el famoso poeta de los tiempos de Don Juan II, escribió:

«Tiranos usurpan ciudades y villas,
al Rey que le quede solo Tordesillas.
Estarán los reinos muy bien repartidos;
todos los leales le son perseguidos,
justicia, razón ninguno alcanzara.»

(1) Cfr. *Las siete Centurias*.

alcaide á la cabeza, quien dijo al Rey "que era gran daño del patrimonio real y que se había de conservar aquella ciudad para su real servicio, sin enajenarla, .

Contrariado el Rey por actitud tan firme y tan osada, desistió de su propósito; más luego decidió entregar á Don Pedro la ciudad de Plasencia, la cual, sumisa ó resignada, dejóse imponer el pesado yugo de la dominación condal. Pero eran tan continuadas y opresoras las vejaciones que el nuevo Señor hacía sufrir á los ciudadanos, tan graves y seguidas las turbulencias que alteraron el tranquilo vivir de la ciudad con ocasión de las revueltas ocurridas en Castilla durante los reinados de Don Enrique III, Don Juan II y Don Enrique IV, que se produjo entre nobles y plebeyos un hondo movimiento de protesta.

Y fué creciendo en importancia esta actitud de rebeldía, mucho más cuando el sucesor en el Condado, Don Alvaro de Zúñiga, de acuerdo con el Marqués de Villena (1) y otros nobles, entrando con aparato de armas en la ciudad

(1) La relación más detallada de este suceso puede verse en la *Historia de España* por el Padre Mariana. Este hecho ocurrió en Plasencia á mediados de 1446.

hicieron que se desposaran el Rey de Portugal Don Alfonso y Doña Juana la *Beltraneja*, coronándose aquí por Reyes y alzando en su nombre los estandartes de Castilla como era costumbre.

Con gesto de ira en los ojos y sentimiento de rencor en el corazón presenciaron los placentinos, desde la plazoleta que da al Alcázar, cómo flameaban al aire, orgullosas y triunfantes, en lo alto de la torre del homenaje, entrelazadas y unidas, las banderas de Castilla y de Portugal, que venfan á renovar los azarosos días de Don Pedro y Don Enrique.

Soplaban con furia los agitados vientos de aquella época tempestuosa, en que parecían bambolearse las Coronas al golpe rudo del orgullo de los nobles; época de transición con todo su séquito de horrores y turbulencias, con todo su cortejo de tiranías, realizadas entonces, como ahora, al amparo de la impunidad que da el mando. Pues ya abolidas las antiguas inmunidades y franquicias, sujeta la ciudad al capricho de un Señor, harto empeñado en las lides políticas de aquel tiempo, reflejaba claramente todas las vicisitudes y trastornos que perturbaban á España.

Obligados los placentinos á luchar bajo las

banderas de su Señor, la tajante espada que supo hundirse hasta el pomo en defensa del Rey y del Concejo hubo también de esgrimirse en favor del Señor feudal, ansioso de saciar sus concupiscencias á costa de la sangre de sus vasallos.

“En estos tiempos de anarquía y desorden —escribe el estudioso autor del libro *Las siete Centurias de la ciudad de Alfonso VIII*, —de abyección para los nobles placentinos, su ciudad querida se convierte en guarida de hombres valerosos y perdidos, alentados á todo desafuero por la inmunidad de que gozaban bajo la sombra y protección de los Condes.”

¿Cómo habrá, pues, de extrañar, que poco á poco se fomentara y creciese la indignación, y la protesta corriera de boca en boca, y se juntaran los caballeros para tratar de sacudir el oprobioso yugo?

Dos partidos se formaron en la ciudad, ambos con gentes de prosapia y de valor, dispuestos ambos á lograr su intento, ambos aguerridos y llenos de rencores, que los días y los sucesos iban amontonando y haciendo más hondos y duros.

Reunfábase los partidarios de Don Alvaro, ya Duque de Plasencia, en las *Portadas de*

San Antón, y se juntaban los partidarios del Rey en la puerta de *Trujillo*.

Cundía la alarma por la ciudad; cualquiera ruidosa ocurrencia traducíanla las damas por el comienzo del temido combate, recatándose de salir á la calle á deshoras; el Duque redoblaba las guardias; apiñábanse más los descontentos.

Se respiraban aires de guerra; los tañidos de la campana del Concejo estremecían á los pacíficos moradores; anunciaban la proximidad de la lucha esos presagios inconfundibles que son siempre los ciertos preludios de los grandes sucesos.

Carvajales y Zúñigas, las dos familias que alentaban el furor de las parcialidades, no se daban un punto de reposo, reclutaban aliados, despachaban correos, enviaban emisarios.

El sangriento choque entre ambos bandos, el choque que había de decidir la suerte de unos ó de otros, estaba próximo.

II

Día 15 de Octubre del año 1488.

El ruidoso piafar de los caballos y el vocerío de los jinetes desvelaron el tranquilo sue-

ño de los ermitaños que en Fuentidueña moraban.

Llamaron á la puerta de la Ermita, y, ante la venerable figura del abad, presentóse un caballero. La copia de ricas galas que sobre el capote lucía, denotaban la prosapia del linaje; el fogoso mirar de sus negros ojos y la altiva resolución que ponía en sus palabras, revelaban un ánimo esforzado.

Era el caballero Don Juan de Sande, hijo de Don Francisco de Carvajal, Señor de Torrejón, uno de los enemigos de más cuenta del Duque.

Con maneras y frases apacibles demandó hospitalidad el caballero, y brindósele el religioso larga y generosamente. Entraron, pues, los caballos en la Hospedería, alojaron también sus cabalgaduras, y luego de enviar á la ciudad un emisario con expreso encargo de traer pronta y fiel relación del estado de las cosas, Juan de Sande y los suyos reposaron de la fatigosa jornada.

De vuelta ya el emisario, muy de mañana al día siguiente, platicó en secreto con Don Juan de Sande.

Y en la tarde de aquel mismo día, á la hora de queda, cuando el sol trasponiendo los pica-

chos de la sierra parecía hundirse entre las azuladas llamas de un incendio de luz y de color, Don Juan de Sande y sus compañeros abandonaban la Ermita para marchar en busca de Gutiérrez de Carvajal, que á distancia de un kilómetro de la ciudad los esperaba, acompañado de veinte hombres de campo, sin otras armas que robustas hachas y afilados segurones.

Fué en extremo cariñoso el saludo entre los dos hermanos; fueron de valor y de esperanza las cortas palabras que hablaron, porque más que plática de amor y de caricias, requerían las circunstancias obras de combate y guerra.

Estallaba pujante y atrevida la rebelión contra el Duque.

Se habían contado los descontentos, y su organización era fuerte y temerosa, porque la presidía un hombre de prestigio en la ciudad y su tierra, Don Francisco de Carvajal, Señor de Torrejón.

Por su parte, la Reina Doña Isabel trataba con algunos caballeros de apartar á Plasencia del vasallaje ducal, aprovechando sagaz y discreta los disgustos y contrariedades que traían en angustiosa situación á los señores Don Die-



Llamaron á la puerta de la Ermita, y ante la venerable figura del abad...

go y Don Francisco de Zúñiga, este último Señor de Mirabel, con su sobrino Don Alvaro, segundo de este nombre y Duque de Plasencia (1).

En tan propicia coyuntura, juntáronse los Carvajales con otros deudos y aliados suyos, determinando levantarse contra el Señorío de los Duques y apoderarse por las armas de la ciudad, que luego habían de reducir á la real obediencia, por ser esto más conveniente al bien y á las tradiciones placentinas.

Tomada esta resolución, enviaron á Hernando de Carvajal, el de *La Puerta Berrozana*, á Valladolid, con la misión de que tratara con el Rey Don Fernando la manera de realizar el intento, recabando á la vez su poderoso auxilio. Holgóse mucho el Rey con la fausta nueva, y despachando correos á las ciudades de Salamanca, Zamora, Ciudad Rodrigo, Toro, Cáceres y Badajoz, ordenó que al punto dispusieran gente de armas que estuviese pronta á acudir en socorro de los de Plasencia, porque

(1) En el libro III, cap. XIII, de la obra que con el título de *Historial y anales de Plasencia y su Obispado* publicó en Madrid en el año de 1627 Fray Alonso Fernández, predicador, General de la Orden de Predicadores, se hallan compiladas las noticias históricas que me sirven de guía en todo este capítulo II del presente trabajo.

el poder del Duque era grande, y su tío, el Maestre de Alcántara, vendría á marchas forzadas desde Béjar para meterse en la fortaleza y remediar al sobrino en el apurado trance.

Ya de acuerdo, pues, los altivos placentinos, estudiaron de ganar á su causa á los de Cáceres, para lo cual fué requerido el apoyo de Juan de Sande, hijo del Señor de Torrejón, que como ya sabemos, avanzaba con sus huestes hacia Plasencia.

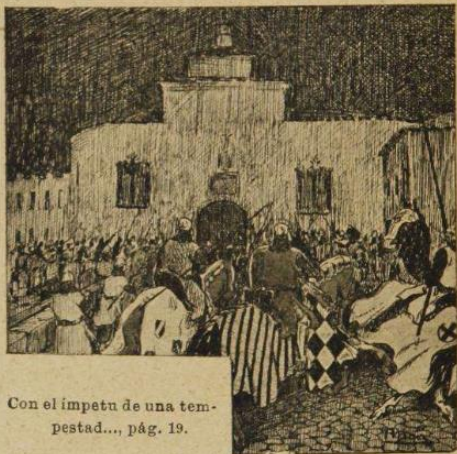
Mediaba la noche cuando llegaron los invasores á la puerta de *Trujillo*.

Detrás de las aspilleras del cubo de la muralla escondíanse los saeteros del Duque; templaban los de adentro los arcos de las ballestas; blandían los de afuera las hachas y segurones.

Con el impetu de uua tempestad que cae sobre los campos y los arrasa, cayeron los labriegos sobre la puerta de la ciudad; manejaban diestramente el hacha, que se hundía cortante en la recia armazón de la madera; serenos y firmes resistían los golpes de saeta que como lluvia de muerte caía sobre ellos; se encabritaban furiosos los caballos de Juan de Sande, arreciaron en el ataque los de afuera, crugieron los ferrados goznes del portón de entrada, se abrió un boquete, saltó una tabla, y por

el boquete deslizóse Don Juan de Sande y tras de él todos los suyos.

Se abrieron luego de par en par las puertas, y entre ruido ensordecedor de cornetas guerreras, de gritos de júbilo y de resonante pifafar de



Con el ímpetu de una tempestad..., pág. 19.

los caballos, entraron en la ciudad los invasores.

Animáronse con esto los conjurados, que, ojo alerta, habían presenciado lo ocurrido.

De la casa-palacio de Don Francisco de Carvajal (hoy del muy Ilustre Señor Arcipreste de la Santa Iglesia Catedral), salieron presurosos nuevos aliados, y al juntarse ambas porciones del mismo bando en la esquina de la calle Blanca, resonó potente, vigoroso y amenazador un grito unánime, que fué desde entonces el himno de guerra: *Plasencia por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel.*

Tampoco se descuidaba el Duque en animar á sus partidarios. Abastecía de víveres el Alcázar, aprovisionaba á sus leales con municiones, guarnecía las calles que eran desembocadura de la fortaleza, distribuía su gente por los sitios estratégicos, encargando que no rehuyesen los encuentros parciales, con el propósito de distraer la atención de los enemigos, logrando de paso quebrantar su fuerza y dar tiempo á que llegara en su apoyo el Maestre de Alcántara.

Pero Dios dispuso las cosas de otra manera; pues hervía la ciudad en indignación; los odios antes ocultos abríanse ahora en insultante desnudez, ahondando rencores, endureciendo asperezas, presentando ocasión al logro torpe de ruines apetitos.

Ni el honor, ni la amistad, ni la familia eran bastante á detener aquel empuje de pasiones que pasaba arrollador y corría frenético entre ambas parcialidades.

Semejaba la ciudad un gran montón de leña que esperase la mecha para arder en tempestuosa llamarada; hasta la clerecía, tan sosegada de ordinario, hasta el propio Cabildo, apartado del tumultuoso vivir de la política; el Deán Don Diego de Jerez apoyaba el partido del Duque (1); el señor Arcediano, próximo deudo de los Carvajales, había puesto simpatías y auxilios en el bando de los conjurados.

Solamente el señor Chantre Don Diego de Lobera, hombre muy espiritual y dado á ejer-

(1) El Deán D. Diego de Jerez, hechura del Conde Don Pedro de Zúñiga, fué testamentario del Duque Don Alvaro.

Constan estos datos, así como los referentes á la intervención de Don Diego de Lobera, en la contienda entre los Zúñigas y los Carvajales y sus partidarios, en el testamento del citado Deán Don Diego de Jerez, que se halla en poder del paciente bibliófilo y erudito investigador M. I. Sr. D. José Benavides Checa, Dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Plasencia. Debo á su generosidad todas estas noticias históricas hasta ahora inéditas. Gustosamente envió á dicho bondadoso señor el testimonio de mi gratitud.

citar obras de misericordia, manteníase firme y sereno entre los contendientes, sin que nadie pudiese tacharle de estar afiliado en uno ó en



otro partido.

Todas estas circunstancias hacían inevitable el choque. Más de una vez, á la hora apacible del atardecer, cuando las damas recatadas y devotas iban á sus rezos á la iglesia de San Nicolás, la grosería plebeya de uno ó de

otro bando puso en sus labios palabras de injuria para su honor y frases de reto para el caballero de sus amores.

Vefa el Duque desertar de su campo á los que recibieron merced de sus manos. El bando de los rebeldes aumentaba, los Carvajales iban poco á poco adueñándose de las calles de la parte baja de la ciudad...

El minuto supremo de la decisión sonaba.

Bien entrada la mañana del 17 de Octubre, en ocasión en que gran número de amigos del Duque venían por la calle del Rey en derechura á la plaza donde se encontraban muchos conjurados, resonó, valiente, agresivo y retador, el grito de Juan de Sande: *Plasencia por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel*. Y cuando aún vibraban en el aire los ecos de aquel grito, las gentes de ambos bandos se miraron con mirada de furia henchida, dieron un paso atrás, empuñan quiénes la daga, quiénes la lanza, aquéllos el arcabuz, éstos la ballesta, los otros la saeta, y el combate comenzó rudo y sangriento.

Los conjurados desplegaron en guerrillas, ocupando algunos las calles afluentes á la del Rey, para ver de lograr envolver en la emboscada á los del Duque.

Con locura sublime se precipitan estos sobre un pelotón de combatientes que capitanea Don Juan de Sande; las parábolas de los tiros se ven y las balas se oyen en el viento, como un ave que



... en la Casa de las Gradas se repliegan los del Duque

hendiera chirriando las olas del aire. Hay un momento de pavor en los luchadores; alumbra el sol la fragorosa escena y se ofrece un panorama de estupenda belleza. Es marco de cuadro tan extraño el pintoresco caserío de la Plaza

127

Mayor; tras de las celosías se ocultan las damas que, orantes, suplican favor al Cristo de las Batallas; en la Casa de las Gradas se repliegan los del Duque (1), allí se hacen fuertes, desde allí disponen el ataque. Los variados ruidos de los combatientes atruenan el espacio.

La tarde va avanzando. Por la calle de *Cartas* asoma, desafiador, un grupo de gente plebeya enarbolando el hacha; por la calle del *Sol* buscan salida los conjurados, y cuando los de Carvajal quieren rebasar la línea de resistencia que á la entrada de la calle de *Trujillo* han formado los leales del Duque, y bravamente se aprestan á entrar como leones en la línea, que es muro de carne humana, brillan luminosas las lanzas enemigas, que con rara destreza manejadas, obligan á la retirada. Los conjurados retroceden hacia la plaza, los del Duque tornan al Alcázar.

Un viento, una tempestad de furia y de miedo, esa verdadera agitación del peligro visto, decide la terminación de aquella batalla cuerpo á cuerpo, en la que los hombres de la misma

(1) Llamábase la *Casa de las Gradas* la que es hoy Casa de Concejo, y era entonces propiedad del Duque Don Alvaro de Zúñiga.

ciudad se destrozan avarientos, dejando en el suelo rastros de sangre hermana.

Muere la tarde, y una luz crepuscular, cárdena, lúgubre, ilumina con colores sombríos, colores de muerte, aquella escena de pasiones y de odios, que presagia un desenlace espantosamente trágico: la ruina y acabamiento de Plasencia ejecutada por sus propios habitantes.

III

Por los infaustos días á que esta historia se refiere, parecía como si toda la animación de la ciudad se hubiese volcado en la Plaza Mayor y en las calles cercanas.

Nobles y plebeyos discutían acaloradamente, sin apartar los ojos de los sitios de peligro y acariciando con su mano las armas; en la Plaza se daban las órdenes precisas para que el fuego de la rebelión no menguase, antes se avivara y creciese.

Don Francisco de Carvajal aseguraba á sus amigos y deudos allí reunidos, cómo no habría de pasar aquella noche sin que el orgulloso Duque, vencido y avergonzado, huyera de la ciudad ó cayese en sus manos, á semejanza de lo

acontecido al Maestre de Alcántara, que fue hecho prisionero por el denodado Juan de Sande, pues confiado aquél en la pericia y valor de los suyos, venía desde Béjar en auxilio del sobrino, y cuando se disponía á entrar secretamente en el Alcázar por la poterna, el heroico Sande, que en acecho estaba de la rica presa, cayó sobre él sin darle tiempo á resistencia alguna (1).

La relación del lance conquistó la atención de los presentes, surgiendo el comentario ardiente y vivo, y tan propicio á discusiones, que ellas fueron causa de que pasaran sin ser vistas, por el opuesto lado de la Plaza, encopetadas damas y quintañonas dueñas, que como te-

(1) Cfr. *Las siete Centurias*. En la pág. 129 dice así: «El Alcázar, pues, estaba bien guarnecido por el Duque, quien además esperaba el refuerzo del Maestre de Alcántara Don Juan de Zúñiga, su tío, que á marchas forzadas venía desde Béjar para entrarse en la fortaleza á auxiliar al sobrino por la poterna, cuyos restos se conservan, y da hoy salida al paseo que baja al Postigo del Salvador.»

Juan de Sande, con otros caballeros, toma la ronda de la ciudad, y sube al Tallisco á esperar á los de Béjar. Llegan, los sorprende, los derrota, prende al Maestre y le trae consigo á Plasencia para desaliento de su sobrino el Duque y de los que con él se resistían desde el Alcázar.»

merosas de ajena mirada, apretando el paso y volviendo la cabeza atravesaban presurosas la plazuela de San Esteban.

La actitud recogida y devota, el negro color de los mantos en que iban envueltas, y el número y calidad de las que á la misma hora y por distinto sitio se reunían en el atrio de la Catedral, denotaban algo extraño y de pocos conocido. Y en verdad que era extraño tal suceso.

Las piadosas señoras entraron en la santa iglesia, postráronse de rodillas y un murmullo de oración se oyó en el templo.

Al poco rato apareció el señor Chantre Don Diego de Lobera en la puerta de la sacristía.

Revestido con ricos ornamentos, su figura marcial ennoblecía y se engrandecía.

Subió pausadamente las gradas del presbiterio, se prosternó sumiso, abrió luego reverente las puertas de oro del tabernáculo, y al aparecer en el altar la Hostia divina, un suspiro se ahogó en todos los pechos y una oración se alzó en todos los labios.

Tenía aquel momento la grandeza de los solemnes presagios, y Don Diego de Lobera, que después de larga meditación había decidido suplicar de Dios la paz que los hombres negaban á Plasencia, habló á las señoras.

No expresa el documento que me sirve de guía cuáles fueran las palabras pronunciadas, pero en situación tan angustiosamente crítica, cuando la esperanza decaía y el miedo imperaba, cuando era el odio, un odio de origen político, señor absoluto de vidas y haciendas, ¿no tendrían sus frases un fervor de asombro que atrajera el milagro, una fe de mártir que apidara al cielo?

Estaba enfrente de Jesús Sacramentado. Iban á tocarlo sus manos ungidas, iba á alzarlo sobre el fragor de la pelea... ¡Con cuánta intensidad pronunciaría Don Diego de Lobera sus palabras!

Lentamente, majestuosamente, avanzó Don Diego entre las hileras de enlutadas damas, poniendo en el grandioso cuadro un tono de paz, el blanco color de las vestiduras sacerdotales.

A los lados del sacerdote formaron en procesión los acompañantes, y por la puerta del *Perdón* salió la comitiva, severa, silenciosa, pausada. Una escena soñada: brillaba el sol con refulgencia ígnea, quebrábanse sus rayos ante el purísimo oro de la Custodia, ante las blancuras del ornamento sacerdotal; aparecía con fulgores de extraña luz la Hostia divina; un

profundo recogimiento había conquistado á los acompañantes; las manos del sacerdote se alzaban de cuando en cuando en bendición solemne...

Atravesaba la procesión por la calle de Santa María; ventanas y balcones se engalanaban al paso majestuoso del Señor; los caballeros arrojaban al suelo el capacete, hundían la rodilla en tierra, y su espada, en señal de homenaje, inclinábase respetuosa.

El núcleo de acompañantes iba aumentando á medida que el señor Chantre caminaba.

Se escuchan atronadores los ruidos de guerra, el estruendo de la gente que combate hien de los aires.

Los leales del Duque van retrocediendo hacia la calle del *Rey*, hostigados por la furiosa acometida de los descontentos. El tiroteo progresivamente es más nutrido. Los del Alcázar se estrechan en la parte alta de la ciudad, porque preven la seguridad de una derrota si descienden á la plaza. Los amotinados, entretanto, obedientes siempre á las órdenes de Carvajal, avanzan, avanzan siempre. Pero al entrar por la vía angosta que es comienzo de la calle del *Rey*, caen sobre ellos repentinamente los

del Duque; separa á los contendientes una corta distancia; los vasallos del Duque vacilan, se detienen, ceden; el frente es un montón de lanzas que el sol hace brillar con resplandor de miedo.

Don Álvaro de Zúñiga está perdido. El impetuoso denuedo de los suyos los ha encerrado en un círculo que se estrecha por momentos. Un grupo de leales avanza por la calle de *Pedro Isidro* en socorro de sus amigos. Del *Rincón de Medina*, de la calle del *Salvador*, de todas las cercanías del Alcázar, salen luchadores prontos al auxilio de sus compañeros; la empresa es tan ardua como noble el deseo. Los conjurados los saludan con espantosas descargas. En la encuestada calle del *Rey* se libran los combates cuerpo á cuerpo. Mientras tanto, los caballos de Juan de Sande galopan por escondidas callejuelas hacia el Alcázar. La batalla se ha generalizado; los combatientes se yerguen, se azuzan y embisten con el sable luminoso. No son más veloces las balas que ellos, ni son más ciegas.

La furia de los unos irrita á los otros, y ambas parcialidades se atropellan, se precipitan con creciente saña.

Pero el ciclón de muerte marcha, vuela

compacto, fantástico, enloquecido por un sueño de rabia y de odios.

Francisco de Carvajal enardece, grita, subyuga, y le siguen los suyos en el supremo ataque, espantosos, bárbaros, ciegos por el odio que les venda los ojos, obcecados por la pasión política que los enajena.

La sangre arde y en la empuñadura los dedos se agarrotan. El sable así blandido será maza, sus tajos serán fendientes y sus golpes serán mandobles.

Los de uno y otro bando ondulan, como si el ímpetu de un vendaval les arrebatara en ziz zas pavoroso. Van á la muerte y los conduce el vértigo.

El minuto es supremo, providencial, y en aquel instante decisivo, Jesús Sacramentado entra en la plaza.

Las vestiduras sacramentales, albas nítidas, contrastan con el sangriento color de las calzas de los luchadores; la procesión, que avanza silenciosa y grave, parece detenerse asombrada y temerosa. No decrece el fragor de la pelea; se oye el chocar de las espadas, se perciben los ayes de los mal heridos... La procesión sigue su marcha; la voz de Don Diego de Lobera, imperante, rotunda, destaca su



La procesión sigue su marcha; la voz de Don Diego de Lobera...

acento entre los mil aullidos del combate (1). Alza en sus manos la sagrada Hostia, eleva los ojos al cielo, y en un momento, cien caballeros le rodean, centenares de lanzas le sirven de escolta, ábrense ventanas y balcones, las luminarias se encienden para honrar al Dios bendecido por los hombres de buena voluntad, y un silencio de asombro, un enorme silencio de estupefacción sella los labios y abre las almas...

Jesús ha triunfado.

Don Diego de Lobera torna á levantar sobre sus hombros la Hostia divina, y los héroes de uno y otro bando rinden las lanzas en señal de acatamiento.

—La paz sea con vosotros— exclamó con voz que la emoción velaba; —ceda vuestro brioso batallar y renazca en la ciudad la perdida calma. En el nombre de Dios os lo suplico, en el nombre de Dios, que hasta vosotros llega.

Sonó entonces claro y distinto, pronunciado por cien voces que el furor enronquecía, el

(1) En honor á la verdad histórica debemos advertir que, si bien en el testamento de Don Diego de Jerez da á entender claramente que Don Diego de Lobera dirigió su palabra á los combatientes, no consta allí frase alguna de su discurso.

grito de Juan de Sande; resonó el himno de guerra retador y clamoroso, como buscando enemigos que lo afrontasen para saciar en ellos la venganza, y cuando los que voceaban entraron en la plaza por la calle del Sol, el lema de su partido hendió los aires: *Plasencia por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel*, repitieron gozosas mil voces; pero aún no se habían perdido los ecos de aquel grito, cuando voceado por millares de bocas, sentido por millares de corazones, resonó triunfador y decisivo otro grito: *Plasencia por Jesús Sacramentado*.

Jesús vencía.

Y aquellos hombres, furiosos antes como leones, mansos ahora como corderos, rodeaban al sacerdote, ponían sus ojos en la Sagrada Forma, desplegaban sus labios en ferviente súplica.

Y aquella procesión que antes paseara la ciudad callada y grave, tornóse ahora en tumultuosa triunfante comitiva. Las lanzas, aún tintas en sangre, servían de escolta al Sacramento. Los caballeros más principales se disputaban el honor de tocar con sus manos las fimbrias de la veste sacerdotal.

Don Diego Lobera regresaba vencedor.

Entre aclamaciones de júbilo y voces de

gratitud entró en la iglesia la Custodia (1), y allí, en las bóvedas del grandioso templo, en el devoto silencio de los fieles, tornó á resonar potente, animador y victorioso el grito memorable: *Plasencia por Jesús Sacramentado*.

Gozaba ya la ciudad de Plasencia de las dulzuras de la paz, pero faltaba poner remate digno á la empresa, y quiso Dios coronar la obra: pues harto fatigada y maltrecha la gente del Duque, penosamente impresionado por la escena ocurrida, resolvió capitular pidiendo condiciones á los conjurados.

El señor Rey Don Fernando (2), que no lejos de la ciudad aguardaba ansioso tan feliz momento, entró en la población el 20 de Octubre del año 1488, y acompañado de los nobles, de los Regidores y gente del pueblo, tomó solemne posesión de la ciudad y de su tierra.

(1) Con mucha probabilidad podemos creer que la Custodia que salió procesionalmente sea la misma que donó á esta Catedral el señor Cardenal Don Juan de Carvajal, pues fué la donación anterior á esta fecha de 14:8. Dicha Custodia, que aún felizmente se conserva, es muy venerada por los placentinos.

(2) Cfr. *Historia y Anales*, etc., pág. 152: «Llegó el Rey á Plasencia á veinte de Octubre y ese día tomó posesión della, acompañado de la nobleza, Regidores y gente popular».

Llevaron luego á Don Fernando á la iglesia Catedral, siendo recibido en ella por el señor Deán y Cabildo con toda la clerecía.

Pidiéronle los Regidores, los Caballeros y los Capitulares, en nombre de la ciudad, que jurase solemnemente no enajenarla ni apartarla de la Corona, ni quitarle sus fueros, privilegios y libertades. Y el Rey Don Fernando, de rodillas ante la misma divina Hostia que pacificó á los combatientes, y con la derecha mano en los Santos Evangelios, juró en la siguiente forma:

«...Jure V. A. á Dios y Santa María, y por estos Santos Evangelios, de guardar, defender y amparar al Concejo, Regidores, Caballeros, Escuderos, Escribanos, Comun., vecinos y moradores de esta ciudad de Plasencia en sus fueros y privilegios, mercedes, libertades y franquicias que esta dicha ciudad y personas de ella y su término tienen de los Reyes de gloriosa memoria, vuestros antepasados, como del Conde Don Pedro de Zúñiga y del Duque Don Alvaro, su hijo; y las ordenanzas, usos y costumbres que la dicha ciudad tiene, así ahora ó en todo tiempo.—Diga V. A.: ¡Sí, juro!»

Y dijo el Rey: «¡Sí, juro!»

—«Si así lo hicieris, Dios Padre Poderoso

os ayude en este mundo el cuerpo, y en el otro el ánima, con acrecentamiento de muchos y más Reinos y Señoríos, y lo contrario haciendo, os lo demande mal y caramente. — Diga V. A.: Amén. — A lo cual todo S. A. respondió: ¡Sí, juro! Amén (1).»

En memoria de este suceso, el más glorioso acaecido en la ciudad, no tanto por la hidalguía y valor de los placentinos, cuanto por haber cesado la guerra, merced á la devoción de la ciudad á Jesús Sacramentado, se erigió en la puerta de *Trujillo* una lápida, en la que aparece la Cruz en lo más alto de ella, las armas de la ciudad, el escudo de los Carvajales y la siguiente inscripción latina:

(1) El texto literal del juramento prestado por Don Fernando se halla en la misma obra ya citada del Padre Alonso Fernández, libro II, cap. XIII, página 152.

LIBERTAS VITAE, GEMINIS, AUROQUE PREFERTUR
LIBERTAS NOBILEM REDDIT PLACENTIAE URBEM,
QUAM FORTUNA SPREVIT, REGIAM QUAE IN LUCEM REDEMIT,
NCLLES PRAETEREA PLACENTIAE, URBIS QUAE HEROES
DEVICERUNT HOSTES SUB REGIO MARTE, FEROCES.
REGIBUS QUIPPE DECET, HOMINES QUAE SUBDITOS FORE.
ANNO M. IIII. LXXXVIII.

El 24 de Septiembre del año 1520, con ocasión de las luctuosas contiendas habidas en Extremadura por causa de las *Comunidades*, se libró en las calles de Plasencia un rudo y sangriento combate, y de nuevo, recordando la ciudad la maravillosa escena ocurrida en 19 de Octubre de 1488, "hubo que sacar al Santísimo Sacramento para apaciguar á los revoltosos combatientes," (1).

(1) Cfr. A. Danvila, *Las Comunidades en Extremadura*, tomos I y II, Actas del Cabildo de la Catedral de Plasencia; 28 de Agosto de 1520, 18 de Enero de 1521, 21 de Febrero del mismo año.

12.2. EL LIBRO DEL CONGRESO EUCARÍSTICO

Luego de su intervención en el Congreso Eucarístico, don José escribe y publica con Teodoro S. Marcos un libro sobre aquel acontecimiento internacional. Es bueno recordar que después del Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, posteriormente solo se han celebrado otros dos más en España: en 1952, en Barcelona; y en 1993, en Sevilla, con la presencia de san Juan Pablo II.

El trabajo lleva por título ***El Libro del Congreso Eucarístico***, y fue publicado por la *Librería de Fernando Fé* (Madrid, 1911). Comienza con una carta del cardenal arzobispo de Toledo y un prólogo de monseñor Francisco Jarrín y Moro, el obispo de Plasencia.

Y, por ejemplo, en esta interesante reseña recogemos lo que se dijo sobre la publicación de los dos sacerdotes:

«...Vivo aún en la memoria de todos el recuerdo de las solemnidades eucarísticas del mes de junio en la capital de España, agitada y todavía conmovida la opinión por aquel alarde magnífico de la fe del pueblo más católico del mundo, un libro que viene a perpetuar hecho tan singular y grandioso y a poner de relieve su influencia en la marcha de la política y de la vida nacionales, tiene que solicitar con apremios irresistibles la atención de los buenos católicos y de cuantos se interesan por el porvenir de la Patria.

No se trata de una relación seca y árida de las fiestas eucarísticas. Sin descuidar la parte narrativa y estadística, ocupa un lugar preeminente el análisis filosófico de los hechos. Es, además, un libro que reivindica triunfalmente el honor de España ante el extranjero, realizando esta patriótica labor con textos y cartas de los principales congresistas de Francia, Alemania, Austria e Irlanda. Este punto de vista nuevo y de gran actualidad ha de producir gratísima impresión en los lectores.

Pero hay más. **Los ilustres autores, que por sus cargos y por su cultura exquisita, estuvieron en disposición inmejorable para apreciar en conjunto la trascendencia del congreso**, dentro y fuera de España, han sabido derivar las enseñanzas que envuelve para los españoles, con una galanura de estilo y un criterio tan justo y acerado, que, a no dudarlo, su libro está llamado a tener resonancia inmensa en el terreno religioso, social y político» (*Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Córdoba*, 27 de enero de 1912, página 15).

De esta obra no queremos dejar de recoger el cuarto capítulo, una vez más un extenso texto, que lleva por título ***De la eucaristía a la acción***.



12.2.1. DE LA EUCARISTÍA A LA ACCIÓN

El virus revolucionario ha inficionado el orden entero de la vida humana. Ciencias, artes, costumbres, familia, gobierno, todo respira en un ambiente materialista y ateo que ahoga y mata las almas con sus pestilentes miasmas. Y son ya tantos los estragos que causa la común dolencia, que de los pechos honrados se escapan rugidos de dolor y de vergüenza y los hombres que se preocupan algo por el porvenir de la civilización, piden a voz en cuello la reversión de la sociedad a los ideales cristianos, antes de que acabemos de hundirnos en el fango de la barbarie más degradante e ignominiosa.

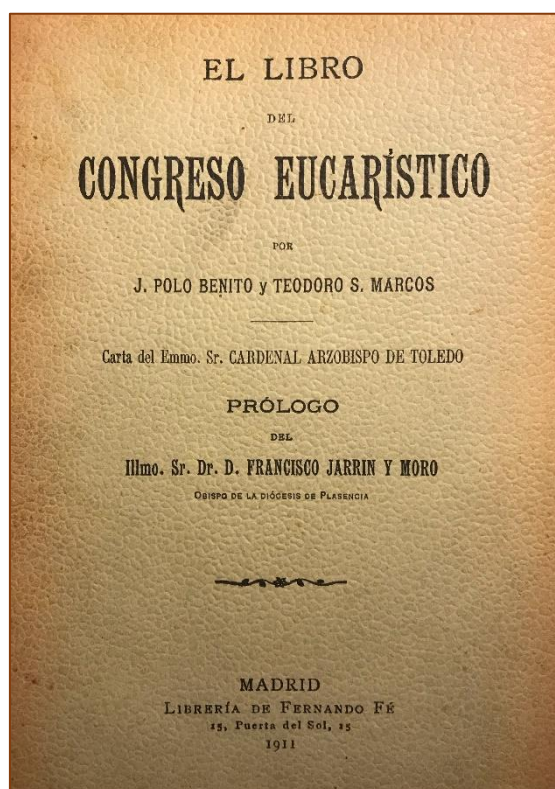
Sí, es preciso que volvamos rápidamente, enérgicamente, al espiritualismo cristiano que dio calor y forma y vida a esta civilización europea, que fue la más brillante y humana entre todas las civilizaciones. Pero, ¿qué debemos hacer los católicos para acelerar la conversión a Cristo del mundo moderno?

Vayamos al pueblo

Pío X lo ha dicho con una sola frase que es todo un programa de acción y de renovación social: ir al pueblo. Es decir, que los católicos tenemos que infundir en el pueblo las ideas, las costumbres, los hábitos, los sentimientos, los modos de ser del catolicismo en nuestro trato, en nuestra conversación, en nuestra acción lenta, pero tenaz y perseverante, entre los hombres que conviven con nosotros.

Mucho se ha dicho y escrito en estos últimos años acerca de la acción social católica. Los periódicos y revistas profesionales están llenos de artículos y proyectos en los que vaciaron su pensamiento maestros y doctores. Y como sucede en todas las épocas de transición, las ideas y sistemas que fueron chocan unas veces, se dan tregua otras y se funden y alían las más con las ideas y orientaciones que comienzan a ser.

Lejos de nosotros el propósito de escribir aquí un curso, ni siquiera un bosquejo, de acción social católica. Para los aficionados a esta clase de estudios hay una literatura nacional y extranjera sobrado abundante y variada. Nuestras consideraciones se dirigen principalmente a la gran muchedumbre de católicos que, sin bagaje científico, quieren cumplir el precepto pontificio de ir al pueblo.



Acción de los primeros cristianos

Pues bien; estos católicos llenos de fe y de caridad comprenderán al instante que la acción suya para restaurar todas las cosas en Cristo no podrá ser mejor ni más eficaz y decisiva que aquella acción, sosegada y silenciosa al principio, bulliciosa y febril en seguida, y pública y brillante al fin, con la que los cristianos de los siglos primeros convirtieron el mundo a la fe y la justicia.

135

Y ¿qué hacían aquellos creyentes venturosos que recibieron el Espíritu Santo en el día glorioso de la Pentecostés cristiana? El libro de los Hechos de los Apóstoles nos lo dice con laconismo sublime en una sola línea: perseveraban juntos en la oración y en la fracción del Pan.

No tenemos, por desgracia, una historia minuciosa y detallada del primer siglo de la Iglesia. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* apenas si es una crónica incompleta de la Iglesia de Jerusalén y de los viajes de san Pablo. Pero, incompleta y todo, esta crónica y las epístolas de los apóstoles y de los padres apostólicos nos hacen entrever suficientemente que la comunión tuvo, desde luego, entre los cristianos lugar preeminente y casi exclusivo.

Las escenas de la Iglesia de Corinto, pintadas tan al vivo en las cartas del apóstol, son una demostración magnífica de que la eucaristía llenaba por completo la atención y devoción de la primitiva Iglesia. Aquellos fieles tan hechos a las prácticas paganas, que apenas si podían olvidar, viendo cómo su doctor y maestro les repartía todas las noches la comunión, llegaron a creer, después de su partida, que era una nueva forma de los cultos gentiles el ágape cristiano, y fácilmente se entregaron a los excesos antiguos, comiendo y bebiendo, hasta la embriaguez, en la sinaxis sagrada.

¿Se creará tal vez que san Pablo prohibió el uso frecuente de la comunión a estos cristianos que así la profanaban? Nada de eso. Después de reprenderlos enérgicamente por sus abusos y sacrilegios, insiste en la necesidad de comulgar frecuente y santamente, conminando con penas terribilísimas a los que convirtieran en lupanar el banquete sagrado.

Y los reproches del apóstol a los que comulgaban indignamente, se ven luego repetidos en los escritos de los Padres antiguos. Sin esperar a san Cipriano y san Juan Crisóstomo, ya en los escritos del primero y segundo siglo, se hacen alusiones claras a los que profanan el manjar sagrado, no distinguiendo entre él y la comida ordinaria. Lo que nunca se hallará en toda la literatura patriótica es la menor indicación de que sea conveniente disminuir el uso de la eucaristía. ¿Se quieren más pruebas de que la oración y la comunión embargaban totalmente la atención y los anhelos de los primeros cristianos?

No se concebía entonces cómo podrían reunirse los fieles sin cumplir el precepto de Cristo en la última cena: *Haced esto en memoria mía*, y así cuantas veces se

congregaban bajo la presidencia de su obispo, todos menos los penitenciados, recibían de él la hostia santa.

¡La oración! ¡La comunión! Esta fue la acción de los fieles de la primitiva Iglesia. ¿Parece acaso poca y débil su actividad? ¡Oh, si nosotros oráramos y comulgáramos como ellos; qué pronto el fermento de lo sobrenatural trabajaría y renovaría toda la masa social de ahora!

La oración es el arma más poderosa que posee el hombre para todas las conquistas. Donoso Cortés decía que vale más que una batalla ganada. Pero como la comunión es la expresión más alta y acabada de la oración cristiana, tratemos de nuestra acción de católicos a la luz irradiada de la eucaristía.

Renovación del mundo por la eucaristía

Cristo instituyó el sacramento de su cuerpo y de su sangre para que fuera el memorial magnífico de sus maravillas, la representación viviente y perenne de su sacrificio, la prenda e hipoteca de su herencia ultraterrena y el centro y minero irrestañable de la vida de la gracia. Los apóstoles y cristianos del primer siglo penetraron bien este pensamiento del Maestro y por eso hicieron de la comunión el fundamento y casi el único acto del culto nuevo.

Iniciados en el reino de Dios por el bautismo, su vida religiosa se reducía a reunirse una vez en esta, otra en aquella casa, para la hostia santa; *frangentes panem per singulas domus*, que dice el texto sagrado. Y si la persecución arreciaba tanto que no les consentía las colectas o reuniones domésticas, cada uno de los fieles se llevaba a su casa un fragmento del Pan consagrado y todos los días comía de él en la soledad de su aposento, teniendo por altar su propio corazón.

Parécenos ahora increíble el fervor irresistible que sentían por la comunión en medio de las violentísimas persecuciones de los tiempos aquellos. Ni la dificultad de largos y penosos viajes, ni el frío ni el calor ni la soledad y peligros de la noche, ni la facilidad de ser descubiertos por espías y traidores eran parte para detenerles en sus ansias de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo. El ejemplo del niño y mártir san Tarsicio, que llevaba escondida en el pecho la hostia para un cristiano encarcelado, y muere por no entregar el depósito sagrado, es un indicio elocuentísimo de los sacrificios heroicos que gustosamente se imponían los cristianos para no privarse del alimento celestial.

Los paganos, incapaces de comprender tanta abnegación y valor moral, cuando veían venir por la noche a los fieles de sus reuniones secretas en las catacumbas, se imaginaron que solo un placer material intenso podía infundirles tal desprecio de la vida, y propalaron la especie de que, en los misterios cristianos, tras otras enormidades, inmolaban niños recién nacidos, de cuyas carnes comían todos los presentes. ¡Así interpretaban aquellos cerebros deprimidos la altísima y celestial significación de la comunión sagrada!

Pero no se crea que disminuía por ello el fervor eucarístico. En el *Apologético* de Tertuliano tenemos descrita de mano maestra la actitud de los cristianos enfrente de las calumnias groseras del gentilismo. Aherrojados, vilipendiados, destrozados en el potro, su pensamiento y su corazón volaban hacia el altar santo y, si de alguna cosa se quejaban, era únicamente de no recibir en las cárceles todos los días el cuerpo y la sangre del Señor.

Triste y dolorosa, al parecer, era en realidad infinitamente fecunda y gloriosa la vida de la naciente Iglesia en aquellos primeros años. Porque esta participación diaria y ferviente del sacramento augusto encendía las almas creyentes en el amor de Cristo y las empleaba con anhelos irresistibles para la obra del apostolado, y la semilla evangélica fluía abundante y lozana de los labios tintos en la Sangre del Cordero. Y era tal la paz y la pureza y la bondad y la sencillez que se transparentaban en aquellos rostros clareados por la luz de la eucaristía, que los hombres de corazón recto se llenaban de admiración y ansiaban participar también de los dones del cielo y corrían en tropel a iniciarse en unos misterios que hacían tan santos y tan felices a los que tenían la dicha de participar en ellos.

No desconocemos que la acción divina de la predicación apostólica tuvo la parte principal en la rápida difusión del Evangelio por todo el mundo. Pero ¿no era esta acción cristiana una como prolongación de la obra apostólica y su complemento obligado y natural? ¿Se podrá, pues, negar que aquellos oscuros cristianos que llevaban en sus obras al Cristo que recibían todos los días en sus pechos, contribuyeron eficazísimamente a la conversión de la sociedad pagana? ¿Es creíble que aquellas multitudes, gastadas por los vicios más repugnantes hubieran llegado a enamorarse tan pronto del ideal cristiano, si los primeros discípulos no llevaran impresas en sus palabras, en sus costumbres, en su modo de ser entero, la pureza y elevación de vida que bebían a torrentes en la comunión frecuente?

Los católicos que llevan su fe en el alma más que en los labios dirán, seguramente, que no hubieran conseguido los apóstoles hacer una revolución tan profunda e intensa de las ideas y hábitos morales del mundo pagano, con unos fieles flojos y perezosos en el servicio divino, con unos cristianos apegados a sus pasiones e intereses temporales. Y ¿esperaremos nosotros, los católicos de España, que nuestra patria se convierta totalmente a Cristo sin apoyar toda nuestra acción en la práctica santa de la comunión?

Del templo a la calle

No, esto no puede ser. Para que la obra ministerial de los sacerdotes sea fecunda, hace falta que los católicos fervorosos lleven sus enseñanzas, sus ideas, sus mandatos, sus interpretaciones y aplicaciones de la ley divina, a todas partes y que los incrédulos, los indiferentes, los tibios vean en la vida de estos católicos una copia aproximada y retrato del Cristo que no conocen. Y ¿sería posible que expresáramos la imagen del divino Maestro en la calle, en el taller, en las

academias, en la prensa, en la política, si Él mismo no la hubiera grabado antes en nuestros corazones, uniéndose a ellos por la comunión?

El P. Coubèe expresó bellísimamente en uno de sus sermones, pronunciado cuando el Congreso Eucarístico de Lourdes, esta transfusión de la imagen de Cristo en nuestras almas por la comunión.

Cuando tratamos familiarmente con un gran hombre, viene a decir el orador insigne, se establece una corriente poderosa de simpatía entre él y nosotros y poco a poco sus hábitos, sus ideas, su carácter nos llegan a subyugar y a dominar.

Ahora bien, siendo Cristo el más bello de entre los hijos de los hombres y poseyendo el más enérgico y dominador de los caracteres, **¿cómo no ha de infundir en nuestras almas y en nuestros corazones las ideas y los sentimientos suyos cuando se une a nosotros en la comunión sagrada?** Porque nosotros no nos limitamos a tocar la fimbria de su manto como la hemorroisa del Evangelio, o a besar sus pies como la Magdalena. No; **cuando hemos comulgado su sangre corre por nuestras venas, su corazón late en nuestros pechos, y por una especie secreta y misteriosa de ósmosis su vida es nuestra vida**, según la frase inmortal del apóstol: “Vivo yo; pero no yo. Cristo vive en mí”.

Hay más. Nuestra acción de catolización y de saneamiento moral es difícil y peligrosa. **¡Cuánto valor es preciso para confesar a Cristo en los días estos!** ¡Cuánta paciencia y fortaleza debemos tener para no ser vencidos en las luchas sociales y políticas!

Pues ¿dónde habíamos de adquirir tan gran caudal de paciencia y valor si no es en la participación frecuente y digna del cuerpo y sangre de nuestro buen Jesús?

No nos forjemos ilusiones engañosas. Toda la ciencia y prudencia humana son muy poca cosa para asegurar los frutos de nuestro apostolado. Sin la luz y fortaleza del cielo, nuestra acción será estéril y baldía y el reino de Dios no vendrá a nuestra patria. ¿Será, acaso, injusto achacar los escasos resultados de la acción social y política de los católicos españoles hasta el presente a que la comunión no ha tenido entre ellos aquel desarrollo que tuvo entre los primitivos cristianos?

El Evangelio y la acción político-social

Hemos hablado de acción social y política de los católicos. Pero ¿es que el catolicismo posee un programa social y político?

Propiamente hablando, en el Evangelio no hay doctrina, ni mucho menos un sistema social o político. Cristo fundó su Iglesia para que perpetuara en la tierra la misión religiosa y moral que trajo Él al mundo, sin determinar nada acerca de las condiciones sociales y políticas de la humanidad. Por eso el catolicismo

convivió siempre con todas las formas justas y honestas de gobierno, adaptándose con facilidad pasmosa a todas ellas.

Mas, sin tener un fin específicamente social o político, la religión católica influye enérgicamente en la marcha social y política de los pueblos, porque a todos los órdenes y aspectos de la vida humana llegan indefectiblemente las corrientes de santidad y de justicia que ella derrama generosa sobre los hombres. Así es que, dejando a Dios el cuidado de moderar con su sabiduría y prudencia infinitas los cambios sociales y políticos de la humanidad, los católicos, como tales católicos, podemos y debemos trabajar porque los ideales de paz y de moralidad del Evangelio penetren y vivifiquen al orden social y político.



Mas, para conseguir que nuestra intervención en la renovación de la masa social sea provechosa y dé resultados rápidos, es necesario que busquemos en la eucaristía los resortes de acción que emplearon los primeros cristianos y de los que hablamos hace poco. Tal vez sea pesado insistir más sobre ello, pero queremos decir algunas palabras más sobre la transcendencia que para nuestra acción propiamente social tiene la eucaristía.

No esperemos que vayan a brotar del sacramento altísimo nuevas instituciones sociales. No; lo que hará Él, si los católicos le recibimos con fervor y con frecuencia, es santificar las existentes y disponer a los pueblos para que vayan formando otras en armonía con sus necesidades futuras.

Es realmente admirable la fuerza que tiene la eucaristía para renovar y hermosear pueblos e instituciones. Ya en la primitiva Iglesia el día del domingo era el día de las grandes expansiones de la caridad y de las iniciativas de reforma social,

porque en ese día todos los fieles habían caldeado sus corazones en las llamas que irradia la hostia santa.

San Pablo en sus cartas a los de Galacia y a los de Corinto, manda que el domingo se hagan las colectas o demandas de limosnas en favor de los fieles de Jerusalén, acosados por el hambre y la persecución. Bien sabía él que después de comulgar, era el momento más favorable para interesar a los cristianos en las obras de beneficencia social.

También el domingo, como consecuencia natural y obligada de la misa y comunión, era cuando en todas las iglesias se recibían las ofrendas o limosnas de los ricos y se hacía la distribución de las mismas, enviándolas a los pobres y viudas por mediación de los diáconos. Así resultaba que cada comunidad cristiana tenía perfectamente donado un sistema excelente de beneficencia domiciliaria, por obra y gracia de la comunión dominical.

Los que conocen el funcionamiento de las Conferencias de San Vicente de Paul, pueden formarse fácilmente una idea de lo que eran las reuniones cristianas en la primitiva Iglesia. Se comenzaba leyendo pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento. Después el presidente, obispo o presbítero, hacía una homilía o explicación sencilla del Evangelio. Acto seguido hacían los fieles la ofrenda propiamente eucarística, llevando cada cual un fragmento de pan para ser consagrado, y un poco de vino donde era costumbre comulgar bajo ambas especies. Hecha luego la profesión de fe y recitada la oración dominical, se consagraba el cuerpo y sangre de Cristo y se distribuía entre todos los asistentes. Y terminada así la parte propiamente litúrgica, se pasaba a la parte económico-social, recibiendo los presbíteros y demás ministros limosnas, datos y recomendaciones, para hacer la distribución de las limosnas recolectadas y ordenar todo lo referente a la acción social de la naciente Iglesia.

Es natural que, aumentando infinitamente el número de los fieles, cambiara de forma esta acción. Pero, en el fondo, fue siempre la misma por nacer y tener sus raíces en la eucaristía. Siempre fue el domingo, día de la comunión general, el destinado, como de oficio, para recibir las ofrendas y aquel en el que los diáconos hacían llegar a manos de los indigentes los tesoros de la Iglesia.

Y no se entienda por esto que se limitó el cristianismo a hacer un culto de la limosna. Su acción penetró lenta, pero eficazmente, en toda la organización social, llevando por todas partes gérmenes de pureza y santidad, suavizando las relaciones de unas clases con otras, elevando a las clases proletarias y consiguiendo que, antes que en las leyes, influyeran sus ideales en todos los órdenes de la vida humana.

Causas del problema social

¿Cuál es la causa principal del tremendo problema social planteado a estas horas en todos los pueblos? No tenemos reparo en decirlo; **el egoísmo idolátrico**

que cautiva y esclaviza a la mayoría inmensa de los hombres. Nos hemos olvidado de nuestros orígenes y destinos celestiales, y haciendo de la tierra nuestro paraíso, no nos preocupamos generalmente más que de gozar mucho y a prisa, sin parar en mientes en la miseria de nuestros vecinos. Y por eso quien posee riquezas anhela cada día más por su aumento, y el que no las tiene arde en deseos de adquirirlas a toda costa, habiéndose roto con esto el gran principio de la solidaridad y fraternidad humanas, para ser sustituido por aquel otro impío de Hobbes *homo homini lupus*, que quiere decir que el mayor enemigo del hombre es otro hombre. Y como consecuencia fatal e inevitable de este culto supremo al yo, al multiplicarse los medios de producción de riqueza, han crecido también, en la misma proporción, las cadenas que aherrojaban al proletariado y los temores y sobresaltos que angustiaban al poderoso.

No intentamos asegurar con lo dicho que la cuestión social no sea económica y científica; pero reconocemos con todos los sociólogos que merecen este nombre que es también y en gran parte religiosa y moral. Porque según lo confirman las estadísticas, los adelantos económicos y científicos no curan, sino que agravan en ocasiones la general dolencia.

Se ha pensado, durante mucho tiempo, que el problema social reconocía como factor el más importante y casi único a la miseria del proletariado. No es cierto esto, y los pensadores así lo van reconociendo.

Las últimas huelgas de Inglaterra y de Francia son una lección elocuentísima de que la abundancia de riquezas no resolverá nunca por sí sola los conflictos sociales. Porque en estas dos naciones, las más ricas del viejo mundo, es donde el malestar de las clases obreras es quizá más grave, profundo e incurable.

Hace poco tiempo leíamos, no recordamos dónde, que había declarado la huelga en París una clase de obreros que tenían un sueldo semanal que oscilaba entre 70 y 80 francos. ¿Cuándo podían soñar hace veinte o treinta años que alcanzarían por su trabajo una retribución tan decorosa? Y sin embargo, nada basta ya a la codicia y desenfreno en el gozar que tiraniza a las clases proletarias de hoy. Auméntese cuanto se quiera el jornal, y la inmensa mayoría de los obreros pedirán más, porque el hambre de los goces, de lujo y de comodidades con nada se harta y satisface. **Es que el egoísmo idolátrico que corroe a la sociedad moderna tiene su justo castigo en la vacuidad de los bienes de la tierra,** con cuya hartura soñamos todos.

Pues bien, la sagrada comunión es el antídoto más eficaz contra los males del egoísmo. Jesucristo, antes de instituir el sacramento de su cuerpo y sangre, había dicho a sus apóstoles: **la prueba mayor de caridad es dar la vida por el amado, y vosotros debéis darla mutuamente unos por otros.**

Fraternidad de los primeros cristianos

Y el consejo del Maestro se fue haciendo realidad viviente en los siglos cristianos, por la difusión de su caridad. De los primeros fieles, cuenta el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, que vendían sus posesiones y entregaban el precio íntegro en manos de los mismos apóstoles, para atender a las necesidades de los hermanos, y que todos ellos no tenían más que una sola alma y un solo corazón.

Claro está que la comunidad de bienes no podía ser general ni menos estable y definitiva, una vez que el cristianismo dejó de ser la religión de unas pocas almas escogidas, para ser la religión del pueblo. Pero el egoísmo continuó siendo vencido y desterrado de las comunidades cristianas por la eficacia inmensa de la eucaristía. Los patricios que veían sentados a su lado en el banquete sagrado a sus propios esclavos, y que muchas veces recibían la hostia santa de manos de un obispo, por su condición social de esclavos, ¿cómo iban a tratarlos después en sus casas con aquella dureza y frialdad de los señores paganos?

No; la unión de caridad establecida entre las distintas clases sociales a los pies del altar debía traer necesariamente la igualdad moral de los hombres, primero; la social más tarde; y la política, al fin. Y así fue que por esta acción perseverante y enérgica, de nombre y en realidad, los cristianos fueron siempre los hermanos de Cristo. Y si en alguna Iglesia particular se aflojaban los lazos de la fraternidad, siempre era achacado el mal por los pastores de ella, a la ausencia de los hombres de la sagrada *sinaxis*, como terminantemente lo asegura de la Iglesia de Constantinopla san Juan Crisóstomo.

Cuál fuera el sentir de los fieles sobre la acción de la eucaristía y cuáles fueran los efectos de ella, lo declaran perfectísimamente los nombres que siempre se la dieron. *Sinaxis* entre los griegos, *comunió*n entre los latinos y otros nombres análogos, se significa siempre con ellos **la unión más alta y perfecta**. Ya san Cipriano decía que así como los granos de trigo se unen en el pan y en el vino consagrados, se unían los fieles con Cristo y entre sí. Nada tiene de particular que el “Águila de Hipona”, contemplando la renovación social obrada en el mundo por la eucaristía, exclamase lleno de admiración altísima:

- «¡Oh señal de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! El que quiera vivir, ahí tiene el principio de vida».

Pues, si en los tiempos del paganismo fue ella el principio que trajo a la vida al cuerpo social, mimado por todos los gérmenes de la muerte, ¿por qué no ha de renovarse el milagro ahora en este gran cadáver moral del mundo moderno?

Es preciso que los católicos nos consagremos con el alma entera a difundir el culto del sacramento y la práctica de la comunión frecuente. En la eucaristía encontraremos la fuerza que en el penoso andar de la vida nos va faltando.

Magnificencia de las solemnidades eucarísticas

El culto solemne y público de la hostia inmaculada tiene un no sé qué de grandioso y magnífico que cautiva y enamora hasta las almas más indiferentes. Cuando el Congreso de Londres, decían los periódicos que el pueblo inglés asistía conmovido y lleno de respeto a la procesión final, y eso que por intransigencias del clero anglicano no pudo ser llevado en triunfo el sacramento. Ahora, en el Congreso de Madrid, la prensa liberal se hizo eco de la emoción universal que produjo la hostia al alzarse radiante y bienhechora sobre la multitud inmensa que miraba al altar colocado en la plaza Cibeles.

¿No quiere decirnos esto que debemos multiplicar las solemnidades eucarísticas para bien de la sociedad? ¿Quién puede calcular los efectos admirables de preservación y conversión obrados por esas secciones de adoradores nocturnos que en el silencio y majestad de la noche elevan sus plegarias rítmicas, pausadas, solemnes, al Dios de sus amores?

Pero el culto de la eucaristía se ha de ordenar a la práctica de la comunión frecuente, porque ella obra a manera de comida en las almas, y sólo comiéndola dignamente, hay derecho a esperar los frutos riquísimos de caridad y de unión que puede y debe producir en los pueblos.

La comunión semanal de los obreros

Las corporaciones de católicos-obreros han sentido siempre con intuición verdaderamente cristiana la trascendencia inmensa que entraña la comunión para asegurar su vida y prosperidad; y todas o casi todas han consagrado en sus reglamentos el precepto de una o más comuniones generales. Pero esto es poco todavía. El ideal a que deben aspirar todas ellas es la comunión semanal, como forma y expresión de la vida piadosa y honesta de todos sus miembros.

Tal vez se nos dirá por algunos que esto es excesivo y prácticamente imposible. Ni lo uno ni lo otro. **¿Cómo ha de ser excesivo alimentarse cada ocho días con el cuerpo de Cristo?** Pues que al quedarse Él con nosotros bajo las especies de pan y de vino, ¿no quiso enseñarnos que, así como este es el alimento más común y cotidiano, había de ser igualmente su cuerpo el mantenimiento de todos los fieles y que debíamos tomarlo con la frecuencia posible? Y por otra parte, ¿no estuvo en uso y vigor la comunión dominical durante los cinco o seis primeros siglos? **¿Quién, pues, se atreverá a afirmar que es mucho exigir que los hombres comulguen en la misa del domingo?**

La comunión semanal estuvo en uso y vigor durante los cinco o seis primeros siglos de la Iglesia. Y eran los esclavos y los artesanos, juntamente con los patricios y capitalistas los que se sentaban en torno del banquete sagrado.

Como entonces no solía celebrarse la misa más que el domingo, comunión dominical y comunión semanal eran sinónimos. Así que cuantos asistían a la misa tenían obligación, por decencia al menos, de comulgar.

Uno de los cánones de las *Constituciones Apostólicas* fulmina censuras eclesiásticas contra aquellos que asistan a la misa y se retiren de ella sin comulgar. El Concilio de Antioquía, celebrado en tiempo del papa Julio, renueva el mismo anatema. ¿Qué más? En el catecismo más antiguo de que hay noticia, en la *Doctrina de los doce apóstoles*, libro escrito a principios del siglo segundo, se leen estas terminantes palabras: «En el día dominical, o del Señor, reuníos, rompéd el pan y haced las ceremonias eucarísticas después de haber confesado anticipadamente vuestros pecados, a fin de que vuestra ofrenda sea pura». Véase, para terminar, lo que dice san Justino, padre del mismo siglo segundo: «El día que se llama del sol, esto es el domingo, todos aquellos que se encuentran en las ciudades o en el campo, se reúnen en el mismo lugar... Nosotros nos levantamos todos a la par para orar; acabadas las oraciones, se ofrece el pan, el vino y el agua... La distribución y comunión de las ofrendas que han servido para la acción de gracias (esto es, para la eucaristía) se dan a cada uno de los asistentes; después se les envía a los ausentes por los diáconos... Nosotros no tomamos este pan y vino como un alimento ordinario, sino que sabemos muy bien que ellos son la carne y la sangre de Jesús encarnado para nutrir nuestras almas».

Es cierto que más tarde se fue aflojando este primitivo fervor. Pero todavía en el siglo IV san Ambrosio decía, exponiendo lisamente la disciplina vigente en la Iglesia: «**Todos los cristianos**, excepto aquellos a quienes el sacerdote aconseja que no comulguen, **deben ofrecer y comulgar todos los domingos**». Fue ya muy entrado el siglo IX, cuando por efecto de las luchas de los señores feudales, que dificultaron el acceso a las iglesias en los domingos, fue entibiándose el fervor eucarístico hasta dejar de ser la comunión del domingo general y obligatoria en la Iglesia.

Mas ahora el Papa desea ardientemente que volvamos a la práctica primitiva, como medio eficacísimo de restauración católico-social, y es deber de todos los buenos coadyuvar a que las masas obreras se acerquen todos los domingos al banquete sagrado, sin que nos detenga en nuestra empresa el temor de que sea incompatible tan santa práctica con sus ocupaciones y hábitos de vida.

Otro escrúpulo que no debe tener en cuenta es el de aquellos que temen se familiaricen demasiado los fieles con el sacramento y lleguen a recibirlo indignamente. Confesamos que el peligro -y lo que es peor, el sacrilegio- existió siempre a partir de la noche de la cena. Pero ¿habríamos de privarnos de los bienes inmensos que la sociedad deriva de la comunión semanal por el mal y daño que pueden recibir unos cuantos por su propia culpa? ¿Qué importa que haya unos pocos miembros muertos, si la gran masa cristiana vive vida intensa de fe y de caridad? Pero hay más. Esos hombres que comulgan con frecuencia, aunque lo hagan indignamente, se ven constreñidos por su profesión de devotos a

observar cierta regla de vida austera en lo exterior, y así, dañándose ellos mismos, suelen dar buen ejemplo a los demás, con lo que el mal no trasciende al cuerpo social.

Fuera, pues, temores y reparos infantiles. La comunión semanal puede y debe implantarse en las asociaciones católico-sociales, como la base y fundamento más firme de renovación y mejoramiento espiritual del mundo.

La comunión y la democracia

Bien vemos que no en todas partes será ello fácil al principio. Pero ¿por qué no intentarlo, siguiendo, como es natural, las reglas de la prudencia cristiana? ¡Sería tan hermoso y edificante! ¡Sería tan democrático!

No nos arrepentimos de la palabra escrita. En la comunión es donde se vive prácticamente el ideal democrático que tanto apasiona a las multitudes de hoy.

Cuando los paganos veían salir de la celebración de los misterios sagrados a los primeros cristianos, decían con tono de admiración y hasta de envidia: - *¡Mirad cómo se aman unos a otros!* Era que la igualdad que nace del parentesco espiritual, los había nivelado en el banquete eucarístico, y ellos hacían gala y ostentación ruidosa de alta hermandad.

Sí, lectores; en la comunión aprenden los hombres a ser hermanos. *Como renuevos en torno de la oliva, así se sentarán tus hijos alrededor de tu mesa,* había dicho el salmista con intuición profética, refiriéndose al magnífico espectáculo que había de ofrecer la mesa del Señor. Y la figura espléndida ha venido a ser realidad divina, porque como a hijos regalados convida y alimenta el Padre celestial con pan del cielo, y con él saciados los hombres, se sienten todos hermanos, todos felices, coherederos todos de los mismos bienes, participantes de los mismos destinos. ¿Cabe profesión más alta de la igualdad y solidaridad humana?

No dudemos, pues, en ofrecer al pueblo, sediento de ideales de paz y de justicia social, esta lección semanal de santa democracia.

Cuando él vea que entre los católicos es donde reina, dueña y señora, la igualdad espiritual y moral, y como consecuencia, la posible igualdad en la participación de los bienes de la tierra, vendrá a nosotros con la alegría y presteza del niño que descubre la luz cariñosa de la casa paterna. Porque, en medio de todos sus delirios y extravíos, el sentido de lo recto y de lo justo, el sentido de lo que es de Dios no abandona nunca al alma popular, naturalmente cristiana, según la frase inmortal de Tertuliano.

Las obras sociales y las cofradías sacramentales

¿Quiere decir esto que las modernas corporaciones católico-sociales deben de refundirse en las antiguas cofradías sacramentales?

De ninguna manera. Cada época tiene sus necesidades y sus exigencias, y las de la actual piden a voces que se conserven y aumenten en lo posible las instituciones de carácter económico y social.

Pero como S. S. Pío X ha expresado sus deseos de que nuestras obras ostenten franca y valientemente su nombre y vida católicas, ¿qué cosa mejor, sino infiltrar en ellas la devoción esencial del cristianismo? Ni ¿por qué temer que pierdan su fisonomía propia y peculiar entrando de lleno en la práctica de la comunión semanal?

Nuestros antiguos gremios

Los antiguos gremios, precursores y padres de las asociaciones de ahora, tenían por lo común una exquisita devoción al Santísimo Sacramento. Y, si bien no comulgaban en corporación, porque en aquellas épocas estaba muy relajada la vida cristiana en este punto, asistían, imponiendo penas muy severas a los negligentes, a las procesiones sacramentales con sus banderas y estandartes.

En España, por lo menos, a la procesión del Corpus concurrían todas con puntualidad y constancia envidiables, según puede verse en los ordenamientos de las iglesias-catedrales, sobre precedencia y colocación de comunidades en los actos públicos del culto.

Volvamos, pues, a lo castizo y tradicional, haciendo que nuestras corporaciones y obras sientan hondamente los amores eucarísticos.

Y para cumplir los deseos e intenciones de la Iglesia, manifestados por el pontífice reinante, hagámonos una obligación del fomento de la práctica de comunión semanal entre las clases obreras. Sería esta, no lo dudamos, la manera mejor de asegurar la vida y eficacia de nuestra acción, y de devolver al pueblo la paz y la justicia de los siglos cristianos.

La fiebre social de ahora

Hay actualmente en España una fiebre ardorosa de acción social, un poco apresurada, un poco tempestuosa, sin la base de preparación debida, lanzándose acaso más allá de los límites justos y racionales; pero entusiasta, henchida de cristiano cariño hacia el pueblo.

En las ciudades, en las villas y aldeas más insignificantes, se fundan instituciones de crédito, de ahorro, de cooperación para el consumo, para la producción de seguros, de mil clases más; todo es con el fin de mejorar la situación económica de las clases humildes.

Y estas obras de renovación y saneamiento, justo es decirlo, son en su mayoría fruto del celo ardiente y sabio de católicos generosos, que quieren restaurar la sociedad en Cristo.

Todos los buenos deben congratularse de la presente actividad que se observa en el campo católico. Siguiendo así, la población rural y una gran parte de la urbana serán en seguida nuestras. Mas para que el movimiento ande por las vías de la rectitud y de la eficacia, ¿no debemos pedir que los propagandistas sociales comulguen bien y con frecuencia?

Descontamos desde luego a los beneméritos sacerdotes, que con alma y vida se entregan a este apostolado popular. La participación diaria del Cuerpo y la Sangre de Cristo es la mejor garantía de su vocación.

Pero al lado de estos, trabajan también muchos seculares celosos, enamorados de la acción social católica, y a quienes se debe pedir que templen sus armas en la divina hoguera de la comunión.

¡Es tan arduo, es tan peligroso el apostolado social! Los tristes ejemplos de Bélgica y de Italia nos llevan a buscar en la comunión frecuente, una salvaguardia contra posibles y lamentables extravíos. Vengan, pues, enhorabuena estos católicos de acción al pueblo, pero vengan después de haber comulgado. Con las luces y las fuerzas que se derivan de la eucaristía las probabilidades de yerros y tropiezos se alejan infinitamente; sin ellas, la caída es inevitable.

Pobreza de la acción política entre los católicos españoles

Pero no es, con todo, la más expuesta y quebradiza la acción social. En el terreno de la política es donde los peligros se multiplican y se agigantan, siendo muy pocos los que logran salvarlos, sin dejar entre ellos jirones de su fe e integridad. Y sin embargo la acción política es hoy tan necesaria o más que la social.

El Papa lo ha dicho: **la abstención de los católicos sonaría a traición contra la religión y contra la patria.**

En nosotros hay que distinguir un doble carácter, el de ciudadanos y el de católicos. Como ciudadanos tenemos derecho a sostener y defender todas las soluciones políticas naturalmente honestas. En cuanto católicos no debemos pretender que la religión favorezca una política meramente humana con preferencia a los demás, ni querer que nuestras convicciones e intereses de partido prevalezcan sobre las conveniencias e intereses de la religión. La Iglesia solo se ocupa de política cuando esta puede coadyuvar o impedir el ejercicio de su misión divina. Así es que únicamente por el lado o aspecto religioso, que entraña necesariamente toda política, puede ocuparse el catolicismo de ella. Claro está que el determinar cuándo y en qué grados una política es favorable o perjudicial a la Iglesia, pertenece exclusivamente a los pastores de ella y definitivamente al Romano Pontífice.

Por lo que a España se refiere, esa determinación está hecha, y en teoría, por lo menos, es conocida de todos los católicos militantes.

¿Por qué, pues, nuestra acción política, ha sido tan débil, ha sido tan infecunda? ¿Es que la inteligencia y aplicación de las normas pontificias no está al alcance sino de pocos y discretos fieles? ¿Es que la realidad no se aviene bien con las direcciones supremas?

Tal vez la aplicación concreta de las reglas sea en algunos casos difícil. Pero, si hubiera en todos espíritu de humildad, de abnegación, de obediencia, ¡qué lisos y llanos serían los caminos nuestros!

Hay que hacer la confesión por dolorosa que ella sea. Nuestra acción política ha sido antes estéril, porque el egoísmo y el orgullo logró asiento en los católicos que dirigen a las muchedumbres, porque, salvando honrosas excepciones, se ha creído prácticamente que el triunfo de la religión estaba vinculado al triunfo de los propios ideales políticos, porque se ha mirado con prevención y recelo la dirección pastoral de los obispos, porque se ha concedido a doctores y escritores privados una autoridad que no les dio Dios ni la Iglesia.

Conste que no nos referimos en particular a ninguno de los partidos católicos, cuya ortodoxia reconoce la Iglesia. Para nosotros, bajo el aspecto puramente religioso, todos son igualmente buenos y legítimos y a todos les reconocemos iguales derechos y deberes dentro del mismo credo. Pero todos van incluidos en la acusación anterior porque entendemos que, en mayor o menor grado, con mayor o menor universalidad, y dentro siempre del piadoso supuesto de la buena fe, incurrieron en los defectos anotados.

La comunión y los políticos

Ha sido preciso indicar nuestras miserias, no por el prurito vano e insensato de dejarlas al descubierto, sino para que todos tratemos de aplicar el oportuno remedio. Y ¿cómo combatir ese egoísmo y orgullo que tanto tiempo nos esclavizaron a todos?

La mañana en que dio principio la famosa batalla de las Navas de Tolosa recibieron nuestros soldados la sagrada comunión, según cuenta el historiador D. Rodrigo de Toledo, testigo presencial de ella. Y fue tal la fortaleza que cobraron con el pan de los fuertes, que a pesar de ser más numeroso y de estar mejor pertrechado el ejército musulmán, tras larga y encarnizada pelea, consiguieron los cristianos la victoria más señalada y gloriosa de que hay recuerdo.

Pues, para esta gran batalla que debemos reñir los católicos contra los enemigos de dentro y contra los de afuera, hemos de fortalecernos y robustecernos con el pan de los grandes y de los poderosos.

Porque ni el egoísmo y orgullo son menos temibles que los sarracenos de los tiempos aquellos, ni el liberalismo nos ataca con saña menor que la cimitarra mahometana nos combatiera.

La política española está desquiciada y desprestigiada, porque el yo brutal y la ambición destructora se adueñaron de ella. Apenas hay hombres que se encumbren a los altos puestos, para servir desde ellos a las ideas. Los que brillan, figuran y gobiernan se preocupan principalmente de saciar sus pasiones y concupiscencias a costa del bien general.

Por eso el pueblo aparta su vista con asco de esa oligarquía que se sostiene aún por un milagro de equilibrio social.

Y, ¿tendremos derecho a esperar nosotros que las gentes nos sigan, si no hacemos público alarde de abnegación y desinterés? Justo es decirlo para honor de los políticos católicos; si hay algo sano y fuerte en el campo encharcado de la política, esto señala ciertamente entre las derechas. ¡Cuántos hombres eminentes que sacrificaron un porvenir brillante por no transigir con el error ni con la inmoralidad! ¡Cuántos varones esforzados que resistieron años y años los sinsabores y las penurias de una soledad injusta! ¡Cuántos luchadores infatigables que perdieron la salud o la fortuna en aras de la causa santa de la religión y del orden!

Pero las circunstancias de hoy dicen claramente que la voluntad de Dios es que sean más generales nuestra humildad, nuestra paciencia y nuestra caridad; el laurel de la victoria nos espera si esas tres virtudes ciñen nuestra frente.

¿Veis ahora, lectores discretos, cuán necesaria es la comunión frecuente a los que militan en el campo de la política? Jefes y soldados deben templar en ella sus almas, para ser como el muro inexpugnable de la ciudad de Dios. Aunque oculta su gloria bajo los velos humildes de las especies sacramentales, el buen Jesús es el Dios grande y terrible, el Dios de las batallas y Señor de los ejércitos, que muda y trueca cuando quiere y como quiere el imperio de los pueblos.

Santificación de nuestras asambleas políticas

¿Será pedir mucho que los partidos y organismos políticos santificaran sus asambleas y sus mítines y sus propagandas con comuniones generales? No es profana la idea. ¡Qué paz y qué espíritu de disciplina, de valor y de sacrificio reinarían en ellos! ¡Cómo aprenderían los jefes a dominar la voz de la ambición mundana, para no escuchar más que los gemidos de las multitudes creyentes y patriotas, que los hicieron depositarios de su fe y de su honor! ¡Cómo ahogarían los soldados ese espíritu de rebelión y de confusión, tan frecuente en las democracias modernas!

Y no esto solo. Los distintos cuerpos del ejército católico han de seguir, como un solo hombre, la suprema dirección de la Iglesia en las grandes y definitivas batallas que se avecinan. Y cuando llegue la ocasión esta, ¡qué prodigios de abnegación y de heroísmo no habrán de hacerse por todos para ocupar el puesto

que a cada cual se nos señale! ¡Cómo gritará la pasión enroscada entre las zarzas de la política humana, que rehúye la rectificación de los propios juicios!

Hay necesidad de que las distintas fracciones políticas se unan con frecuencia en torno de la santa mesa. Ahora, en los días del congreso, parecía que por la virtud de la hostia inmaculada habían desaparecido las rencillas y divisiones nuestras, y por eso dimos al mundo el hermoso espectáculo de nuestra fraternidad, y el mundo al vernos hermanos en la eucaristía se admiró, y los enemigos temblaron.

Aquellas legiones incontables de hombres valerosos, que escoltaban a Dios después de haberle recibido en sus pechos, eran las diversas compañías del ejército cristiano, reunido en apretado haz para glorificar a Jesús y para rechazar al invasor del santuario, de la religión y de la patria. ¿Por qué, pues, no habíamos de seguir con esta táctica tan santa y eficaz, repitiendo estas grandes paradas ante la eucaristía, con motivo de nuestras campañas en favor de la religión y del hogar cristiano, amenazados por el enemigo?

Hay más. El espíritu de proselitismo tan natural en los partidos políticos, no se ha actuado entre los católicos con aquella pureza e intensidad que había derecho a esperar. Dinásticos y antidinásticos, los de esta banda y los de la otra, buscaron con frecuencia lamentable el ensanchamiento de sus filas, a costa de los partidos católicos de enfrente. No censuramos, claro está, que por medios legítimos y honestos se trate de atraer a la propia comunión política a los católicos de otras banderas; pero ¿no sería más fructuoso, no daría más gloria a Dios, que las fuerzas se dirigiesen ante todo a debilitar a los partidos contrarios? Así parece que lo van entendiendo muchos, y las disputas domésticas pierden cada día más de su antiguo interés, y la paz y la caridad se hacen más estables. ¿Quién después de haber comido este pan divino, señal de la unidad y vínculo de la caridad, se atrevería a emplear sus fuerzas en desalojar de sus posiciones a un hermano, que participó del mismo banquete, mientras los enemigos escalan los muros del santuario?

No teman los jefes que disminuyan sus huestes dejando en paz a los hermanos en fe y en sentimientos religiosos. La comunión trabajará, encenderá el corazón de los propios partidarios y todos ellos serán apóstoles fervientes, y por un católico que hayan dejado de ganar para su causa, vendrán ciento del campo enemigo. Este será también rico fruto de nuestra devoción eucarística; la paz que es fecunda en bienes, la unión que es augurio de victoria.

La comunión entre los periodistas

El arma principal de toda nuestra acción política y social es la prensa. No hay que insistir en demostrar esto. Acumúlense, enhorabuena, todas las fuerzas imaginables para la batalla; si no tenemos una prensa católica, numerosa, aguerrida y popular, todo será inútil.

Por eso no queremos cerrar este libro, sin llamar la atención de nuestros periodistas, para que hagan de la eucaristía la base de su apostolado.

Conocemos de sobra la vida de lucha, de privaciones y de sacrificio del periodismo católico. Por nuestras almas han pasado las horas grises de esa profesión oscura, silenciosa y no comprendida, que, siendo una de las más nobles, de las más importantes y de las más costosas, es tan despreciada, tan mal recompensada, tan inicua y perseguida. Nuestras palabras, pues, serán ante todo de aliento y de aplausos para los valientes campeones de la más santa de las causas, sin que entre en nuestro propósito aumentar en lo más mínimo los desengaños y sinsabores.

Y hecha esta manifestación sincera, permítannos los periodistas católicos esta pregunta: ¿No habrán tenido ellos culpa alguna de esa desconsideración y olvido que hasta ahora los envolvió entre sus garras? ¿El dinero de los católicos durmientes se habrá quedado en las arcas por miseria o por ignorancia, o quizá también porque los periódicos no supieron merecer su confianza?

Puestas las manos sobre el corazón, digamos con humildad cristiana que el polvo del combate nos cegó en ocasiones la vista y nos olvidamos del enemigo para luchar unos con otros en peleas suicidas y escandalosas. Por eso permitió Dios que nuestra cosecha fuese pobre y raquítica, incapaz de contrarrestar el empuje de la prensa impía; por esto la protección de los ricos no venía nunca o llegaba tarde.

No es una acusación. ¡Son tan fáciles los extravíos en esta senda escabrosa del periodismo! ¡Se escribe tan deprisa! ¡Punzan tan dolorosamente las espinas de la contradicción!

Afortunadamente van cambiando los modos de ser de nuestros periódicos.

Pero el engrandecimiento de la prensa, la eficacia de la obra, la penetración en las masas populares de sus enseñanzas, no es solo labor humana, ¿qué ha de serlo?, ¿de qué sirve nuestra pluma si no está templada en el fuego sagrado de la comunión?

La fe y el valor son extremadamente contagiosos. En las lides materiales, como en las intelectuales, la confianza y la serenidad del general se transmiten con ímpetu de torrente al grueso del ejército, que no vive ni obra ni vence, más que por el calor y el entusiasmo que irradian los caudillos. ¡Cuántas veces una mirada, un gesto del capitán decidió la suerte de la batalla!

¿Quieren los periodistas que el pueblo les siga con devoción y que las clases pudientes protejan sus campañas y empresas? ¿Desean convivir con la opinión pública en comunión santa de ideas y entusiasmos?

Ya saben el medio; robustezcan su fe, alimenten sus corazones con el pan de los fuertes; y las oleadas de luz y de caridad que parten del corazón de Cristo, llegarán

hasta los puntos de la pluma y envolverán a los lectores en una atmósfera de fervor y de sacrificio.

Hay que formar caracteres -decía el excelentísimo Sr. Arzobispo de Sevilla en su magnífico discurso del día 26 de junio-. Los pueblos decaen visiblemente porque ya no hay hombres de temple y de carácter. Pero ¿cómo formar esos caracteres si el periodista no completa la obra de los padres y de los maestros? Ni ¿cómo podrán ellos inspirar estos sentimientos de libertad y de fortaleza, que constituyen, en suma, el carácter, si no los han adquirido antes en la comunión frecuente?

Y para la perseverancia en el bien y la moderación en el escribir, ¿no deben comulgar con frecuencia nuestros periodistas?

¡Cuántos peligros tienen que vencer! ¡Qué tentaciones tan poderosas les salen todos los días al paso! ¡Cómo atormentan las voces y sugerencias del amor propio herido! ¡Qué fácil es el engreírse con los triunfos sobre las multitudes! Y ¿no se evitarían los tropiezos alumbrándose con la luz indeficiente del Verbo hecho carne y transfundiendo en sí propios el más enérgico de los caracteres entre los hijos de los hombres?

Entre los periodistas se han fundado asociaciones que tienen por objeto facilitarles los medios económicos de vida. Y ¿no es más necesaria todavía su unión para perseverar en la fe y en la justicia, en medio de las dificultades inmensas que les salen todos los días al paso?

Una asociación religiosa de periodistas católicos que tuviera por objeto fomentar entre ellos la práctica en común de la comunión semanal, sería de importancia inmensa para el porvenir de la prensa y de la religión. En las poblaciones pequeñas casi no tendría objeto; en las grandes urbes, donde hay gran contingente de obreros de la pluma, su finalidad no puede entrar en discusión. Madrid, Barcelona, Valencia, ocho o diez ciudades más, donde hay cientos de periodistas católicos, ¿no podrían agruparse para darse mutuamente el ejemplo consolador y fortificante de su fe y piedad?

Ya sabemos que la profesión es de las más agitadas y de las que menos se prestan al reposo y a las dulzuras de la fraternidad. Pero, habiendo buena voluntad, todo podía arreglarse fácilmente. Si no todos juntos, un domingo unos, otros en los siguientes, al cabo del mes, todos podían asistir a la comunión del domingo en santa unión y concordia.

Nosotros proponemos a la piadosa consideración de nuestros hermanos los periodistas católicos esta idea, para que traten de llevarla a la práctica. Su celo e interés por el triunfo definitivo del catolicismo les sugerirá medios prácticos y eficaces para llevarla a la realidad.

La unidad y concordia que les inspiraba la sagrada comunión hizo fuertes y grandes a los antiguos oficios y corporaciones en una época en la que el individualismo feudal anulaba y encadenaba a los pobres y a los humildes. Pues en estos tiempos de egoísmo feroz, ¿por qué no habían de alcanzar los periodistas aquella consideración y respeto, tan merecidos como escatimados, si robustecieran su debilidad con el manjar de los fuertes.

Educación eucarística de la juventud

Hemos hablado de la necesidad de fomentar la práctica de la comunión entre las distintas clases sociales. Mas ¿es que se podrá esperar que los hombres comulguen si no se les educa desde niños en los amores eucarísticos?

No tenemos reparo en decirlo; la educación de los jóvenes, aun entre las familias más piadosas es bastante deficiente en este particular. La impiedad jansenista se infiltró algo en el alma española y sus funestas consecuencias se dejan sentir todavía entre nosotros. Son muchos los niños que no comulgan hasta los once, doce o trece años, y luego, cuando llevados de su fervor angelical anhelan comulgar con frecuencia, se les ponen mil reparos y obstáculos para apartarles de la sagrada mesa. **¿Cómo han de crecer en el amor a la santa comunión?**

Afortunadamente para la religión y la patria, la dirección última que el Sumo Pontífice ha dado a la práctica de la comunión entre los niños comienza a producir sus saludables efectos en esta nación tan fiel a la Sede Apostólica. Las familias más aristocráticas se han apresurado a preparar a sus hijos para que comulguen a la edad de siete años, y el ejemplo se va imitando por todas partes, siendo de esperar que, no tardando, se fijará esta edad como la clásica para la primera comunión.

Pero no basta con que los niños comiencen a comulgar desde edad temprana. Es preciso que el fervor adquirido en la preparación para la primera se perpetúe en las siguientes y que la devoción eucarística ocupe el lugar principal entre la juventud.

Mucho pueden en este sentido los sacerdotes, maestros. Aquellos en la obra del catecismo, en las escuelas estos harán con poco esfuerzo que los niños cobren afición, gusto y amor a la comunión. Mas ¿cuánto mayor no es el influjo de las madres? ¡Puede tanto el cariño maternal! ¡Se graban tan profundamente las lecciones que se aprenden en el regazo materno!

Nada más sencillo que esta educación eucarística. Otras veces existía entre nosotros la práctica santa de que las madres hicieran recitar a sus hijos el *Bendito y alabado sea*, mientras les vestían y al volver de la escuela. Pues ¿por qué no se ha de restaurar una costumbre tan hermosa y tan cristiana?

También era altamente edificante ver en los tiempos antiguos cómo los padres enseñaban a sus hijos a que se descubrieran al pasar delante de las iglesias en las

que estaba reservado el Santísimo Sacramento. Tal enseñanza contribuía a que llegados a la edad adulta sintieran veneración profunda e imborrable a la hostia santa.

Pero lo que más contribuirá a la educación eucarística de la infancia es el ejemplo de los padres. ¿Cómo se ha de esperar que los niños sientan hambre de comulgar si ven que ellos viven sin acercarse nunca o muy de tarde en tarde a la mesa sagrada?

Pocos espectáculos puede haber tan hermosos y edificantes como ver a una familia que comulga en común. Los dulces lazos del cariño y del respeto se aprietan entonces y cuando los niños vienen a ser hombres, si llegan a tener tropiezos serios, evitan la caída con el solo recuerdo de aquellos días luminosos en los que iban al comulgatorio, conducidos de la mano de sus padres y, si tuvieron la desgracia de caer, la memoria de su pasada pureza y felicidad suele ser bastante poderosa para levantarlos.

Una simple llamada de atención hacia la hostia santa, cuando es levantada por el sacerdote en la misa o cuando pasa por la calle en procesión, puede bastar para despertar en el tierno corazón de los niños sentimientos imborrables de piedad y de devoción hacia Jesús sacramentado. ¿Y habrá madres católicas que dejen crecer y enderezarse el alma de sus hijos sin sembrar en ellas estos gérmenes de piedad eucarística?

Ya se arrepentirán de su injuria y abandono cuando el mal sea irreparable. Vendrán en seguida los días tormentosos de la juventud y entonces, si sus hijos no han recibido sólida educación eucarística, si no tiene hábito de templar sus almas en la fragua divina de la comunión, ¡cuántas caídas!, ¡qué lamentables excesos!, ¡qué disgustos tan serios y terribles para sus ancianos padres!

En los días tempestuosos de la juventud, cuando las pasiones cruzan enfurecidas y los vientos desencadenados de la lascivia azotan despiadados el corazón, ¿dónde hallarán la fuerza para resistir tan fieros embates si no se acercan con frecuencia al vino que engendra vírgenes?

La raza latina decae a ojos vistas, empobrecida y agotada por el vicio infame que se desborda desde las grandes urbes y penetra e invade ya hasta las aldeas más apartadas. El ejemplo de Francia, perdiendo el vigor y la fortaleza en la vida de lujuria, debe ser una revelación tremenda para todos los pueblos de la Europa meridional. ¿Qué será de todos ellos, si el torrente avasallador no encuentra un dique gigantesco que le domine y contenga?

Pues el dique único capaz de detener el ímpetu de la ola materialista y sensualista es la comunión frecuente de los jóvenes. En vano esperaremos que la juventud que frecuenta las universidades y las fábricas y talleres sea casta y varonil, viviendo alejada del pan de los fuertes y del vino que engendra vírgenes.

La regla directiva de la Acción Católica

Cerremos ya este capítulo recordando a los católicos que, si la comunión ha de ser el estimulante de nuestra acción, la regla y medida de ella es la autoridad eclesiástica, viva y perenne en la sucesión apostólica, según la feliz expresión de san Ireneo.

No quisiéramos pecar de precipitados, pero la pequeñez e inconsistencia de nuestras victorias se debe, a juicio nuestro, en gran parte, a la falta de sumisión. ¿No están en la memoria de todos los celos, la desconsideración, las faltas de respeto, y hasta las insinuaciones malévolas con que fueron acogidos consejos y orientaciones emanados de los sucesores de los apóstoles? Y, ¿se querrá que prospere así nuestra acción social y política?

Tengamos siempre presente, los que de católicos nos preciamos, que sin la comunión de obediencia y de caridad con nuestros obispos, ni podemos ser de Cristo ni bendecirá Dios nuestras obras y empresas. Porque la sucesión apostólica viene a ser la divina ligadura y articulación del cuerpo místico de la Iglesia, que une y traba a los diversos miembros, y hace, según la frase inmortal de san Pablo, que crezca uno y compacto hasta alcanzar el desarrollo y plenitud del mismo Cristo. Por eso san Cipriano decía de ella, con expresión enérgica y concisa, que es el aglutinante de la unidad católica: *Glutinum unitatis*.

Unámonos, pues, fuertemente a nuestra cabeza, Cristo Jesús, con este aglutinante eficacísimo, y las corrientes de su luz y de su amor inundarán nuestras almas y correrán y saltarán de ellas, hasta anegar el mundo entero. Y para que ni los obstáculos ni las repugnancias del egoísmo y el orgullo nos desaten nunca de la ligadura divina de la Iglesia, secundemos todos con docilidad los deseos del pontífice, de llevar a la comunión frecuente a niños y adultos, proponiéndonos, con tenacidad santa, que el Congreso Eucarístico sea el principio de la nueva *era sacramental* de España.



12.3. DE MADRID A VIENA

Viena, la ciudad imperial y capital de Austria, fue, al comenzar la segunda década del siglo XX, capital de la eucaristía, tomando el relevo de Madrid. Gracias al incondicional apoyo del emperador Francisco José, pudo celebrarse XXIII Congreso Eucarístico Internacional, del 9 al 14 de septiembre de 1912.

Se celebró con extraordinario esplendor. En ella participaron nueve cardenales, un patriarca, ciento cincuenta obispos, seis mil sacerdotes y cien mil visitantes. Nada más los corresponsales de prensa acreditados fueron ochocientos. Las delegaciones más nutridas fueron Francia, con cuatro mil congresistas, y España, con mil. Según los cálculos, se reconciliaron en esos días unos doscientos mil fieles y las comuniones sacramentales rebasaron el millón.



[Portada de *La Hormiga de Oro*, del 28 de septiembre de 1912. En el pie de foto se lee: *Una escena de la Edad Media en una capital moderna. La valiente escolta del Crucifijo. Los montañeses del Tirol, armados con hoces, asisten a la procesión del Congreso Eucarístico de Viena.*—Foto: Vidal].

El beato José Polo Benito asistió al congreso en nombre del Consejo Supremo de la Adoración Nocturna española. Al año siguiente publica una breve reseña del *XXIII Congreso Eucarístico Internacional*, editada por *La Lámpara del Santuario*, órgano oficial de las obras eucarísticas españolas (*Sucesores de Rivadeneyra*, Madrid 1913).

Tomamos parte del texto. Lo que escribe en el primer capítulo.

«Las gentes que se denominan de la izquierda cifran todas sus esperanzas de reconstrucción nacional en nuestra europeización, esto es, en copiar o remedar el principio individualista, hijo de la Reforma, que apolilla y consume a la civilización moderna. ¡Error funestísimo! Porque a la hora presente, cuando las consecuencias últimas de la revolución materialista hacen ver hasta a los más obcecados la falsedad y ruindad de esa civilización, no es bebiendo su ponzoña como llegaremos a fortalecernos y a influir positivamente en la marcha de la humanidad, sino afirmando poderosamente y con energía indomable el gran principio espiritualista y católico que nos hizo tan grandes y felices, y que es el llamado a presidir los destinos de las democracias futuras.

No vale engañar a los pueblos con el espejismo de la libertad materialista y atea. Por todas partes se oye ya el crujido del monstruoso edificio social levantado por la revolución anticristiana, y las multitudes, con secreto y poderoso instinto, vuelven la vista a la Iglesia, asilo perenne de la conciencia humana en todos los grandes cataclismos históricos.

Es verdad que las grietas del alcázar social no se ven todavía por los espíritus vulgares; pero el instinto de conservación, superior a todos los convencionalismos de partido, las presiente y se llena de pavor ante la inmensidad de la catástrofe que se avecina. Inglaterra, Alemania, Norteamérica, todos los pueblos grandes y fuertes, la misma Francia, comienzan a mirar anhelantes a la Iglesia católica como faro soberano que ha de iluminar a los pueblos en la noche oscura de las revoluciones próximas y como al sapientísimo arquitecto que habrá de levantar el nuevo edificio sobre los escombros y ruinas de la civilización positivista. Porque las complejísimas relaciones sociales, producidas por el portentoso adelanto material, únicamente pueden estar en equilibrio apoyándose en el sólido e indestructible cimiento moral de la Iglesia.

¡Y es ahora, al llegar la bancarrota definitiva del liberalismo, cuando se nos había de antojar entrar de lleno en el torbellino de la civilización sin Dios! ¡No, eso no puede ser! ¡No será!».



13. EN LA MUERTE DE LOS OBISPOS JARRÍN Y TORRES

Esta vez es el diario de la tarde, *El Salmantino*, que en su edición del 7 de noviembre de 1912, nos explica detalladamente la inesperada muerte del obispo de Plasencia, monseñor Francisco Jarrín y Moro, del que el beato José Polo es su secretario de cámara. Estando de visita apostólica, el obispo Jarrín sufrió una grave dolencia cardíaca, que se fue agravando pasados varios días. Finalmente, falleció el domingo 3 de noviembre de 1912.

«**De Plasencia. La muerte del ilustrísimo Sr. Obispo de la diócesis.** Salió el señor obispo de Plasencia acompañado de su capellán por el arciprestazgo de Trujillo. En todas partes recibió muestras del singular cariño que le profesaban sus feligreses. Después de visitar varios pueblos, se disponía para bendecir una capilla de Nuestra Señora de la Victoria de Trujillo, **donde iría a predicar su secretario don José Polo Benito.** Todo estaba dispuesto para la solemnidad y grandísima ceremonia de la bendición, cuando se recibió la noticia de estar enfermo el señor obispo en el pueblo de Ibahernando. Al punto se dirigió desde Trujillo su secretario de cámara para ver la enfermedad del prelado. Y aunque al principio no se creyó tan grave, fue, sin embargo, opinión del médico de cabecera no debía asistir a la ceremonia. Él, con toda el alma, deseaba visitar a la Virgen de la Victoria y bendecir la hermosa capilla que en su honor levantaba el munificentísimo excelentísimo señor marqués de Albaida.

Continúa la enfermedad. Lo que al principio se creyó cosa ligera y que parecía, hasta el punto de no querer el señor obispo decir no comunicar nada a nadie, se agravó en tal manera, que fue necesario pedir consulta para mejor entender el curso y gravedad de la dolencia. Nada le faltaba al señor obispo por parte de los que le asistían, ni diligencia de su secretario ni de sus sobrinos ni de los buenos del pueblo, que procuraron con todo empeño las mayores comodidades y cuidados para el ilustre enfermo [...].

Sacramentos. Enseguida que se le dijo al señor obispo la gravedad en que estaba, mandó venir notario y sacerdote para recibir los sacramentos y hacer testamento, como preceptúan las leyes eclesiásticas. El cabildo había ya mandado una comisión, compuesta del mismo secretario de cámara, don José Polo Benito, y don Luis Cosos, para expresarle el sentimiento del cabildo y ayudar en cuanto fuese menester. El muy ilustre señor don Luis Cosos le confesó y don José Polo Benito le administró la comunión, que recibió el prelado con muestras singulares de resignación y de mucho amor a Jesús Sacramentado. Nunca más se olvidó de él y todos los días procuraba acordarse y rezar oraciones. Mandó que dijeran misa en las habitaciones y comulgó, con especial devoción, todos los días que lo consintió el estado de la enfermedad. No se olvidó nada de la Virgen de los Remedios, Peña de Francia y la del Puerto de Plasencia.

Siempre estuvo rodeado de sacerdotes que le ayudaban en súplicas y oraciones. El último día que comulgó, o sea el día de los difuntos, estuvo en la cabecera,

ayudándole y diciéndole los momentos de la misa, el muy ilustre señor don Tomás Vicente, canónigo de la catedral, que se trasladó al pueblo de Ibahernando para ver y acompañar a su prelado y paisano.

La extremaunción. Lo mismo que los otros sacramentos, pidió el de la extremaunción, que se lo dio el señor Polo Benito, que no se separó un punto de su lado, en presencia y ayudado de otros sacerdotes, principalmente del párroco; presentes estaban también los sobrinos, que no le abandonaron un solo momento. Lo recibió con resignación de santo y contestaba a todo con claridad y devoción. Siempre estuvo con la cabeza despejada y a todos preguntaba por las necesidades y hacía ligeras reflexiones sobre la vida, la muerte, el cielo y la virtud. Fueron sus palabras para todos de mucho consuelo. Jamás se quejó de sus dolores, y ni hizo muestras sino de muy cumplida resignación.

La recomendación del alma. Viendo que la enfermedad agravaba, se le dijo si quería se leyera la recomendación del alma, y dijo que cuanto antes mejor, ya que tenía bien todas sus facultades. Con admirable entereza fue respondiendo, con los demás que le rodeaban, a cada una de las contestaciones que había que dar, y una vez terminada, cerró los ojos como en actitud de resignación y meditación sobre lo que había dicho y recibido. Desde ese momento se vio ya que perdía fuerzas y energías, y comenzaba a temblar la voz y comenzaban las señales fúnebres que acompañan a la agonía. Los sobrinos, el secretario de cámara, don José Polo Benito, y demás familiares que tanto amaban a su prelado, vertieron lágrimas de dolor. Es un momento de profunda emoción, el señor obispo no pierde aún el conocimiento, aunque le es imposible ya poder hablar [...].

Los últimos momentos. Las primeras palabras que pronunció desde el domingo, a las nueve de la mañana, que comienza el periodo agónico, son para su Dios y para su amada Virgen del Puerto. A todo cuanto se le decía, aunque no podía hablar, contestaba con leves movimientos de cabeza, asistiendo a los fervorines y consuelos que se le decían al oído. Cada vez iba avanzando la enfermedad, y se veía ya la muerte cercana en las convulsiones y cambios que se obraban en la naturaleza. Pero no se le oye una queja. Todo lo lleva con una resignación admirable. A las nueve de la noche, se ve que llega el momento de entregar el alma, su alma a Dios. A las diez y media de esta misma noche, deja de existir el eximio y preclaro obispo de Plasencia. Murió en la santa pastoral visita, que es el cumplimiento del deber, la mejor corona que podemos poner sobre su frente. Más que las letras y los pensamientos de encomio que pudiéramos poner en estas cuartillas, **es el haber muerto en un pueblecillo de su diócesis, donde se encontraba en cumplimiento de su deber. El deber es el que hace grandes a los hombres** [...].

En la iglesia de Ibahernando. Al siguiente día se tuvieron honras fúnebres en el pueblo de Ibahernando, a la que asistieron todos los buenos católicos de aquel pueblo. El secretario de cámara, hondamente emocionado, pronunció sentida y

copiosa oración fúnebre. Todos lloraban oyendo la palabra conmovida de don José Polo Benito [...].

Una vez embalsamado el cadáver, se procedió a disponer las cosas para la marche fúnebre, que había de ser el martes, a las primeras horas de la mañana.

Salió de Ibahernando y llegó a Trujillo, donde le esperaba todo el pueblo en masa a la entrada de la ciudad. Acompañaban el cortejo fúnebre todos los coches y automóviles que hay en la ciudad de Trujillo. Era mucho lo que le querían y amaban en esta ciudad, y así lo manifestaron en imponente manifestación de duelo. Allí estaba todo Trujillo para esperar y llorar a su amado prelado. Desde la ciudad de Trujillo vino el cadáver y los acompañantes en automóviles [...].

Todo el pueblo de Plasencia, así que tuvo noticia de la hora de la llegada, se trasladó al puente de Trujillo, que es el lugar donde había de recibir el cadáver el ilustrísimo cabildo. Allí estaba toda Plasencia. [...].

Fue imponente el momento de la llegada al palacio... Bien merecía este cariño el que tanto hizo por Plasencia. Fue sobrio en la vida y santo en la muerte. ¡Cuántas lágrimas ha traído su muerte! *Gaudemos vivos gloriosos*».

[*La Hormiga de Oro*, del 16 de noviembre de 1912, nos ofrece esta doble página con las fotos del entierro. Se puede leer a pie de fotos: «Llegada de la comitiva fúnebre a la Catedral. Ofició de pontifical el Sr. Obispo de Coria». Arriba, «salida del féretro del Palacio Episcopal»].



Tras la muerte de monseñor Jarrín, el beato José Polo Benito, secretario de cámara del obispo difunto y canónigo maestrescuela de la Catedral de Plasencia, será nombrado administrador de los fondos diocesanos desde noviembre de 1913 a enero de 1914 y gobernador eclesiástico durante el mismo periodo, hasta que fue nombrado el nuevo obispo, **monseñor Manuel de Torres y Torres**.

[El 17 de enero de 1914 *La Hormiga de Oro* dedicaba una página entera a la entrada del nuevo obispo, que tuvo lugar el 1 de enero].

PLASENCIA.—ENTRADA SOLEMNE DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO



El día 1.º del actual hizo su entrada solemne en la ciudad de Plasencia el Excmo. e Ilmo. señor D. Manuel de Torres y Torres, nuevo Obispo de dicha diócesis. Su recibimiento fué una calurosa manifestación de amor y entusiasmo, por parte del pueblo, a su Pastor. Cuando el señor Torres descendió del tren la inmensa muchedumbre de personas que llenaba los andenes y campos vecinos a la estación ferroviaria, rompió en estruendosos aplausos y vivas. La banda de música de San Calixto amenizó la llegada y multitud de voladores anunciaron a la ciudad de Alfonso VIII la llegada de su estimado Pastor. El Sr. Obispo, acompañado del alcalde y otras autoridades, y entre vitores entusiastas, armónicos acordes y el estallido de centenares de cohetes, se dirigió hacia la ciudad. Al llegar a la Puerta de Talavera, por donde es tradición hagan su primera entrada en dicha ciudad los Obispos y los Reyes, descendió el señor Torres del auto, y revestido de pontifical recorrió triunfalmente la calle de aquel nombre, la plaza Mayor y la de las Claras, hasta llegar a la puerta de la Catedral.

En el trayecto, los vitores de los plasencianos ensordecieron el estruendo de las salvas y el repicar de las campanas todas de la ciudad, que con sus lenguas de bronce vitoreaban también al ungido del Señor. Las amplias naves de la catedral estaban cuajadas de fieles, entre los cuales desfiló el elemento oficial que acompañaba al Prelado, escuchando éste expresiones de simpatía de los hijos de Plasencia a su Pastor. Una vez en el presbiterio, el Dr. Torres subió al púlpito, y en breve y emocionante plática supo cautivar el corazón de sus ovejas, que entusiasmadas atronaron los ámbitos del templo con vitores al virtuoso Prelado que Dios les ha designado. Terminada la ceremonia se celebró en el Palacio Episcopal un besamanos, al que concurrieron numerosas personalidades.



Llegada del Excmo. Sr. Obispo, Dr. D. Manuel de Torres y Torres, a las puertas de la ciudad para hacer su entrada solemne. El nuevo Prelado, revestido de pontifical, dirigiéndose a la Catedral

[Varias instantáneas del obispo Torres tras su entrada en la diócesis de Plasencia, junto al beato José Polo, el segundo por la izquierda].



[Nuevamente es la hemeroteca la que nos lleva a *La Hormiga de Oro* del 11 de julio de 1914. **¡El nuevo obispo fallece a los seis meses!**

La noticia dice que «falleció repentinamente en Alba de Tormes el día 2 del actual (julio), adonde llegó con la peregrinación que había salido de Plasencia. Se hospedó en el convento de PP. Carmelitas, acostándose sin que nadie presagiase su próximo fin. Por la mañana se sintió indispuerto y entregó su espíritu a Dios... Fue consagrado obispo de Plasencia el día 14 de diciembre del año último, e hizo su entrada en la capital de la diócesis placentina en los primeros días de enero del presente año»].

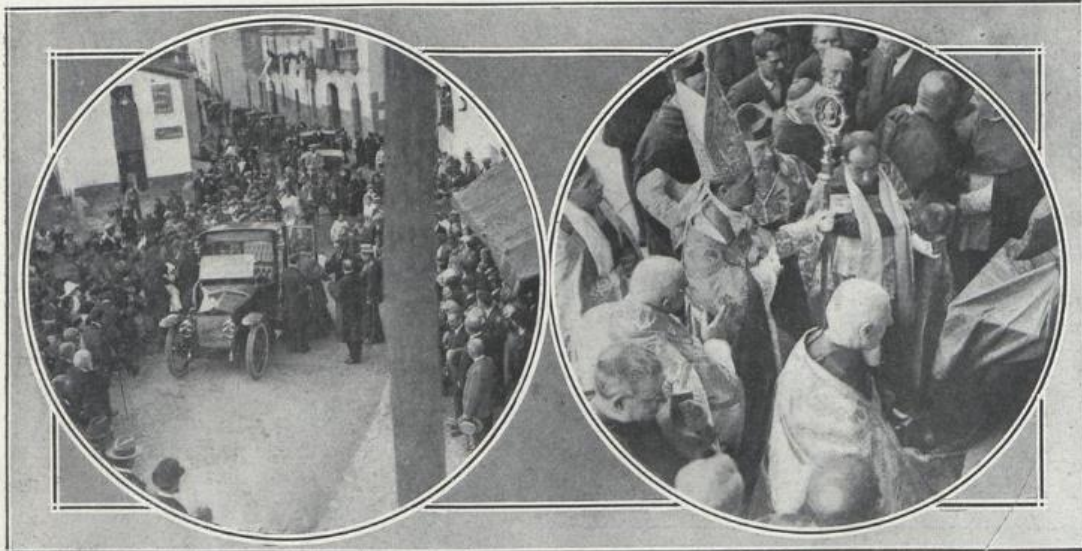
El virtuoso y sabio obispo de Plasencia, don Manuel de Torres y Torres, falleció repentinamente en Alba de Tormes el día 3 del actual, a donde llegó con la peregrinación que había salido de Plasencia. Se hospedó en el convento de PP. Carmelitas, acostándose sin que nada presagiase su próximo fin. Por la mañana se sintió indispuerto y entregó su espíritu a Dios. Nació en Córdoba, en el Seminario de cuya ciudad cursó la segunda enseñanza, la Sagrada Teología y el Derecho canónico. En todos los cargos que ha desempeñado, o sea párroco, arcipreste y canónigo de Córdoba; arcediano y deán de la catedral de Sevilla, se distinguió siempre por su rectitud, talento y caridad. Fué consagrado Obispo de Plasencia el día 14 de Diciembre del año último, e hizo su entrada en la capital de la diócesis placentina en los primeros días de Enero del presente año. En el poco tiempo que ha durado su exaltación episcopal, ha hecho importantes mejoras en la Catedral y mejorado notablemente la situación económica de muchos de los párrocos diocesanos. Dios habrá acogido en su divina gracia el alma del virtuoso prelado.



Entierro del Sr. Obispo, presidido por el Cardenal Arzobispo de Sevilla
(Ftgs. Díez Hermanos)

De nuevo el beato José Polo Benito recibirá el nombramiento de secretario de cámara y gobierno del obispado, sede vacante, tras el fallecimiento del obispo Torres. El tercer obispo con el que trabajará será monseñor Ángel Regueras López; tras recibir la consagración episcopal entró en la diócesis de Plasencia el 10 de octubre de 1915. [Así apareció en *La Hormiga de Oro* el 23 de octubre].

PLASENCIA. — ENTRADA DEL NUEVO OBISPO



Las autoridades recibiendo al Ilmo. Sr. Obispo

El Prelado después de prestar juramento delante de la Catedral

Después del grandioso recibimiento con que fué agasajado el Ilmo. Sr. D. Angel Regueras, en la ciudad de Béjar, llegó a la estación de Plasencia en la mañana del día 10 del actual, siendo recibido por las autoridades. Cumplidas todas las ceremonias de ritual, entre ovaciones estruendosas, precedido de todas las corporaciones y representaciones invitadas al acto y seguido de las autoridades y de toda la tropa de los Exploradores, se dirigió el Prelado, bajo palio, por la calle de Talavera a la Catedral, bendiciendo al pueblo a los acordes de la banda de San Calixto. El Prelado recibió la ofrenda de respeto del Ilmo. Cabildo, y luego, desde el púlpito, requirió el Pastor placentino el concurso de todos para realizar su labor de padre; de las autoridades, de los pobres, de los cultos, exigiendo a unos buena voluntad, a otros sacrificios y a todos respeto y obediencia. Poco después todas las fuerzas vivas de la población se dirigieron al Palacio Episcopal a rendir un nuevo y filial homenaje a su Obispo.



El Ilmo. Sr. obispo Dr. D. Angel Regueras al llegar a la plaza de la Catedral.—(Fotografías J. Díez)

14. NOVELAS EN ALEMÁN Y OTRO LIBRO

Encontramos esta nueva reseña bibliográfica en la revista de Burgos *El Monte Carmelo*, del 13 de abril de 1913; don José nos muestra una faceta más de su polifacética persona: ¡traductor de novela en alemán!

«*El falso Rembrandt*, de J. A. Geissler, traducida del alemán por José Polo Benito (Maestrescuela de la S.I.C. de Plasencia), tomo LXXXIX de la Biblioteca Patria.

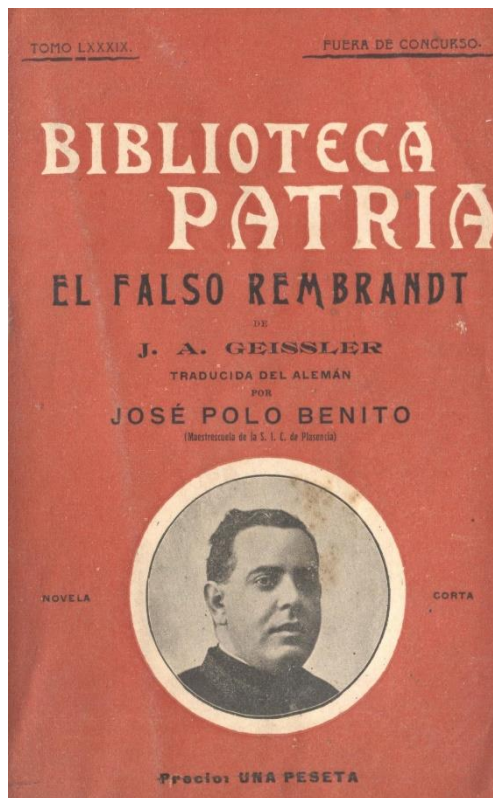
Es una novelita corta y moral, como todas las de esta colección. Desde el principio empieza a interesar por lo humano de los caracteres principales y lo encontrado de las pasiones. El misterio que comenzó por llamarnos la atención desde el principio, se va poco a poco complicando y al fin se descubre de una manera la más natural y satisfactoria. No hay en esta novelita ese decadentismo que se deleita en la descripción de pormenores: las situaciones y los caracteres están descritos con pocos rasgos pero magistrales, que los graban claros en la imaginación. Lo más notable de todo es la acción jamás interrumpida; y el amor que preside a su desarrollo y desenlace, en oposición al interés y negra intriga, no es de esos amores casquivanos, que solo se fijan en apariencias, sino un amor razonable y por lo mismo muy natural y humano. Por lo mismo, la novela no es de esas que afeminan y hacen muelle, sino de las que dejan vigorosa y sana impresión en el lector y le mueven a reflexionar sobre la realidad de la vida».

De otro periódico, casualmente también de la misma ciudad, *Diario de Burgos*, y con fecha del 23 de enero de 1913, encontramos esta crítica:

«Para la *Biblioteca Patria* que con tantas bellas obras extranjeras ha enriquecido su abundante y selecta colección, acaba de traducir del alemán el culto maestrescuela de la Catedral de Plasencia, D. José Polo Benito, la novela *El Falso Rembrandt*, del célebre escritor J. A. Geissler.

Esta novela ha sido ya publicada, y en unas palabras de introducción dice el traductor lo siguiente:

Me movió a traducirla el disculpable egoísmo de adelantar camino a lo largo del lenguaje alemán, de amargas raíces y de sabrosos frutos; pero cuando, en el calmoso andar de mis pasos, observé que el argumento de *El falso Rembrandt* y su desarrollo literario no constituían solamente una



obra de mero pasatiempo, ni menos uno de aquellos libros de los que juzgó santa Teresa, con frase gráfica, que sería el más leve daño de su lectura “calentar la cabeza y enfriar el corazón”, sino que, muy al contrario, la narración de las aventuras que luego se dicen contenían una muy alta lección de moral cristiana, pues que enseñan cómo Dios busca los ocultos caminos para el premio del bien obrar y castigo del pecado, decidí poner ahínco y empeño en traducirla; que apenas el ánimo ver cuán abundante y nociva anda en manos inexpertas la literatura novelística, causando males sin cuento en almas y en cuerpos.

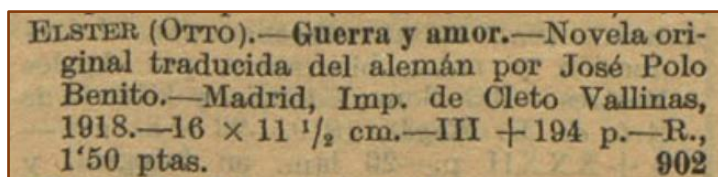
En esas breves y sustanciosas líneas está contenido el mejor juicio crítico que se pudiera hacer de *El falso Rembrandt* de Geissler.

¿Y qué decir de la traducción?

Por las anteriores palabras reproducidas se comprenderá que D. José Polo Benito domina el castellano a maravilla. Así, con su traducción ha prestado un gran servicio a la obra educadora de las buenas lecturas. De venta en todas las librerías al precio de una peseta».

Otra novela más

Años después, en *Bibliografía*³¹ (julio-agosto 1919, pág. 58) encontramos esta otra reseña:



CRÓNICAS DE UN AÑO DE ACCIÓN

El 5 de junio de 1917 en la portada del diario independiente *La Mañana*, firmado por F. Santiago, leemos bajo el titular:

UN LIBRO INTERESANTE

Crónicas de un año de acción titula su último libro el distinguido escritor don José Polo Benito, ilustre maestrescuela de la Catedral de Plasencia. Viene este nuevo volumen, tan instructivo como original e interesante, a enriquecer el número de publicaciones del señor Polo Benito, quien goza de justa y reconocida fama en el campo de la literatura, y, muy especialmente, en cuanto tiene relación con los asuntos de orden religioso.

³¹ Publicación bimestral editada por la *Cámara Oficial del Libro de Barcelona*, que daba a conocer todo lo que se publicaba en el ámbito hispánico en todos los ramos del saber, comprendiendo las lenguas peninsulares y las formas dialectales de Europa, América, Filipinas y Norte de África. Es una bibliografía muy útil para conocer la cultura y a los autores del momento.

Educado desde muy joven en un ambiente de intensa cultura, y avezado a las luchas periodísticas, en las que actúa a diario, ha sido Polo Benito uno de los que más pronto se distinguieron, revelándose como un profundo pensador y como un experto sociólogo.

Sus campañas en la prensa católica ponen de relieve su personalidad, ya destacada considerablemente con la publicación de sus libros: *El periodismo católico*, *El Congreso Eucarístico de Madrid*, que merecieron grandes elogios de todos y muy sinceros plácemes de varios príncipes de la Iglesia.

El nuevo libro no es otra cosa que una colección de apuntes y datos tomados de la realidad, y razonados en el mismo ambiente en que tuvieron lugar los hechos; crítica de hombres y cosas que Polo Benito ha efectuado con singular maestría, y abarcando a toda España, donde es indudable que el catolicismo está desarrollado vigorosamente; es, en fin, la historia de la religión cristiana en la nación durante el año de 1916, con cita de los documentos, pastorales, etc., publicados y reseñados por su autor con una amenidad grande y un estilo propio.

Se observa, al mismo tiempo, que no es sólo a la exposición de hechos a lo que queda reducida la labor del maestrescuela de Plasencia, sino que en sus crónicas pone de manifiesto las orientaciones que marca para el porvenir, la acción social que el mundo católico realiza, mostrándose, a juicio del cronista, partidario de la formación de hombres antes que de la constitución de muchos sindicatos, mutualidades, etc., etc. Y considerando que la base de la fuerza católica es la antigua vida parroquial, busca esta y marca los rumbos a seguir por los que, ejerciendo el sagrado ministerio del sacerdocio, han de servir de guías a cuantos forman en las filas del catolicismo.

Los documentos que inserta y las citas que señala son muy curiosos e interesantes, como se apartan de toda rutina y tienen un carácter social especial, la lectura de este nuevo libro ha de ser muy útil no sólo al clero parroquial, sino a cuantos siguen atentamente la evolución de las cosas en el orden religioso.

La nueva obra viene avalorada con un prólogo del cardenal arzobispo de Sevilla, quien sencilla y claramente, conociendo las altas dotes del Sr. Polo Benito, hace un sincero y encomiástico juicio de ella, y considera la nueva publicación de una gran transcendencia para la sociedad.

F. SANTIAGO

El prólogo del libro corrió a cargo del cardenal-arzobispo de Sevilla, monseñor Enrique Almaraz Santos, que era salmantino como Polo Benito.

15. TAMBIÉN CON LA PEDAGOGÍA: EZEQUIEL FERNÁNDEZ

¿Quién fue este sacerdote?

La web de la *Caja Social Ezequiel Fernández Santana*³² nos ofrece, escrita por José Soto Vázquez, la vida de este admirable sacerdote (1874-1938), que tuvo una amplia formación eclesiástica que se inicia en el Seminario Conciliar San Atón de Badajoz (1888-1900), donde es ordenado sacerdote. Doctorado en Teología, se licencia en Derecho Civil y Canónico. Después de sus primeros nombramientos, en 1909 es destinado a Los Santos de Maimona (Badajoz), estancia que se prolongará hasta su muerte; por ello Ezequiel era conocido como *el cura de Los Santos*.

A lo largo de su vida lleva a cabo la fundación de escuelas parroquiales (primera enseñanza, bachillerato y estudios de Magisterio), sindicatos agrícolas, cajas de ahorro, bandas de música, ligas militares, escuelas de adultos... Su interés no se limita a la localidad de Los Santos de Maimona, puesto que entre 1914 y 1917, un total de más de veinte escuelas fueron creadas³³ por Ezequiel Fernández Santana. De ahí la importancia de difundir su trabajo mediante escritos e imágenes³⁴.

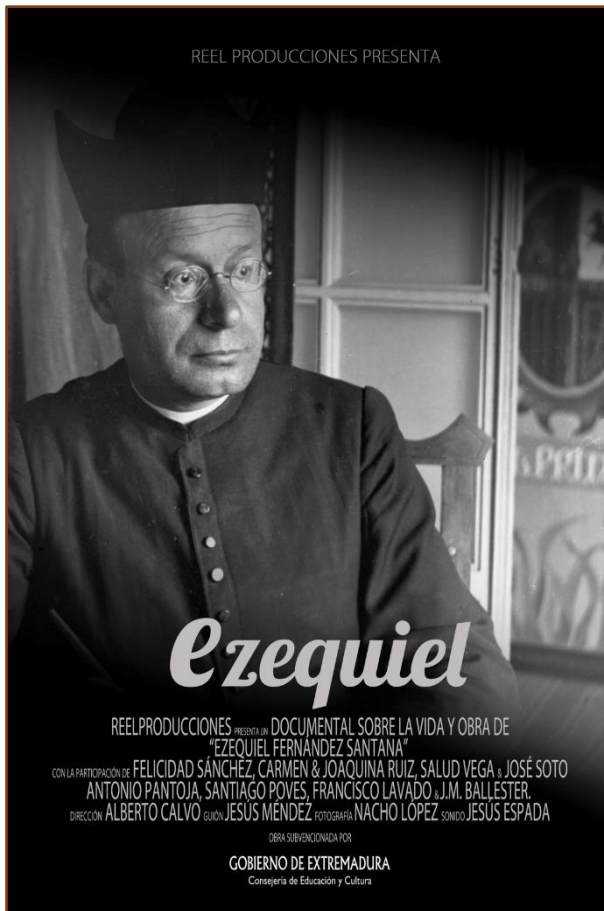
¿Qué relación tuvieron nuestro protagonista y Fernández Santana?

La tesis doctoral de José Soto Vázquez, de más de mil páginas, titulada *Ezequiel Fernández Santana y la literatura de Acción Social*, es la fuente principal para mostrarnos la relación que unirá a José Polo Benito y Ezequiel Fernández Santana y que «tiene su primer encuentro en 1914, con motivo de la celebración de los exámenes finales de las *Escuelas Parroquiales*, donde pronuncia una conferencia a los alumnos de la escuela».

³² La Caja Social sigue siendo una iniciativa admirable. Se trata, como leemos en su página web, “de un grupo de personas asociadas que compartimos voluntariamente nuestros ahorros para ayudar a quienes lo necesitan. Gestionamos de forma desinteresada ayudas reintegrables solicitadas por personas con necesidades puntuales. Cualquier persona que necesita una pequeña ayuda, para cubrir una necesidad "básica" o actividad empresarial, que se encuentre en riesgo de exclusión financiera. El único requisito es que se comprometa a devolverla para seguir ayudando a los demás. Prioritariamente ciudadanos de Los Santos de Maimona, Zafra y Comarca, localidades de la provincia de Badajoz”.

³³ En Don Benito, Fregenal de la Sierra, Fuente del Maestre, Sevilla, Valencia del Ventoso y Villalba de Los Barros (1915); Calamonte y Salvaleón (1916); Ahillones, Castuera, La Lapa, La Mirandilla, Montánchez, Morera, Valverde del Camino y Zalamea de la Serena (1917); Jaraíz de la Vera (1917/1918); Bienvenida, Cáceres, Malpartida de la Serena, Palenciana y Salamanca (1918); Berlanga, Bodonal de la Sierra, Nogales, Olivenza, Zarza Capilla y Zarza de Alange (1919).

³⁴ Fernández Santana tiene una clara concepción divulgativa de sus fundaciones, que tiene su reflejo en una extensa y nutrida producción editorial. De una parte, cultiva el ensayo. Dentro de este género abarca tres temas bien diferentes. Primero, la pedagogía como arma de la Acción Social: *¿Escuelas o Sindicatos?* (1917) y *Pedagogía Deportiva* (1922), así como la creación de escuelas en las que educar a los futuros hombres de dicho movimiento. En segundo lugar, la obra *Nuestra Escuela* (1919), en la que intenta divulgar las características de la escuela fundada de Los Santos que la hacen propia y diferente a las del método manjoniato. Por otro lado, dos ensayos de carácter religioso: *La Cuestión Social en Extremadura* (1935) y *El Catecismo Social* (1947), en torno a las encíclicas papales *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*, escritas a modo de comentario, en un tono dialogístico. También se acercó al cuento didáctico. Editó un conjunto de relatos breves en un opúsculo titulado *Narraciones Apologéticas* (1916). Este título pretendió servir de lectura de clase a los alumnos de la escuela parroquial.



[En 2015 el cineasta Alberto Calvo estreno el documental *Ezequiel*. “Educar- explica el director- supuso su modelo de vida al que se consagró y al que dedicó todo su empeño y esfuerzo. Supo innovar y adelantarse a su tiempo, creando nuevas herramientas pedagógicas muy avanzadas al momento y a la situación en la que le había tocado vivir”].

José Polo es la primera vez que visita las escuelas de Los Santos. «La conferencia lleva por título *“La comunión y la escuela”*, junto a otra del alumno y posteriormente maestro en una escuela filial Rafael Luna Candelario, que trataba sobre la idea de que es inútil que el obrero busque el bienestar fuera de la ley de Dios y de la doctrina cristiana que tanto lo ensalza. Al acto asistirán personalidades de relevancia nacional y propagandistas de la Acción Católica como Manuel de Bofarull y Romaña. Se conjugan así tres particularidades; la conferencia de un experto en la materia, Polo Benito, con la temática acorde al momento de la pronunciación, ofreciendo una conferencia más técnica para los alumnos y asistentes más aventajados, junto a otra más simple y llana, la ofrecida por Luna Candelario, de modo que todo el público pudiera acceder a los contenidos. El tema será reiterativo; la educación cristiana en la escuela tanto para los niños como para los obreros (página 192)».

Tras este breve encuentro Polo Benito se ve en la obligación de difundirlas.

Polo Benito será uno de los difusores de la escuela a nivel internacional, prueba de ello es que el periódico regional *Noticiero extremeño* (con sede en Almodralejo) destacó que el periódico francés *L’Action Populaire* de Reims había dedicado uno de sus números a las escuelas parroquiales de Los Santos, y dicho artículo aparece firmado por *J. Polo Benito*.

Igualmente, junto a la divulgación del talante de la escuela, Polo Benito entrega a otros posibles fundadores de escuelas del *Ave María* métodos que Fernández Santana ya ha puesto en práctica en Los Santos, verbigracia, la Caja de Ahorros de la escuela, actitudes comprobadas en las escuelas de Los Santos. Y, de igual forma, hay un intercambio de obras entre ellos, de manera que Fernández Santana proporciona a Polo Benito su obra *Pedagogía Deportiva y Nuestra Escuela*; juntamente el placentino remite a la biblioteca de la escuela dos títulos propios: *El Congreso Eucarístico de Viena* y *El Problema Social del Campo en Extremadura*. A su vez, el deán de Plasencia asiste a la inauguración en Jaraíz de una escuela del Ave María, filial de la de Los Santos

El cinematógrafo

Hay que decir -afirma Soto Vázquez- que Ezequiel Fernández Santana, quien se definía como cura de profesión, abogado de carrera y de maestro sólo aprendiz, se introduce en el mundo de la Pedagogía como lo hizo en la Sociología y en todo aquello que creyó conveniente para, según el autor, conseguir el bien espiritual de sus feligreses (Ezequiel Fernández Santana, *Narraciones Apologéticas*, Hermanos Sánchez, Los Santos, 1916, proemio). De este modo, a través de su compromiso social, llega a convertirse en un didacta innovador, que se acerca a todo aquello que considera beneficioso para la instrucción de sus alumnos. Propio de una mente abierta y avanzada como la suya, no tarda en incorporar los últimos avances tecnológicos que aparecen a su método didáctico, como lo eran **el cinematógrafo y la fotografía**.

José Polo Benito colabora mediante artículos sobre métodos pedagógicos referentes al cinematógrafo en las revistas de Fernández Santana, como ha registrado Felicidad Sánchez Pascua (*La Obra Socio-Educativa*, págs. 60, 64 y 93). De igual forma, en los primeros números de su revista *La Escuela Parroquial*, Polo Benito introduce dos breves artículos de carácter divulgativo sobre cine y pedagogía, punto de unión entre la metodología de ambos.

En el segundo número, del 28 de febrero de 1915, se edita un discurso pronunciado por Polo Benito con el título: ***La Escuela y el Cinematógrafo***.

En el texto encontramos frases como *El cine triunfa. Como espectáculo ya está en el pináculo*. Será especialmente interesante su comparación entre las imágenes pictóricas que Luis Vives ofrecía a sus alumnos en el siglo XVI con las innovaciones que proporcionan los avances en el mundo de la fotografía:

... No hay más que el paso de unos centenares de años y el descubrimiento de la fotografía y el uso de sus aplicaciones, o el movimiento de las reproducciones fotográficas ocupan un lugar preferente en los programas de las escuelas que van al frente en el adelanto pedagógico.

Las obras de Polo Benito ocuparon un lugar destacado en las *Escuelas Parroquiales* fundadas por Fernández Santana; fruto de esta devoción, llega a las escuelas santeñas *El Congreso Eucarístico de Viena*, de la que se detallará:

“El Congreso Eucarístico de Viena”, por el M. I. Sr. D. José Polo Benito, maestraescuela de Plasencia. Es este opúsculo una página viva de la grandiosa manifestación de fe, llevada a cabo en Viena con motivo del Congreso Eucarístico.

Nada falta a hacerlo interesante: profusión de detalles, amenas narraciones, numerosos grabados y estilo castizo y limpio. Es una de las mejores obras, debida a la docta pluma del Sr. Polo Benito.

Su conocido prestigio como hurdanófilo y hombre de la Acción Social extremeña, además de editor de varios periódicos católicos en Plasencia, acercan en la forma y temática sus obras a las del cura de Los Santos, quien comenta en su revista la publicación por José Polo Benito del libro *El Problema Social del Campo en Extremadura*, aparecido en 1919, ya que trata de la cuestión social del campo extremeño. De esta obra afirma el santeño:

En los diez capítulos y ciento cuarenta y cinco páginas de que consta, trata toda la basta, interesante y actualísima materia, su origen, desarrollo y remedios del mal que padecemos. (...) con su lectura, muchos dormidos despertarán, muchos tacaños se harán desprendidos y muchos indolentes se entrarían en una nueva vida de mayor actividad.

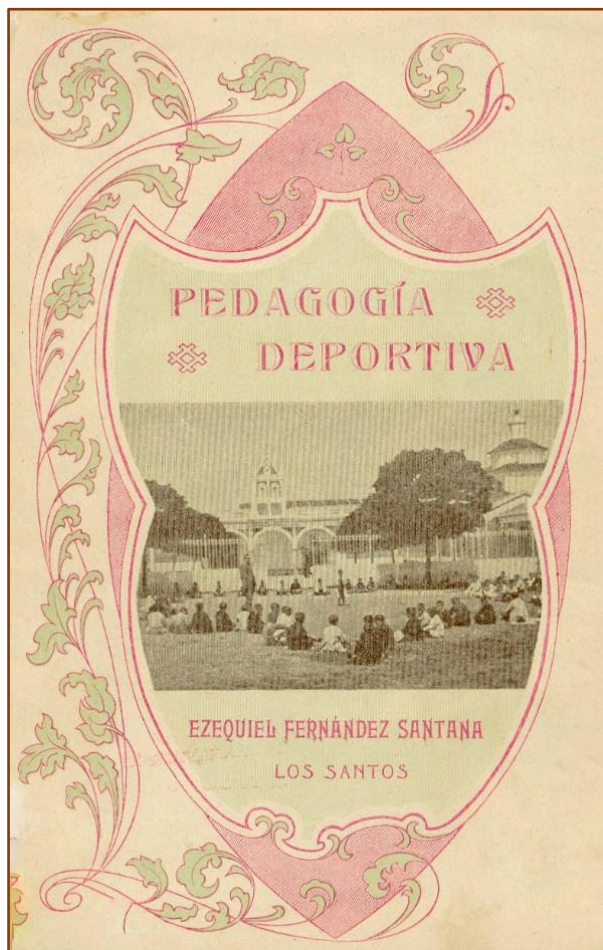
Dentro de las cartas, comunicaciones... recibidas y editadas en el opúsculo *Homenaje de gratitud*, redactado para alabar la figura de Fernández Santana una vez nombrado hijo predilecto de Los Santos, en la página 5 de esa obrilla encontramos un artículo de Polo Benito en el que, bajo el título ***“De la Escuela a la Vida: cómo se hace un pueblo”***, el placentino hace una alabanza de la actividad desempeñada por Fernández Santana, dando especial importancia a su preocupación por los más desfavorecidos:

Florece en el pueblo extremeño una selección pedagógica sólo comparable a la obra manjoniana y aún superior a ella en algunos aspectos. Él sabía de sindicatos, de cajas, de círculos, de todo el entramado de lo que se llama Acción Social, y no obstante la corriente general que se encauzaba hacia el sindicalismo, el cura de Los Santos se dijo: antes la escuela que el sindicato.

Yo también soy de los convertidos. Comencé -quizás el primero- en Extremadura alta la cruzada sindicalista, después hice alto y ahora, en el libro que acabo de publicar con el título Las crónicas de un año de acción (1916), el pensamiento fundamental gira en torno de la parroquia y de la escuela.

No podemos pasar por alto que Fernández Santana se fijará en Polo Benito a la hora de buscar a un prologuista, en 1922, para una de sus obras fundamentales, ***Pedagogía Deportiva***, en la que se recoge la concepción pedagógica del santeño.

En dicho prólogo Polo Benito hace un recorrido por las distintas acepciones que ha tenido el adjetivo deportivo -que es el método pedagógico que intenta desarrollar don Ezequiel-, tanto en su acepción pedagógica y parte de la nueva escuela activa, como en los conceptos modernos de Educación Física. Para ello compara dos tipos diferentes de educación física: de un lado, aquella basada en cultivar el cuerpo; tanto se exagera en esta pedagogía incompleta (haciendo referencia a la educación física, artística, militar y científica tan de moda entonces), el concepto de educación física, el cultivo de los músculos, que parece como si todos los pasos se encaminaran a conseguir un nuevo tipo: el hombre fuerza, el hombre belleza; todos, en fin, menos el hombre sin añadidos ni motes (pág. VII).



Y frente a este modelo basado en la fuerza y lo corporal propone:

«El hombre que lisa y llanamente lo sea y esté en condiciones físicas y morales de buscar y lograr por sí solo, en cuanto sea posible, el fin temporal y eterno para el que ha sido destinado (...) como si la educación física fuera independiente de la moral e intelectual» (págs. VII-VIII).

Cuando abandone las tierras extremeñas, Polo Benito seguirá vinculado a las escuelas santeñas³⁵.

³⁵ Para este apartado he tomado los textos de la tesis doctoral de JOSÉ SOTO VÁZQUEZ, *Ezequiel Fernández Santana y la literatura de acción social católica*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura (Cáceres, 2007).



16. LA CARIDAD EN PLASENCIA

De nuevo en *ABC* encontramos, publicada el 9 de abril de 1916, una imagen del beato José Polo Benito. Rodeado de gente necesitada, leemos en el pie de foto: «La caridad en Plasencia. Comida dada a los pobres por distinguidas señoras con motivo de los ejercicios espirituales recientemente celebrados».

En el cuerpo de la noticia, leemos:

«En la histórica ciudad de Plasencia se ha verificado un interesante acto piadoso. Por iniciativa de distinguidas señoritas de aquella población, un grupo de mendigos, después de practicar ejercicios religiosos, dirigidos por los Sres. Polo Benito y Fernández Díaz, y de recibir la santa comunión, fueron obsequiados con un suculento almuerzo, servido por dichas señoritas. Al acto asistió también el obispo de la diócesis».

Otro periódico local nos ofrece la siguiente crónica.

POR LOS POBRES DE PLASENCIA

«Hoy que tanto se habla de obras sociales y se pregona a todos los vientos lo poco o mucho que en todas partes se realiza a favor de la resolución de los graves problemas de la vida social, merece unas líneas aquella obra a la que, por este santo tiempo de Cuaresma, se dedican hace dos años el M. I. Sr. Maestrescuela de la S.I.C. de Plasencia y el profesor del seminario, don Julián Fernández.

Tal vez se resienta en la modestia de ambos celosos sacerdotes, pero su ejemplo debe ser imitado, sobre todo en nuestras ciudades, donde tanto abundan los mendicantes, y justo es que demos a la publicidad su labor.

Tanto este año como en el anterior el Sr. Polo Benito y el Sr. Fernández, recordando que Cristo nació pobre, vivió en pobreza y a los pobres dedicó su particular predilección, proclamándolos bienaventurados y reservándoles lo mejor de su corazón, han consagrado gran parte de sus energías para evangelizar a los mendigos de esta ciudad, celebrando en la iglesia parroquial del Salvador ejercicios espirituales, única y exclusivamente para los pobres mendicantes.

Mucho se ha dicho y se dice de la desaprensión e indiferencia en el orden religioso de estos desgraciados, de sus sentimientos poco dignos y de su desagradecimiento por los favores que reciben de aquellos a quienes tocó mejor suerte. La realidad, sin embargo, no es tan cruel como la pintan.

Los pobres mendicantes tienen también un alma naturalmente cristiana, sentimientos tan santos como el más caballero de los hombres y muchos de ellos, la mayor parte, saben corresponder con gratitud sin igual a lo que los demás hacen en su bien.

Solo les falta una mano amiga, una voz hermana, que, como Cristo a Lázaro, les diga: *Levantaos y andad*, para que ellos entren también en el santuario de su alma, recapaciten y crean que nacieron para cosas más altas, a pesar de su pobreza y miseria, y según esta creencia obren y practiquen.

Nosotros, que por curiosidad hemos seguido paso a paso la meritoria labor de los dos sacerdotes placentinos en estos días, hemos observado con gran satisfacción que apenas fueron anunciados los ejercicios, los pobres se dispusieron a practicarlos; que en los días en que han tenido lugar no ha bajado de ciento cincuenta el número de los asistentes y que han estado en la iglesia con una compostura ejemplar y con una atención que muchas personas piadosas hubieran envidiado.

Cierto que para atraerlos a la Iglesia y *obligarles, por decirlo así*, a que fueran puntuales y constantes, ha sido necesario darles todas las noches un bono de comida de la cocina económica establecida en esta ciudad; pero nadie ignora aquel antiguo refrán: *mens sana in corpore sano*, o lo que es lo mismo, que para

dedicarse a las cosas espirituales, para ocuparse en las cosas del alma es un requisito muy necesario el no tenerse que ocupar de las del cuerpo.

Las señoritas de la Pía-Unión de San Antonio han cooperado como buenas y piadosas placentinas a las tareas apostólicas del Sr. Polo Benito y del Sr. Fernández, asistiendo todas las noches para colocar a los ejercitantes y ayudar a los directores a pasar las listas y repartir los bonos. La comunión general tuvo lugar el último domingo, víspera del patriarca de la Iglesia universal, glorioso san José.

El ilustrísimo y reverendísimo Sr. Obispo de Plasencia, que es todo para todos sus hijos, celebró la santa misa a las siete y media y les repartió la comunión.

Después de la comunión tuvieron los pobres mendicantes un banquete a la puerta de la misma iglesia, en cuyo amplio atrio se habían colocado largas hileras de mesas, que artísticamente adornaron con flores las señoritas de la Pía-Unión, dando una prueba más de su virtud y caridad porque ellas mismas asistieron a la mesa, sirviendo los platos aderezados primorosamente por las *Religiosas Amantes de Jesús*, a cuyo cargo está la cocina económica, con grandísimo gusto y satisfacción.

Los pobres, agradecidos, llenos de reconocimiento y gratitud, vitoreaban con frecuencia al prelado, que afable y cariñoso estaba entre ellos, a los sacerdotes que les habían proporcionado la paz y tranquilidad de sus conciencias y a las señoritas que tan bien les atendían.

Mil plácemes a los organizadores de esta obra tan santa, tan meritoria y tan laudable y de resultados tan prácticos y fecundos; a las señoritas de la Pía-Unión, que tan dispuestas están siempre a ejercitar la caridad con su dinero y con su persona. Y quiera Dios que ejemplos como este cundan por todos los pueblos y sean imitados por todos aquellos que sientan en su alma el celo de la gloria de Dios y el deseo de la salvación de todas las almas.

Los pobres mendigos merecen también todas las atenciones y todas las energías de los apóstoles de Cristo y la obra de su evangelización es de las más prácticamente sociales, a que hoy deben de atender».

Finalmente, no dejemos de recordar que, ya en la posguerra europea, y en su propio domicilio de la calle Santa Ana, don José establece las cocinas de caridad para socorrer a las familias necesitadas.

17. DEÁN DE LA CATEDRAL DE PLASENCIA

El 24 de diciembre de 1917 el rey Alfonso XIII firma el nombramiento de don José Polo Benito, canónigo maestrescuela de la Catedral de Plasencia, como deán de dicha catedral. Uno de los recortes que conservamos es de un periódico lucense que se llamaba *La Idea Moderna*, que se editó en Lugo entre 1889 y 1919. Allí leemos:

«**El nuevo deán de Plasencia.** La prensa de todos los matices consagra al nuevo deán de la Catedral de Plasencia, maestrescuela en aquel cabildo D. José Polo Benito, elogios muy entusiastas con motivo de su nombramiento de presidente de dicha corporación.

Reconócese por todos los periódicos que el nombramiento de deán a favor del Sr. Polo Benito es una obra de justicia, debida a sus grandes méritos, por tratarse de un sacerdote eminente y de un gran publicista. El Sr. Polo es el autor de una activísima campaña en favor de Las Hurdes, cristalizando el famoso Congreso Hurdanófilo que presidió el vizconde de Eza, con asistencia del Sr. Moret, y cuyo triunfo resonante fue la subvención de treinta mil pesetas anuales, concedidas por el Estado para mejoramiento de la comarca hurdana.

Nosotros celebramos mucho el nombramiento del Sr. Polo Benito, distinguido sacerdote, conocido y estimado en Lugo, donde cuenta con amigos y parientes muy próximos».



[En el *ABC* del 20 de febrero de 1920, junto a un artículo de Ortega Munilla, padre de Ortega y Gasset, titulado “*Rasgos de España. El pan del cura*”, aparecen las fotos de los miembros que forman la comisión del clero catedralicio que viene gestionando el necesario aumento del presupuesto de la Iglesia española].

18. EL PROBLEMA SOCIAL DEL CAMPO EN EXTREMADURA

1919 conoce la publicación de este importante trabajo de José Polo. Una de las reseñas bibliográficas publicada en un diario afirma:

«El famoso deán de Plasencia, **el más joven de los deanes de España y el más antiguo en las propagandas sociales**, ha obtenido un éxito resonante en la publicación de este libro, a pesar del sabor regional de sus páginas. Obras y campañas anteriores, como dice el obispo de Plasencia³⁶, le acreditaba en el corto número de los sembradores mañaneros de acción social en nuestra patria; pero *El problema social* revela clarísimamente lo que se traslucía ya en los últimos escritos del deán; es, a saber, que el famoso cruzado de Las Jurdes es de los que regresan, es decir, de aquellos en que la reflexión ha corregido los fáciles entusiasmos del apostolado social y enseñado el camino real de las reformas sociales.

Polo Benito, como el cura de los Santos, como Madrigal de Palencia y otros, ha visto la necesidad de formar hombres antes, o simultáneamente, que obras, ha sentido el imperioso deber de encauzar hacia el Evangelio y la Iglesia las corrientes de celo algo desviadas de su curso natural y práctico, y ha querido hablar en castellano así a los ricos que no cumplen sus deberes, como a los pobres que se creen exentos de ellos, y a todos para que, conocida la gravedad del problema agrícola y de todos los males presentes, mayor de lo que se cree, se apliquen a remediarlos con eficacia y acepten sin demora las soluciones armónicas de la justicia y la caridad cristiana, si no quieren ser envueltos por las llamaradas de la demagogia que alumbran en Extremadura con el siniestro resplandor de doctrinas, propagandas, huelgas y otros procedimientos anarquistas».

La obra está dividida en diez capítulos que abordan temas trascendentes del campo extremeño de esa época: las conquistas del socialismo, el problema agrario extremeño, amos y administradores, jornales y jornaleros, arrendamientos y arrendatarios, el latifundio y la propiedad, la acción social católica, etc. Finaliza con un llamamiento a la mujer extremeña.

El 24 de mayo de 1919 en el semanario de Béjar (Cáceres), que lleva por título *La Victoria*, encontramos en la última página esta sugerente publicidad del nuevo libro del beato José Polo:

³⁶ Se refiere a monseñor Ángel Regueras López (1870-1924), que es quien escribe el prólogo. El 25 de mayo de 1915 se le designó obispo de Plasencia, sede que potenció en todos sus extremos, y cuya catedral consagró después de numerosas obras. Muy concienciado de la necesidad de un clero instruido para el éxito de la pastoral moderna, en el curso 1917-1918 encargó la dirección del seminario a la Hermandad de Sacerdotes Operarios de San José. Perteneció, como miembro correspondiente, a la Academia de Bellas Artes y Buenas Letras de la Ciudad Imperial. Finalmente, sería nombrado obispo de Salamanca, el 26 de octubre de 1923, pero moriría sin haber podido apenas implementar el ambicioso y prometedor programa pastoral que aspiraba materializar en esta sede.

LE CONVIENE A V. LEER

EL INTERESANTÍSIMO LIBRO QUE ACABA DE PUBLICARSE

EL PROBLEMA SOCIAL DEL CAMPO EN EXTREMADURA

por **J. POLO BENITO** (Deán de Plasencia)

Sumario del libro.—Capítulo 1.º El mal de Extremadura. 2.º Las conquistas del socialismo. 3.º El problema es agrario. 4.º Amos y administradores. 5.º Jornales y jornaleros. 6.º Arrendamientos y arrendatarios. 7.º El latifundio y la propiedad. Desamortización e intervencionismo. Repartos y aparcerías. 8.º ¿Qué hacen los ricos? 9.º La acción social católica. 10. Llamamiento a la mujer extremeña.

Precio del libro: **dos pesetas cincuenta céntimos**

en Béjar: librería de DON MANUEL GÓMEZ.

Pedidos al por mayor, librería de **El Cronista**, Serradilla.

179

El 5 de junio de 1919 leemos en *La Independencia*, diario católico, científico-literario y de noticias, que se editaba en Almería, el siguiente artículo firmado por Eduardo Navarro Salvador.

EL PROBLEMA DEL CAMPO

«Hace muy pocos días que por los beneméritos diarios católicos de Cáceres supe que acababa de imprimirse un libro titulado *El problema social del campo de Extremadura*, que su autor es el doctor don José Polo Benito y que al frente de la obra aparece una notabilísima carta-prólogo del Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia, entusiasta de todos los progresos morales y materiales en su diócesis.

Recibí un ejemplar del volumen, con inmerecida, por lo afectuosa para mí, dedicatoria del autor y leí la obra con agrado y admiración, de tal suerte que concebí el proyecto de conversar con el señor Polo Benito en concepto de redactor de Prensa Asociada. Contra su voluntad no puede venir ese escritor a Madrid en algún tiempo, a mí tampoco me es posible el placer de trasladarme a Extremadura, esa región española que tantas y relevantes figuras ha dado a la historia nacional. Sin embargo, se halló un medio para resolver el problema, y fue utilizar el teléfono.

Después de los saludos y de mi felicitación al señor Polo Benito, he aquí lo que tuvo la bondad de manifestarme, para que lo traslade a los lectores católicos, el ilustre deán de la Santa Iglesia Catedral de Plasencia, académico correspondiente de la Real de la Historia, afamado sociólogo, propagador cristiano infatigable, periodista distinguidísimo y autor y traductor de muchas y selectas obras de literatura, historia, sociología, etc.

- *¿Cuatro palabras acerca de mi nuevo librejo El problema social del campo en Extremadura? Por lo que toca al libro, en relación con su autor, con cuatro sobran; mas no bastarían cuatro mil para dar una idea de la formidable cuestión que en sus páginas se trata.*

Vea Vd., amigo mío, que después de centenares de propagandas por casi todos los pueblos de la región, después de centenares de artículos sobre los mil y un aspectos que el problema tiene, aún no sabría decirle si yo comprendo con acierto las causas y menos los remedios del mal.

Cada día ofrece nuevas modalidades e insospechadas facetas.

Lo permanente es la ceguera de los ricos, que no ven o no quieren ver. Diríase que Dios les ha cerrado los ojos con vendas de egoísmo. Lo permanente es falta de justicia distributiva y conmutativa.

En Extremadura no hay ni instrucción agrícola ni agua ni vías de comunicación ni espíritu de asociación. Los propietarios, por regla general, ocultan la cuantía de sus fincas para burlar al fisco. En algunos pueblos los pobres pagan por los ricos. El régimen de propiedad es defectuoso. Hay miles de hectáreas improductivas.

Los jornaleros no trabajan en la forma que el deber manda. Sus huelgas, casi todas, son obras del odio. De odio y de ignorancia religiosa; con la usura y el alcohol se amasa el socialismo extremeño y el andaluz.

No basta una conversación para darse cuenta de la magnitud del problema ni para ofrecer a V. un resumen del libro.

¿Que no es tan fiero el león como lo pintan? Puede ser, pero anote V. estos detalles. No hace aún ocho días de la publicación del libro. Pues bien, más de 80 pueblos de la alta y baja Extremadura estaban en huelga el día 17, por motivos de la cuantía del jornal en la siega de la cebada. Ellos querían nueve pesetas de jornal, y mantenidos. En Cáceres la huelga duró más de ocho días; parece ser que han transigido y que el jornal será de 6, 7, 8 y 9 pesetas. En Valencia del Ventoso, el odio de los socialistas de la Casa del Pueblo ha arrancado en verde algunas fanegas de cebada. En Santiago del Campo, la Guardia Civil anduvo en las calles. Tiembla toda Extremadura como Andalucía, en terremoto de venganzas y odios.

*Sí, señor. Creo que es el mío **el primer libro que en la región se publica acerca de esta tremenda cuestión.** Los diez capítulos que lo integran comprenden los principales puntos del tema. Los que se refieren a los avances del socialismo, que aquí es tirana brutal e ignorante; lo que a la propiedad y su régimen atañe, el absentismo de los amos, las fechorías de los administradores, el concepto pagano y positivista del trabajo; la incultura y atraso del labrador, los defectos de los contratos*

de arrendamiento, por parte de los propietarios y los colonos, el decaimiento de la ganadería, la cuestión de los latifundios, la ofuscación de los ricos... más que una sociología retórica y efectista es la mía, o cuando menos quiere serlo, observación de realidades vivas, documentación de hechos, lecciones de vida y sobre esto, apelación a la justicia cristiana.

De las impresiones que el libro esté produciendo en Extremadura poco puedo decirle. Aún es pronto. Recibo cartas animadoras y estimulantes. Me dicen que no desmaye. Hace once años vengo oyendo lo mismo y de los mismos labios: “-Siga usted”; y he seguido, entre las indiferencias de los que por deber estaban obligados a trabajar, entre los desdenes de los ricos, entre los silencios de la prensa, enzarzada en politiquerías y fulanismos. Aquí empiezan ahora a preocuparse, cuando ya los truenos suenan cerca de casa.

La Junta de propaganda social diocesana de Plasencia, constituida hace muy poco, ha adquirido cien ejemplares para distribuirlos. Otros tantos ha adquirido el marqués de Comillas. Son rasgos harto expresivos.

La gente lee muy poco y así, poco a poco, se leerá esto, aunque me dicen que el libro ha caído con notoria oportunidad y que se vende y se lee.

Entre el problema extremeño y el andaluz hay grandes afinidades y muchas diferencias. El amo y el jornalero son análogos; aquel, egoísta; este, ignorante. Pero en cada pueblo de ambas regiones la cuestión ofrece aspectos diversos. Como en asuntos de medicina, aquí no hay enfermedades, hay casos. De aquí, que debiendo ser el remedio fundamentalmente el mismo, la aplicación y tratamiento, deben ser distintos.

El dignísimo y cultísimo deán de la Catedral de Plasencia acaba de prestar con su nueva publicación señaladísimo servicio a la causa nacional, a la causa del orden y a la paz pública. Por ello le felicitamos con entusiasta cordialidad, haciendo votos porque sus palabras hallen prolongado eco en todas partes».

Desde Almería a Tarragona fue comentado el nuevo libro. A final de mes, el sábado 21 de junio de 1919, en el *Diario de Reus* y firmado por Salvador Minguijón, leemos también esta extensa crónica:

EL LATIFUNDIO Y EL PROBLEMA DE LA PRODUCCIÓN

«Un publicista que ha ilustrado su nombre en distintas esferas de la propaganda y de la acción católica, el señor Polo Benito, en su último sugestivo libro *El problema social del campo en Extremadura*, se lamenta de que “las teorías y los modos del sistema socialista van invadiendo el campo de los católicos, hasta el punto de que ya no se discute, se falla inapelablemente, la desmoralización del latifundio”.

“Sería cómodo -añade el Sr. José Polo-, si no asomase estremecedora la tragedia”.

Nosotros creemos que la tragedia puede venir, no por la parcelación del latifundio, hecha de modo pacífico y prudente, mediante justa indemnización, sino más bien por resistirse a que esa parcelación se haga. El Sr. Polo Benito, **cuyo libro no está hecho para defender la situación de los poderosos, como alguien pudiera creer al leer la cita anterior, sino para dirigir una mirada a los humildes, lo comprende seguramente así**».

El artículo prosigue citando a otros autores para argumentar sobre el tema del latifundio y el problema de producción.

[Bajo estas líneas, el **beato José Polo** junto al tercer obispo de Plasencia con el que le tocó trabajar en dicha diócesis: **monseñor Ángel Regueras López**. Se trata del prologuista del libro que estamos comentando: *El problema social del campo en Extremadura*. El grupo aparece fotografiado delante de la fachada del obispado de Plasencia].



19. CON LA PREVISIÓN SOCIAL

De modo que podemos afirmar, después de todo lo visto hasta ahora, que el beato José Polo Benito estuvo desde sus inicios pastorales **vinculado a la previsión social en la región**. Colaboró con Leal Ramos en el nacimiento de la Caja de Previsión Extremeña, aprovechando su puesto privilegiado de presidente del Consejo de Administración de la Caja de Ahorros de Plasencia, que junto a las de Cáceres y Badajoz fueron las que acabaron fundando el organismo colaborador del Instituto Nacional de Previsión en Extremadura.

183

En *El Bloque*, periódico liberal de Cáceres, con fecha de 22 de enero de 1918, leemos: «La Caja de Ahorros de Plasencia ha nombrado presidente al ilustre deán de aquella catedral D. José Polo Benito».

En la *Revista Católica de las Cuestiones Sociales*, de noviembre de 1921, leemos:

«De Cáceres nos llega una noticia muy interesante. El deán de la Catedral de Plasencia, don **José Polo Benito, fundador de la Caja de Ahorros de esta ciudad extremeña**, tiene el propósito de construir un gran número de casas para los obreros plasentinos.

La Caja de Ahorros de Plasencia, que ha sido uno de los éxitos mayores en este género de instituciones, cuenta actualmente con un capital respetable que, después de haber matado la usura en aquella región, le permite favorecer y dar impulso a otras obras sociales de la importancia de las casas para obreros.

La Caja de Ahorros de Plasencia ha suscrito 115.000 pesetas para la construcción de casas para obreros en Cáceres, y ahora va a construir las casas baratas en Plasencia, sin otra espera que la de la promulgación de la nueva ley sobre estas materias, promulgación que es inminente.

El señor Polo Benito, alma de la Caja de Ahorros de Plasencia, va a emprender una campaña de propaganda para establecer sucursales en los pueblos de aquella diócesis, y las creará enseguida en Navalmoral, Hervás, Jaraíz y Trujillo, pueblos de gran importancia, donde el bien que proporciona la institución se hará sentir rápida y eficazmente» (páginas 49-50).

El 30 de diciembre de 1921 fue elegido presidente del consejo de la Caja Extremeña de Previsión Social.

[En la página siguiente: grupo de algunos representantes que tomaron parte en la Asamblea regional celebrada en Cáceres el 30 de octubre de 1921, para crear la *Caja Extremeña de Previsión Social*. Don José Polo es el tercero, por la izquierda, de la primera fila de sentado. La foto inferior: delante del edificio de la Caja de Previsión Social de Aragón, durante alguna reunión anual. Polo Benito es el quinto por la derecha].



Grupo de algunos de los representantes que tomaron parte en la Asamblea regional celebrada en Cáceres el 30 de Octubre de 1921, para crear la Caja Extremeña de Previsión Social



POR LOS CAMPOS DE ESPAÑA

—o—
Informaciones de nuestros
corresponsales
—o—

ZARZA DE GRANADILLA.—En este pueblo de la provincia de Cáceres, la *Cenicienta española*, se ha inaugurado con gran solemnidad la sucursal de la Caja de Ahorros de Plasencia. El señor Polo Benito pronunció un elocuente discurso. También hicieron uso afortunado de la palabra los señores Sánchez y Fernández y el presidente de la nueva sucursal, don Faustino Monforte. En este acto se distribuyeron entre viudas y niños pobres 20 cartillas de ahorros.

Con este motivo se puso de manifiesto la prosperidad de la Caja de Plasencia, la cual, en diez años, ha aumentado el saldo de su capital de 12.520,24 pesetas a 2.321.892,54 pesetas.

EN PLASENCIA

UNA FIESTA SIMPATICA

Plasencia, 12.—Se ha verificado la inauguración de la Caja de Ahorros de Plasencia, asistiendo el obispo de la diócesis, el gobernador y las autoridades militares.

Primeramente se celebró misa y bendición del edificio.

El obispo descubrió la lápida de mármol, recordatoria de la Fundación, y el busto del prelado Jarrín bienhechor de la ciudad.

La banda de música de la Escuela de Intendencia de Avila, y la masa coral de esta capital, tomaron parte en el brillante acto.

Desde el balcón dirigió la palabra al público el deán de la catedral, Sr. Polo Benito, que refirió sintéticamente la historia y vicisitudes de la obra realizada contra la usura y fomento de la riqueza regional con la creación de sucursales por el Monte de Piedad.

Después se celebró un *lunch*, y al final hablaron los Sres. Leal, Ramos, Alcalde, Ortega Munilla y el gobernador civil.

El obispo de la diócesis hizo el resumen del acto con frases confortadoras, y dió su bendición a esta importante obra social.

Anoche se celebró un banquete en honor de los consejeros y autoridades.

[A la izquierda, *El Debate* informa, el 13 de mayo de 1922, de la inauguración de la Caja de Ahorros de Plasencia en el pueblo de Zarza de Granadilla (Cáceres). A la derecha, en *La Correspondencia de España* del 12 de junio de 1922, la noticia habla de la inauguración de la Caja de Ahorros de Plasencia en esta localidad].



[Presidencia de la sesión inaugural para la nueva Caja de Ahorros de Plasencia, constituida por el obispo de Plasencia, monseñor Ángel Regueras; el gobernador civil, señor Ricardo Terrades y Plá; José Ortega Munilla; el Sr. Alcalde; comandante militar; presidente Sr. Deán, José Polo Benito (primero de los sentados, por la izquierda); y otras distinguidas personas. La foto fue publicada en la página 4 del *ABC* del 12 de junio de 1922 y en *El Globo*, el 24 de junio].

19.1. LA CONFERENCIA NACIONAL DE BARCELONA

Como presidente de la Caja Extremeña de Previsión Social, el beato José Polo Benito firma el 19 de noviembre de 1922 esta crónica, desde Barcelona, con motivo de *La Conferencia Nacional de Barcelona*.

«**De Plasencia a Madrid.** El viaje de siempre, pues de harto sabido se fue de la memoria, que desde Empalme en adelante faltan viajeros y no sobra calefacción; y si tenéis fortuna de sentir las caricias del consabido Morfeo, que plega sus alas sobre la gutapercha del asiento, entonces las horas largas, pesadas y monótonas de la noche invernal, se aligeran y se suavizan.

Una noticia desagradable me dio el señor Saavedra, al unirse conmigo en representación merecida del Patronato: Juanito Muñoz Casillas no puede venir,

porque la enfermedad le retiene en la cama, y más que por la dolencia, por la imposibilidad de asistir a estas brillantes maniobras del bien, que todas las regiones de España ejecutarán en la capital catalana. Se halla entristecido.

Con el sentimiento de su ausencia y un efusivo comentario para la labor benéfica en que vamos a participar, llegamos a la Corte (a Madrid). Y al entrar en ella, también lo de siempre, ¿para qué narrarlo?

Una hora después, ya estábamos en el Instituto Nacional, y en el amplio salón de sesiones, las provincias de la nación nuestra que habían enviado embajadores de la buena acción, acompañados más que presididos, por José Maluquer, este hombre singular, corazón y cerebro, organización y acción, palabra e idea. Damos comienzo a la sesión preliminar.

Para honor de Extremadura, tengo que consignar la noble emulación y complacencia íntima que en todas las cajas colaboradoras ha producido la colaboración de los Ayuntamientos extremeños, así como las manifestaciones que, tratándose del régimen de mejoras, hizo el inspector general, señor Ródenas, de recomendar a las representaciones regionales nuestra cartilla; ambas cosas, dijo primeramente el señor Ródenas, y luego en Barcelona, repitió el vicepresidente del instituto, señor Salillas, son ejemplares y merecen servir de modelo. Cuatro sesiones de tres horas cada una, celebramos en el instituto, estudiando los medios de propaganda y consolidación del retiro y los medios más prácticos a fin de que llegue cuanto antes a los obreros agrícolas. Pudimos allí observar cómo en todos los sectores de la opinión española, la Conferencia tiene un eco cordial de simpatía y una impresión de halagadora esperanza.

De Madrid a Barcelona. En la noche de los sábados parlamentarios, el tren expreso de las seis de la tarde bien puede llamarse *el tren de la Lliga*.

Los coches-camas y las primeras butacas son para Cambó y su estado mayor. De cabeza a cola suele, por tanto, repercutir el acento catalán; pero hoy el tono rotundo de nuestro castellano, el mimoso de las tierras gálicas, el acariciador de Andalucía, el suave de Extremadura, todos los matices dialectales de nuestras regiones, vencían sonoros e imperaban triunfantes, queriendo llevar a Barcelona el sentimiento unitario de la patria grande, en efusiva coordinación con la patria chica.

Llegamos a las nueve de la mañana al apeadero de Gracia, y otra vez el espíritu organizador supo triunfar de las dificultades temidas.

Varios empleados del instituto nos esperaban, y en automóviles de antemano dispuestos, nos acompañaron al Gran Hotel Bristol, donde más de 40 asambleístas hallan alojamiento espléndido. Media hora para descanso y aseo, y a las once, la España social que el instituto ha ido creando se encontraba frente a la grandiosa fachada del palacio de la Caja de Pensiones.

Nuestra modestia extremeña no comprende la posibilidad, ¡cuánto menos la existencia!, de organismo tan inmenso como este, que es honor de Cataluña y modelo de España. Centenares de miles de imponentes, centenares de millones de capital. Sucursales por todas las provincias catalanas, y como floración de este ahorro popular, instituciones benéficas por él creadas, sostenidas por él y por él levantadas a cumbres de triunfos. ¡Qué porvenir, amigos y compañeros de la Caja Extremeña, qué horizonte de bien, tan amplio y tan sugestivamente esplendoroso, se ofrecía entonces a mis sueños por esta tierra nuestra!



[Edificio de la *Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares* en la barcelonesa vía Layetana. Se inauguró en 1917, unos años antes de la visita del beato José Polo. En la esquina de las dos fachadas principales se sitúa un grupo escultórico que simboliza el *Ahorro*, obra de Manuel Fuxà].

A dos pasos del palacio de la Caja íbamos a visitar el Instituto de Reeducción de Inválidos; es decir, en castellano corriente y moliente, que, anticipándose al Estado con dinero del pueblo, que al pueblo vuelve la caja, desde hoy recibe a los mutilados y a aquellos a quienes la desgracia hizo víctimas de sus garras, aquellos a quienes falta la pierna o brazo, aquí en el instituto un enfermero-médico que escribe, come y trabaja con manos de madera, construye y coloca los miembros que faltan. ¿Para qué comentar esta obra colosal? Es la ciencia y la caridad unidas para salvar a la miseria y hacer útil y provechoso lo que hasta ayer era una piltrafa. Y en el mismo instituto, docenas de ciegos que leen y escriben, que componen y redactan la mejor revista para ciegos que en España se publica.

No hay espacio para el relato de tanta grandeza, ni líneas en el periódico para el comentario que surge involuntario, para la lección que brota espontánea.

Y otra vez tengo que consignar el nombre inevitable de Malaquer. Era domingo y hora de las doce; pocos de los excursionistas, y estábamos más de 60, habían oído misa. Los había allí de todas las cataduras, y parecía un poco aventurado proponer algo relacionado con el precepto dominical; pero el consejero-delegado, que todo lo vence también, triunfó de aquel momento, y he aquí, lectores, que, a la una del pasado domingo, en la hermosa iglesia de San Francisco, celebraba yo misa, después de haberse interrumpido para esto la visita oficial organizada, y la oían hombres de todas las regiones y personas que, al parecer, andan alejadas de nuestra fe bendita. Y no quiero citar nombres, que vosotros podéis conocer recordando los que constituyen el Instituto Nacional, los que al frente de organismos más o menos oficiales están.

Más de veinte automóviles nos condujeron después al *Metropol Hotel*, donde se ofreció el banquete de inauguración; no hubo brindis y en fraternidad de afectos transcurrió una hora feliz.

Para esta tarde tenemos la visita al asilo de ciegos de Santa Lucía, que también ha creado y sostiene la Caja de Pensiones».



[*La Hormiga de Oro* publica, el 13 de febrero de 1909, un reportaje del recién estrenado asilo para ciegos *Amparo de Santa Lucía*, en la falda del Tibidabo de Barcelona. En la foto, grupo de las primeras religiosas carmelitas misioneras y asiladas].



Studio Gombau

20. DEÁN DE LA CATEDRAL PRIMADA DE TOLEDO

El 15 de enero de 1923 el rey Alfonso XIII firma un Real Decreto del Ministerio de Gracia y Justicia. En él se lee:

«Vengo en promover a la dignidad de deán, *primera silla* “post Pontificalem”, vacante en la Santa Iglesia Primada de Toledo, por promoción **de D. Narciso de Estenaga, a don José Polo Benito**, que obtiene igual cargo en la sufragánea de Plasencia y reúne las condiciones exigidas en el artículo 3º del Real Decreto Concordado el 20 de abril de 1903.

Méritos y servicios de D. José Polo Benito. Nombrado por el prelado, previa oposición, canónigo de Plasencia, tomó posesión de este cargo el 22 de julio de 1908. En 1 de septiembre de 1911 fue nombrado por el prelado maestreescuela de la misma iglesia de Plasencia, cargo del que se posesionó en 30 del citado mes y año. Por Real decreto de 24 de diciembre de 1917 fue promovido a deán de la misma iglesia, cargo del que se posesionó en 7 de enero siguiente y que en la actualidad desempeña» (*Gaceta de Madrid*, 17 de enero de 1923).



[12 de febrero de 1921, el beato Narciso de Estenaga en el centro de la foto, ejerce de anfitrión en la visita regia como deán de la catedral primada].

20.1. UN MÁRTIR SUSTITUYE A OTRO MÁRTIR

Los beatos Narciso de Estenaga³⁷ y José Polo fueron consecutivamente deanes de la Catedral Primada de Toledo; serán asesinados en agosto de 1936, con diez días de diferencia, durante la persecución religiosa; y juntos subirán a los altares en el pontificado de Benedicto XVI, en la plaza de San Pedro, el 28 de octubre de 2007.

[En la página siguiente: la consagración del deán de Toledo como nuevo prelado de Ciudad Real. Amigo y confesor del rey Alfonso XIII, tras quince años de ministerio sacerdotal, este lo eligió como obispo-prior de las Órdenes Militares, el 20 de noviembre de 1922, cuando contaba con cuarenta años de edad. La consagración episcopal se celebró en la iglesia de los PP. Paúles de Madrid (la actual basílica de La Milagrosa). Fue el obispo consagrante el cardenal arzobispo primado de Toledo, **monseñor Enrique Reig Casanova**. Uno de los obispos consagrantes, fue el arzobispo de Valencia, el **Dr. Prudencio Melo y Alcalde**, cuyo primer nombramiento -en 1907- fue el de obispo auxiliar de Toledo]

³⁷ El beato **Narciso de Estenaga y Echevarría** nació en Logroño el 29 de octubre de 1882. Muy niño todavía, quedó huérfano de padre y madre y fue acogido por personas caritativas que le llevaron a Vitoria. Comenzó allí los estudios eclesiásticos. El sacerdote beato Joaquín de la Madrid, también asesinado en 1936, había fundado en Toledo un colegio para niños huérfanos o pobres y llevó a este centro al pequeño Narciso, al que había tenido ocasión de conocer, quedando impresionado por su vivacidad e inteligencia. Bajo la sabia y abnegada dirección de este sacerdote, continuó los estudios eclesiásticos en el seminario de Toledo y fue ordenado sacerdote en 1907. Celebró su primera misa el 18 de diciembre. A la vez se graduó en Derecho.

Dadas sus extraordinarias cualidades personales, pronto, el 16 de febrero de 1909, fue nombrado canónigo del cabildo catedralicio de la diócesis primada. Poco después, el 16 de noviembre de 1913, fue promovido a arciano y el 4 de marzo de 1917 tomó posesión de la primera dignidad del cabildo primado, para la que había sido promovido el 19 de febrero del mismo año, y que disfrutó hasta el 14 de diciembre de 1922. Destacó por su afición al estudio de la Teología y el Derecho Canónico, así como de la Historia. Fue director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Ocupó, además, cargos de gobierno en la curia arzobispal y presidió asambleas sacerdotales nacionales.

Le fue propuesto el obispado priorato de Ciudad Real el 20 de noviembre de 1922. Recibió la consagración episcopal el 22 de julio de 1923 y tomó posesión de la diócesis el 9 de agosto siguiente, entrando solemnemente en la capital del priorato el 12 del mismo mes. Su tarea pastoral destacó en el campo de la Acción Católica y de la catequesis. Le tocó guiar la diócesis de Ciudad Real en las difíciles horas de los años treinta. Cuando la situación se complicó, sobre todo a mediados de julio de 1936, y peligraban las personas de Iglesia, algunos amigos le ofrecieron reiteradamente a él y a su secretario la posibilidad de ponerse a salvo abandonando la diócesis, lo que no aceptaron. Decía el prelado: *-Mi puesto está aquí*. El 5 de agosto un grupo de milicianos armados asaltaron el obispado donde él residía, y empezaron un registro meticuloso. El obispo defendió el sagrario de una profanación inminente. En un momento dado amenazaron con asesinarle, y el obispo, de rodillas, les dijo: *-Matadme*. Pero no lo hicieron. El día 12 de agosto los echaron fuera del obispado y los acogió una familia amiga, con quien permanecieron hasta el 22. Ese día, los milicianos asaltaron la casa y se llevaron a Narciso y a su secretario, Julio Melgar Salgado, que no opusieron la menor resistencia. Les condujeron por el camino de Peralvillo Bajo hacia el río Guadiana, donde los asesinaron disparándoles. Narciso tenía cincuenta y tres años. Al día siguiente sus cadáveres fueron vistos por un testigo, que los reconoció. Llevados al depósito del cementerio, los colocaron en féretros separados, facilitados por la superiora del hospital, en el panteón del cabildo del cementerio de Ciudad Real. El 10 de mayo de 1940 los restos del obispo fueron trasladados desde la sepultura del cementerio, cavada en el panteón de los canónigos, al sepulcro que hoy tiene en lugar preferente de la Santa Iglesia Basílica Catedral de Ciudad Real, donde se veneran junto con los de su fiel secretario.



MADRID. EL NUEVO OBISPO DE CIUDAD REAL

Consagración episcopal del doctor don Narciso Esténaga, nuevo prelado de Ciudad Real, celebrada el domingo último en la iglesia de los PP. Paúles. Fué prelado consagrante el cardinal arzobispo de Toledo, doctor Reig, y asistentes el arzobispo de Valencia y el obispo de Madrid-Alicá, doctores Melo y Eijo. (Fots. Vidal)

20.2. LA PRENSA DE TODA ESPAÑA

Desde *El Castellano de Toledo* al *Defensor de Córdoba*, todos los periódicos de la nación recogieron la noticia del nombramiento.

Por ejemplo, en *La Correspondencia de España* del 17 de enero de 1923 se lee: «Excusado es decir la satisfacción con que hemos acogido en esta casa, donde tanta admiración y afecto sentimos hacia las altas virtudes y esclarecido mérito del Sr. Polo Benito, su merecido nombramiento.

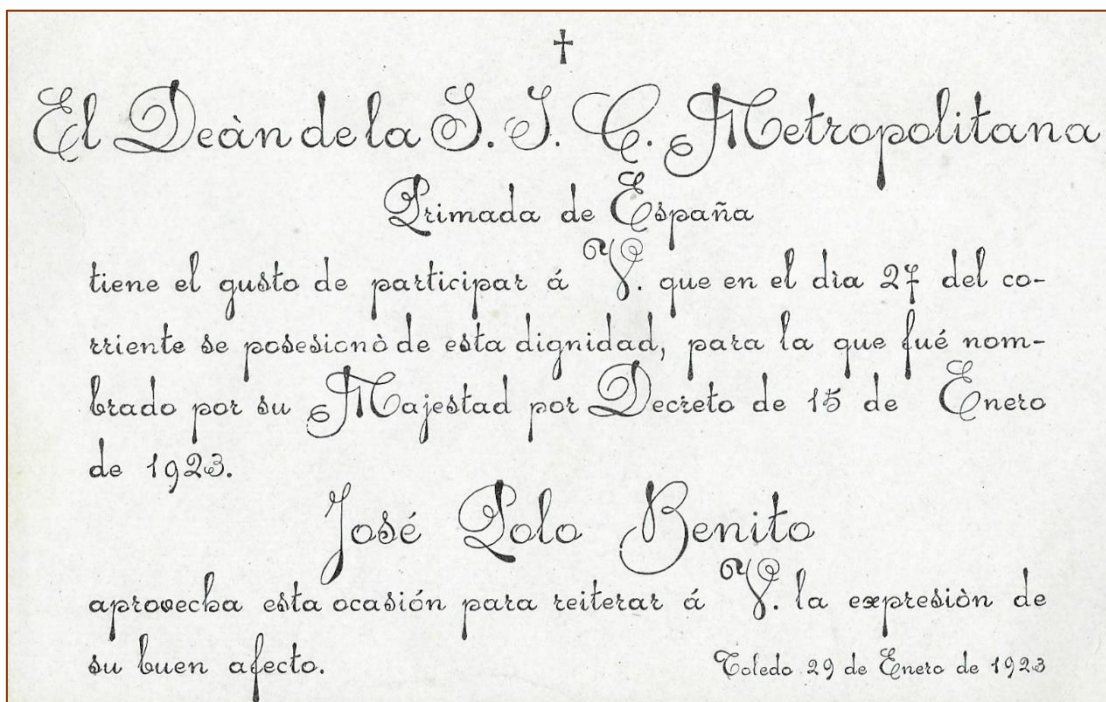
El nuevo deán de la Iglesia Primada de Toledo es un sacerdote cultísimo y uno de los más ilustres defensores del credo católico en nuestro país. Su vida toda constituye una constante y brillante ejecutoria, en la que la bondad sin límites corre pareja con la inteligencia, puesta al servicio de la justicia y del bien.

Ha sido el Sr. Polo Benito un propulsor de la sindicación católico-agraria en la región extremeña y ha fomentado con entusiasmo el ahorro popular. En materia de política de previsión se ha distinguido por sus esfuerzos a favor del retiro obrero, y no poco contribuyó con su alteza de miras a vencer las dificultades que se oponían a la creación de la caja colaboradora extremeña.

Fue, finalmente, uno de los miembros de la comisión que gestionó en la corte el aumento de haberes al clero rural y parroquial.

La *CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA* se une al júbilo que entre los buenos católicos ha producido la elevación del Sr. Polo Benito a tal cargo, en donde tiene la seguridad que el nuevo deán ha de dar renovadas pruebas de sus dotes organizadoras, de su talento y de su entusiasmo por un ideal al que viene consagrando desde hace años todas las energías de sus privilegiados títulos».

Esta es la invitación que preparó el beato para hacer llegar a sus amistades.



20.3. HOMENAJE DE PLASENCIA A SU DEÁN

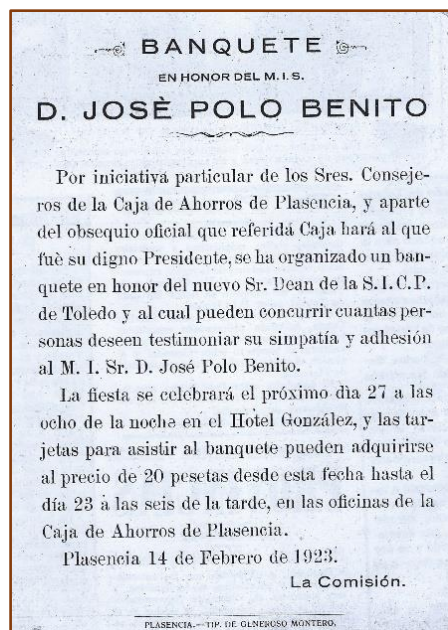
Una vez más la mayoría de la prensa local y nacional se hicieron eco del homenaje “en honor del ilustre salmantino don José Polo Benito”. Así lo recoge, por ejemplo, *El Adelanto de Salamanca*, días después, el 7 de marzo de 1923.

«Conforme estaba anunciado, tuvo lugar, en Cáceres, en el salón principal del hotel de don Felipe González, el gran banquete de despedida con que la Caja de Ahorros, la cooperativa de funcionarios y numerosos amigos particulares obsequiaban al nuevo deán de Toledo, don Jose Polo Benito.

Asistieron al acto ochenta comensales, muchos de ellos extraños a nuestra ciudad, pero cordialísimos admiradores de nuestro entrañable amigo.

Al lado del Sr. Polo Benito, en la mesa presidencial, estaban el Sr. alcalde, el Sr. juez de instrucción, el señor secretario del obispado, el Sr. magistral, el Sr. chantre, el Sr. capitán de la Guardia Civil y algunos señores consejeros de las

sucursales de esta caja³⁸. [Tras ofrecernos el menú degustado, prosigue la noticia]. «... Ante el *champagne* dorado y exquisito, se abrieron las válvulas de la elocuencia y la efusión e hicieron uso de la palabra don Sebastián Fernández, en nombre de la caja; don Pedro S. Ocaña, que pronunció un bellissimo discurso; el señor Macías, que dio la nota cómica con un gran acierto; el señor magistral, con su dicción impecable; el señor alcalde, el señor capitán de la Guardia Civil, y el señor juez de Instrucción, entusiastas del señor Polo; el señor Gamonal, que leyó unas primorosas cuartillas, enlazando en un poético joyel a Extremadura y Castilla; el señor cura párroco de Ibahernando, con el pensamiento fijo en la virtud excelsa del obispo Jarrín; algunos señores forasteros admiradores de la gran labor de nuestro amigo; y don Godofredo Monge que recitó de memoria, entre estruendosos aplausos, un sonetoide que un poco más abajo transcribimos.



[Esta foto la publicó *ABC* el 2 de marzo de 1923, ya algo distorsionada precisamente hacia el centro, donde sale nuestro protagonista. A pie de imagen se lee: «Presidencia del banquete con que obsequiaron al Sr. Polo Benito (x) varias representaciones de Extremadura y de la ciudad de Plasencia»].

³⁸ De hecho, *La Voz* del 18 de enero de 1923 recuerda que “por iniciativa particular de los señores consejeros de la Caja de Ahorros de Plasencia, y aparte del obsequio oficial que la referida caja hará al que fue su digno presidente, se ha organizado un banquete en honor del nuevo señor deán de la S.I.C.P. de Toledo”.

Don José Polo Benito cerró el ciclo de elocuencia pronunciando unas frases de cariño y efusión, que fueron estrepitosamente celebradas, en prueba del hondo afecto y simpatía que disfruta.

...Y allá va el soneto de Godofredo el Grande:

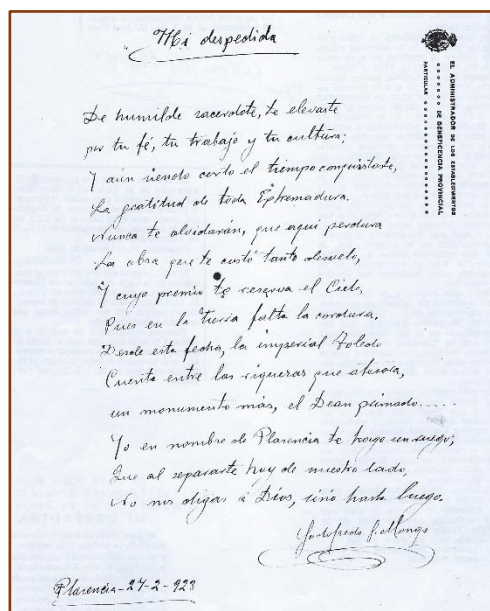
MI DESPEDIDA

*De humilde sacerdote, te elevaste
por tu fe, tu trabajo y tu cultura;
y aun siendo corto el tiempo conquistaste
la gratitud de toda Extremadura.*

*Nunca te olvidarán, que aquí perdura
la obra que te costó tanto desvelo,
y cuyo premio te reserva el Cielo,
pues en la tierra falta de cordura.*

*Desde esta fecha, la imperial Toledo
cuenta entre las riquezas que atesora
un monumento más, el deán primado...*

*Yo en nombre de Plasencia te hago un ruego:
que al separarte hoy de nuestro lado,
no nos digas adiós, sino hasta luego...».*



El artículo, firmado por M.R.C., termina con estas alusiones personales:

«Antes de poner remate a nuestra labor, quiero yo dirigir unas breves líneas al amigo querido, ya que un impedimento familiar me alejó de la fiesta.

Amigo don José: nos conocimos desde la infancia; su enorme energía le llevó a la cumbre, una gran lesión en mi voluntad me recluyó tristemente en los repliegues de la montaña... Pero esto no me impide que le aconseje la lucha; es preciso que usted siga luchando, siendo para todos azote, cautiverio y lanzón de hidalgo.

Es preciso galvanizar a los españoles, lo mismo en la plaza pública de Plasencia que en Zocodover y los callejones toledanos... Tiene usted que llevar rayos de su espíritu inquieto y estimulador a todas partes, sin cuidarse del comentario desfavorable. ¡Porque España precisa un inmenso látigo que la arranque de sus sopores suicidas!

Es preciso que en Toledo griten dentro de un lustro:

¡Caracoles, con el curita extremeño castellano!».

DISCURSO DE ARTURO GAMONAL

La familia del beato José Polo guarda, como tantísimas cosas, las cuartillas que mecanografiadas nos conservan el discurso de Arturo Gamonal³⁹.

«Celebramos esta noche, distinguido amigo, una fiesta de amores y, como en todo lo del amor, andan en ella mezcladas y en disputa penas y satisfacciones. Pena, y no chica, porque flotan en este ambiente los augurios de la tristísima despedida, satisfacción muy grande porque este grupo selecto y homogéneo de amores y gratitudes habla muy claro de las simpatías que sembró y de la gran cosecha que recoge nuestro festejado de cariños sinceros. Sinceros, sí, y extraordinarios también, porque, ya lo estáis viendo, el aforismo, tan cruel como humano, de que *a muertos y a idos, ni parientes ni amigos, se convierte*, para honra nuestra y por obra de excepcional justicia, en este otro: **A POLO IDO, HOMENAJE DISTINGUIDO**. Y, perdone su alta y merecidísima dignidad, que somos los primeros en reverenciar, nuestro mayor entusiasmo, orgullo y predilección por el nombre y la firma valiosísima del iniciador múltiple, del organizador triunfal, del guion infatigable en la región extremeña de toda obra de tanta caridad, de toda obra de verdadero progreso.

Amigo íntimo suyo, inseparable, como todos sabéis, soy recusable como eco de su valor altísimo y es más, el propio y seguro trazo de la dignidad honorable y de la personalidad relevante perdería mucho en mis apasionadas manos, porque, señores, no hay fanatismo que engendre bellezas adorables ni que contenga verdades sublimes.

Vosotros, los más elocuentes y serenos, aunque no menos adictos, habéis dicho maravillosamente y diréis, porque la materia no se agota con facilidad y para regocijo de todos, cómo es ese hombre ilustre que aquí nos une y que nos une en lo más puro y en el más bello sentimiento de la vida, en esa fraternidad extensa, tan incomprendida por desgracias, que inspiró la emocionante y evangélica fábula de “Los amigos” al gran imaginativo Chateaubriand⁴⁰. Seguid, seguid vosotros anotando en el tono más simpático, en el tono de esta cordialidad confesional que aquí se respira, la virtud que tiene ese hombre para congregar a los distanciados, para mover a los estáticos, para salvar insidias y minucias pueblerinas siempre que se trata del bien de las clases menesterosas, siempre que se inicia una misión buena. Trasunto por los hechos, como otro hermano de aquellos *Gracos*⁴¹ que llegaron hasta perder la vida en locura sublime por la redención de la plebe infortunada.

³⁹ Arturo Gamonal Calaf (+1942) abogado, fue alcalde de Plasencia, diputado demócrata, miembro del Congreso de los Diputados de España por el Distrito de Plasencia (provincia de Cáceres) en la última de las legislaturas del período histórico conocido como Restauración borbónica en España.

⁴⁰ François-René, vizconde de Chateaubriand (1768-1848) fue un diplomático, político y escritor francés considerado el fundador del romanticismo en la literatura francesa.

⁴¹ Los Sempronios Gracos fueron una destacada familia de la Antigua Roma, particularmente desde finales del siglo III a. C. y sobre todo a mediados del siglo II a. C. cuando, desde el cargo de tribunos de la plebe, intentaron implantar ambiciosas reformas sociales. Gamonal se refiere a Tiberio Sempronio Graco (162-133 a. C.) y a su hermano Cayo Sempronio Graco (c. 154-121 a. C.).

Yo no sabré deciros cómo es Polo Benito, pero sí que no puede variar de su noble condición, porque aquella gran síntesis de toda la historia humana según la cual el presente producto del pasado engendra a su vez el porvenir, tiene en este carácter una fuerza de marca de esas que solo se compendian cuando decimos *genio y figura hasta la sepultura*. Y esto es así, señores, porque el tatuaje de ese carácter, que es a un tiempo sencillo y alto, enérgico y amable, despierto y confiado, honrado y hábil, evangélico y cortés, selecto y predestinado, en suma, para grandes fines, se grabó en su espíritu por los cinceles educadores del amor materno y por los buriles gloriosos de dos regiones, madres también suyas, por naturaleza una, por adopción la otra; aquella, la muy ilustre, la muy sabia Salamanca... esta, la muy leal, la muy benéfica Plasencia.

¿Y cuáles aportaciones proceden en ese carácter de la educación primaria? La compasión y la caridad suenan, señores, sobre nuestras rudezas y combates en la vida, dice un orador insuperable, porque todas las fibras melódicas han sido puestas en el férreo pecho varonil por la mano delicadísima de una idolatrada mujer. Sí, es cierto amigos míos, bien lo sabéis todos, y desdichado el que lo ignorase, esa mujer nos infunde con sus consejos nuestra filosofía más substancial, con sus presentimientos nuestras intuiciones más proféticas, con sus dogmas los arraigos de una fe indestructible, con sus dulzuras y sus inspiraciones nuestro arte más bello y armonioso, y con sus afectos todo lo que es pureza y heroísmo en nuestros amores, y esa mujer, señores, ya lo tenéis adivinado, esa mujer es la madre.

Y Polo Benito ha tenido una madre amantísima y madre castellana por añadidura, una madre que, como todas las del vivir sencillo y bueno de las fértiles castellanas se compendiaran por la musa divina de Galán⁴² en las estrofas inmortales de *El ama*, cristalización encantadora, amabilísima de un absoluto verismo, de la matrona castellana, de esa interesante figura de mujer que tiene su ascendiente directo y confirmado en las primitivas austeridades y heroísmos de nuestra Iberia y que culmina en todos los tiempos, ya como gobernanta esforzada en doña María de Molina, como doctora y amante en Santa Teresa de Jesús, como católica y patriota en aquella Isabel de Castilla que vende sus joyas -ese realce de los encantos femeninos por ellas tanpreciado- para dar a su reino un nuevo mundo y para llevarle la civilización cristiana. Y de los brazos de esa madre que le dio el cuerpo robusto y gentil y el alma pletórica de ternuras, pasó Polo Benito al regazo opulento, ubérrimo, excelso de la que fue en un tiempo maestra del mundo, de la doctoral de Salamanca, de Roma la chica, su patria de nacimiento.

Permitid Señores. Aunque os moleste mi pesadez, permitid que al llegar a este punto no siga adelante sin enviar desde aquí mi respetuoso saludo de gratitud y mi profunda reverencia de admiración a las aulas salmantinas que a tantos extremeños nos cobijaron, a las cátedras aquellas, clásicas, suma media del humano saber, y donde aún, entre aquellas penumbras de misterio y poesía

⁴² Se refiere al poeta José María Gabriel y Galán (1870-1905) el cual desarrolló su obra en castellano y en dialecto extremeño. Su consagración como poeta arranca precisamente en 1901 cuando en los Juegos Florales celebrados en el Teatro Bretón de Salamanca fue galardonado con la flor natural por su composición *El ama*, inspirada por la reciente muerte de su madre.

parece percibirse suave y armoniosa la voz, rimada en cadencias arrobadoras, del generoso y sin par maestro fray Luis.

En aquella clerecía donde no se sabe qué admirar más, si el arte de sus muros o la ciencia de sus moradores, allí plasmarían en ideas grandes la mente y en sentimientos altos el corazón de Polo Benito. Desde aquellas torres gemelas, émulas de las nubes, se impregnaría su ser en la inmensidad de aquellos mares de tierra que después de Galán y de Ricardo León no puede intentar nadie cantar, y más de una vez también en aquellas torres clavadas en el firmamento recibiría el aliento heroico del cercano Arapiles⁴³, donde sus paisanos los charros, escribieron, con las picas tintas en sangre de franceses, la página más gloriosa en la epopeya del valor y de la independencia de esta patria de todos, de esta España invencible.

Y de esta tierra nuestra, de esta madre adoptiva suya, de este sentir meridional y de este vivir humilde, tomó Polo Benito la calidez precisa a sus anhelos redentores, la fantasía soñadora para sus místicas aventuras, el ejemplo constante para sus abnegaciones y el constante estímulo y ejercicio para sus invariables caridades; por eso fue de la familia de Nazarín en las Hurdes, que dando allí su patrimonio humilde, convirtiendo con Jarrín los páramos en jardines y edificando escuelas y puentes; y fue de la familia de Quijano y Bueno por do a la región extremeña en sus interminables andanzas sociológicas. ¡Cuántas buenas obras tuyas, cuántas hubieran fracasado de no haberle infundido esta tierra, para los momentos supremos, el gesto decisivo de nuestro Hernán Cortés!

Por todo esto, señores, yo no puedo temer, ni temáis vosotros tampoco, que cambie el Polo Benito en la noble condición el hermoso carácter, porque este tatuaje moral es eterno y es eterno porque es la marca imborrable de tres amores maternos. Le hemos reconocido bien en el amigo agradecido que afronta el día más crudo de un invierno para llegar al pueblo más apartado de Cáceres a descubrir la lápida de un obispo protector nuestro. Te hemos identificado, y eso que no era muy fácil conocerte en el que pasó, entre escombros y polvos, días y siesta de un sofocante verano para nueva y hermosa instalación a nuestra Caja de Ahorros, enfocando después toda gloria hacia su fundador como al que fue tu maestro, del que fuiste discípulo amado, el querido Juan de todas sus redenciones. Por esto, por ser así como eres, no podemos dudar siquiera de la consecuencia y de la lealtad de tus afectos, de tus recordaciones solícitas y amables, de tus ayudas insustituibles y poderosas.

¡Acuérdate siempre!, extremeño de adopción, acuérdate siempre de que esta tierra bendita de tus andanzas y de tus cristianos triunfos no te habrá olvidado;

⁴³ La batalla de los Arapiles de la guerra de la Independencia contra los franceses, es **la batalla con más soldados librada en España** durante el siglo XIX. Librada en los alrededores de las colinas conocidas como «Arapil Chico» y «Arapil Grande», en el municipio de Arapiles, al sur de la ciudad de Salamanca, el 22 de julio de 1812. Tuvo como resultado una gran victoria del ejército anglo-luso-español al mando del general Arthur Wellesley, primer duque de Wellington, contra las tropas francesas al mando del mariscal Marmont. Los aliados sufrieron 5.220 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos, de los cuales 3.176 fueron británicos, 2.038 portugueses y solo seis españoles, mientras que el ejército francés perdió unos 12.500 hombres, incluyendo los prisioneros.

Extremadura te quiere como a hijo y por hijo te reclama como la más amante de las madres, y de que siempre, siempre, tardes lo que tardes, te esperan con los brazos abiertos y el corazón rendido estos hermanos tuyos que ahora dejas».

ARTURO GAMONAL



APÉNDICE 1

La Virgen del Puerto, patrona de Plasencia

No se sabe a ciencia cierta en qué fecha se construyó el primer Santuario de la Virgen del Puerto; parece que hay constancia de que hacia 1502 se construyó un templo para sustituir a otro anterior del que no quedan restos, aunque el templo que podemos ver en la actualidad fue construido en el siglo XVIII, concretamente se terminó su construcción en el año 1720.

La fachada principal está rematada con un frontón que lleva en su eje un óculo, flanqueado por los escudos de Plasencia y el de los primeros marqueses de Mirabel. El interior está profusamente decorado con relieves y zócalos talaveranos.



La imagen de la Virgen del Puerto es una talla de madera policromada, cuyo origen se estima que es del siglo XV, y que es de las denominadas *galactotrofusas* o *Virgenes de la Leche*, ya que se encuentra dando de mamar al niño Jesús⁴⁴.

La Virgen del Puerto fue declarada patrona de la ciudad de Plasencia, el 27 de marzo de 1914, por san Pío X, y fue coronada canónicamente el 27 de abril de 1952. El día anterior el ayuntamiento de Plasencia la nombró “Alcaldesa honoraria de Plasencia”.



⁴⁴ La historia popular recuerda que a un pastor se le apareció tres veces la Virgen sobre un cancho (peñasco grande), llamado por este motivo el *Cancho de las tres cruces*. Cuando acudieron al lugar de las apariciones los vecinos y autoridades, encontraron la imagen de la Virgen, al intentar trasladar la imagen a la ciudad, no pudieron, ya que esta no se movía. Decidieron entonces construir un santuario en aquel lugar, pero durante varios días los materiales que dejaban para construir el santuario desaparecían de aquel sitio y aparecían en el puerto de montaña cercano, señal que interpretaron como el deseo de la Virgen de tener su santuario en aquel lugar, motivo por el que podemos ver la Ermita de la Virgen del Puerto en su actual ubicación. Por haber aparecido la Virgen entre Canchos, se la conoce popularmente como *La Canchalera*.

[Bajo estas líneas, don José Polo -de espaldas- departiendo con unas religiosas en el santuario de la Virgen del Puerto].



[En las dos páginas siguientes: Conservamos estos dos bandos de fechas diferentes y con alcaldes distintos (Pedro Mora, en 1918, y Manuel López, en 1921) en los que, por el mismo motivo -una pertinaz sequía, que por fin había cesado-, se despedía a la Virgen del Puerto desde el templo de Santo Domingo, en la ciudad de Plasencia, a su Santuario. El encargado de predicar es el beato José Polo. Llama la atención las expresiones usadas en 1918 para referirse a él: *elevado por sus propios méritos, en edad tan temprana, al honroso y alto cargo de Deán de nuestra amada Catedral*].

PLACENTINOS

El Ayuntamiento que me honro presidir, por unanimidad ha acordado celebrar en acción de gracias, una solemne función religiosa á nuestra excelsa Patrona la

Stma. Virgen del Puerto

bajada á la Ciudad, con motivo de la pertináz sequía que reinaba y que todos deplorá- bamos, por los innumerables perjuicios que la misma estaba produciendo en todos los órdenes de la vida.

Dignos de elogios son los actos que durante su grata estancia entre nosotros ha- béis realizado; plácemes mil merece vuestra digna conducta, para la que no encuentra frases mi modesta palabra, pero para acreditar una vez más vuestra inquebrantable fè, amor puro y sincero á la tan por todos con justicia venerada Patrona, confiadamente espero que todos acudáis á honrar con vuestra necesaria presencia, el acto religioso que tendrá lugar el día diez y seis del actual, próximo Sábado, á las diez y media, en el her- moso templo de Santo Domingo.

Es vuestra fiesta, por ser de vuestro Ayuntamiento, en ella se celebrará solemne- mente el **Santo Sacrificio de la Misa**, cantada y con armoniosa orquesta y ocu- pará la càtedra sagrada, dirigiéndonos su elocuente y sabia palabra, el

M. I. Sr. Dr. D. JOSÉ POLO BENITO

elevado por sus propios méritos, en edad tan temprana, al honroso y alto cargo de Deán de nuestra amada Catedral, y asistiendo, será el último tributo de amor que Plasencia consagrará á su Patrona Excelsa.

El Domingo, día 17, será trasladada la sagrada imágen á su pintoresco Santuario, á las tres de la tarde, y no dudo un momento que á la solemne trasladación, tan sentida por todos, por vernos privados de tener entre nosotros á nuestra Reina y Madre, acudirá todo el pueblo, rindiendo el homenaje de amor á la Patrona insigne que por todos vela.

Espero pues de vuestra religiosidad, que el Sábado y Domingo, engalanéis las fa- chadas de vuestras casas è iluminándolas por las noches en señal de devoción.

Placentinos: ¡Viva nuestra excelsa Patrona la Stma. Virgen del Puerto!

EL ALCALDE,

Pedro Mora

Plasencia, 14 Febrero 1918.

PLACENTINOS

El Ayuntamiento que me honro presidir, ha acordado por unanimidad, celebrar en acción de gracias, una solemne función religiosa á nuestra excelsa Patrona la

Santísima Virgen del Puerto

bajada á la Ciudad, con motivo de la pertináz sequía que reinaba y que todos deplorábamos, por los innumerables perjuicios que la misma estaba produciendo.

Dignos de elogios son los actos que durante su grata estancia entre nosotros habéis realizado; plácemes mil, merece vuestra digna conducta, para la que no encuentra frases mi modesta palabra; pero para acreditar una vez más vuestra inquebrantable fé, amor puro y sincero á la tan por todos con justicia venerada Patrona, confiadamente espero que acudáis á honrar con vuestra presencia, el acto religioso que tendrá lugar el próximo Domingo veintiseis del actual, á las diez, en el hermoso templo de Santo Domingo.

Es vuestra fiesta, por ser de vuestro Ayuntamiento; en ella se celebrará solemnemente el **Santo Sacrificio de la Misa**, cantada con armoniosa orquesta y ocupará la cátedra sagrada, dirigiéndonos su elocuente palabra, el

M. I. Sr. Dr. D. José Polo Benito

Deán de nuestra Santa Iglesia Catedral, y asistiendo, será un tributo de amor que Plasencia consagrará á su Patrona Excelsa.

El mismo Domingo, á las cinco y media de la tarde, será trasladada la sagrada imagen á su pintoresco Santuario y no dudo un momento que á la solemne traslación, tan sentida, por vernos privados de tener entre nosotros á nuestra Reina y Madre, acudirá el vecindario, rindiendo el homenaje de amor á la Patrona insigne que por todos vela.

Espero pues, de vuestra religiosidad, que el Sábado y Domingo, engalanéis las fachadas de vuestras casas é iluminándolas por las noches en señal de devoción.

Placentinos: ¡Viva nuestra excelsa Patrona la Santísima Virgen del Puerto!

EL ALCALDE,

Manuel López

Plasencia, 22 de Junio 1921.

APÉNDICE 2

Prólogo en el libro *Manojito de cuentos* de José Zahonero

MIENTRAS PASA EL LECTOR

Va para cuatro meses que D. José Zahonero -omito las adjetivaciones que anularían la claridad del nombre- tuvo la ocurrencia de encomendar a mi pluma la redacción de un prólogo. Ocurrencia, digo, queriendo subrayar el desconcertante humorismo de D. José.

¿A santo de qué irrumpió en la memoria de quien es el mejor entre los cuentistas españoles y el más español entre los cuentistas este malhadado recuerdo?

Desde el punto y hora en que llegó la carta, ando en busca de la contestación, dando vueltas al magín, con la pesadez de mula de noria, sin dar con los motivos, ni tan siquiera ponerme a tiro de ellos; y en verdad os digo que, como no sea porque de balde lo quise desde que, cinco lustros ha, pusiéralo Dios en mi camino, sin que la firmeza del afecto se mermara con goterones o quebraduras, no sé a qué atribuir distinción tan insospechada e inmerecida. Mas tengo para mí que algo, y aun algos, debió de influir en tal resolución esta continuidad afectiva, habida cuenta de que por delante del “viejo maestro” pasaron, en caravana de adulación y mendicidad, gentes de toda laya, que, mendrugo en mano todavía, volviéronle la espalda, si no es que la ingratitud llegó a ensañarse hasta dejar herida la mano acariciadora. Pero esta consideración, de orden genuinamente sentimental, tampoco justifica, ni con mucho, una misión de índole puramente literaria, a no ser -decíame yo- que haya de repetirse aquí el célebre caso de aquella comunidad religiosa que dio el encargo a un hermano lego de afeitar a un obispo recién llegado al convento. Resistióse el leguito, aduciendo su ignorancia en las artes de Fígaro, a lo que con santa simplicidad hubo otro de replicarle: “¡Como tanto lo quiere su caridad, creímos que también querría afeitarlo!”.

Pues, a semejanza del lego, mil veces opuse mi reconocida incapacidad y falta de costumbre en estos complicados menesteres de portería; mas por haberme hallado en otras tantas con un acuerdo irrevocable, aquí me tienen ustedes, dispuesto a salga lo que saliere, lo cual será menos malo si Dios viene en mi ayuda.

En su nombre, pues, doy principio lisa y llanamente, saliendo al paso a una probable pregunta de los lectores; “pero ¿es que vive todavía Zahonero? ¡Pues si hace más de sesenta años leía yo sus cuentos y en ellos enseñábame a deletrear mi madre!”

Vive, por fortuna, y a las siete de cada mañana podéis verle caminito del oratorio del Olivar, donde comulga y oye misa; a su casa vuelve repartiendo saludos, piropos y limosnas; a saltos sube los ochenta escalones (uno por año de los que cuenta), recibe y atiende a pedigüeños y recomendados, por docenas; hace gimnasia; escribe cuentos; despacha multitud de asuntos (ajenos, por supuesto);

va al “cine”, reza el rosario y, tras cuatro o cinco horas de sueño, se levanta a recibir el sol del día siguiente.

De propósito he omitido en la enumeración quehacer relacionado con dinero. Don José -así lo llaman familiarmente los vecinos del barrio desde hace treinta años- no tiene noción muy clara del valor de un duro. Cuando cobra algunos en administraciones de periódicos o casas editoriales, conviértense en prosaicas coles o sabrosos garbanzos, si no tropezó en el camino con necesidades reales o fingidas; pues, en caso tal, vuélvese sin blanca a su piso de Relatores, 13, y desde luego con más alegría a la vuelta. Tan cierto es lo que os digo, que la esposa de Zahonero, señora excelentísima por virtudes e inteligencia, vióse más de una vez en el trance de tener que acompañarle a la hora de la cobranza.

Prodigiosa supervivencia de una generación de fe, de aventuras, romanticismo y caballerosidad; elementos que, mezclados y fundidos, daban por resultante una pintoresca y atrayente ciudadanía, D. José Zahonero, a los ochenta años de su vida, es grande ejemplo de agilidad mental, de vigor físico y de disciplina moral. Esta afirmación -replicaréis- se da de bofetadas con la fama que siempre tuvo de bohemio empedernido el insigne literato.

Cuantos, desde uno u otro campo, por envidia o caridad -¡vaya usted a saber!- resumían su juicio acerca de este hombre diciendo: “¡Ah! D. José Zahonero vale mucho, pero... ¡es tan bohemio!”, dejaban caer en el suelo una piedrecita que, junto con otras mil de especie semejante, fueron construyendo el edificio erigido a esa bohemia tan renombrada, que bien puede calificarse, en su género, de monumento nacional.

Mas si, atravesando la puerta de entrada, penetráis en el interior, a lo largo de una observación minuciosa y un análisis sereno, advertiréis bien pronto cuán engañosas son las apariencias, pues ese recorte en la personalidad de Zahonero (por tal reputo el sambenito de bohemio al uso corriente) vino a caer sobre sus espaldas, las más de las veces, porque estas no soportaron peso de servilismos, ni se curvaron jamás en línea de adulación, ni la inteligencia que sostiene traicionó al pensamiento, ni el corazón que animan supo de infidelidades.

Cuando, al empuje de perentorios menesteres de linaje subalterno, pero ¡ay!, de ejecución inexcusable, la pluma torció sus puntos echando a andar por veredas abiertas a los malos aires del error y de la concupiscencia, al punto de una mano providencial -la de doña Enriqueta, ángel tutelar, más que cristianísima esposa- tocábale en el alma con tiernísimo reproche. Y pues la verdad del dicho “honra y provecho no caben en un saco”, lo es más profundamente que en otros en el orden literario, rompiendo el escritor con lastimaduras que le ataban al naturalismo, en boga por aquel entonces, y con las editoriales de bajo vuelo, prefirió la paz de su conciencia a las inquietudes de una ganancia lograda a expensas de concesiones a los apetitos inferiores.

Gloriosa y trágica a la vez fue aquella época en su vida y en la de los suyos. La llamada “conversión de Zahonero” dio abundante pasto a conversaciones y artículos. Acaso este calificativo sea menos cabal y preciso que efectista. Implica el concepto de un cambio absoluto en creencias y amores, en ideas y costumbres; adorar lo que antes se ha quemado, quemar lo que se adoraba antes. El renombrado cuentista es fervoroso católico, apostólico, romano, aunque cierto día díjome muy entristecido que en esto había pasado por breve tiempo de desvío. Tibieza en la actuación, olvido y abandono en las prácticas por absorción en el aborramiento de un ambiente literario y político cargado de podredumbre.

Por gracioso don de Dios, el “hombre viejo”, sin memoria de las obligaciones que al talento están adscritas, olvidado de los propios deberes en orden al cumplimiento de la ley religiosa, dábase a sí mismo muerte para hacer surgir en el milagro engendrador de la gracia, brioso y lleno de luz, al “hombre nuevo”, anhelante de reparar agravios, sediento de encontrar corazones hermanos con los que, armada una legión, el error y el vicio campantes en la tribuna, en el periódico y en el libro, hallasen un esforzado adalid con quien luchar cara a cara.

Abrióronle los brazos de par en par los católicos representativos, mas no así la bolsa, que harto corriente es todavía entre los nuestros acaudalados el viejo refrán “salves y credos y los cuartos quedos”, con lo que vióse mi hombre en penoso y difícil trance, pues de una parte rechazaba tentadoras ofertas y de la otra apenas recibía un estipendio punto menos que mezquino por su trabajo.

¿Quién no recuerda aquella saladísima ocurrencia que, amén de otras memorables, dieron fama a su discurso en la Asamblea de la Buena Prensa de Sevilla?

Hábale solicitado colaboración el director de un periódico y, acordada esta, hubo de requerir Zahonero por la índole y tendencia a que habían de acomodarse los escritos:

-Pues, verá usted -contestó el director-, cuentos que entretengan y hagan reír.

-Y ¿cuánto por cada uno?

- ¡Ah!, pues treinta reales. ¿Le parece bien?

Y el escritor, en respuesta, subrayó el gesto de amargura con una de sus inimitables frases.

-Pero ¿cómo quiere usted que yo con la pluma haga reír, si usted, con el precio, empieza por hacerme llorar?

Quedó la frase como tantas otras, y apagado el eco de los aplausos, pensé yo que quizá en la donosura de la réplica ocultábase el dolor de una vida, pues suscitando emociones, excitando sonrisas, levantando tronos a la virtud, sembrando el bien con la palabra, con la acción y con la pluma, había pasado Zahonero largos años,

sin que hubiese proporción entre lo que él daba al público y este le devolvía, si no es que muchas veces hallábase forzado a servir de peldaño para que la mediocridad se empinara y, ya en la cumbre, diese a la escalera con el pie.



Fortuna, y no leve, fue que la injusticia, la arbitrariedad, el desagradecimiento y el olvido nunca rozaran el corazón, niño siempre, del “viejo luchador”, constantemente inclinado, y mirar lo que de bueno tuviesen las personas y las cosas, dando de mano a sombras y negruras. Cualidad es esta con la que Dios distingue a sus hijos predilectos, siendo, a mi entender, derivación y secuela de la celestial caricia, en este caso, el regocijo que rebosa floreciente penetrando la conversación y los escritos de Zahonero, a la manera con que el sol derramase en

gozosas claridades, rompiendo al pasar las nieblas de la madrugada.

Vibra su espíritu en contacto con una chispa, por pequeñita que sea, de bondad y belleza, y cada vibración es un cuento en el que por líneas se enumeran los aciertos, o es un discurso por cuyos párrafos ondulan relampagueantes la ternura y el donaire, el brío emocional y la ironía.

En calidad de cuentista ocupa Zahonero una casilla literaria; mas paréceme que el narrador está un par de grados más abajo del orador. Oratoria tribunicia o, mejor dicho, de polémica, sus intervenciones habladas, que hicéronse famosas en el Ateneo y fuera de él, encendían lumbre en el ánimo de los oyentes.

Con sola una frase desarmaba al adversario. “Vosotros no tiráis bombas, sino bombones”, oíle en cierta ocasión decir a un anarquista más o menos intelectual que desde la cátedra de la calle del Prado tronaba iracundo contra altares y tronos. La interrupción, acogida entre aplausos y risas, dio en tierra con la palabrería anarquizante. A un escritorzuelo que hubo de acusarle de haberse vendido al “oro de la reacción” díjole en público: “Por lo visto, usted no sabe que yo tengo la conciencia tan limpia como la despensa”.

“La primera vez que habló en el Ateneo —escribía en 1897 D. Severiano Lorente— se reveló desde las primeras palabras; y aquel anónimo del Madrid literario impuso su apellido en la guía de forasteros de la nobleza intelectual, a los pocos minutos de emprender la tentativa”.

Como instantes después de pronunciar el sacramental “Señores...” todavía duraban los murmullos en la sala, oyéndose el arrastrar de las sillas y el toser de los circunstantes, Zahonero, que no se asusta de nada, esperó un momento y dijo: “Cuando me obsequiéis con el silencio tendré el gusto de empezar, no me sorprende vuestra indiferencia, acostumbrados como estáis a ver en esta cátedra a la aristocracia del talento y encontraros hoy con que la usurpa un plebeyo de las ideas; pero estoy dispuesto a hablaros y os hablaré; todos los que me han precedido en este sitio tenían sobrados motivos para embargar vuestra atención, puesto que venían de las universidades, los seminarios, las escuelas especiales, las academias, los institutos técnicos, las facultades... Pues bien, yo, señores, también tengo mis títulos; yo vengo de la calle”.

Vista y considerada la distancia de treinta y ocho años en que fue escrito el parecer que seguidamente reproduzco, tiene hoy idéntica actualidad que entonces. “Su temperamento nervioso -decía el Sr. Lorente refiriéndose a Zahonero- le imponía una actividad incesante que venía a ser una necesidad ineludible de su naturaleza inquieta; estudiaba mucho, leía más, hablaba por los codos, estaba en todas partes y fumaba como un contraamaestre. Por la calle, donde era difícil detenerle porque siempre tenía prisa por ir a cualquier parte, andaba a grandes pasos, con el sombrero derribado sobre el colodrillo, mostrando el volcán de su despejada

frente, de ideas reformadoras y apetitos de justicia, y no dejaba de agitarse en punto, de sol a sol... con suplemento de algunas horas más”.

En cuatro palabras, hábilmente zurcidas en ágiles versos, trazaba la semblanza del glorioso veterano Segovia Rocaberti, diciendo:

No puede estarse quieto, no reposa
su especial armazón de solo hueso,
armazón donde brilla a pesar de eso,
un alma cual ninguna generosa.

Deforme lo exterior, mas no lo interno;
unas veces rebelde, otras sumiso,
es a veces feroz y a veces tierno.
Es un juguete del Señor, que quiso
encerrar en un monstruoso del Averno,
un alma angelical del Paraíso.

La colección de cuentos que ahora sale a la luz no llega a ser, en cuanto al número, ni el pico de los 1599 que lleva publicados; mas, por lo que hace a la calidad, constituye una selección de ingeniosísimas narraciones, cada una de las cuales sugiere el recuerdo de una miniatura de cantoral toledano o guadalupense; acierto en elegir el tema; gracia y finura en desarrollarlo; justeza y atracción en el colorido, síntesis de emoción y de enseñanza.

Sin motor empresas de gran empeño en las que importancia de la obra marcha en razón directa de su volumen, Zahonero ha derramado su rica vena en la novela corta o historieta, que es precisamente uno de los géneros literarios más difíciles, aunque otra cosa se figuren los que todavía no han sido pillados con las manos en la masa.

Nada más laborioso que escribir corto... y bien; porque, para el viaje de lo otro, francamente, no se necesitan muchas alforjas. Idear un asunto más o menos insinuante y diluirlo en el rimero de páginas que vayan resultando, equivale a tener mimbres y tiempo; pero ahora no se hacen los cestos como en la época del tío Juanazo; el costero tiene que arbitrarse el mimbre, y luego, el respetable público ya no le da tiempo suficiente para la complicada manufactura. De donde resulta que hay que improvisar la obra; que la improvisación ha de ser sumaria y compendiosa; que tiene que emocionar o instruir, y que, a ser posible, debe procurar avvicinarse a los luengos confines de la perfección literaria.

Y aquí hago punto en la charla, que, por lo deslavazada y cominera, bien puede calificarse de portero entrometido. Que el Señor de la casa me perdone, que Dios en la visita os acompañe y de mí no se olvide.

JOSÉ POLO BENITO
En Toledo, a 6 de noviembre de 1928

JSH.

Madrid 30 de Marzo. 1929.

M.I. Sr. Dr. D. José Polo Benito.

Mi muy respetado y mi muy mucho querido amigo, quien debe grande y honroso afecto y el grandísimo beneficio del precioso prólogo para mi pobrecillo libro Manojito de Cuentos, que así señala Vd. en en tal prólogo la magnificencia de la caridad y del talento.

Escribo á Vd. muy deprisa, porque estoy furiosamente atado al libro que dedico á Vd. "Testavana", que quiero que resulte de páginas amenisimas y de propósito ejemplar. Por esto apenas puedo apartar mi atención del trabajo.

Suplico á Vd. me envíe los nombres del Excmo. Sr. Cardenal del señor hermano de este y también el del Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de Toledo, pues he de escribir las dedicatorias de sendos ejemplares.

y remitirlos. Por correo le envío á Vd. dos ejemplares, provisionalmente.

Le advierto á Vd. que el prólogo de su bien cortada pluma, ha gustado mucho. *sobre todo á Rodríguez*
Mun
En la prensa aún no me he ocupado por estarlo mucho en mi trabajo y por no ser todavía oportuna propaganda, *hasta que aparezca "Testavana"*.

Mis hijos, entusiasmados con Vd. y de Vd. me hablan de continuo.

Nada le digo mas porque me urge volver á las suatillas.

Tengame Vd. presente en la Santa Misa.

Saluda á Vd. Enriquetay yo le envío la expresión viva de mi gratitud y de mi perseverante cariño

José Polo Benito

APÉNDICE 3

Su amistad con el caricaturista Ramón Cilla

Francisco Ramón Cilla y Pérez nació en Cáceres el 24 de abril de 1859. Prolífico artista, que hizo sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Madrid y es uno de los pioneros de las tiras cómicas en España, publicó sus ilustraciones en revistas, tanto de Madrid como de Barcelona, entre las que se encontraban: *Pisto*, *Gedeón*, *Silencio*, *La Semana Cómica*, *Barcelona Cómica*, *Madrid Cómico*, *Blanco y Negro*, *La Gran Vía*, *Los Madriles*, *La Caricatura* y *El Cencerro*.

215

Ha sido considerado como uno de «los dibujantes de mayor éxito de la época» y «uno de los grandes dibujantes de finales del siglo XIX».

Su firma más conocida -al margen de su apellido «Cilla»- fue el pseudónimo «Chiflatis». Las ilustraciones de Cilla en *Madrid Cómico* muchas veces eran acompañadas por un pequeño texto satírico, obra de Sinesio Delgado. En sus caricaturas usó lo que alguno ha llamado modelo «quisquilla», estilo del que habría sido uno de los pioneros en el país, mediante el que representaba a personas con una cabeza de tamaño muy grande en comparación con el resto del cuerpo. Falleció en Salamanca en 1937.

[Bajo estas líneas, la familia del mártir conserva este dibujo en el que se lee: *Para D. José Polo Benito, recuerdo de su buen amigo. Cilla. 1918*. Y por detrás, se trata de un cartón aprovechado, aparece su autorretrato].



[También entre las muchas pertenencias que la familia de don José Polo conserva aparece esta caricatura del rey Alfonso XIII y que Cilla también dedica a Polo Benito. No he podido hacer un estudio exhaustivo sobre el caricaturista, pero tal vez este trabajo sea inédito y no se había publicado nunca].



APÉNDICE 4

La acción social de la iglesia placentina por Flores del Manzano

El investigador y escritor **Fernando Flores del Manzano**⁴⁵ es autor del libro **La acción social de la iglesia placentina**, publicado también por *Ediciones Cultura Cristiana*, sobre la labor realizada en las primeras décadas del siglo XX por los obispos Francisco Jarrín (1906-1912) y Ángel Regueras (1915-1923).

217

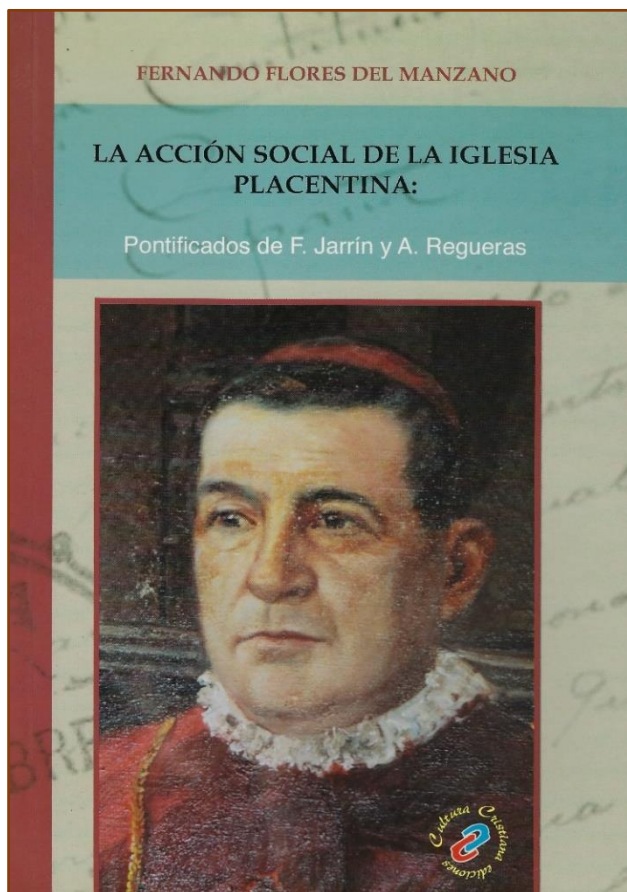
Flores del Manzano se centró en ambos episcopados porque, según sus investigaciones, fueron los que realmente crearon en la diócesis de Plasencia nuevas estructuras de acción social que no existían antes de su llegada, y que después de ellos fueron aglutinadas bajo el movimiento Acción Católica que, si bien mantuvo algunas de ellas, no volvió a crear nuevos servicios, en parte porque esa labor comenzó a ser realizada por las incipientes organizaciones católicas de inspiración obrera.

El autor explica en el libro cómo monseñor Francisco Jarrín, ayudado por Polo Benito, puso en marcha a principios del siglo pasado la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Plasencia, fundada por entonces con una vocación social.

Monseñor Ángel Regueras López creó, por su parte, las cocinas económicas sostenidas con fondos de la iglesia, que según Flores del Manzano se dedicaron a partir de 1916 a «atender las necesidades básicas de los cientos de menesterosos que llegaban a la ciudad».

También aporta el autor el dato de que las cocinas económicas de Plasencia llegaron a repartir cien

mil raciones de comida entre agosto de 1936 y agosto de 1937, es decir, al inicio de la Guerra Civil. Entre las curiosidades que se pueden leer en el libro, aparece



⁴⁵ Fernando Flores del Manzano (1950-2020), doctor en Filosofía y Letras, profesor, historiador, escritor y académico. Era profesor de Lengua y Literatura en el instituto Gabriel y Galán de Plasencia; investigador y prolífico escritor, fue autor de una treintena de libros y de un centenar de monografías y artículos de revistas especializadas. En el año 1996 fue nombrado cronista oficial de su localidad natal, Cabezuela del Valle. Académico Correspondiente de la Real Academia de Extremadura (2009). En 2012 publica *Acción Social Católica y asociacionismo agrario en la diócesis de Plasencia (1903-1931)*.

que fue Ángel Regueras quien consagró solemnemente la Catedral de Plasencia el 9 de diciembre de 1918, pues, a pesar de los siglos transcurridos desde su construcción, se dieron cuenta entonces de que nunca se había llevado a cabo la consagración del templo catedralicio.

El libro recoge también los orígenes de otros movimientos católicos de vocación social que fueron surgiendo en la ciudad, como las Sociedades Católicas Obreras, el Centro Social Católico, la Protectora Placentina, la casa católico-obrera o el sindicato agrícola-católico de Plasencia, entre otros.

Flores del Manzano explicó que este libro tiene su origen en la investigación que llevó a cabo en su día para escribir *Historia del movimiento obrero en Plasencia*. Descubrió entonces que la iglesia placentina había tenido un importante papel en la acción social desarrollada en Plasencia durante las dos primeras décadas del siglo XX, y propuso al Obispado publicar un libro específico sobre el asunto. El director de la editorial placentina *Cultura Cristiana*, Antonio Cano, le trasladó la idea al obispo, monseñor Amadeo Rodríguez Magro, que apoyó inmediatamente.

El libro nos ofrece, desde la página 41 a la 63, todo un apartado dedicado a desglosar el buen hacer en el campo de la acción social del beato José Polo Benito.



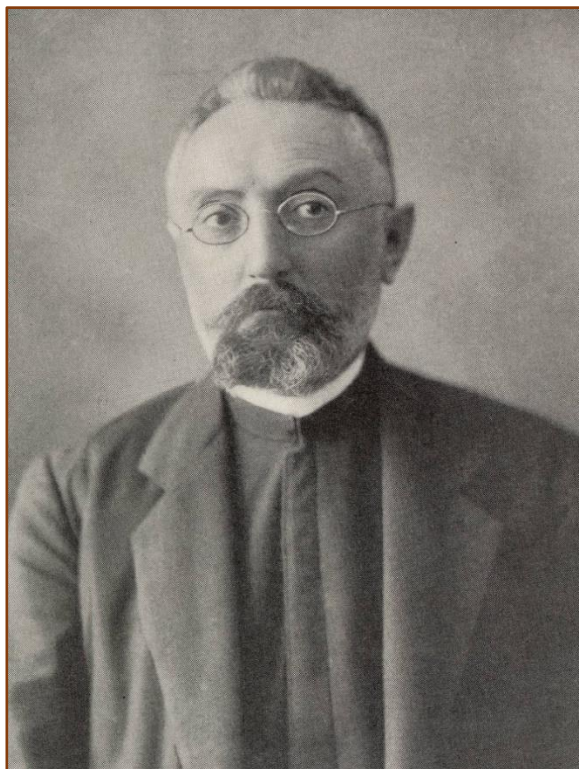
[La familia conserva este hermoso busto del famoso escultor **Santiago de Santiago** (1925-2023)].

APÉNDICE 5

Miguel de Unamuno y *El resentimiento trágico de la vida*

Los intentos por rescatar la región de Las Hurdes, según los estudiosos del tema, se remontaban al siglo XVII, de la mano del que sería nombrado obispo de Coria en 1684 y posteriormente arzobispo de Toledo, monseñor Juan Porras y Atienza. También se intentó poner fin al aislamiento de la comarca durante el reinado de Carlos III, época protagonizada por el absolutismo ilustrado. Asimismo, a finales del siglo XIX, monseñor **Francisco Jarrín Moro** inició una regeneración de las aldeas hurdanas. Nombrado, en 1906, obispo de Plasencia, será junto a su secretario, el beato **José Polo Benito**, quienes, en la primera década del siglo XX, movilizarán a una serie de personalidades para fundar en 1903 la *Esperanza de las Hurdes*. Esta sociedad benéfica consiguió subvenciones y denunció determinadas situaciones como el tráfico de los niños expósitos, que terminaría por abolirse tras el viaje del doctor Gregorio Marañón.

Más tarde, como ya explicamos en su momento, ***Las Hurdes: revista mensual ilustrada*** comenzó a publicarse como boletín mensual en febrero de 1904. Fundada por Jacinto Orellana, XI marqués de la Conquista y de Albaida, senador y mecenas, estuvo dirigida por Francisco Jarrín y fue su **redactor jefe Polo Benito**. Inspirada en los principios de la acción social católica, la publicación fijó su tarea en desmentir “las fábulas y patrañas” con las que a menudo se ofendía a la región y en la prioritaria necesidad de dotarla de “iglesias, escuelas y caminos”, que procurasen el “mejoramiento moral y material” de la comarca.



Ya reseñamos (páginas 49 y ss.) que en 1908 tuvo lugar el **I Congreso de Hurdanófilos**. La difusión de estas noticias animó a **don Miguel de Unamuno**, rector de la Universidad de Salamanca [sobre estas líneas, en una foto de 1910], como *delegado del gobierno en educación* de las provincias de Salamanca, Cáceres, Ávila y Zamora, a visitar Las Hurdes en 1911 y 1914, acompañado por los franceses Jacques Chevalier y el geógrafo también galo Maurice Legendre y guiados por “tío Ignacio” (Ignacio Pérez), natural de La Alberca, quien fue acompañante de Legendre en sus doce viajes por la comarca.

Unamuno glosó sus dos viajes a Las Hurdes en varios artículos publicados en *El Imparcial* y *El Liberal* y posteriormente los resumió en: *Andanzas y visiones españolas*, publicado en 1922.

El trato con don José Polo viene consignado en las notas de prensa cuando se reunían en las diferentes comisiones por la proyección de Las Hurdes, y no solo. Como fue el caso para el homenaje rendido tras la muerte de Gabriel y Galán (*El Castellano* de Salamanca del 16 de enero de 1905 y en *El Lábaro* del 17 de marzo de 1905) o en veladas literarias, donde se reunía la intelectualidad salmantina (*El Castellano* de Salamanca, del 2 de octubre de 1905). Ambos coincidirían también en la visita que el político **Francisco Cambó**⁴⁶ hizo al Círculo Mercantil de Salamanca (“*Hablaré pues de Cataluña y lo haré ante Castilla con sinceridad absoluta, como lo haría ante la Liga regionalista*”, publicado en *El Adelantado* de Salamanca, 16 de marzo de 1908). O también, en el mismo Círculo Mercantil salmantino, en la conferencia del jurista **Diego M^a Crehuet**⁴⁷ (*El Norte de Extremadura*, 13 de marzo de 1909).

El resentimiento trágico de la vida

Damos un salto en el tiempo, pues será la última vez que Unamuno entrecruce su nombre con el del beato José Polo Benito.

*El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*⁴⁸, último texto de Miguel de Unamuno, fue redactado durante los primeros meses de la Guerra Civil y unas semanas antes de su muerte [Unamuno fallece el 31 de diciembre de 1936]. Es un **documento excepcional**, que verá la luz por primera vez en 1991, y cuyo aspecto formal contrasta, sorprendentemente, con la lucidez y altura de miras de un hombre que enjuicia la situación que está viviendo y padeciendo, enmarcándola en su itinerario espiritual y político. Además, la dejadez de una redacción aparentemente caótica, en sintonía con los sentimientos del escritor frente a los desastres de la guerra encubre a primera

⁴⁶ **Francisco Cambó y Batlle** (1876-1947) fue un político y abogado conservador. Cofundador y líder de la *Liga Regionalista*, llegaría a ser electo diputado en Cortes en varias ocasiones. Firme defensor de que el catalanismo interviniera en la política española, fue ministro de Hacienda y de Fomento en varios gabinetes del reinado de Alfonso XIII. Ausente durante los años de la dictadura de Primo de Rivera, tras la proclamación de la Segunda República volvería a la arena política y fue elegido diputado de las Cortes republicanas. Además de su actividad política, desde su juventud Cambó desarrolló una activa carrera empresarial. En 1936 se posicionó a favor de Francisco Franco. Sin embargo, acabada la contienda no regresó a España y se instalaría en Argentina, país en el que residió hasta su fallecimiento en 1947.

⁴⁷ **Diego María Crehuet del Amo** (1873-1956) de sólida formación científica fue un eminente jurista. Superó con facilidad las oposiciones de Notarías y tuvo como primer destino la localidad de Arroyo de la Luz, una de las más grandes e importantes de la provincia de Cáceres en aquellos momentos. Demostró su gran cultura literaria y su destreza con la pluma, que plasmó en frecuentes colaboraciones en revistas, especialmente la *Revista de Extremadura*. Llegó a lo más alto del escalafón jurídico: ejerció como fiscal general del Estado y magistrado del Tribunal Supremo.

⁴⁸ Es llamativo el recurso de este título sobre el de su famoso *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, conocida usualmente como *Del sentimiento trágico de la vida*, que es uno de los más destacados ensayos filosóficos de Miguel de Unamuno, publicado en 1913. Bajo la influencia de Søren Kierkegaard y de san Ignacio de Loyola, entre otros, quien fuera eximio rector de la Universidad de Salamanca hace una profunda incursión en la problemática existencial del hombre contemporáneo.

vista una escritura combatiente, lírica e incluso confesional. El recurso repetido a las metáforas, acumulaciones y demás procedimientos estilísticos combinado con los innumerables aforismos, nos ofrece la quintaesencia de la reflexión unamuniana. Entra en resonancia con varios escritos contemporáneos ya publicados o inéditos y aclara, sin lugar a dudas, la postura final de Unamuno frente al movimiento nacional.

<p>ABC MADRID, SÁBADO 18 DE MAYO DE 1991</p>	<p>UNAMUNO INÉDITO: «EL RESENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA»</p>
<p>LUIS MARÍA ANSON, PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE COMUNICACIÓN Y HUMANIDADES (Sección Cultura)</p>	
<p>HUELGA EN IBERIA Y RENFE: UN TERCIO DE VUELOS SUSPENDIDOS Y SABOTAJES EN VARIOS TRENES («ABC, Diario de Economía»)</p>	
<p>Encuesta EL CDS PODRÍA OBTENER TRES CONCEJALES EN MADRID (Cuadernillo Elecciones)</p>	
<p>YUGOSLAVIA: EL EJÉRCITO AMENAZA CON INTERVENIR SI NO SE ELIGE PRESIDENTE DE LA NACIÓN (Sección Internacional)</p>	
<p>MELCHOR MAURI, VIRTUAL GANADOR DE LA VUELTA CICLISTA A ESPAÑA (Sección Deportes)</p>	
<p>En «ABC Literario» de nuestro Sábado Cultural encontrará hoy el lector un importante texto inédito de Miguel de Unamuno, destinado a constituir un libro sobre la guerra civil española. Bajo el título «El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas», Unamuno plasmó toda la acritud, el dolor y la pasión de la gran tragedia nacional sobre unas cuartillas escritas entre el 18 de julio de 1936 y el último día de ese mismo año, en que murió en Salamanca. Se trata, pues, de un testimonio único, de inestimable valor histórico y literario, que ABC publica en rigurosa primicia, después de que permaneciera desconocido durante más de cincuenta años en manos de sus herederos. (Editorial en la sección de Opinión)</p>	

[ABC publicó el 18 de mayo de 1991 el texto en rigurosa primicia, después de que permaneciera desconocido durante 55 años en manos de sus herederos].

Inacabado y fragmentario⁴⁹, el borrador, formado por notas de diario, auto diálogos y apuntes escritos desde principios de septiembre hasta finales de noviembre de 1936, nos muestra a un Unamuno que hace examen de conciencia y deja anotaciones como estas:

Entre los hunos y los hotros están descuartizando a España.

Bolchevismo y fascismo son las dos formas -cóncava y convexa -de una misma y sola enfermedad mental colectiva.

Vencer no es convencer; conquistar no es convertir.

Esta obra permite acercarse a un Unamuno, que tras la conmoción de la guerra, se replantea toda su obra y su idea de España:

La experiencia de esta guerra me pone entre dos problemas, el de comprender, repensar mi propia obra, empezando por “Paz en la guerra” y luego comprender, repensar España.

Y hasta su idea de la humanidad: *Da asco ser hombre.*

De los cinco cuadernillos tamaño octavilla (simples cuartillas dobladas), más el inicio de un sexto, nos interesa el llamado D1:

Al comienzo de esta sección Unamuno nos presenta la defensa de la intelectualidad frente a sus enemigos, pertenecientes por igual a los dos bandos:

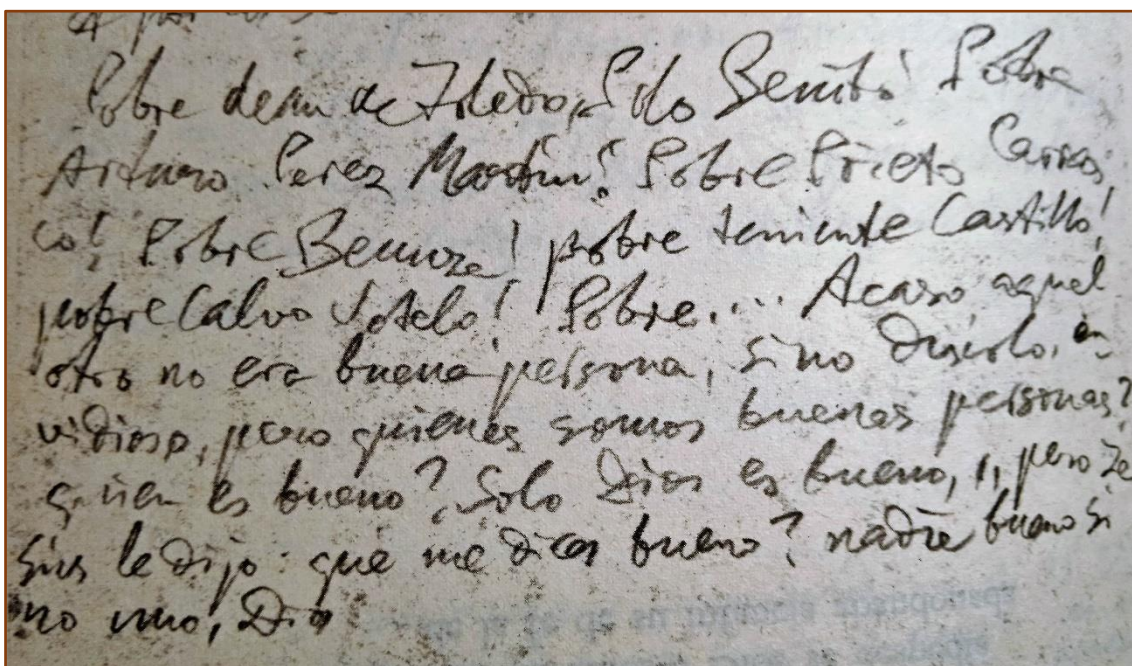
Los motejados de intelectuales les estorba tanto a los hunos como a los hotros. Si no los fusilan los fascistas les fusilaran los marxistas. A quiénes se le ocurre ponerse de espectador entre dos bandas contendientes sin tomar partido ni por una ni por otra? «A ver, eh, ¿a ver?» Nadie más peligroso que el mismo imparcial. «Quien no está conmigo contra mí está» Luc XI 23, pero «el que no está contra vosotros, por vosotros está» Luc IX 50. No, generosidad no, que lo que se llama así suele ser un insulto, una limosna afrentosa. A por los 300!

Pobre deán de Toledo, Polo Benito! Pobre Arturo Pérez Martín! Pobre Prieto Carrasco! Pobre Beunza! pobre teniente Castillo! pobre Calvo Sotelo! Pobre... Acaso aquel otro no era buena persona, sino díscolo, envidioso, pero quienes somos buenas personas? Quién es bueno? Solo Dios es bueno, «pero Jesús le dijo: qué me dices bueno? Nadie bueno si no uno, Dios.

⁴⁹ Santos Domínguez Ramos (1955) poeta, catedrático de lengua y literatura y crítico literario español comenta en su blog *Encuentros de lecturas* la edición de Miguel de Unamuno. *El resentimiento trágico de la vida*. Edición de Colette y Jean-Claude Rabaté. Pre-Textos. Valencia, 2019.

En esta selección que a modo de bosquejo presenta Unamuno va a colocar a nuestro protagonista al frente. Un sacerdote; **Pérez Martín** que era científico; **Joaquín Beúnza**, carlista; el **teniente Castillo** -de ideología socialista, destacado militar durante la Segunda República- y el diputado monárquico **Calvo Sotelo**. El asesinato de estos dos últimos ha sido considerado por la historiografía como el detonante inmediato de la guerra civil española.

Así que, hasta en las últimas líneas escritas con desazón y amargura, al final de su existencia Unamuno tuvo un recuerdo para su amigo Polo Benito.





Mientras, si Dios quiere, preparamos los siguientes tomos que tratarán: de su etapa como deán de la Catedral de Toledo; de los más de cien artículos, sobre variados temas que fueron publicados en periódicos de Toledo, nacionales e internacionales; de las fotografías de sus peregrinaciones a Tierra Santa -que seguimos clasificando-; o de sus últimas semanas antes de alcanzar la palma del martirio... presentamos para los lectores de este tomo, de forma resumida, su etapa en Toledo y su martirio.

DEÁN DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

Nuevo arzobispo y nuevo deán. Don José Polo Benito tomó posesión como deán de la Catedral Primada de Toledo el 25 de enero de 1923. Meses después *La Esfera* publica esta fotografía, el 30 de junio de 1923. En el pie de foto se lee: «El **cardenal Enrique Reig** (1922-1927), rodeado del Cabildo y de las autoridades, en el acto de tomar posesión de la Sede Primada de Toledo el día 23 del actual».



Ingresó en la *Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, el 5 de abril de 1925.

El **siervo de Dios Alfredo van den-Brule**⁵⁰ fue alcalde de Toledo durante trece meses entre 1930-1931. La fotografía bajo estas líneas nos lo presenta junto a las autoridades locales en una visita protocolaria al Palacio Arzobispal. A la izquierda de la foto, el **cardenal Pedro Segura y Sáenz** (1927-1931). El beato José Polo a la derecha de la foto. Este es el segundo Arzobispo Primado con el que trabajó.



En defensa del cardenal Segura. Recordamos brevemente la postura del beato José Polo cuando lleguen las horas convulsas para la Archidiócesis, con la expulsión por parte de la Segunda República del Cardenal Primado.

⁵⁰ Siendo abogado, recién cumplidos los 25 años, fue elegido concejal del ayuntamiento de Toledo por el distrito tercero. Fue el candidato más votado y se presentaba como independiente. Nombrado tercer regidor será miembro de las comisiones de Policía de Seguridad, Orden y Sanidad, y de las de Beneficencia, Corrección e Instrucción Primaria.

Como queda dicho, fue alcalde de Toledo durante trece meses entre 1930-1931. Sin embargo, el momento álgido en su vida social y política llega el 14 de abril de 1931 con el advenimiento de la II República. Previendo que los tiempos que se avecinaban serían turbulentos, con gesto sereno, desde un balcón del Ayuntamiento se dirigió a una multitud que le pedía que no renunciase a su cargo: *-Soy católico y soy monárquico. Por lo tanto, no puedo seguir en este puesto bajo el nuevo régimen, pues yo creo que el actual orden de cosas no puede traer a España el bienestar que anhela; antes se me antoja que ha de ser de nefastas consecuencias.* Palabras demasiado claras como para ser olvidadas, a pesar del lustro que transcurrirá hasta su asesinato. A las seis de la tarde de un caluroso 29 de agosto de 1936 caerá fusilado en las inmediaciones del monasterio de San Juan de los Reyes. Su causa, en la fase diocesana, se encuentra instruida con los primeros cien mártires de esta archidiócesis.

La **Asociación Diocesana del Clero** en un artículo, que publica en *El Castellano*, termina expresando que «citaremos las tan valientes como discretas frases con que el señor deán [beato José Polo Benito], en la sabatina del día 25 de abril [1931], refutaba, en medio del asentimiento unánime del auditorio, las viles imposturas inventadas contra el señor cardenal⁵¹.

“La malicia o la ignorancia, separadas o conjuntamente (que no es este el momento de analizar, no es este el instante de juzgar las proporciones en que pudiera intervenir la incomprensión o la perfidia en el infame propósito); la malicia y la incomprensión, juntas o separadas, vinieron en la noche del sábado a esta catedral para representar dentro de sus sagrados muros aquella memorable escena ocurrida primeramente en Jerusalén, cuando los fariseos iban a escuchar a Cristo, “ut caperent eum in sermone”, para cogerle por sus palabras.

También aquí se ha repetido la escena de calumnia. Lenguas impuras paladearon la acidez del sabor de esa calumnia, y de la lengua pasó a la pluma, a la pluma, señores y hermanos míos, que puede ser espada de acero toledano o navaja envenenada en el filo.

Vosotros sabéis, como yo, que es enteramente falso, vosotros sabéis, como yo, que es enteramente calumniosa la especie que se ha atribuido a nuestro Eminentísimo Señor Cardenal.

No vengo yo a deciros que protestéis. ¿Para qué? Yo sé bien, como vosotros, que la calumnia se esparce para que algo quede y que, cuando el agua, voluntaria e involuntariamente, se esparce, es muy difícil recogerla.

No vengo yo a protestar; sé muy bien que cuando la rectificación viene, la mancha no se borra, ni el honor se devuelve; no vengo, pues, a hacer protestas, por otra parte innecesarias entre vosotros; vengo, hermanos míos, como deán-presidente del Cabildo Primado de España, a que vosotros y yo, juntos en abrazo de hermandad, pidamos perdón para la malicia o para la ignorancia que fabricaron esa calumnia y nos dieron este nuevo dolor.

Vengo, hermanos míos, para que vosotros y yo pidamos a la Virgen Santísima del Sagrario abra su manto de misericordia y cobije también a los hijos desleales e ingratos; a la Virgen Santísima, cuya lealtad es tan grande y que supo tanto de dolores y de afrentas.

Que Ella, hermanos míos, esté siempre bendiciéndonos, esté siempre protegiéndonos y que no se olvide de proteger a los hijos que algunas veces se olvidan de serlo, ni en esta vida ni en la otra”».

⁵¹ Ya se explicó suficientemente la expulsión del cardenal Pedro Segura en las páginas 333-337. Solo nos interesa ahora dejar constancia de la defensa del beato José Polo Benito.

Meses después -tras la expulsión y, mientras se va fraguando la renuncia a la Sede toledana- motivado por la necesidad de mantener al Prelado, el 23 de agosto de 1931, el Cabildo, y don José Polo en su nombre, publica esta nota:

La adhesión del Cabildo Primado y del clero diocesano al Sr. Cardenal Primado Cabildo Primado de Toledo.-- 23 de agosto de 1931.

Señor director de EL CASTELLANO. -- Toledo.

Muy distinguido señor mío: En prueba de adhesión del excelentísimo Cabildo Primado de Toledo a su Cardenal Arzobispo, y como protesta ante la violación, por parte del Gobierno, del Concordato, ha acordado por unanimidad que cada uno de los señores capitulares que integran la Corporación, ceda de su peculio la parte proporcional que se estime precisa, para el decoroso sostenimiento del eminentísimo prelado. Inmediatamente de hecha pública esta iniciativa, se ha adherido también por unanimidad, y en el mismo sentido, la asociación diocesana del Clero de Toledo, compuesta de quinientos sesenta socios sacerdotes. Con la expresión de mi gratitud por la inserción de esta carta, se reitera de usted s.s.q.b.s.m. José Polo Benito.

Un intelectual entregado a la vida pastoral. Su laboriosidad e inteligencia se destacaron en varios congresos y asambleas, siendo notable su intervención en el *Congreso Eucarístico Internacional de Viena*, en el *Congreso Social de las Asociaciones del Norte*, celebrado en Plasencia; en la *Asamblea de la Buena Prensa*, en Zaragoza, y también en el *Congreso de Previsión Social*, de Barcelona, en el que resaltó la autoridad de su doctrina y de su experiencia, con admiración y aplauso de todos los congresistas.

En la ciudad de los Concilios alcanzó, si cabe, mayor riqueza de matices y de intensidad la vida del Sr. Deán. En plena madurez, se aplicó a reanimar la vida religiosa de la catedral, y predicar dentro y fuera de Toledo. Algo hemos apuntado con relación a la catedral, pero no era Polo Benito de los que se limitasen a la unilateralidad; así trascendió pronto su esfera de acción de los muros catedralicios, y se extendió a la *Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas*; al *Instituto Nacional de Previsión*, donde fue elegido vicepresidente del Consejo del Patronato de Previsión; a la *Comisión Provincial de Monumentos*, de la que era presidente, y todavía pudo ocupar las presidencias de la esclavitud de Nuestra Señora del Sagrario y la dirección de *Peregrinaciones a Roma y Oriente*, cargo en el que se distinguió de forma que mereció recompensas de la Santa Sede y la Cruz de Oro del Santo Sepulcro de Jerusalén.

No podemos prescindir de sus asiduas colaboraciones en los periódicos de los que se conservan decenas de artículo, entre ellos en *ABC*, *El Castellano* o *Mundo católico*, así como de la *Prensa Asociada*. Dirigió la revista *Tierra Santa y Roma*. Su pluma fue requerida para honrar las páginas de *La Razón* de Buenos Aires, y otros periódicos y revistas extranjeros.

Fruto de sus vigiliyas y desvelos fueron sus libros, entre los que recordamos: *Feminismo social*, *La emigración en Béjar*, *Del periodismo católico*, *El Hogar Jurdano* (laureado con el premio Roel), *Crónica del Congreso Nacional a favor de las Jurdes*, *Plasencia por Jesús Sacramentado*, *El libro del Congreso Internacional Eucarístico* (Crónica del XIII Congreso Internacional Eucarístico) *Las crónicas de un año de acción*, *El falso Rembrandt* (novela traducida del alemán), *Guerra y Amor*, *El mundo va a Roma*, *El problema social del campo de Extremadura*, *Jesucristo vuelve* (páginas de Acción Católica), etc.

Bajo estas líneas junto al doctor Ángel L. Sojo, director del periódico argentino La Razón, en el que don José colaboraba (la foto la publica *Caras y caretas*, también publicación de Buenos Aires, el 3 de noviembre de 1934).



Otra faceta, de la que se conservan muchas fotografías del beato José Polo es haciendo de anfitrión, ante la cantidad de campos que abarcaba o en razón de sus cargos. En la página siguiente reproducimos la portada de la revista *Estampa* del 8 de octubre de 1929. Bajo la fotografía se lee: “La hija de los Reyes de Bélgica en España. Su Alteza Real la Princesa María José⁵², de Bélgica, con su dama de honor, el deán de Toledo, Sr. Polo Benito, y el redactor jefe de Estampa, contemplando, desde la Virgen del Valle, la ciudad de Toledo”.

⁵² La princesa María José de Bélgica (1906-2001), que poco después se convertiría en reina consorte de Italia tras su matrimonio con Humberto II.

8 Octubre 1929

Estampa

*Revista Gráfica y Literaria de la Actualidad
Española y Mundial* - Editada en Suc. de Rivadeneyra
Paseo de San Vicente 20 == MADRID.

30 etms.

Director
Propietario:
Luis Montiel

Redactor-jefe:
Vicente
Sánchez Ocaña

Año 2 = Núm. 91



LA HIJA DE LOS REYES DE BELGICA EN ESPAÑA S. A. R. la Princesa Maria José, de Bélgica, con su dama de honor, el deán de Toledo Sr. Polo Benito, y el redactor-jefe de ESTAMPA, contemplando, desde la Virgen del Valle, la ciudad de Toledo. (Información en las páginas 3 y 4.) (Foto Benitez Casaux.)

Esta última foto, publicada en el diario *Ahora*, el 26 de septiembre de 1935, un año antes de su asesinato, creo que nos lo presenta tal como era: espontáneo y con una increíble fuerza de palabra.



Subido a un banco de la plaza toledana de Zocodover, está “dirigiendo un saludo a los congresistas de Historia de la Medicina a su llegada a Toledo”. A la izquierda de la foto, el arzobispo primado de Toledo, el cardenal Isidro Gomá: el último Primado con el que colaboró.

LLEGÓ EL MARTIRIO. ESCLAVO DE LA VIRGEN⁵³. Fue, sin duda, la Virgen del Sagrario la que le hizo, para siempre, esclavo suyo y, para siempre, libre. Era el deán de Toledo devotísimo de la Virgen toledana. Él había fundado la *Esclavitud de la Virgen del Sagrario*, y él era su presidente. Y él organizaba todos los años las fiestas solemnísimas que en honor de la Santísima Virgen se celebran cada 15 de agosto. Esta fue la razón de encontrarse por esta

⁵³ Aniceto DE CASTRO ALBARRÁN, *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la Cruzada Española*, páginas 243-250, (Salamanca, 1938).

época, como todos los años, en Toledo. Fue, pues, su amor y su devoción a la Virgen lo que le puso en coyuntura de caer en las garras de las fieras⁵⁴.

El caso fue de esta manera. El 23 de julio de 1936, a los dos días de haberse apoderado de Toledo las milicias marxistas, se presentó en casa del señor deán un crecido grupo de milicianos. Al frente de ellos iba un albañil de Toledo, llamado Rosell. Este hombre infame era uno de los que más favores había recibido del señor Polo Benito. Varias veces el caritativo sacerdote le había encomendado obras en su casa con el único intento de socorrerle cuando el obrero se encontraba sin trabajo. Y el mismo albañil se gloriaba, públicamente, de su amistad con el señor deán. Ahora, el amigo socorrido capitaneaba aquel pelotón de criminales que buscaba al sacerdote para asesinarle. Lo mismo, lo mismo que Judas.

Rosell conocía perfectamente la casa del señor deán y sabía muy bien lo que había en ella. A pesar de ello, lo primero que hizo aquella horda fue registrar, de arriba abajo, toda la casa. Y hallaron lo que todo el mundo sabía que tenía en su casa el deán de Toledo: muchos libros, muchos papeles, instrumentos de su trabajo apostólico, cultural y social. Pero nada que le pudiese comprometer, ni un simple papel que sirviese para fundar una acusación o una sospecha.

A pesar de ello le detuvieron.

Con él apresaron también a su sobrino don Antonio Martín Poveda, y a los vecinos del segundo piso de la casa, don Félix Sáez de Ibarra, organista de la catedral, y sus sobrinos Teodoro y Félix, seminaristas de Toledo.

El crimen de todos estos detenidos era, indudablemente, el mismo: el de ser personas honradas, sacerdotes o allegados de sacerdotes. Y el fin que al detenerlos se proponían, se vio enseguida.

Los bajaron a todos al patio y los pusieron en fila. Ante ellos se colocó el pelotón de milicianos. Los milicianos prepararon sus fusiles. Y hubo un instante en que parecía como si esperasen algo. Y estaban inquietos, nerviosos. Pero lo que esperaban no llegó. El miliciano encargado de romper el fuego, llegado el momento, tembló azorado, y no acertó a manejar el arma. Sus camaradas, desconcertados y frenéticos, se volvieron contra él y se desataron en denuestos y amenazas.

⁵⁴ En 1923, en los tres últimos días del Octavario, el Cabildo catedralicio organizó un triduo de sermones. En la mañana del día 22, el beato **José Polo Benito, deán, fue el encargado de la predicación y durante su sermón expuso la idea de fundar una cofradía-esclavitud bajo la advocación de Nuestra Señora del Sagrario**, proyecto que, al ser comunicado al cardenal primado, Enrique Reig, este ofreció su total ayuda y colaboración. Los estatutos por los que había de regirse la Esclavitud fueron aprobados por un decreto del prelado el 25 de enero de 1924.

-Si no vales para el fusil, tirallo, le decían.

Pero el incidente libró, por entonces, a los presos de una muerte que habían tenido muy cerca.

Fracasado el primer intento de asesinato, Polo Benito fue trasladado con los demás detenidos de su casa, a la Diputación Provincial. Pero, a los dos días, le separaron ya de su sobrino y de sus amigos y, en unión de otros sacerdotes, le llevaron a la cárcel de la ciudad.

Aquí, en la cárcel, iba a celebrar el sacerdote devoto de la Virgen la novena de aquella Virgencita toledana, que era el grande amor de su corazón piadoso y sacerdotal. Y en la cárcel la celebró.

¡Qué distinta de la de otros años esta entristecida novena de la Virgen del Sagrario! Otros años, el deán rodeado de toda la pompa de su Catedral Primada, ofrecía a la Virgen los oros y las sedas, los himnos y los júbilos de la Ciudad Imperial. Y, puesto a los pies de la Señora, en plenitud de vida y de libertad, se declaraba y se consagraba esclavo de Ella. Este año, el señor deán de Toledo no puede ofrecer a la Virgen del Sagrario, en su novena, ofrendas pomposas y alegres. Sólo tiene en sus manos y en su corazón -para regalárselo a la Reina- espinas, angustias, sobresaltos. Que también le agradan a la Virgen. Y le agrada, sobre todo -y más que otros años- la ofrenda de su esclavitud que este año le hace el deán. **Porque la esclavitud que este año tiene Polo Benito para ofrecérsela a la Virgen, es mucho más hermosa que la de otros años.** Este año no hace falta que se declare y se consagre esclavo. Lo es, de verdad. Esclavo, preso. Y esclavo de la Virgen. Porque, por Ella, por preparar su fiesta, le sorprendieron en Toledo y le hicieron preso, esclavo. Bien puede, pues, el señor deán de Toledo apropiarse la frase de Pablo y enorgullecerse con un título parecido. San Pablo se llama a sí mismo **Vinctus Christi**; Polo Benito es **Vinctus Virginis**, el Preso, el Esclavo de la Virgen.

Y no parece, sino que fue la misma Santísima Virgen la que quiso demostrar que el deán de Toledo era en la cárcel su esclavo y que era a Ella a quién Polo Benito hacía la total ofrenda de su libertad y de su vida.

Dos apuntes más. Luis Moreno Nieto, que también estaba detenido, recuerda que fue testigo presencial del momento en que don José fue sacado de la Diputación Provincial, entre guardias de asalto, y se enfrentó contra un tal Cabello, que era el cabecilla, diciéndole:

-Si me van a matar, no finja, por compasión; dígamelo.

El día 25 de julio fue trasladado a la prisión de Gilitos. En el libro de Rivera se narra este traslado de los presos a la cárcel provincial:

En fila ignominiosa, son conducidos a la cárcel. En el registro carcelario se anotan los nombres de los detenidos y la cantidad que tenían en su haber.

Así, por ejemplo, en el día 25 de julio, “*José Polo Benito ingresó 1 peseta; el 4 de agosto, Segundo Blanco, 45,80...*”.

En el mismo libro se habla de cómo se organizaron los presos y la vida que conducían. En la Diputación habían recibido un trato malísimo y además el lugar no estaba acondicionado para cárcel. En la cárcel los mismos presos se organizaron distribuyéndose el trabajo. “*Juntos rezaban el rosario y mutuamente se consolaban en aquellas penalidades que eran a todos comunes*”.

23 DE AGOSTO DE 1936: JUNTO A LA PUERTA DEL CAMBRÓN

En la saca de la madrugada del 23 de agosto sufrieron el martirio por causa de la fe once sacerdotes diocesanos, entre ellos, el beato **José Polo Benito** -que fue beatificado en Roma, el 28 de octubre de 2007- y diez hermanos Maristas, que fueron beatificados en Tarragona el 13 de octubre de 2013⁵⁵.

LA MADRUGADA MÁS TRISTE DE UNA GUERRA. Entre las **72 tristes jornadas del dominio rojo en Toledo**, hay una que culminó con elevaciones de pesadilla. La infame matanza del elemento sano de la población era la bestial tarea de la *chusma roja*, que en su cometido no se daba punto de reposo. El **23 de agosto de 1936** los asesinatos cobraron magnitudes apocalípticas. Parece como si la última chispa de humanidad que en aquellos monstruos alentaba, se hubiera extinguido definitivamente, enseñoreándose de sus conciencias la negrura del crimen.

¿Cuál fue la causa inmediata de aquel brutal desbordamiento de unos instintos que ya no tenían ni el primario impulso del miedo a derramar sangre inocente?

El pretexto. Repasemos los hechos: **a las tres y media de la tarde del día 23 de agosto** apareció en el cielo de Toledo un trimotor rojo de bombardeo, escoltado por un caza. El aparato arrojó sobre el Alcázar bombas y bidones de gasolina con dispositivo especial para provocar incendios. Doce de los artefactos cayeron dentro del edificio, pero otros muchos, debido a la impericia de los aviadores y a un miedo frente a un enemigo débilmente armado y sin defensa antiaérea, cayeron sobre los parapetos marxistas que rodeaban la fortaleza, destrozando a varios milicianos.

El cielo es compartido por los dos ejércitos⁵⁶. Desde que se inicia el asedio del Alcázar, los ejércitos que se enfrentan son absolutamente desiguales: frente a los 1.028 guardias civiles y militares que defienden el sitio se sitúan 8.000

⁵⁵ Entre la documentación para desarrollar el tema, usamos el artículo que publicó **Luis Moreno Nieto** al acabar la Guerra Civil con el título: “**23 agosto 1936: la más trágica fecha del dominio rojo en Toledo**”. Las biografías, de los que fueron asesinados en esta saca, las tomamos también de Moreno Nieto de su libro “**Los mártires seglares de 1936 en Toledo**”. Por otra parte, las biografías de los Hermanos Maristas están tomadas de lo escrito por el **Hno. Luis Santamaría**, vicepostulador de dicha Causa, y del “**Martirologio Marista Toledano**”, publicado por el **Hno. Luis Puebla Centeno** en el año 2005.

⁵⁶ Jorge LÓPEZ TEULÓN, **Toledo 1936. Ciudad mártir**. Capítulo 27. *Madrugada del 23 de agosto*, páginas 201-211 (Toledo, 2008).

milicianos. Hasta el día de ayer, también la desigualdad ocupaba el espacio aéreo. A las cinco de la mañana del 22 de agosto, un avión alemán, un *Junker Ju-52* de la Legión Cóndor, viene del suroeste. Vuela no muy alto sobre el recinto militar y se retira en la misma dirección por donde ha venido. En el Alcázar se originan grandes discusiones sobre el aparato. Los observadores insisten en que no es como los aviones republicanos y que no tiene ningún distintivo rojo, lo que hace suponer que es el primer aparato que, en vuelo de reconocimiento, enviarían las tropas a las que ya llaman nacionales.



Luego, a las 10 de la mañana, y procedentes de Madrid, aparecen un trimotor y un caza, que, tras volar sobre el Alcázar y sus alrededores, arroja doce bombas, la mayoría de las cuales caen fuera del recinto, debido principalmente a que los defensores responden con fuego de ametralladoras y fusiles, y eso obliga a los republicanos a volar alto, perdiendo con ello precisión. Alternando con las bombas, tiran latas de gasolina con objeto de provocar el incendio del Alcázar. No lo consiguen por caer latas y bombas en sitios distintos. Al mismo tiempo actúan con las piezas de 15,5 cm. y ametralladoras desde distintos sitios enemigos. Las piezas pesadas disparan ocho proyectiles, dos de los cuales penetran en el patio. El fuego dura hasta las 11:45 horas, en que se retiran los aparatos.

A las 18:30 horas, ya casi entre dos luces, sorprende a todos un avión que viene del sur, y que, a toda velocidad y muy bajo, pasa por el patio del recinto militar y arroja un enorme paquete de lata que se fragmenta, al golpear con el suelo, en infinidad más pequeños. Pasado el primer momento de estupor, por lo inesperado del acontecimiento, los defensores del Alcázar muestran gran alegría al observar que su contenido son víveres. Ahora ya queda claro el enigma del avión que sobrevoló el recinto a las cinco de la madrugada. El primer avión era de reconocimiento y, por la tarde, ha traído los alimentos. Este avión arroja otro paquete en las inmediaciones de la Puerta de Hierro, y recogen la mayor cantidad posible, pues a consecuencia del choque se ha roto. La leche condensada y la harina lacteada favorecerán durante unos días más la manutención de niños y enfermos. El enemigo, acto seguido, ha iniciado el fuego, disparando setenta y cuatro proyectiles del 15,5 cm. que baten la fachada norte, con el consiguiente quebranto en ella, dada la enorme potencia de los artefactos.

La venganza comienza a fraguarse. Desde el mediodía, cuando cesa el fuego de los marxistas contra el Alcázar, se ha podido comprobar el desastre causado por su propia aviación. La impericia de los aviadores frente a un enemigo débilmente armado y sin defensa antiaérea no sólo no ha conseguido los objetivos militares buscados - incendiar el Alcázar-, sino que su error al apuntar en los parapetos marxistas que rodean la fortaleza, ha provocado la muerte de varios milicianos. La noticia ha corrido como la pólvora. Nadie sabe exactamente el número de fallecidos, pero la rabia y casi la vergüenza, provocada por su propio error va a facilitar **la excusa para perpetrar un asesinato en masa.**

De este macabro plan, que en pocas horas va a ejecutarse, lo que sí se sabe es que los mandos de la cárcel lo tienen programado desde hace varios días. No hay nada de improvisación; sólo faltaba saber cuándo. Y el accidente aéreo de hoy ha puesto en bandeja que este sea el día elegido. La efervescencia que entre el populacho ha causado el errado bombardeo ha desencadenado los hechos criminales. Un grupo no pequeño se ha presentado ante las puertas de la Prisión Provincial. Pero para entonces el patio de la prisión es un hervidero. No han necesitado que nadie les empuje para solicitar venganza y nuevas muertes; o por lo menos, las mismas que las causadas entre sus propias filas.

Este suceso produjo cierta efervescencia entre el populacho bermejo, pero nada hubiese ocurrido si los capitostes no hubieran tomado el hecho como motivo para **perpetrar unos asesinatos en los que ya venía meditando.** La horrorosa matanza a la que la impericia de un aviador sirvió como pretexto, había de realizarse de todos modos.

Ambos sucesos fueron enlazados casuísticamente para privar el crimen de la crudeza de lo premeditado, y en la añagaza cayeron muchos de los que han comentado luego este suceso.

La elección de víctimas no fue debida al azar. Los encargados de consumir el hecho sabían fijamente lo que tenían que realizar y no hubo titubeos ni improvisación.

El mismo engaño con que los presos fueron sacados de la cárcel es una prueba de la alevosía del crimen. Si algún detenido de calidad logró pervivir en la prisión después de la terrible saca del 23 de agosto, ello fue debido a la misma organización libertaria de un régimen cuyos esbirros se sentían con derecho a opinar y aún a rectificar las órdenes que recibían.

En la prisión. Al atardecer de aquel día, octava de la Santísima Virgen del Sagrario, reinaba gran efervescencia en el edificio de la cárcel provincial. Los milicianos rojos tenían autorización para vengar en sangre española la impericia del aviador marxista.

El patio de la prisión era un hervidero. Los presos eran sacados de sus **celdas y amarrados de dos en dos formando cuerda.** Entre ellos se encontraban los

dos hijos de Moscardó, Luis y Carmelo. La esposa del héroe se encontraba también detenida en el departamento de las mujeres, pero nada sabía de lo que contra sus hijos se tramaba.

Parece ser que los dos hermanos fueron atados juntos. ¿Cómo se salvó el menor? Carmelo era un chiquillo de dieciséis años; pero su pelo rubio, sus facciones blancas y sus ojos azules daban al rostro un aspecto ingenuo que le hacía parecer más niño todavía. Un miliciano se fijó en él, y un latigazo de humanidad cruzó la borrosa conciencia del rojo.

- *iEh, camaradas!, dijo. ¡Soltad a este muchacho!*

- *¡Es hijo de Moscardó!, dijeron algunas voces ahítas de venganza.*

- *No importa; tan niño es una cobardía.*

Y luego, dirigiéndose a él, le dijo:

- *Anda muchacho, vuélvete a la cárcel.*

El que así habló le quitó la cuerda que le unía a su hermano. Carmelo quedó solo mirando al ser querido que hubiera de abandonar, y no se atrevía a moverse de su lado. Un empujón les separó y unas voces le guiaron fuera del patio.

Luis Moscardó quedó sin compañero, y entonces fue atado con él don José Polo Benito, deán de la Primada.

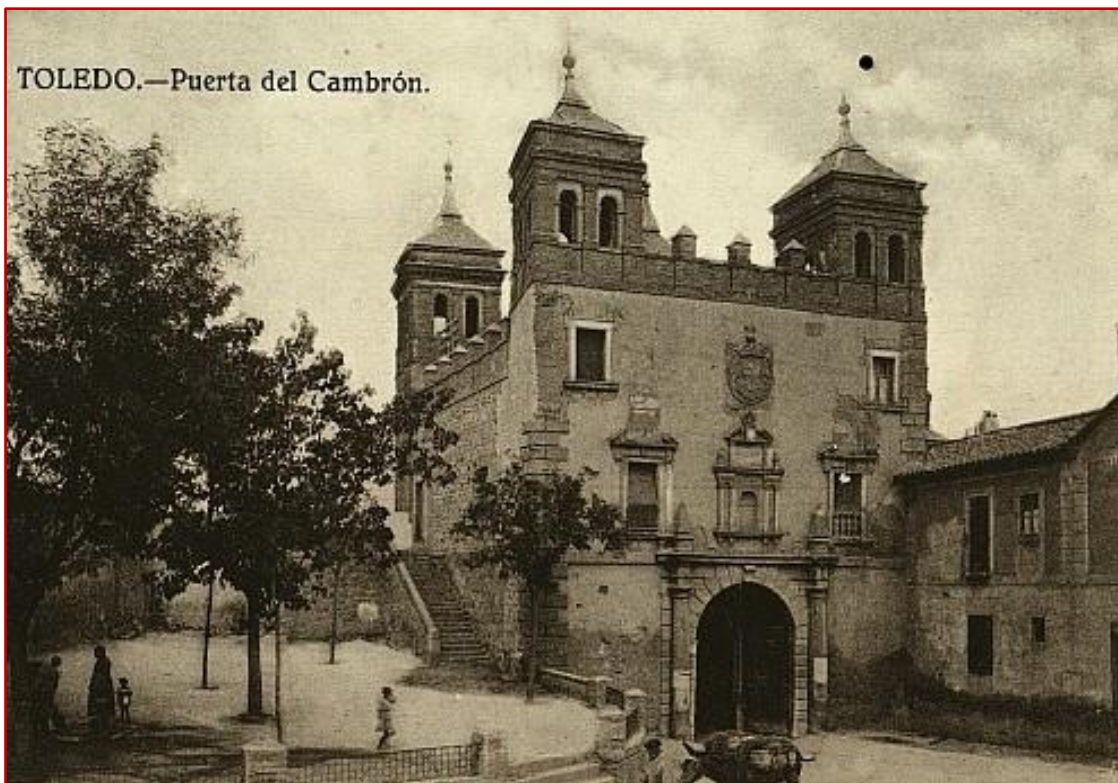
Hacia el martirio. Era ya anochecido **cuando 80 personas**, en dos grupos fuertemente escoltados por milicianos, franqueaban las puertas de la cárcel.

No es cierto que las víctimas fueran paseadas en camión por las calles de Toledo. La ciudad se escondía con la muerte en el alma, y nadie, excepto la chusma roja, era osado de asomarse a la puerta de su casa.

El asesinato fue perpetrado con nocturnidad y traición. A los presos se les había dicho que marchaban al penal de Ocaña, e iban a pie hacia las afueras de la población. A cierta distancia les seguía un camión que portaba ametralladoras.

La noche era muy negra. Solo el rápido brillar de los relámpagos y la movediza luz de los faros del coche alumbraba las caravanas de mártires. Previamente se había mandado apagar el alumbramiento del Cambrón y sus alrededores. Los milicianos iban provistos de linternas, y al pasar por la histórica puerta, los que iban en vanguardia dieron gritos para ahuyentar a los vecinos de la barriada.

El crimen no quería testigos. Habían salido ya fuera del recinto amurallado. **Un grupo, por la izquierda, fue conducido hacia la explanada posterior del Matadero, ya cercana al puente de San Martín, y el otro grupo, por la derecha, marcha hacia la fuente de Salobre.**



El primer sacrificio se hizo -según parece- en la explanada de carretas del Matadero. El deán de la Primada y Luis Moscardó formaban parte de ese grupo. Al ser desviados los presos de la carretera para ser apoyados en el muro del Matadero municipal, se dieron cuenta de que iban a morir.

Polo Benito los increpa. Polo Benito, encarándose con los milicianos, **les hizo ver con palabra entera la infamia que iban a cometer y les apostrofó conminándoles con el castigo de Dios.** En otros corazones menos embotados por el crimen, las palabras del deán de Toledo hubieran puesto vestigios de indecisión, pero los milicianos rojos querían llegar hasta el fin de su barbaridad y nada les detenía. Todavía tuvo Polo Benito tiempo para dirigir una cristiana exhortación a sus compañeros que, mudos y enteros, esperaban con serenidad el momento de la muerte⁵⁷.

Los reflectores del camión, cruzado en la carretera, alumbraban la escena. La ametralladora enfilaba a los presos e inmediatamente comenzó a funcionar. Al mismo tiempo los milicianos disparaban sus fusiles. Uno sobre otro, en ingente montón, caían **los mártires de España.** Los racimos de agonizantes fueron rematados después a tiros de pistola.

Poco después se repetía en Salobre el mismo lúgubre espectáculo. Los presos fueron apartados de la carretera, junto al pilar del abrevadero. Los vecinos de la barriada oyeron un fuerte rumor, como de sorpresa y de protesta, que fue

⁵⁷ D. José Polo Benito, que va junto a Luis Moscardó, después de alentar a este para el trance difícil, hace oír su voz a los verdugos: *Dios es testigo del crimen colectivo que van a consumir. Dios les pedirá cuenta, Él, en nombre de todos, les perdona* (Juan Francisco Rivera Recio),

rápidamente acallado por los disparos de la ametralladora y el más lento de la fusilería.

Los cadáveres, despojados. La tormenta seguía silueteando los edificios con lividez. El camión regresó a Toledo. Los asesinos se abalanzaron sobre sus víctimas y les robaron cuanto de valor tenían. Después penetraron por la puerta del Cambrón y en los ventorros próximos, se atiborraron de vino, uniendo la borrachera a la infame felonía. Impresionados por las palabras del deán, alguien los oyó comentar:

- ¡Vaya con el canónigo! ¡No le paró el miedo la lengua!

Allí quedaban tendidos sacerdotes, militares, industriales..., **casi un centenar de católicos patriotas** sacrificados por la bestia implacable del comunismo⁵⁸.

A la mañana siguiente, los cadáveres habían desaparecido de los lugares de martirio. En el suelo había charcos de sangre y esparcidos junto a ellos, pañuelos de bolsillo, cajetillas de tabaco, cartas familiares.

Los cadáveres fueron trasladados en camiones al depósito de Nuestra Señora del Sagrario Una persona a quien la incertidumbre de un hermano muerto le llevó hasta allí, pudo contemplar el horrible cuadro del depósito rebosante de carne muerta. Eran los despojos de la jornada más trágica y dura del dominio rojo en Toledo. Los cuerpos entraron en el depósito el día 24 de agosto. La hora exacta de la muerte se desconoce. Siempre se habla de la **madrugada del domingo 23 de agosto** (últimas horas de ese día y primeras del lunes 24). Todos ellos están agrupados, según pasan las hojas del estadillo, con la expresión: “**procedentes de la cárcel**”, como postilla.

⁵⁸ En 2013 publicamos un estudio pormenorizado sobre el número de las personas que fueron asesinadas en esta jornada, titulado *Los 80 del Cambrón. Los mártires de la Puerta del Cambrón*. Desde el principio, Luis Moreno Nieto, uno de los primeros en relatar este suceso, habla en su artículo de 80 personas victimadas: *Era ya anochecido, cuando 80 personas, en dos grupos fuertemente escoltados por milicianos, franqueaban las puertas de la cárcel*”. Aunque, exagerando literariamente también afirmará: “*Allí quedaban tendidos sacerdotes, militares, industriales..., casi un centenar de católicos patriotas sacrificados por la bestia implacable del comunismo*. Sin embargo, si seguimos **el libro-registro del Cementerio de Nuestra Señora del Sagrario, que se conserva en el Ayuntamiento de Toledo**, la cifra es de **63 personas**. Por otra parte, la documentación de los Hermanos Maristas hace la siguiente apreciación: *Era ya anochecido cuando, en torno a unas 80 personas, en dos grupos franqueaban las puertas de la cárcel... El número de los fusilados oscila, para algunos, en torno a los 80, y para otros, se computa en los setenta...* Finalmente, como no se pudo llegar a conclusión definitiva y para el presente trabajo solo recogemos lo sucedido a los once sacerdotes diocesanos y a los diez maristas, dejamos para otros trabajos la suerte que corrieron el resto de victimados. Acusados por cosas tan graves como, en el caso de José Aguilera Gil, por ser el administrador del diario local *El Castellano*, que dependía del Arzobispado; o, en el de Julián Cortés Yofré por haber sido chófer del cardenal Victoriano Guisasola y Menéndez (1913-1920).

EL CEMENTERIO DE LOS CANÓNIGOS

En la basílica visigoda de Santa Leocadia⁵⁹ construida por Sisebuto en el siglo VII, sobre el terreno que ocupó el sepulcro de esta virgen toledana, se levanta el llamado *Cementerio de los canónigos*. Recuerda Rafael del Cerro que «en 1816 se rehabilitaba como ermita, para recibir, a partir de 1826, el nombre de *Cristo de la Vega*. En 1846 todo el paraje fue reparado por su patrono, el Cabido Primado, con el objetivo de recordar la basílica de la mártir y crear un lugar para dar «sepultura honrada a los cadáveres del clero Catedral».



[Esta fotografía de Eduardo Butragueño Bueno es de 1936. El espacio donde se encuentran los cipreses separa el monumento al Sagrado Corazón de Jesús y la entrada a la ermita del Cristo de la Vega. En el atrio, antes de la ermita, se encuentra el Cementerio de los canónigos].

⁵⁹ Luis MORENO NIETO, *Guía de la Iglesia en Toledo* (Tarancón, Cuenca, 1974), páginas 31-32: «En la Basílica de Santa Leocadia, extramuros de la ciudad, se celebraron cuatro concilios toledanos y, en este lugar fueron enterrados santa Leocadia y los santos obispos Julián, Ildefonso y Eugenio, entre otros mártires y prelados toledanos. Aunque se incluye a esta basílica entre las nueve que siguieron con culto cristiano durante la invasión musulmana, debió ser destruida, o bien abandonada a raíz de extraer de ella los mozárabes los cuerpos de los santos más venerados, llevándolos a otras ciudades, para salvarlos de la destrucción de reliquias ordenada por Almanzor. En 1162 se la elevaba a iglesia colegial, con canónigos regulares. Con el paso de los siglos la basílica pasó a ser una simple ermita. La Guerra de la Independencia llevó a su destrucción por parte de los franceses. En 1926 se amplió el espacio interior habilitándolo como modesta capilla del *Cristo de la Vega*, sujeto de las tan conocidas leyendas y que debe proceder de un grupo escultórico, seguramente un Descendimiento. También la imagen desaparece en 1808, sustituyéndola con otra que, a su vez, como narraremos más adelante, se destruye en 1936».



Para ello⁶⁰, se edificó un patio previo a la capilla con dos galerías apoyadas en seis arcos de medio punto, que aún pueden contemplarse. En origen, los nichos del costado izquierdo se destinarían al clero, mientras que los del lado contrario, como dice **Sixto Ramón Parro**, en 1857, para particulares que «con permiso del Cabildo y mediante el pago de una suma algo crecida prefiriesen sepultarse aquí mejor que en el cementerio general». En el suelo de ambas logias se habilitaron sepulturas, separadas por fajas de pizarra para «las personas que no podían costearse un nicho».

Según añade Parro, en su época, el solar de la antigua basílica reunía dentro de sus tapias la «casa del santero, el panteón o cementerio del Cabildo y otros dos o tres descubiertos en que recientemente han plantado algunos cipreses y flores de diferentes clases».

El cuerpo incorrupto del Deán de la Catedral

Como hemos leído en el relato martirial del 23 de agosto de 1936, el beato José Polo Benito fue asesinado con otras ochenta personas. Los cadáveres fueron trasladados al cementerio de Nuestra Señora del Sagrario de Toledo, apareciendo el de don José en el tramo 42, número 15, cadáver 6. Fue trasladado al *Cementerio*

⁶⁰ Rafael DEL CERRO MALAGÓN, *El pasado y la evidencia (aún) de tres antiguos cementerios toledanos*, publicado en ABC el 2 de noviembre de 2016.

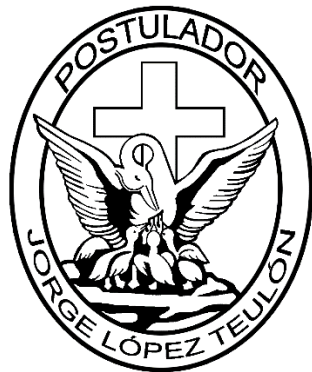
de *Canónigos*, a la entrada a la basílica de Santa Leocadia, el 1 de febrero de 1941, y colocado en el nicho número 66 de la pared izquierda. De este cementerio fue exhumado el 21 de septiembre de 2007, antes de ser elevado a los altares.



«La emoción y sorpresa se conciliaba en todos los presentes ante la exhumación de Polo Benito. Presididos por el cardenal primado de Toledo, monseñor Antonio Cañizares Llovera, se abrió el nicho que durante decenios guardó el cuerpo del mártir. Junto a los operarios de la catedral, los médicos forenses se disponían a reconocer los restos, presumiblemente los huesos, que quedasen después de los 71 años transcurridos desde su asesinato. Al abrir el nicho y extraer la caja, se encontraron con la primera sorpresa: el excelente estado de conservación del ataúd. Dentro del féretro apareció la bandera de España junto a una estola morada. ¡El cuerpo apareció incorrupto! La sorpresa fue mayor, sabiendo como se sabía que el beato José había permanecido por más de 4 años en una fosa común. Para los profanos en la materia, el cuerpo tiene aspecto momificado. El término técnico es *corificado*. Pero en realidad los médicos forenses hablan de incorrupto (lengua, cerebro y órganos interiores!). ¡Y su rostro! El rostro del mártir Polo Benito muestra con crudeza el *riktus doloroso*. Al enfrentarse con los milicianos, tras ser ametrallado, se acercaban uno por uno dándoles el tiro de gracia. No fue así con don José. Su cráneo no mostraba ningún agujero de bala.



Su rostro fue repetida y salvajemente golpeado... su rostro refleja el martirio. Su cuerpo revestido con las vestiduras sacerdotales (alba, cíngulo, estola y casulla) fue colocado en el mismo ataúd, y conducido con toda solemnidad al Ochavo de la Catedral de Toledo, donde otrora los fieles se juntaban para escuchar al deán Polo Benito, santo y mártir. Tras ser beatificado, el Cabildo Catedralicio decidió colocar su cuerpo incorrupto en la *capilla del Sagrado Corazón*».



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE ESCRIBIR
EN TALAVERA DE LA REINA
EL 19 DE MARZO
DEL AÑO DEL SEÑOR DE 2023,
FIESTA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

LDVM





PLASENCIA — 2575. — Las murallas y el palacio episcopal desde el puente de Trajillo. J. L. L. y C. Madrid. 1908.